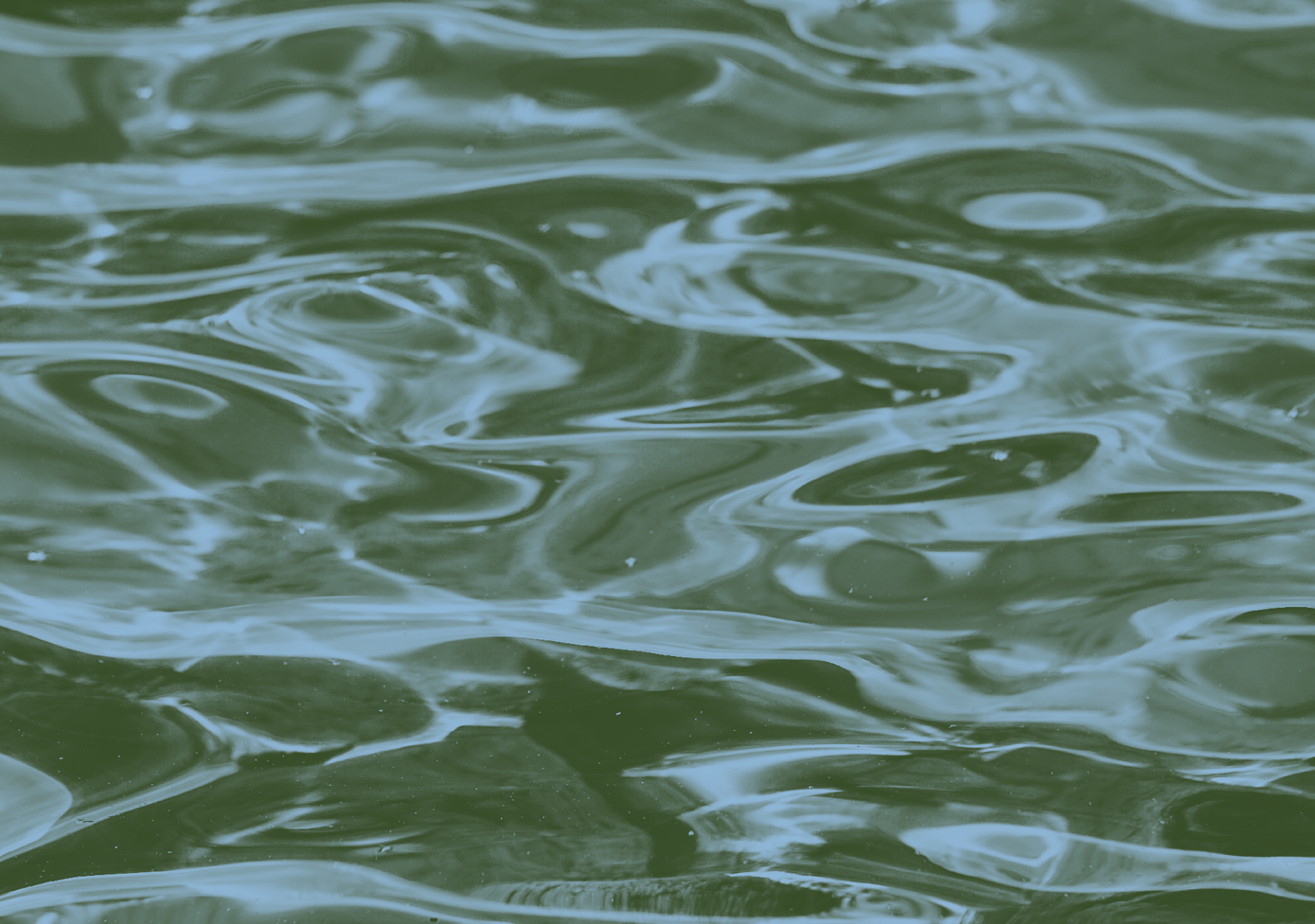
BIOCULTURALIDAD

TIERRA DE AGUAS

BIOCULTURALIDADES EN LA MOJANA



TIERRA DE AGUAS

BIOCULTURALIDADES EN LA MOJANA

Culturas

Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes
Yannai Kadamani Fonrodona

Viceministra de los Patrimonios, las Memorias y la Gobernanza Cultural
Saia Vergara Jaime

Viceministro de las Artes y la Economía Cultural y Creativa (e)
Fabián Sánchez Molina

Secretaria general
Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Director de la Dirección de Estrategia, Desarrollo y Emprendimiento
Alfredo Goenaga Linero

Coordinadora del Equipo de Gestión del Conocimiento - DEDE
Diana Cristina Vargas Quintero

Jefa de la Oficina Asesora de Comunicaciones
Carolina Ethel Martínez

Grupo Interno de Trabajo Editorial
Mario Jursich Durán
María Lucía Ovalle Pérez
Simón Uprimny Añez
Sara Abisambra Borrero
Laura Mercedes Herrera Mondragón
María José Castillo Ortega
Santiago Cembrano Escobar
William Martínez Hernández
Heidy Correa Osorio
Gian Carlo Vega Suárez
Leonardo Sánchez Vanegas
Johana Marcela Camacho Escobar

MiCASa

Coordinadora editorial y edición de textos
Luz Mary López Murcia

Corrección de textos
Carlos Guillermo Páramo

Primera edición: junio de 2026
ISBN (impreso): 978-958-753-847-2
ISBN (digital): 978-958-753-848-9

Título de la publicación: *Tierra de aguas. Bioculturalidades en La Mojana*

Autores: © Beatriz Vanegas Athías, Isidro Álvarez Jaraba, Jairo Castro Acosta, Zurisadai Ruíz Buelvas, Carmen Jiménez Castaño, Yusleidys Arrieta Salgado, María de los Ángeles Ramos Montes, Carmelo Álvarez Ortega, Farid Enrique García Viloria, Henry Huertas Arrieta, Luz Mary López Murcia

Fotografías: © Linda Esperanza Aragón, Antonio Meza, Charlie Cordero, Larry Camacho Rodríguez, Mario F. Mora Goyes, Silvia Corredor, Jairo Castro Acosta, Henry Huertas Arrieta, Diego Miguel Garcés, Elixandry Cervera, Carmen Jiménez Castaño, Yusleidys Arrieta Salgado, Fabio González Viloria, Carmelo Álvarez Ortega

Todas las fotografías de Charlie Cordero son resultado de una alianza institucional entre Mutante, la Fundación Laboratorio Accionar y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).

Imagen de portada: Del fotoensayo *Mi manera de estar despierta*, Linda Esperanza Aragón, 2020.

Impresión: Imprenta Nacional de Colombia

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes
Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Está prohibida la venta de esta obra.

CONTENIDO

Presentación
Beatriz Vanegas Athías 5

El Pata de agua: un ser que emerge en el tiempo para desatarse del hombre hicotea
Isidro Álvarez Jaraba 15

De la escuela al río: una ruta de pedagogía anfibia y bioecoturismo
Jairo Castro Acosta 47

El despertar de una nueva generación anfibia
Zurisadai Ruíz Buelvas 65

El agua y sus formas: la poesía como archivo de la memoria anfibia
Carmen Jiménez Castaño 75

Entre Aires y Letras: la biblioteca rural que echó raíz en un patio familiar
Yusleidys Arrieta Salgado 85

Formarte: una idea inquieta que se volvió inspiración
María de los Ángeles Ramos Montes
Carmelo Álvarez Ortega 91

Los saberes del agua: memorias de un pescador de La Mojana
Farid Enrique García Viloria 103

La Mojana: un territorio para reordenar alrededor del agua y de la vida
Henry Huertas Arrieta 125

Economías del agua y de la tierra en La Mojana: bioculturalidad, extractivismo y defensa de lo común (una carta a Orlando Fals Borda)
Luz Mary López Murcia 153

PRESENTACIÓN

Beatriz Vanegas Athías[1]

Nací hace cincuenta y cinco años en Majagual. Caminé por sus calles, sobre las que caían soles que desbarataban hasta los malos pensamientos. Me llené de pavor cuando la lluvia caía sobre el techo de mi casa, no como un dios que apacigua, sino como un dios armado que disparaba sobre el zinc goterones, rayos y centellas. Vi las calles servir de alfombra para que se asoleara sobre ella el arroz dorado que luego recibiría el golpe del pilón, la trituración en el molino, la caricia de las manos amasándolo para convertirlo en bollo, en arepa o en chicha. Vi el río meterse con confianza en mi casa, en mi vecindad y quedarse amañado por meses en los patios. En lugar de invierno, la estación debió llamarse Creciente. Viajé por el caño Mojana y aprendí a diferenciar el momento exacto en el que terminaba el Cauca e iniciaba el Magdalena: una línea invisible para los no ribereños se presentaba ante nosotros con claridad. Compré pescado mientras viajaba a bordo de una chalupa en algunos corregimientos de Majagual: Piza, Palmarito, Zapata, Barranco. Un día me fui físicamente, pero todos los días de esa ausencia recorro los caminos hoy asfaltados que en mi mente siguen destapados porque el recuerdo primigenio se impone.

Esa Mojana, ese Majagual de misa y tambora, de ron y corralejas, de cosechas que crecían o se pudrían de acuerdo con la voluntad de los dioses del río y de la lluvia; esas tierras que poseen casi doce metros de profundidad fértil en las que una tira una semilla hoy y en una semana halla un palo florecido o cargado de frutas; esa Mojana de la pobreza que era —es— infinita como la generosidad de sus rurales habitantes, y, cómo no, esa Mojana de los patronos de la iglesia, de San José o la Virgen del Carmen, que parecía un sitio fundado por alguien que se escondía de un enemigo... Esa Mojana que hoy leo y reencuentro en este libro que el lector o la lectora se apresta a vivir se me presenta nuevamente con tal vivacidad que no puedo menos que sentirme afortunada de tener la oportunidad de encomiar el trabajo colaborativo que el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes ha emprendido con autoras, autores, trabajadores culturales, estudiosos, maestras, pescadores y mojaneros de una diversidad ideal.

1 Escritora y profesora de Majagual, Sucre.

< Los habitantes de la Depresión Momposina están orgullosos de la riqueza y biodiversidad de su región. Fotografía de Fabio González Viloria. Ciénaga El Toro, El Oasis, San Marcos, octubre de 2025.

Porque los autores y las autoras de esta reconfiguración del país de las aguas son tan disímiles como los hechos, el tiempo y los espacios que integran La Mojana. Este libro ha abierto muchas añoranzas, muchos recuerdos, y ya se sabe que recordar es volver a transitar la vida. El recuerdo, podría decir, es una derrota que la mujer y el hombre le infligen a la vida desmemoriada.

El recuerdo es como este libro: un sendero que conduce a muchos caminos. Exactamente a ocho.

Antes de presentarlos, hay un detalle que no es menor. Durante mucho tiempo, buena parte de lo que se ha escrito sobre La Mojana ha venido de miradas externas. Por eso, este libro reúne textos construidos con autoras y autores mojaneros, algunos sin trayectoria previa de publicación, que, mediante un proceso de escritura acompañado y colectivo, convirtieron sus saberes situados y sus experiencias de vida en escritos capaces de conservar su voz. Hay en ello una toma de posición: la de contradecir la larga costumbre de hablar sobre La Mojana sin escuchar suficientemente a quienes la viven. También por eso, las fotografías que acompañan el libro provienen de miradas locales, como si el territorio hubiese querido comparecer por sí mismo en estas páginas.

El primer sendero fue pavimentado por la gracia de Isidro Álvarez Jaraba, que con su ensayo narrativo "El Pata de agua: un ser que emerge en el tiempo para desatarse del hombre hicotea" propone una reflexión conceptual, cultural y ecológica sobre la relación entre los seres humanos y el territorio acuático de La Mojana, en el sur de Sucre. La Mojana es un territorio formado por tres municipios del departamento de Sucre —Majagual, Sucre y Guaranda— y uno del departamento de Bolívar que es conocido con el onomatopéyico nombre de Achí.

A través de una escritura que mezcla el ensayo, la narración de mitos y el registro etnográfico, el autor introduce la categoría *Pata de agua* como una forma de comprender a las comunidades que habitan los ecosistemas de ríos, ciénagas y humedales. Los argumentos que expone tienen el objetivo de superar las miradas antropocéntricas tradicionales, pues plantean que *Pata de agua* no es simplemente un término descriptivo, sino una categoría cultural y simbólica que reúne dimensiones biológicas, sociales, espirituales y poéticas. El autor propone que, para entenderla, es necesario aproximarse al universo mental y cosmogónico de las poblaciones anfibias del territorio. En este sentido, el concepto se presenta como una forma renovada de nombrar al "anfibio cultural", es decir, al ser humano que vive en estrecha interdependencia con el agua y con los demás seres del ecosistema.

< Recorrido por la ciénaga del Totumo y el caño Mojana. Fotografía cortesía de la Escuela Taller de Cali. Sucre, junio de 2025.

El origen del concepto se vincula con una experiencia etnográfica de Isidro Álvarez en Pueblo Bujo, donde los habitantes se autodenominan "patas de agua". Allí se define al *Pata de agua* como aquel ser que "vive con los pies en el agua", cuya vida cotidiana —trabajo, alimentación, desplazamiento y recreación— depende de los ciclos del ecosistema acuático. Esta autodenominación revela una identidad territorial basada en la adaptación al medio hídrico y en el reconocimiento del agua como fuente de vida y cultura.

El ensayo se abre con el relato mítico del Mohán y la Mohana, figuras centrales del imaginario fluvial colombiano. Su unión simboliza el origen del territorio acuático y de los primeros habitantes del "país encantado de las aguas". Este mito funciona como fundamento cosmológico del concepto de *Pata de agua*, pues sitúa la existencia humana dentro de una genealogía espiritual del agua, donde humanos, animales y fuerzas naturales comparten un origen común.

A lo largo del ensayo, el *Pata de agua* es descrito como un ser histórico, sentipensante, libre y comunitario. Su conocimiento del territorio se basa en la observación de los ciclos naturales, el comportamiento de los animales y las señales del clima, lo que revela una profunda integración entre cuerpo, mente y entorno. Este saber ancestral se transmite mediante la memoria, la oralidad y la práctica cotidiana, y configura una forma situada de conocimiento ecológico.

Finalmente, el texto propone que el *Pata de agua* encarna un modelo de "armonianza", concepto que alude a una convivencia equilibrada entre humanos y naturaleza.

Enseguida Jairo Acosta Castro nos ofrece "De la escuela al río: una ruta de pedagogía anfibia y bioecoturismo", que es un texto testimonial y reflexivo en el que confluyen memoria personal, crítica social y propuesta pedagógica a partir de la vida en La Mojana. El autor narra su descubrimiento del territorio durante la infancia y su regreso como maestro, mostrando cómo el agua no solo estructura la geografía sino también la cultura, la economía y la memoria colectiva de las comunidades ribereñas. Denuncia el abandono estatal, la precariedad educativa, la contaminación ambiental y las secuelas de la violencia, problemáticas que suelen ser invisibilizadas por discursos simplificadores que reducen la crisis regional a las inundaciones. Así, el relato transforma la memoria individual en un testimonio colectivo que reivindica la identidad "anfibia" de los pueblos de La Mojana y su histórica capacidad de resistencia.

Este manifiesto propone una pedagogía anfibia como alternativa educativa capaz de conjugar saberes científicos, conocimientos ancestrales y participación comunitaria para enfrentar la crisis ambiental y social del territorio. A través de experiencias como los semilleros de investigación escolar y los proyectos de educación ambiental, el autor plantea que la escuela puede convertirse en un espacio de transformación social y de reconstrucción de la memoria. Pero su principal aporte radica en recuperar las voces silenciadas y promover una educación enraizada en la realidad cultural y ecológica de La Mojana.

El tercer camino que nos hace transitar este libro lo construye Zurisadai Ruíz Buelvas, quien presenta una memoria personal que a su vez es testimonio territorial y reflexión socioambiental sobre la transformación de La Mojana. A partir de recuerdos de infancia —como la pregunta ingenua sobre la nieve o la experiencia de presenciar la subienda—, la autora construye una imagen inicial de un territorio donde naturaleza y cultura funcionan como un sistema integrado. En ese mundo, los ciclos naturales —los mosquitos que anuncian la subienda, las hormigas que presagian el invierno— forman parte de un conocimiento ecológico transmitido de generación en generación. Se trata además de una evocación nostálgica que contrasta con la realidad actual de las inundaciones recurrentes, el desplazamiento de comunidades rurales, la pérdida de tradiciones como los paseos de Semana Santa, y el deterioro de las condiciones educativas. El relato combina escenas íntimas con observaciones sociales, mostrando cómo el paisaje, las prácticas culturales y las oportunidades de vida se han transformado drásticamente.

En la segunda parte, el texto amplía su perspectiva al abordar problemáticas ambientales y sanitarias, particularmente la contaminación por metales pesados que afecta a pescadores y habitantes de la región, materializada en la enfermedad renal del abuelo de la autora. A partir de datos científicos y de su experiencia como

estudiante en el programa Agroanfibia, la narradora transita del recuerdo personal hacia una conciencia crítica y una postura de acción investigativa. La metáfora central que equipara a La Mojana con un "riñón" del país sintetiza la importancia ecológica del territorio y la necesidad de protegerlo.

Por su parte, el camino por el que nos hace andar el cuarto texto, titulado "El agua y sus formas: la poesía como archivo de la memoria anfibia", presenta una reflexión testimonial sobre la vida en la cuenca del río San Jorge y la región de La Mojana, donde el agua determina los ritmos de la existencia cotidiana. Desde la experiencia pedagógica del proyecto Leyendo y Escribiendo con Sentido, Carmen Jiménez Castaño muestra cómo la poesía se convierte en un medio para registrar la memoria colectiva de comunidades que viven entre crecientes e inundaciones. Los poemas de estudiantes, docentes y habitantes del territorio no solo describen el paisaje y las prácticas culturales —la pesca, los desplazamientos en canoa, las casas sobre tambos—, sino que revelan una relación ambivalente con el agua, que constituye una fuente de vida y sustento pero que también es causa de pérdidas, migraciones temporales y pauperización de la vida. La escritura de Carmen Jiménez es una suerte de archivo sensible que preserva experiencias que de otro modo podrían desaparecer con los cambios del territorio.

El quinto texto, "Entre Aires y Letras: la biblioteca rural que echó raíz en un patio familiar", inicia así: "Me llamo Yusleidys Arrieta Salgado. Soy gestora cultural, mediadora de lectura, poeta, artesana y bibliotecaria comunitaria. Sembradora de palabras en las tierras fértiles de la ruralidad...". A partir de esas primeras líneas, la autora nos hace vivir una experiencia de mediación cultural profundamente arraigada en el territorio. El texto construye una metáfora orgánica en que la biblioteca se concibe como un espacio de siembra simbólica: allí, los libros, las voces infantiles y la memoria del paisaje anfibio de la Depresión Momposina se entrelazan para producir una pedagogía de la palabra, pues desplaza la idea tradicional de biblioteca hacia una práctica colectiva de creación, en la que la lectura, la escritura, la música y el periodismo comunitario se mezclan como formas de agencia cultural. Asimismo, los poemas infantiles revelan una temprana conciencia ecológica y afectiva por la región, lo que evidencia cómo la literatura puede construir identidad y hacer las veces de defensa narrada del entorno natural.

Le sigue el texto "Formarte: una idea inquieta que se volvió inspiración", que narra el origen y desarrollo del colectivo artístico Formarte en la Institución Educativa San Marcos, en la región del bajo San Jorge y La Mojana. La narración también parte de una experiencia pedagógica inspirada en el cuento "La idea que da vueltas" de Gabriel García Márquez, cuya lectura motivó a docentes y estudiantes a crear una puesta en escena que reflejara la vida cotidiana de su comunidad. A partir de esa primera

experiencia teatral, el proyecto fue creciendo hasta convertirse en un proceso formativo que integra teatro, danza y música para fortalecer la identidad cultural local. En las obras se incorporan objetos, oficios, relatos y tradiciones del territorio como la pesca, la vida ribereña, las supersticiones, los cantos de vaquería y las décimas, de modo que el escenario se transforma en un espacio donde la comunidad se reconoce y reconstruye su memoria colectiva.

El texto también destaca el papel de Formarte como proyecto cultural y pedagógico que vincula a estudiantes, familias y artistas locales en la preservación del patrimonio cultural y natural de la región. A través de montajes escénicos, el colectivo rescata saberes de tradición indígena, africana y campesina, al tiempo que promueve la conciencia ambiental frente a la amenaza de extinción de especies del ecosistema del San Jorge.

En "Los saberes del agua: memorias de un pescador de La Mojana", Farid Enrique García Viloria ofrece un testimonio autobiográfico en el que reconstruye su vida ligada al río San Jorge y a los territorios acuáticos de La Mojana. A través de sus recuerdos como pescador, el narrador describe los conocimientos adquiridos en la práctica cotidiana, como la lectura de las estrellas, la luna y las corrientes, la diferenciación entre ciénagas, caños y ríos, así como las diversas técnicas de pesca tradicionales. El relato también muestra la transformación de su oficio cuando entra en contacto con investigadores de distintas disciplinas, lo que permite un diálogo entre saberes empíricos y científicos. De este modo, la experiencia individual del pescador se convierte en una forma de conocimiento territorial que abarca la ecología, la historia local y las prácticas culturales asociadas al agua.

Esta crónica cercana y vivencial, en que la memoria personal se entrelaza con la documentación de saberes locales y la observación del territorio, pone en evidencia la riqueza del conocimiento tradicional de las comunidades ribereñas y su potencial para complementar la investigación académica. Sin embargo, también revela las tensiones y crisis que atraviesan el territorio: la disminución de la pesca, los cambios en el comportamiento del río, las inundaciones y los problemas de salud que afectan a la población. Así, la narración no solo recupera la memoria de un oficio, sino que funciona como una denuncia implícita sobre el deterioro ambiental y social de la región.

Henry Huertas Arrieta, sociólogo de San Marcos, Sucre, en el ensayo académico de carácter analítico y socioambiental "La Mojana: un territorio para reordenar alrededor del agua y de la vida", examina la historia del ordenamiento territorial de La Mojana y explica cómo las decisiones políticas, económicas y administrativas han influido en la crisis social y ambiental que vive esta ecorregión. El texto parte de un diagnóstico actual marcado por los efectos del cambio climático, la pobreza estructural y el deterioro ambiental causado por actividades extractivas, como la minería y los monocultivos. El autor expone interrogantes

< Vía a Remolino, Magdalena. Fotografía de Antonio Meza. 2022.

sobre las causas históricas de la vulnerabilidad del territorio y la necesidad de repensar su organización territorial desde una mirada biocultural y socioambiental.

En el desarrollo del texto se presenta una reconstrucción histórica y geográfica de La Mojana como un complejo sistema de humedales que cumple una función ecológica clave en la regulación de los ríos Cauca, Magdalena y San Jorge. Huertas Arrieta recuerda que las sociedades prehispánicas, especialmente la cultura zenú, lograron adaptarse a estas condiciones mediante un sofisticado sistema hidráulico y una cultura anfibia basada en la convivencia con las inundaciones. Sin embargo, este modelo de adaptación fue sustituido durante la Colonia y la República por un ordenamiento territorial orientado hacia el control económico y la explotación del territorio, que favoreció la concentración de la tierra, la ganadería extensiva y la imposición de estructuras político-administrativas ajenas a la realidad ecológica de la región.

El autor propone la necesidad de reordenar el territorio para armonizar la vida social con las dinámicas naturales del agua, recuperando una visión integral del espacio.

El texto final del libro es "Economías del agua y de la tierra en La Mojana", de Luz Mary López Murcia, investigadora del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. Resultado de una investigación, el artículo toma la forma de una extensa epístola documentada dirigida al investigador por excelencia de esta región, Orlando Fals Borda, a cuya memoria se consagra esta obra en conmemoración no solo del centenario de su natalicio en 2025, sino también de su fértil trabajo en La Mojana. Es, también, un texto narrativo-descriptivo que analiza las rutas literarias, religiosas, agroambientales y gastronómicas de la región, que revelan que el turismo cultural comunitario puede convertirse en una alternativa económica y social, aun en medio de tensiones estructurales. Y es una invitación a repensar las preguntas que otrora se hizo Fals Borda, pues economías y experiencias como la artesanía, la cocina, la pesca, la narración oral y el cuidado de los humedales no son solo prácticas tradicionales, sino fundamentos para imaginar formas distintas de desarrollo en la geografía del agua. Se le dice a Fals Borda, con suficientes argumentos —que el lector o la lectora juzgarán o no oportunos—, que, frente a un modelo extractivo que considera el territorio sacrificable, hay que plantear la necesidad de repensar colectivamente el ordenamiento territorial, las políticas del agua y de la tierra y el reconocimiento de los saberes locales, las economías culturales, populares y comunitarias, para que los pueblos de la Depresión Momposina puedan vivir dignamente entre aguas.

Así, la cultura anfibia deja de ser una imagen romántica y se consolida como un espacio de disputa política, económica, cultural y ecológica en defensa de la vida y del territorio. Que a esta conclusión se llegue a través de las voces de los habitantes de la tierra constituye una revolución mental y una sólida oportunidad de reconfigurar la vida en La Mojana.

> *Vía Las Chispas, Sucre. Fotografía de Antonio Meza. 2022.*

EL PATA DE AGUA: DESATARSE DEL

UN SER QUE EMERGE EN EL TIEMPO PARA HOMBRE HICOTEA

Isidro Álvarez Jaraba[1]

INTRODUCCIÓN

Voy a hablar del *Pata de agua*, pero me voy a tomar un tiempo en definir qué es. Lo voy a contar de esta manera, porque, para llegar a entenderlo, hay que familiarizarse primero con el entorno: no solo con un contexto biológico o social, sino mental, cultural. *Pata de agua* es una categoría que reúne todos esos mundos. También es poética, mítica. Solo anticiparé que es una forma nueva y tanto más rica de llamar al anfibio cultural. O, mejor, que es una categoría nueva con respecto a la literatura, porque *Pata de agua* existe, no es una invención: yo hablo de ella, se habla de ella; solo bastaba aguzar los sentidos para descubrirla y aprender su nombre.

No es fácil empezar en la concepción de un nuevo término para referirnos a los seres y la cultura del agua, y, además, darle fuerza de tesis conceptual; tanto más porque el intento en sí mismo es una osadía en el río de estudios y valoraciones conceptuales que se han desarrollado desde las ciencias sociales y ambientales.

De ahí que este intento responda al reto de entregar un concepto valido que refuerce un poco más la mirada a las distintas anfibiedades.

Hablar del *Pata de agua*, más allá de un término, es empezar a entender las circunstancias míticas e históricas del territorio de agua, su cosmogonía y relación con el entorno; es abrirse en distintas miradas y sentires, es verse en los caminos morenos de canales intrincados, tomarse el sol, cantarse en las aves, volar en la oralidad e imaginarse otros mundos posibles.

Aceptar el concepto y existencia del ser *Pata de agua* es permitirse nadar por las historias, por las voces y plumajes del universo de seres vivos, humanos y no humanos, que tiene como nicho la geografía del agua.

1 Docente, historiador, filósofo, ambientalista y escritor sucreño. Ha desarrollado por más de treinta años procesos pedagógicos, culturales y de investigación en La Mojana, centrados en la historia, la oralidad, la vida anfibia, el agua y la memoria territorial. Es autor de varios libros sobre Sucre, La Mojana y la presencia de García Márquez en esta región.

< Patos colombo-canadienses (pisingos) buscan su alimento en entornos pata de agua. Fotografía de Diego Miguel Garcés. Complejo de Ciénaga de Güira, marzo de 2023.

Somos hermanos del agua,
porque del agua somos,
del agua venimos.

Es allegarse a sus vicisitudes, a entender sus dinámicas naturales, a percibir, desde el entendido de la razón, las correlaciones y dependencias entre cada ser vivo. Es valorar cada esfuerzo en la construcción de comunidades y, desde ellas, elementos culturales que forjan una identidad.

Conceptualizar al *Pata de agua* es entender los mundos míticos, sus fuerzas en la construcción de sociedades; es aprender de la reimaginación del espacio y de la fuerza de la oralidad popular en todo ese engranaje de elementos que dan sustancia y sentido a la trama de la vida.

Entonces, hablar del *Pata de agua* es hilar cada elemento para, con ello, poder entender el tejido cultural. Es aprender a escuchar la música de los árboles, es ver los colores en los reflejos del agua, es tomar los nutrientes de las raíces del entorno para sentirlo y comprenderlo, desde su sabiduría y el espíritu mismo que lo concibe.

Voy a comenzar, pues, contándoles un mito. Ya verán cómo esta historia va a desembocar en qué es *Pata de agua*.

Bienvenidos y bienvenidas a este intento, a esta provocación… a este nado conceptual y de luces, desde el mundo del agua.

MOHÁN MOHANA: UN IDILIO EN EL AGUA

Es el **Mohán** *el primer dios hechicero, codificación y guarda de la inteligencia, de la sabiduría y la Fuerza Suprema de la naturaleza. Es el dios que un día decide bajar de la montaña, del Cerro Corcovao, para besarse con las aguas del Cauca y nadar a sus anchas por sus líquidos nervios. Es el Mohán la fuerza que luego surca por el río Cariguaño o Magdalena, recorre las partes bajas del río Jegú o San Jorge, sigue su periplo hacía el norte, entra a las ciénagas, conecta con los caños Pansegua, Mojana, San Matías y Rabón, en tramos camina por la llanura, se trepa entre los árboles, se toma el viento para, en un instante, en un ojo de agua, con el suspiro de su fuerza, encontrarse con la diosa libidinosa de los mares morenos:* **Mohana,** *descendiente de la madre agua, ser guerrera, custodia del saber de las semillas, tejedora y dibujante de los secretos del corazón de la tierra, protectora de humedales, playones y montículos ancestrales.*

En su encuentro, Mohán y Mohana se llaman entre volcanes de agua, entre suspiros espumosos, delinean sus límites, se tocan, se anudan entre taruyas, saltan, se quejumbran, se aparean y, entre fluidos de amor, llegan al éxtasis para dar vida al Pansheinú: país encantado de las aguas. Luego, como uno solo, se encomiendan al trabajo creador y custodio de las aguas-tierras para prolongar la estirpe.

Siguiendo con su ímpetu, forman las aguas del sur: La Mojana; y entre ella, los seres encantados, los hijos y las hijas del agua, hermanos de la taruya, los hombres y mujeres hicotea*, seres con la fuerza de las mandíbulas del caimán, de cantos prolongados y exquisitos como el del chavarri —ave custodia, que se sacrifica por sus demás hermanas y hermanos de la ciénaga—, entes que nadan para cuidar su río primigenio.*

Entonces se abren las aguas-cielos que se besan para formar la ciénaga de La Sierpe, de donde surge la leyenda de la génesis; nacen también las ciénagas de Ayapel, La Iguana, Pinto, Mamarraya y tantos mares morenos que, en lienzos, configuran el gran cuadro de La Mojana.

Desde el idilio de agua, de Mohán y Mohana, nacen las fuerzas espirituales, los colores del sol, el juego de los vientos, el amor entre los cielos y, de ellos, emergen las Patas de agua*, habitantes primigenios en el universo encantado.*

LA GEOGRAFÍA DEL AGUA: EL ESCENARIO

En el Caribe colombiano, en un vasto mundo lacustre, zona baja y entre ríos, se forma la depresión momposina. Y, desde ella, emerge un universo de aguas encantadas, La Mojana: escenario central, rico en ciénagas, meandros, zapales, caños y ríos; un espacio lleno de vida, de diversas especies animales y vegetales, terrestres y acuáticas, humanos y no humanos, anfibios todos.

Ahí, en esa geografía de aguas, de formación geológica terciaria, donde las estribaciones de la serranía de San Lucas se besan con el río Cauca y rugen con la fuerza de un gran dios primigenio elevaciones emblemáticas como el Corcovao y La Teta, ahí, se tejen leyendas, se escriben historias.

< *De la serie* **Latidos de tierra y de agua en el Caribe colombiano.** ***Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2018.***

En esa planicie de llanura diluvial, emergida por el movimiento de las placas tectónicas, la sedimentación, el juego entre los movimientos de las montañas y el recorrido constante de las aguas, se ha configurado geológicamente un gran mundo, un escenario mítico, con voces de otro cielo y ecos de otro tiempo.

Esta llanura es bañada y envuelta por tres grandes ríos —el Cauca o Gran Mono, el San Jorge o Jegú, el Magdalena o Cariguaño— y también por múltiples caños intrincados que forman una gran red interna de caminos de aguas: Rabón, Misalo, Viloria, Mojana, Pansegüita, Lana, Ventanilla, Caimanera, Uvero. Espacios torrentes que dan figura a este territorio.

También en la llanura se identifica un sinnúmero de vivas ciénagas: San Marcos, Ayapel, Las Mejías, Balanta, Caimito, Ciénaga Grande, Güira, Totumo, Ciénaga del Medio, Carolina, Aguas Turbias, La Lata, Orejero, La Puerquera, Carbonera, Santiago, Aguas Negras, Pinto. Docenas de espejos de aguas, que se abren como otro cielo para quienes las habitan o las contemplan al pasar como viajeros.

Son más de un millón de hectáreas que se convierten en el nicho de los seres *Pata de agua*. Aquí se regulan y depositan, a través de sus vasos comunicantes, millones de metros cúbicos de agua. Son escenario para millares de insectos, aves endémicas y migratorias, múltiples especies de reptiles, roedores, plantas maderables o enredaderas, árboles y arbustos, flores silvestres, terrestres y de humedales, y una vida acuática incontable. Todo se explaya en cantos y colores, olores y silencios, voces e historias de este otro mundo de aguas.

Son de este lugar, escondidos por la naturaleza y la historia, las guacharacas, los gallitos de ciénaga, el plomito, el carrao, la pigua, el güeregüere, la garza morena, la garza blanca, el martín pescador, la chonga, el pato coclí, el pato porro, el pisingo, el pato cucharo, el pato rosado, el pato yuyo, los coyongos, las oropéndolas, los caracoleros, las lechuzas, los búhos, las tijeretas, las gaviotas, las palomas, los mochuelos, los canarios, los tuceros, las rositas viejas, los yolofos, las golondrinas, las monjitas, los toches, los azulejos, los ponches, las nutrias, los caimanes, las babillas, los manatíes, los perezosos, los monos cotudos, los titíes, las marimondas, las ardillas, las iguanas, los guataquíes, los lobos, los leopardos, las serpientes, las mariposas, las mariapalitos, los coleópteros, los ciritongos, las hormigas, las abejas, los gusanos… todo un universo de vida que, entre ramas, se teje con las corrientes del viento y el agua en esta geografía.

De entre semillas diseminadas a lo largo y ancho de estas fértiles tierrasaguas o aguastierras, se levantan raíces y espigas doradas de arroz, maíz, yuca, patilla, melón, plátano, guayaba, mango, níspero, mamón, corozo, zapote, cacao y caña de azúcar, elementos que adornan el manjar o totuma gastronómica en la cocina *Pata de agua*. Así también nacen pimientos, suanes, songoes, campanos,

guayacanes, matarratones, totumos, cantagallos o sapos, patas de gallina, cusúes, uveros, varasantas, manzanillos, pintamonos, zarzas, bejucos de panderetas, bajaguas, bijaos, taruyas, árboles o plantas "esponjas" cuya función, dada la capacidad de absorción de sus raíces y tallos, es la de reguladores hidrobiológicos naturales que así mismo forman barreras o murallas, delimitan los múltiples espejos de aguas, mantienen a seres humanos y no humanos fuera del peligro de los fuertes vientos y los altos oleajes en tiempo de crecidas y temporadas de altas lluvias.

No en vano
las aguas bañan, año tras año,
estas tierras.

Es a partir de ese fenómeno que siguen floreciendo plantas y arbustos, que embellecen terrazas y patios, que permiten aromatizar y curar con sus néctares, hojas y semillas al habitante *Pata de agua*. Resulta común ver margaritas, rosales, bonches, trinitarias, bejucos, campanillas, anémonas, jacintos de agua, orquídeas, heliconias, lirios de agua, toronjiles, verdolagas, manzanilla, paico, malva, topotoropos, balsaminas, que al mezclarse y entretejerse forman el jardín anfibio, el cual, en manos de los saberes ancestrales, da paso al laboratorio médico de los hombres y mujeres de este bello lugar.

Toda esta geografía ecológica, todo este espacio de *Pata de agua*, está configurado por la superficie de once municipios y la jurisdicción de cuatro departamentos; es habitada por medio millón de hombres y mujeres, niños y niñas, jóvenes adultos y viejos, que, en su mayoría, se conglomeran en la zona rural. Los municipios que la componen son: San Benito Abad, Caimito, San Marcos, Ayapel, Nechí, San Jacinto del Cauca, Guaranda, Achí, Magangué, Sucre y Majagual, ubicados en los departamentos de Córdoba, Bolívar, Antioquia y Sucre.

EL ORIGEN EN PUEBLO BUJO: LA ISLA QUE REVELÓ AL SER *PATA DE AGUA*

Pueblo Bujo es una comarca que se erige en el corazón del antiguo imperio zenú, en uno de los camellones construido hace más de un milenio, entre el río San Jorge y un complejo de ciénagas, entre Caimito, San Marcos y San Benito Abad. Su poblamiento actual es muy reciente; sus inicios los tuvo por la década de los setenta del siglo XX, pero seguramente, desde mucho más atrás, fue la estancia de pescadores, venidos de otros puntos de esta geografía de agua.

Este pueblo fue una aparición de la memoria, que desde niño guardé y convertí casi en un mito gracias a las historias contadas por los pescadores de sus ires y venires, desde y hasta ese lugar. Hombres y mujeres que salían desde finales de julio y regresaban solo hasta el último día del año a sus hogares, y que al retorno compartían

historias y anécdotas —que parecían fantásticas— de sus faenas diarias y nocturnas.

Tales historias me empujaron, muchos años después, a desplazarme hasta allí para conocer de primera mano cuál era el encanto de Pueblo Bujo y porqué, de un momento a otro, los personajes que desde niño regresaban cada Año Nuevo para alimentar mi memoria, no volvieron nunca más.

Un día, después de recorrer caminos polvorientos, cruzando ríos y caños, llegamos para reunirnos con Don Abimael Baldovino, un líder comunal que sería quien me guiara por la historia del pueblo. Para mi sorpresa, no solo fue él, sino todos los viejos y viejas, jóvenes, niños y niñas, los que nos recibieron y con quienes nos reunimos. El diálogo lo iniciamos en un gran círculo, los saludos dieron apertura a un encuentro inesperado, pero muy amable. Nuestra presentación afloró risas y murmullos, a los que increpé con un interrogante: "¿Por qué tanta risa?". Las respuestas no se hicieron esperar. Don Abimael saltó al medio del círculo y señaló a uno por uno, indicando el nombre del pueblo al que alguna vez pertenecieron. Venían todos del mismo lugar, que yo había insinuado en la presentación: Sucre. Pero antes se identificaron con una frase: "Nosotros somos pata de agua, así como lo es usted". Lo decían con mucha fuerza y orgullo, como queriéndolo dejar bien claro y sentado.

"¿Y por qué dicen eso?", pregunté entonces. La respuesta fue al unísono: "Porque somos seres que vivimos con los pies en el agua, que nadamos, caminamos, bailamos, jugamos en las corrientes del agua, de ella sacamos el alimento, de ella emerge la alegría y sucumbe la tristeza, vivimos en ella y con ella". Estaba yo presenciando el surgimiento de un concepto que me enseñaba y me dirigía a la mismísima esencia de lo que era vivir en esta geografía de aguastierras o tierrasaguas. No tuve que ir a un claustro universitario para comprender lo que estos hombres y mujeres, pescadores y agricultores estacionales, me enseñaban sin ningún prejuicio y celo, de manera desinteresada, riendo, sonriendo.

Eran mediados de marzo de 2006 cuando la vida investigativa me llevó a Pueblo Bujo. Desde ese mismo instante empezó mi intento por deshilar aquella atarraya antropológica y sociológica en la que me habían enredado estas humildes, pero sabias, personas de la isla mítica.

Fue así que *Pata de agua* nació, no de un capricho o la voz romántica de un habitante de La Mojana, sino de las muchas gentes que se hacen en el agua, que se componen del agua, que entienden la vida en las aguastierras y las tierrasaguas.

EL HOMBRE HICOTEA Y LA RESISTENCIA ANTROPOCÉNTRICA

Es el río San Jorge, zona de la ecorregión Mojana, el epicentro de la construcción del concepto de *hombre hicotea*, ser que emerge desde dentro de los remolinos de la *cultura*

Un gajo de arroz entre las manos de una pata de agua. Fotografía de Elixandry Cervera. Zona rural de Majagual, Sucre.

riana, de río; es decir, la cultura anfibio-sabanera[2]. Son hombres y mujeres dedicados a la pesca y a la agricultura: agropescadores, cazadores, en una continua relación dinámica con las tierrasaguas y las aguastierras. Su proximidad

2 El *hombre hicotea* fue una figura creada o, mejor, descubierta por Fals Borda mientras adelantaba el trabajo de campo que condujo a la composición de los cuatro tomos de su *Historia doble de la Costa*. En el tercero, *Resistencia en el Bajo San Jorge*, publicado en 1982, Fals narra cómo, a partir de una conversación con Rafael Martínez, galapaguero del pueblo acuático de Jegua, tuvo la epifanía de que, en las culturas anfibias de la región, así como había un modelo de *hombre caimán*, había uno de *hombre hicotea*. La hicotea (*Emys decusata*) es una especia de tortuga cuya carne es consumida con frecuencia hasta el día de hoy, incluso a pesar de la preocupante disminución de su población. Sus hábitos, explicaba Martínez, son *de aguante*: se entierran y se esconden cuatro meses durante el verano, "sin comer ni beber", hasta que llega la lluvia y salen de su escondite, "flacas y huesudas, pero contentas, a repetir el rito del amor y la ponienda". El *hombre hicotea*, entendía Fals, era el aguantador, el que aparecía o desaparecía según las circunstancias lo exigieran, especialmente por la opresión terrateniente; aquel que tenía duro el caparazón y era capaz de dar la pelea y sobrevivir sin capitular. Según Fals, Martínez le dijo: "Las hicoteas también arañan y muerden, y... cuando agarran con sus quijadas, no sueltan por nada, a menos que se les arrime un tizón. Hay otras que espantan a sus enemigos con el hediondo orín que echan cuando son atacadas". No obstante, la figura del *hombre hicotea* estaba revestida de un matiz ambiguo, pero significativo. En efecto, remataba el jegüeño: "Sí... en esto nos podemos ir convirtiendo los pobres del río: en hombres-hicoteas. En tipos aguantadores, pacientes, dejaos, duros, lisos. A esto nos han querido reducir, desde hace tiempo, los hacendados y los políticos, para irnos comiendo después de uno en uno". Ser hicotea significaba también correr el riesgo de, a la postre, ser cazado y devorado. (*Nota de los editores*).

a las sabanas o tierras altas o *colorás* los empuja a mezclar los trabajos del agua con las actividades ganaderas, no tanto como propietarios, sino como jornaleros o trabajadores de la hacienda, por lo general, como peones.

El *hombre hicotea* es un ser sincrético, cuya heredad triétnica lo lleva a tener prácticas y visiones cosmológicas cruzadas por rituales y romerías afro-amerindias-cristianas. Es un jugador de la suerte y adaptado a los dictámenes del poder de la voz de los curas; es practicante cristiano y cree en los conocimientos de la gente negra; hace la señal de la cruz al mismo tiempo que pone la escoba detrás de la puerta para espantar los males; entra a la misa y recorre una procesión, pero a la vez hace la ronda de tambora, acompañada de rones bajo la luz de las antorchas; pasea y hace ruegos al Cristo milagroso, al instante que lo sobijea como a un dios panzenú.

Su historia está enmarcada en la lucha por la tierra, cuyos antecedentes viajan por el río del despojo provocado por el hacendado bajo el imperio del alambre de púa y la pezuña del ganado. Esto lo lleva a forjar un carácter aguantador, con una percepción en dureza y resistencia desde sus prácticas y saberes, y una búsqueda por recuperar su lugar en el mundo para seguir forjando lo propio.

< Entre garzas y patos yuyos se configura un corral de caza, muestra eficiente y coordinada del trabajo en equipo pata de agua. Fotografía de Diego Miguel Garcés. Complejo de Ciénaga de Güira, Sucre, Sucre, marzo de 2023.

Desde esa línea, el *hombre hicotea* se configura como ser de lucha, que persigue la tenencia de la tierra como modo de supervivencia, y eso lo hace anclar en lo que denomino la *resistencia antiantropocéntrica*, un ser que lucha para mantenerse en su territorio, sin sucumbir a la presión del terrateniente. Este último, en cambio, es un ser que en esa misma búsqueda y lógica toma la tierra como botín para extender la frontera agrícola, sin fijarse en la coexistencia con los otros seres que la habitan y conforman. Se modela como un ser o animal político agrario, cuyo objeto es la movilización social hacia la tierra. Entonces, el agua, aunque sigue siendo un punto de apoyo, deja de ser el principal foco de riqueza. La tierra es el botín y la idea de desarrollo que se impone es una narrativa que permea las actividades ancestrales y les da paso, aparte de la agricultura, a la ganadería extensiva y al uso de métodos no santos para la pesca y la caza, ahora con trasmallos y hasta con el uso de venenos, todo por querer tomar más de lo que la naturaleza provee.

Todo lo anterior va conformando a un sentipensante que capitula ante la racionalidad antropocéntrica occidental, cuya búsqueda es el bienestar del habitante *hombre*, mientras descuida la dimensión del ser *bio*. Se desconecta de las aguas y el nicho de los no humanos, Renuncia a su anfibiedad.

He aquí la razón y el momento que nos llevan a proponer el surgimiento de una categoría cultural nueva y distinta, una que hile, en clave y aproximación, a los principios que Fals Borda instauró y reconoció en los seres anfibios,

pero que en la práctica se han abandonado. No pretendo reemplazar la figura del *hombre hicotea*, sino más bien contraponerle una figura que revitalice y redireccione su sentir hacia una concepción más biocéntrica; una que nos permita cruzar del puerto de la gobernanza al río de la armonianza.

¿QUÉ ES UN *PATA DE AGUA*?: LA CONCEPCIÓN DEL SER

Estamos luchando por la supervivencia y por las posibilidades de evolución de las infinitas formas de vida que pueblan el planeta, porque todas ellas, animales y plantas, son nuestros congéneres. Pertenecemos todos a un tronco común. Somos hermanos en la sangre de la materia.
Augusto Ángel Maya

UN SER HISTÓRICO

El *Pata de agua* es un ser histórico que se desarrolla en el vasto imperio zenú-panzenú, ligado a la cosmovisión y filosofía de los antiguos hombres y mujeres del "país encantado de las aguas". Seres que se hacían y se hacen uno con el espacio; que lo aceptan. Lo comprenden y saben convivir con él. No son sólo los humanos, sino también los no humanos que se hacen a este lugar e inician un proceso de armonización que marca su propio desarrollo, conforme cada uno de los dominios o reinos que condicionan el juego de la vida.

Desde el entendimiento de esta filosofía, los *Pata de agua* humanos planifican y direccionan sus vidas. Ellos entienden las dinámicas del agua y así mismo las ponen en función de su permanencia y coexistencia; concuerdan con los ciclos móviles del río y de la ciénaga, esperando el tiempo propicio para sacar los mejores frutos sin desequilibrar el entorno.

Es así que se convierten en constructores de sistemas hidráulicos que concilian las dinámicas hidro-sistémicas y biológicas, poniéndolas en favor de sus quehaceres domésticos y del desarrollo comunitario, y contribuyendo a la posibilidad de crecimiento y existencia del nicho ecológico, benigno para los otros seres no humanos.

Son seres milenarios, en tierrasaguas o aguastierras milenarias, que se han adaptado a los movimientos geológicos, biológicos, hidrológicos, antropológicos y sociológicos. Que han construido estructuras humanas y no humanas para resistir y permanecer anclados a la canoa de la vida.

Aprenden a convivir con las formas del agua en cada tiempo estacional, ya sea de sequía o inundación. En cada uno de estos momentos, definen su ser y hacer a partir de saber comprender las señales que surgen de las distintas especies que los circundan. Así, el *Pata de agua*, escuchando el canto del ave de la tanga puede saber la salud de la ciénaga y cuánto tiempo demorará el "verano"; con escuchar el zumbido de una bandada de

patos y observar la dirección y fuerza que le imprime el guía, sabe a cuánta distancia está el agua más profunda, lo que le indica cuán intensa será la sequía.

También son guías para conocer los niveles que tendrán las aguas, la floración de las taruyas, las bajaguas, el cantagallo o el pintamono. Su aparato de medición es simplemente una baruta (o vareta), que puede mostrar la velocidad de la creciente, pero también el ímpetu de la misma. Los complementos son las lecturas en las huevas del caracol: las fijaciones de estas pueden indicar, con una precisión altísima, los meses y la cota que alcanzará ese nuevo ciclo estacional; el canto del carrao, en su prolongación y entonación, es síntoma definitorio de lo que serán las lluvias los próximos meses. No menos importante son las eclosiones de los huevos de babillas e hicoteas, que, según el tiempo atmosférico, marcan el anticipo o el alargue de cada ciclo de agua o de sol.

Cada momento marca una decisión de vida: el *Pata de agua* sabe de antemano qué cultivar, en qué momento hacer la siembra o si es mejor abstenerse para evitar las pérdidas de las cosechas. Si son aguas altas, sabe que debe tener madera para rehacer el piso de las casas y acondicionar cada espacio. Es entonces cuando aparecen los tambos, las trojas y puentes para amainar el ímpetu de las crecientes y reabrir un nuevo capítulo del existir anfibio: ahora su casa es una estructura palafítica estacional.

> *Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2023.*

Es tiempo de tejer la atarraya y el chinchorro, disponer de su compañera fiel, la canoa, y salir en búsqueda de buenos peces que alimenten a toda la prole, pero que, además, dejen dividendos para aguantar la prolongación de la inundación.

No es momento de pensar en muchas comodidades y lujos; es tiempo de adaptarse a pequeños espacios y hacer uso de lo aprendido a lo largo de la historia. Ahora saber nadar se hace indispensable, es una opción casi que de vida o muerte; tomar el canalete para bogar es como para el hombre de la ciudad saber conducir un vehículo, de ello depende la movilidad para ir a la escuela, a la tienda y, sobre todo, llegar a lo más adentro de la ciénaga para practicar su faena laboral de vida, que es la pesca. De ella prácticamente depende el aguantar los seis o siete meses que las aguas tendrán rodeada a su comarca, durante ese bendito año.

La gente *Pata de agua* son seres que desde su cosmogonía han creado entes para responder por la existencia en este espacio de aguastierras o tierrasaguas: viven con los poderes de seres encantados, creadores supremos, amparados en los fenómenos y astros naturales, como el sol, la lluvia, el lucero y otros seres fitoantropomorfos, zoomorfos y antropomorfos.

Así, los seres *Pata de agua* han construido y creído en sus dioses: Ithíoco (Ser Supremo), Ninha (el Sol), Thi (la Luna), Uhrira (el lucero), Bubha (custodio del territorio). En mohanes y mohanas, en luces encantadas, en el poder de los secretos y hechizos, en los brebajes e inciensos ahuyentadores de la maldad.

Además, la gente *Pata de agua* heredó el impacto del encuentro entre europeos, africanos, asiáticos y amerindios; se forjó en la multiculturalidad. Sus creencias se amarraron a santos cristianos, africanos y propios, así como a la mezcla de los mismos. Así aparecieron Jesusito, el Cristo milagroso, la Candelaria, la Marquesita de La Sierpe, Santa Ficha, Santa Tabla y diversas romerías y fiestas en honor a estos seres con poderes de sanación, de abundancia y de encuentro con el amor. Una práctica como el sobijeo, que se hacía en presencia de Ithíoco, hoy se hace palpable al sobar o frotar con las manos y algodones las figuras del Santo Cristo o Milagros de La Villa, la Cruz de Mayo, Jesusito de Praga y otros santos patronos en cada localidad.

Otra forma que evidencia lo mismo son las danzas que se practican alrededor de las fiestas o ferias religiosas, animadas con músicas ancestrales, donde la ronda y el juego de antorchas o velas encienden la llama espiritual

> Recorrido por la ciénaga del Totumo y el caño Mojana. Fotografía cortesía de la Escuela Taller de Cali. Sucre, junio de 2025.

FLOTUSSA
FLOTUSSA

Basilisco o guataquí, ser primigenio de agua y gran maestro del camuflaje. Fotografía de Diego Miguel Garcés. Complejo de Ciénagas de Güira, Sucre, Sucre, marzo de 2023.

y la invocación a dioses primigenios, en formas triétnicas catolizadas. Así, por ejemplo, se celebra al Jesusito de Praga: santo milagroso, reverenciado por las mujeres en gestación y a quien le ofrendan misas y mandas para que cuide de las y los recién nacidos. Esta figura no ocupa un lugar en los interiores de las iglesias, pero sí uno muy especial en las casas familiares, donde se le ha acogido para su veneración.

Por otro lado, aparece la Marquesita, un ser de leyenda, transfigurado en personaje español, cuyos poderes de diosa blanca provienen de dioses indios y negros. De esos poderes nacen los ríos, las ciénagas y los caños; surge la vida. Tal y como antes se le endilgaban esos poderes a Ithíoco, a Thi o a la Mohana, diosa creadora y custodia del agua.

Los *Pata de agua* siempre han sido astrónomos; observan el movimiento de los cuerpos celestes y su influencia en el entorno. Quizás así fue que pudieron perfeccionar su gran sistema hidráulico, direccionaron sus caminos de agua, tal y como lo hicieron con el viento; el diseño de cada isla, camellón y canal se pudo hacer tomando la georreferenciación de las estrellas y las constelaciones. Con ello formaron un gran sistema estelar, replicado en la tierragua o el aguatierra. De igual manera entendieron los ciclos climáticos y elaboraron sus cuentas y calendarios hidrobiológicos para el desarrollo de la agricultura y la pesca, cuyo uso aún persiste en el territorio.

El *Pata de agua* es un ser que vive en su tiempo y se

recuerda en el agua, pero que también guarda un hálito de esperanza en los cambios y retos del presente y el futuro.

El desequilibrio antropocéntrico, aquel que ha propiciado una paulatina diferenciación y un progresivo distanciamiento, rayando en el enfrentamiento, con el entorno natural, ha embarcado a los *Pata de agua* en una nueva canoa, llena de crisis, con la merma sustancial de la vida en la casa común. Pero el *Pata de agua*, con sus recuerdos y formas simples de vivir en su territorio, con su principio básico de estar en armonianza con el aguatierra y la tierragua, puede aportar en la construcción de una nueva humanidad.

UN SER PENSANTE, MEMORIZANTE, SINTIENTE Y COMUNICANTE

El *Pata de agua* es un ser que se piensa en y con el agua. Sus pensamientos fluyen en las corrientes del río, en el vaivén de la ciénaga, en los sufrimientos que esta refleja a través de sus espejos líquidos, en los olores de las plantas, en el nado de los peces.

La relación entre lo humano y no humano enseña al *Pata de agua* la necesidad de la coexistencia y, así mismo, la capacidad para sentirse y aprender de cada especie, de su canto, de su vuelo, de la manera de comunicar su alegría o su tristeza, o de la alerta por la irrupción del intruso.

Un Pata de agua identifica en la espuma una especie acuática; sabe si es un pez o un reptil, sabe si es bocachico o mojarra, sabe si es hicotea o babilla; conoce cada forma en la ciénaga y la convierte en símbolo comunicativo. Es un experto conocedor del territorio de aguatierra o tierragua; entiende el movimiento del songó y el color de las hojas del cantagallo, que le dicen cuánto animal tiene la ciénaga. Distingue las formas de las algas "agallas de pescao" y su manera de flotar y aflorar en el agua, que indican cuán intensa será la lluvia.

El conocimiento *Pata de agua* se agudiza en los sonidos silvestres; sabe qué cuentan los cantos de los batracios y discierne si es lluvia o sequía; se alerta cuando rechina el carrao, que anuncia abundancia, escasez o malos presagios. Atiende a las lombrices, que señalan la proximidad de una fuerte tormenta y vientos huracanados. Relaciona el aumento de zancudos, en la prima de la noche, con un gran diluvio nocturno. El mundo está lleno de señales que los seres anfibios, *Patas de agua*, reconocen, como si hubieran nacido con esa destreza, como si eso que ya sus abuelas, abuelos y demás ancestras y ancestros conocían estuviera incrustado en la memoria desde el principio de los tiempos.

Y es que el ser *Pata de agua* está hecho de memoria, como memoria tienen la tierragua o la aguatierra. Un conductor de chalupa, una canoa de carga o de pesca, puede llegar al puerto programado con solo guiarse por su memoria. Por eso son grandes baquianos los *Pata de agua*: con la sola observación de las líneas de corrientes

que brotan en los caños y con la dirección que toman las taruyas en su fluir, advierten cuáles son las aguas profundas que no les permitirán encallarse o vararse en un banco de arena.

Por conocer esas mismas señales, al *Pata de agua* le basta con lanzar una vareta sobre el *firme* —el entramado vegetal que arropa un caño o zapal— para caminar sobre las aguas, cual ser levitante. Pero esto también se hace posible porque el *Pata de agua* es puro equilibrio; desde el vientre materno fue incorporando la postura, el caminado, para estar a bordo de su embarcación como si estuviera en tierra, y en tierra como si se hubiera hecho al agua. Saber caminar en los puentes, o por los bordes de una canoa, responde a una técnica corporal, cerebral, que ha desarrollado para alivianar su peso y mantenerlo casi suspendido, como si tuviera alas y pudiera simular a sus hermanas aves para sostenerse en una rama.

El pensamiento de un *Pata de agua* tiene la rapidez y la plasticidad de un primate que salta por las ramas de la inteligencia.

La vida le demanda ser recursivo, estar atento a cada señal con el cuerpo entero. Porque es la demostración de que el cuerpo piensa: aquí no hay división entre cuerpo motor, corazón sensible y cerebro intelectual; aquí obra como un todo continuo y coordinado, como un verdadero sentipensante.

El agua es su escuela. En caño, riachuelo, quebrada o ciénaga, las niñas y los niños aprenden, como diría Gabriel García Márquez, "a nadar antes que caminar"; aprenden a bogar, a saberse seres anfibios, a disfrutar de sus aguas y a vivir en ellas como si fueran un parque, que de hecho lo son: son su parque natural, que a falta de columpios metálicos tiene ramas de árbol; que a falta de toboganes plásticos cuenta con la orilla o el barranco para deslizarse. Pero, además, es el cultivo de su vida, de lo que será su plato de comida, que deberá aprender a capturar para sostenerse en este, su mundo acuático. Del agua del caño aprenden el niño o la niña *Pata de agua* a saber cómo orientarse; en sus bajadas y subidas de agua, descubren las diferencias en los ciclos atmosféricos, cuándo es sequía, cuándo es lluvia; en sus orillas, conocen del ritmo de crecidas, de cotas inundables, a partir de señas o marcas en las cortezas de los árboles y las paredes de sus casas, que también se vuelven señales de memoria.

Y así como está el caño, está la ciénaga: ese espacio amplio, semiovalado, de pocas corrientes, que se abre

como un gran espejo de agua y se alimenta de caños, riachuelos, ríos y de otras ciénagas. Como tiene que ser, es otra extensión de la escuela del agua. La ciénaga gradúa al ser *Pata de agua*. Este espacio exige mayor destreza. Quienes se iniciaron en el caño, ahora se permiten tomar mayores riesgos. Aquí se exige el despliegue de amplias capacidades, aquí la agudeza de los sentidos es primordial; el grado sensorial permitirá salir triunfante en este ciclo de aprendizaje. Ahora se debe aprender de las olas, a saber cuándo salir o entrar, a cómo tomarlas si vas en una embarcación pequeña, mediana o grande; a probar la capacidad de orientación, de la que dependerá llegar a un lado u otro sin percances. Conocer sus corrientes ayudará a saber la profundidad y, gracias a ello, capturar los peces que llenarán su entrampe y sus bolsillos, que darán felicidad a toda la familia. La ciénaga es un nicho mayor que instruye al *Pata de agua* en la riqueza de su territorio, la grandeza de la naturaleza y lo diminuta que es su vida; en la dimensión de la ciénaga, el hombre y mujer *Pata de agua* entienden qué y cuánto somos en este universo de agua.

Pero en el territorio *Pata de agua*, es el río la máxima expresión del mundo anfibio. Este camino largo de aguas, torrentoso, profundo y con caudales cambiantes, es el que llena, como un gran conductor, los vasos comunicantes en el interior del gran espacio *Pata de agua* que es La Mojana. Lo ríos son escenarios de abundancia, de repartos de nutrientes, de carnes plateadas que luego sucumben en los platos de la gran comarca; pero, también, son los anunciadores de los desequilibrios que ha tenido la naturaleza por los comportamientos antropocéntricos, arrogantes y ambiciosos del sistema social, económico y político dominante. El río es un gran laboratorio y es la universidad del *Pata de agua*. Saber andar sus aguas es motivo de orgullo, pero también es el producto de la sapiencia y el cúmulo de saberes ancestrales. Para navegar el río hay que saber diferenciar el color de sus aguas, captar su ritmo, lo cual puede garantizar una gran pesca y un recorrido rápido y sin tropiezos. Saber dónde lanzarse, permitirá no tener encontrones con caimanes o con un remolino que te desaparezca con todo y canoa. La dirección del río amplía el conocimiento, enseña a relacionarse con otras comarcas: comercializar, tener aventuras románticas y ganar unos buenos pesos que ayudarán a llevar abundancia a los hogares de las familias *Pata de agua*.

Queda por mencionar otro singular escenario de aprendizaje: el zapal, entramado de agua y vegetales, que por lo mismo es un gran nicho de vida. En él viven decenas de especies, plantas, insectos, aves, reptiles, felinos, hicoteas, ponches, nutrias. Aquí se aprende de biología, de los ciclos de vida, de la armonía del y con el territorio, de cómo las formas de vida van en juntanza; es el indicador hidrobiológico vivo y dispuesto para el aprendizaje.

Del zapal se puede tomar, pero también hay que dejar, y con ello poder mantener una disposición permanente en tanto que centro de vida y espacio transformador.

UN SER LIBRE

El *Pata de agua*, como ser de naturaleza, es un ser libre, que abraza el todo en las dimensiones del agua, que intenta agarrarse a las siluetas de las nubes, que busca arroparse en el manto de las flores y sujetarse en los cordones infinitos de anémonas moradas que bordean sus aguastierras y tierrasaguas.

Su libertad está en decidir y construir su propio tiempo; el reloj lo sincroniza de acuerdo con la actividad a la que se dedica. Su día a día navega al ritmo de las olas y en la dimensión de la canoa existencial. Lo señalan el color del sol, la intensidad de la brisa, las huevas del caracol.

Pero, igualmente, los *Pata de agua* saben que su tiempo está en la velocidad del martín pescador, que no se detiene. Es consciente que de su labor y su destreza depende tomar lo que provee el entorno y prolongar su estirpe. Porque su ritmo está condicionado por los marcadores biológicos de los ciritongos (las mismas libélulas), en los que cada segundo cuenta. El ciclo del agua le indica los tiempos para arar, cosechar y recoger; para alistarse, tejer sus entrampes y retornar al agua.

El día, me cuenta un pescador *Pata de agua*, inicia bien temprano, cuando aún no ha salido el sol, entre el cierre de la madrugada y el despunte del alba. Su horario laboral no está circunscrito en la formalidad empresarial; la hora la ponen la lluvia, el sol o el temperamento de la ciénaga o el río. Su descanso depende de lo obtenido en la pesca y su comercialización.

Entrar dos o tres veces en un día puede ser una opción, dependiendo de la abundancia, la escasez o el estado del agua. Si está en descomposición —*abombada*, se dice—, es necesario estar mucho tiempo cerca del entrampe para evitar que los peces capturados se dañen o sean extraídos por babillas o nutrias. La faena dura lo que el medio disponga.

Para un agropescador, el ritmo laboral es casi igual: aprovecha el fresco de la mañana para adelantar las labores de limpieza y siembra; el cuidado lo detiene bastante rato, ya que debe evitar que aves y roedores dañen o coman las semillas o las plantas en despunte. Su reloj está apegado al canto de los pájaros, al rebuznar del burro o a la sombra del sol en los árboles; su descanso lo decide la extensión del trabajo: puede ser en la casa o en el mismo lugar de siembra, bajo la sombra de un árbol, metido en un chinchorro. El sueldo depende de lo producido en este espacio libre, que es un eterno y cotidiano acuerdo con lo que el medio le da y le quita, en uno u otro momento. Pero su lugar de trabajo es también de recreación: disfruta de la música del viento en la rama de los árboles y el afloro espiritual de las aguas como del trino de los canarios. En este vínculo con la naturaleza se define su libertad.

< Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2020.

UN SER EN COMUNIDAD

Una política de y para la vida
es una política de esperanza de vida.
Se trata de ampliar y enriquecer
los horizontes de vida
como horizonte de tiempo, tanto como sea posible.
Carlos Eduardo Maldonado

El ser *Pata de agua* se construye, se realiza y se sostiene en la fuerza del trabajo en equipo. De ese trabajo depende su buen vivir.

De su capacidad de construirse y reconstruirse en la unidad nace la resistencia, el ímpetu por no sucumbir, por seguir los caminos trazados por sus ancestros y ancestras, por proyectarse como un ente territorial autónomo, capaz, sostenible, sustentado en la armonía y el equilibrio, cuyo principio rector, en la administración de sus recursos y capacidades, lo deposita en la *armonianza*, que es una concepción biopolítica que le permite pensarse y, tanto más, ordenarse alrededor del aguatierra y la tierragua. Esto lo lleva a equilibrar sus decisiones de poder; también sabe equilibrar su cuerpo. Estas decisiones las toma pensadas y estructuradas de manera circular y no vertical, caso que no lo lleve a involucrarse en una pelea infructuosa con las dinámicas naturales del territorio. Espera, por el contrario, que le posibiliten estar y coexistir con todas las fluctuaciones que hacen posible la vida.

Los *Pata de agua* en comunidad son seres que actúan como una bandada de aves que se organizan en el corral de pesca. Igual que las garzas y los patos yuyos, se hacen uno para obtener el alimento. Los *Pata de agua* son los vecinos que dejan abierto el patio, sin los límites convencionales, para abrazarse en la cooperación, en el cuidado colectivo, permitiéndose compartir en la hermandad los bienes, que reconocen no son de un solo ser, sino de todos. Optan por el bien común.

La comunidad *Pata de agua* es la unión de fuerzas, saberes y haceres. Aquí la familia es el pilar, pero también una extensión comunitaria. Como parte de sus labores, es el hombre quien toma la iniciativa de adentrase en espacios alejados del seno de la casa. Toma sus herramientas para ir a la ciénaga, roza o corral, luego regresa con sus productos al espacio de todos. Ahí, las mujeres *Pata de agua* continúan con el trabajo de organizar y poner a disposición comercial el producido. Si fue una faena de pesca, ellas preparan sus cuchillos, tablas y poncheras para escamar los peces, lavar y ordenar los pesajes; en esto les ayudan las niñas, los niños y los jóvenes de la casa, no como una carga o forma de abuso laboral infantil, sino como principio colaborativo y de distribución del trabajo que va dando experiencia en esta otra escuela de

la vida. Si la faena está relacionada con el trabajo de la tierra o la extracción de recursos que provee la naturaleza, la disposición es muy parecida. Entonces la mujer se apresta para tomar el pilón y sus totumas, para pilar y ventear el arroz, desgranar el maíz, desplumar las aves o rasgar la piel a algún roedor que más tarde llene los platos en la mesa. Una mesa humilde, pero rica en la sustancia, dispuesta por el trabajo en conjunto.

En comunidad se construyen puentes de diálogo, de búsqueda de mejor calidad de vida para todo el mundo; se organizan en Juntas de Acción Comunal, colectivos o asociaciones; se trabaja en la *mano vuelta*. Este ejercicio permite juntar fuerzas para que nadie deje de recibir. Se prestan herramientas, se comparte entre vecinos; en un pueblo *Pata de agua*, dicen sus habitantes que "difícilmente alguien se acuesta sin comer si otro tiene con que dar". Y esta es una forma de vida, una política, que se extiende al dominio de los animales. Aunque puedan tener dueño, andan a sus anchas, de patio en patio.

También es en comunidad que se recibe al gobernante o visitante; se le escucha, se le propone, se le controvierte cuando es el caso. Los seres *Pata de agua* son muy celosos de la palabra empeñada, actúan bajo el principio de buena fe. Amabilidad y humildad son sus cartas de presentación. Son amigos leales, ofrendan con cariño un plato de comida o los frutos que siembran en sus patios.

UN SER DE NATURALEZA Y AGUA

Estamos en un mundo y no estamos solos en ese mundo.
Hay otros mundos que merecen ser respetados,
porque equilibran y armonizan el todo, y el todo es la vida.
Arturo Escobar

Los seres *Pata de agua* son hermanos en el agua, porque son del agua y vienen del agua. Son los humanos y no humanos de ríos y ciénagas, de caños y zapales, de playones y humedales. Su historia es mítica y mística, su tiempo transcurre en la capacidad de *andar sobre el agua* de seres primigenios como el Guataquí (*Basiliscus basiliscus*), de quienes también han aprendido a camuflarse. Se saben guiar por las aguas, siguen el vuelo de las aves para determinar los caminos, el lugar de la comida, el espacio de pesca, el punto exacto para poner sus entrampes.

Son seres que nadan con la fuerza de los caimanes, que resisten y se defienden con el caparazón de la hicotea, que se mueven y, al igual que en los ciclos de los peces, buscan aguas altas o bajas de acuerdo con la necesidad y el momento de vida. Pueden convivir en el agua y fuera de ella, y se adaptan a los ciclos la naturaleza misma.

El *Pata de agua* es un ser que, como el chavarrí, se sacrifica exponiendo su cuerpo para proteger a sus hermanitos de ciénaga. Su canto es el anuncio del peligro;

avisa la presencia del invasor, es el gran centinela, cuidador de la vida, que intenta preservar la existencia incluso a costa de la suya.

Es por ello que la lucha del *Pata de agua* por proteger sus tierras lo ha puesto en riesgo, al punto de ver caer a varios de sus compañeros en la manga del terror. Pero no importa: igual insisten en que vale más cuidar su casa común que aceptar su destrucción por cuenta de manos codiciosas, que irrespetan a la madre naturaleza.

Esa tenacidad ha pagado. También sus luchas han dado frutos: han recuperado espacios, han logrado atraer la mirada del Estado, que se escuchen sus voces, han afirmado su existir y resistir en el territorio. El aguatierra o la tierragua es a donde pertenecen y en donde quieren estar: donde quieren que su estirpe viva y le pueda dar ejemplo a la humanidad.

UN SER EN ARMONIANZA

El Pata de agua es un *ser* que, por su naturaleza en armonía, surca los vientos, se hace a los cielos, reconoce y se apropia de su territorio, donde saborea el néctar de las flores y con su pico de colibrí transporta el polen, esencia de la vida. Su tarea la ejecuta modelando en las ciénagas, dando saltos sincrónicos, cual gallito de agua; sabe que su presencia ahí representa la salud del territorio aguatierra o tierragua. Que, de su camino trazado y andado depende la salvaguarda de los saberes, que es un custodio de la ancestralidad. Que, solo de él, de su persistencia —que es resistencia— y de la capacidad de mantener el equilibrio podrá permanecer su entorno natural y cultural.

En su *armonianza*, el ser *Pata de agua* es un enamorado de la vida; es biocéntrico, se acepta en la naturaleza y como humano, se compromete en la coexistencia con lo no humano; en su concepción, todos valen y se merecen la vida. Propicia el convite de los dominios de la vida en todas sus formas.

En su *armonianza*, el *Pata de agua* se recuerda en el agua, se busca en la canoa, su compañera fiel, sus pies en caños y ciénaga, su medio de andar y de hacer. La canoa no es peso en su espacio, no pide alimento y tampoco se va con otro; es compañía siempre, que lo mantiene en línea con el tiempo, que lo conecta con la ancestralidad.

El pescador *Pata de agua* y su canoa se hacen uno, pendulan por entre los caños y ciénagas, se armonizan.

> *En la habilidad del mono aullador está el pensamiento anfibio. Fotografía de Diego Miguel Garcés. Bosques de Casa Amarrilla, Sucre, Mojana, marzo de 2023.*

UN SER ECO-AGROPESCADOR

Criamos las semillas, los animales
y las plantas, y ellos también nos crían.
Arturo Escobar

La gente *Pata de agua* es eco-agropescadora. Se mueve y juega entre las periodicidades cíclicas de las precipitaciones, que marcan su ritmo. La abundancia o la escasez condicionan el trámite de la vida: sus quehaceres, la alimentación, las celebraciones, las alegrías o tristezas, su estado de ánimo; en suma, todo su modo de vida.

Para *la* y *el Pata de agua*, hay tiempos para la cosecha con pocas o bajas aguas. Para ello, dispone de su saber ancestral, toma el regalo de la naturaleza, el limo, los nutrientes que le dejan las aguas, para darles uso a los playones, riveras y espacios fértiles y plantar las semillas. Pocas veces usa agroquímicos, se la juega con los fertilizantes naturales; hacer crecer las hortalizas, cereales, tubérculos, leguminosas, frutales y ornamentales es una tarea de hombres y mujeres, en "la roza" o en el patio, en la loma o en la troja, cada uno se distribuye y dedica su espacio y tiempo para, en el lapso que dispone la naturaleza, poder entregar en el plato el fruto de su labor.

Desde esta visión, *el Pata de agua* se hace a su propio espacio de cosecha: el patio es un espacio que aquí no se configura en la tradicional división delineada

> *Fotografia de Linda Esperanza Aragón. 2018.*

por cercas y limites convencionales; es una extensión de su casa, abierta, en comunión con los otros y que se disuelve en la frontera del agua. El patio permite cultivar y componer la dieta de la *armonianza*: calabaza, auyama, habichuela, fríjol, maíz, yuca, pepino, plátano mafufo, guayaba, cañañola, zapote, níspero, naranja, chirimoya, ají, tomate, berenjena, col, toronjil, hierbabuena, paico, todo muy próximo a la dieta de los primeros habitantes zenúes-panzenúes, acompañada de bebidas y brebajes de uso doméstico y ceremonial.

El patio *Pata de agua* también deja crecer aves de corral, gallinas, patos, pavos, gallinetas, cerdos, reses y equinos, que ayudan a desarrollar labores y a impulsar el autoconsumo y la economía familiar-comunitaria.

En el patio, el eje es la abuela o *Madre pata de agua;* ella es quien lidera los procesos de adecuación, siembra, cuidado y recolección, quien dispone de los frutos y semillas para adornar el plato y la mesa. La abuela es quien toma las hierbas para preparar las bebidas, brebajes o baños que tratan el mal de ojo, la lombriz en niños y niñas, la rasquiña. Con hojas de matarratón se reza y baja la fiebre a los bebés, se curan las cicatrices del sarpullido y de la varicela; con el azahar de la india se espanta a las brujas, se aromatizan las bebidas y se ambienta la sala de la casa. La abuela toma el paico para desparasitar a los miembros de la familia, su conocimiento ancestral llena los estantes del dispensario de la *armonianza*.

En los patios más extensos, el *Pata de agua* expande los cultivos de arroz, caña de azúcar, maíz, patilla, melón, coco, corozo, maracuyá. Estos productos llegan a las plazas de mercado populares en cada localidad, en la cabecera municipal, en el puerto, en la plaza mayor, en la calle. Son espacios de venta directa, sin intermediario. En torno a la venta, la gente compra, pero también conversa, circulan chismes y noticias, se discute. Se cuentan historias de vida, se pone en relieve el estado de cosas en cada localidad rural, se trenzan posibilidades de solución, se critica y cuestiona los servicios básicos insatisfechos, se fundan elementos sociopolíticos que hacen vivo el espacio y fortalecen el pensamiento disruptivo y la hermandad.

Pero el patio es tan móvil como la gente *Pata de agua*. Se transforma conforme los ciclos del agua. Cuando las aguas llegan e inundan las zonas bajas, los patios se componen de trojas, nidos, tambos y balsas que permiten el crecimiento de otras semillas que igualmente contribuyen a la alimentación diaria. Estas no se inscriben en el intercambio a gran escala, sino que se convierten en recurso para el autoconsumo.

En el patio, el *Pata de agua* tiene sus prácticas, usos y costumbres para hacer brotar de la tierra lo que ella le permita. Se sirve de "la roza", forma de siembra en la que se prepara el suelo de forma manual, se limpia el terreno, se quema controladamente y luego, a chuzo y con coco a la mano, se lanzan las semillas una a una, a la distancia que permiten los movimientos sincronizados y precisos del pulso. Las lluvias ayudan a los granos a germinar, crecer y brotar, mientras los cuidan el espantapájaros, el silbido y el lanzamiento de bolas de barro con caucheras u hondas. El momento de la recolección también es manual; inicia usando herramientas para cortar (o uña y cuchillo) y prosigue con los amarres de puños de arroz y el desgranado, mediante la técnica conocida como *trilla*. Luego viene el proceso de *pilado*, que todavía en algunos casos se hace de la manera ancestral con el pilón y manos de madera, y que golpe a golpe van blanqueando el grano. Todo esto va acompañado de rituales para "el venteo", que es cuando el viento, como mejor amigo, es llamado mediante silbidos y charrasqueo de la totuma por hombres o mujeres, para que les ayude en su faena.

También se usa el arado, aunque, en su gran mayoría, las técnicas usadas para los cultivos diferentes al arroz son manuales.

En el caso del arroz, se conocen muchas variedades de granos: chilimico, marfil, ligerito, noventano, mulita, ina blanco, ina mono, ina macho, fortuna morado, canillita, belapan mono, guayaquil, guatapurí, blubone, fortuna blaconco, palmira, chejo, campeón, turipaná, carretero, belipan. Pese a la imposición de las semillas federadas, los campesinos *Pata de agua* las guardan y las cultivan para mantener y proteger la soberanía alimentaria.

Y como están los patios, están la ciénaga y el río. Entrar en ellos es todo un ritual, que se acompaña con

los preparativos de los útiles: canaletes, canoas, atarrayas, trasmallos o chinchorros, una palanca; algunas veces una flecha o un arpón. Todo está determinado por el momento o por lo que el agua esté dando. La inspección del cuerpo acuático no deja de ser importante; hay que saber cómo está, si está dispuesto a permitir el ingreso o si, por el contario, sea mejor dejar pasar el día y volver cuando las aguas estén quietas y permitan sacar los mejores plateados de sus entrañas.

"A la ciénaga se le respeta,
se le mima, se le consiente,
se le ama", dice el pescador.
No se le maltrata, se le acaricia,
se le danza, se le hace el amor.

UN SER POÉTICO, ECOHUMANO

La vida, si no florece en poesía, no vale la pena.
Carlos Augusto Ángel Maya

En la armonía y el equilibrio se arman los lienzos, en un juego de luces se permiten los colores, los vuelos y los sonidos, en hojas secas se permiten los símbolos y la poesía; bajo estos parámetros, la gente *Pata de agua* se construye, se sincroniza y se nutre para existir.

El ser *Pata de agua* es un espécimen en construcción, un ser que se moldea, que se pinta, se canta y habla en los versos de su entorno. Su navegar se hace con la fuerza utilizada por los bogas en sus piraguas. Su nado está anclado al lazo amoroso de los mohanes y mohanas, que luchan por mantenerse en la memoria.

Así mismo, este *ser* es una expresión de su naturaleza; es el sol reflejado en el agua en un ocaso de invierno, es el sonido de la lluvia en el diluvio de octubre, es la música y el tambor en una noche de cumbia, es el canto del sinsonte en la gaita de sus ancestros.

También es una silueta rosada en el amanecer, es el canto del baquiano que dirige la canoa, es ritual de media noche en tiempos de luna clara, es trompeta en fusión multiétnica, es un sabio que escribe versos, que le canta al viento y que grita... poeta.

Con igual tonada, le canta al pájaro macuá, le rinde culto al carrao, les danza a los peces, le silva a la iguana para dormirla, les escribe a los muertos y se baña con tinturas vegetales.

Pata de agua es un eco en la montaña, una brizna en la ciénaga, un modelo que se apresta para el pincel, es un ser del arte y para el arte, es un espécimen perenne.

Disfrutemos un poco de la aproximación estética del ser *Pata de agua*:

Ser Pata de agua

Un ser Pata de agua nada en las taruyas,
su caparazón se contrae,
juega al escondido,
se minimiza en la corriente.

Un caimán de trompa
lo sostiene en la levedad del cuerpo,
en un tiempo que lo lleva al encuentro
con los dioses del agua.

Un Ser envuelto en los ciclos de Heráclito,
un hombre que vuela en la danza de los peces,
marcado en los niveles de las huevas del caracol.

Anfibio que vuela por los cielos,
abrazado a las estrellas en los ritmos de la ciénaga.

Un ser de este mundo,
buceando en otros
mundos.

Ahora, en estas otras líneas, contemplemos el espacio poético en el que discurre el ser *Pata de agua*:

Entre cielos

Entre cielos, navega mi alma
cantan los pájaros
silban los árboles
se persignan los micos.

Entre viento y agua nada mi espíritu
susurra el viento
danzan las garzas
se despiden los peces.

Entre tierra y fuego fluye el agua
surge el polvo
lloran los ríos
se moldea el silencio.

Por último, con detenimiento, miremos y descifremos, con ojos de agua, la figura viva de un *Pata de agua:*

Un Pata de agua viaja en el tiempo

Él es un Pata de agua que viaja en el tiempo
sus pies de madera los transportan
sus alas empujan la canoa de la vida.

Él se bebe en el reflejo del agua
se ve en la copa del árbol
se balancea en el susurro del viento.

Él guarda su esperanza en la marca del caracol
su alegría viene en el caparazón de la hicotea
su canto está conectado con la nostalgia del carrao.

Él es su mundo,
el mundo es él,
en los colores del atardecer
en los sonidos de la lluvia
en el canto del chavarrí
en los cardúmenes de peces.

Pero el *Pata de agua* no solo refleja su estética en los versos escritos, también se deja observar en sus celebraciones, en las danzas y rituales alrededor de ellas. Así, el *Pata de agua* juega con su cuerpo en una ronda de cumbia, en la celebración de Santa Lucía, de San Martín o la Concepción; se construye en las sátiras de las letanías de las fiestas de carnavales, se permite el color con los vistosos trajes de las parejas de cumbia, tambora o fandango, también en los encuentros folclóricos y fiestas populares como verbenas, bazares o fiestas patronales.

Sus cantadores y cantadoras funden su poesía con cantos a la naturaleza: a las aves, al río, a la ciénaga, a los árboles. La voz de monte, los guapirreos y cantos de vaquería son parte de esa construcción ecoestética del habitante anfibio *Pata de agua* que se magnifica en la expresión oral, dibujada en canciones.

Aquí, apartes de algunas de esas composiciones:

Yo soy el mojanero,
el único que coge el caballo barcino para
verle ensuciar la tejuela,
le parte al pato yuyo el ala con la punta del
canalete
y galapaguea con la taruya al pescuezo.

Justo Cabrera Castilla

Voy a meter la cabeza como la metió el
carrao,
en medio de una horqueta con el pescuezo
estirao.
El carrao, cuando la mete, tiene segura la
horca,
yo la metí varias veces y siento una cosa
sabrosa.

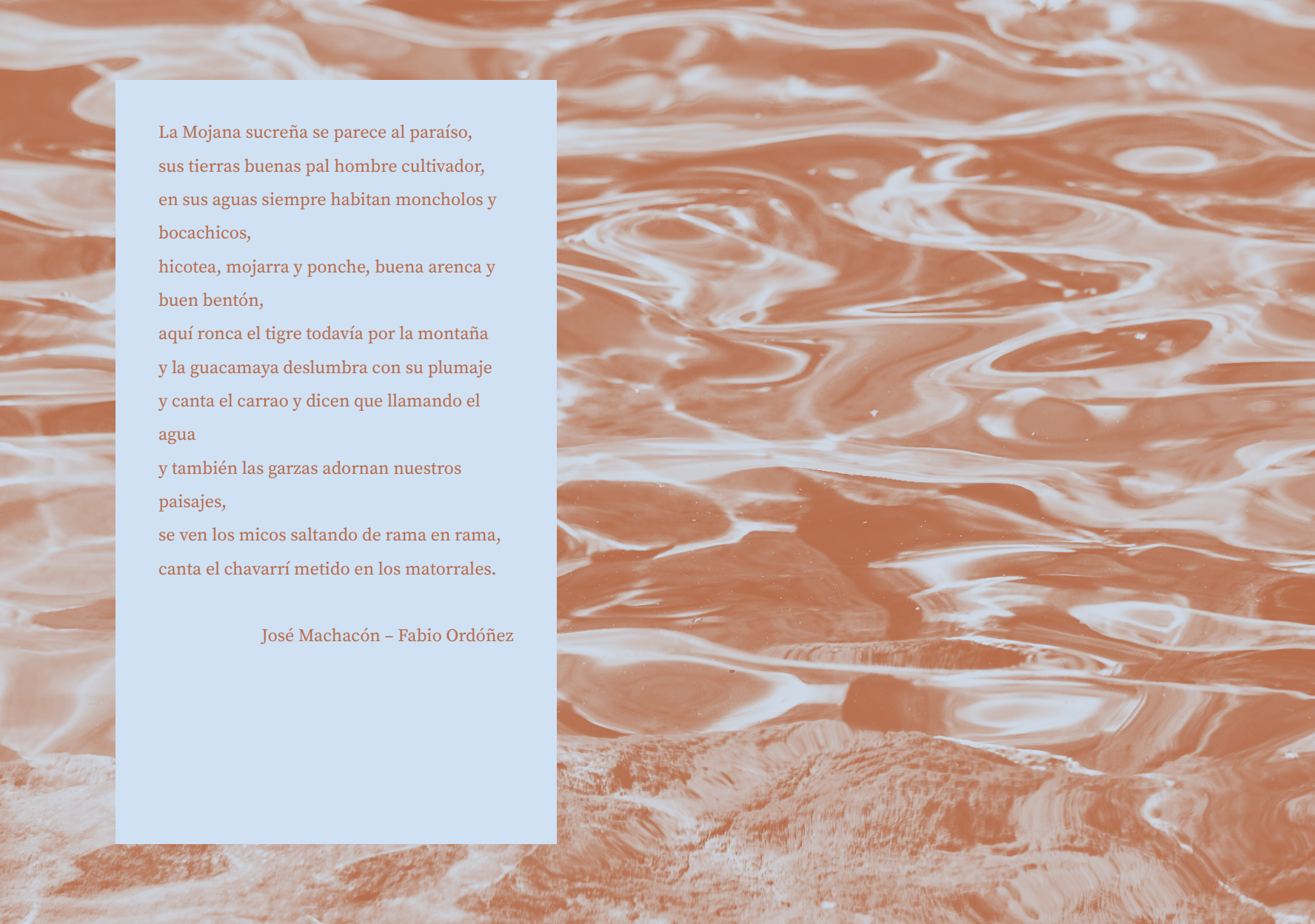
Hermanos Aguas

Aguas dulces y morenas que diseñan sus
riveras,
que llevaron la cultura a mis tierras
mojaneras,
noches que fueron muy gratas, luna
adornada de estrellas,
casa donde vivió ella en donde aún se
escuchan serenata,
Sucre, Sucre, en mi pecho yo te llevo.

Alfaro Arrieta

La Mojana se formó,
cuando el Corcavao estiró sus pies, estaba
cansao.
Y cuando los recogió quedaron sus grandes
huellas,
en aguas se convirtió, y una llanura bella,
confluye entre tres grandes ríos, el Cauca,
con el San Jorge,
Magdalena con su brío, riquezas esconde.

Alfaro Arrieta



La Mojana sucreña se parece al paraíso,
sus tierras buenas pal hombre cultivador,
en sus aguas siempre habitan moncholos y bocachicos,
hicotea, mojarra y ponche, buena arenca y buen bentón,
aquí ronca el tigre todavía por la montaña
y la guacamaya deslumbra con su plumaje
y canta el carrao y dicen que llamando el agua
y también las garzas adornan nuestros paisajes,
se ven los micos saltando de rama en rama,
canta el chavarrí metido en los matorrales.

José Machacón – Fabio Ordóñez

DE LA ESCUELA AL RÍO: UNA RUTA DE PEDAGOGÍA

ANFIBIA Y BIOECOTURISMO

Jairo Castro Acosta[1]

EL ENCUENTRO CON EL AGUA

Ahí iba yo, con los brazos cruzados en el borde de aquella canoa que corría lenta, como el tiempo en este país de las aguas. Dos días antes, mi madre me había advertido: "El sábado me lo llevo para que me ayude a cargar la mercancía. Prepárese". Ella es una *pata de agua*, como tantas otras que reinventan la vida en La Mojana; una mujer obstinada en darles educación a sus hijos, aunque en el pueblo le dijeran que eso era cosa de gente rica que no se moja ni la pezuña. Cada sábado vendía mercancía por los pueblos ribereños del río San Jorge, rebuscando los pesos para cumplir ese sueño. La única agua que yo conocía a mis diez años en Santiago Apóstol, jurisdicción de San Benito Abad, donde nací, era la que sacaba de la tinajera para calmar la sed.

Aunque este pueblo grande del departamento de Sucre se encuentra plantado a orillas de una ciénaga, a los niños que vivíamos al otro extremo, colindando con los playones, se nos prohibía acercarnos a los barrios de las orillas de este espejo de agua. Nuestros padres lo hacían por temor a que nos ahogáramos en sus aguas.

Por eso, ese sábado me asombró la inmensa cantidad de agua al aire libre, aquel espejo líquido que se extendía hasta el horizonte. Me quedé con los brazos cruzados, maravillado al ver cómo los peces saltaban al paso de la canoa, cómo los caminos de agua se cerraban entre los árboles de los caños y la espesa llanura de los zapales, y al escuchar el canto de las aves y el eco de los monos aulladores. Tras esa travesía, llegamos a Doña Ana, en San Benito Abad, Sucre. Un caserío de viviendas elevadas sobre pilotes, donde las miradas de ancianos y ancianas parecían perdidas en la creciente y en mí, que no salía de mi asombro. Vi niños felices lanzándose al agua desde los "tambos", esas estructuras de madera improvisadas en algunas casas para aguantar la inclemencia de las inundaciones. Esos tambos les permitían seguir habitando su territorio a pesar de las aguas que arrasaban con todo en las noches de invierno. Hoy, como el sociólogo de este territorio anfibio, Henry Huertas, veo en esas estructuras

1 Contador de historias que retrata las memorias del agua en sus escritos y resignifica el territorio a través del oficio de narrar.

< Niños se lanzan al río San Jorge desde las raíces de un árbol. Fotografía de Jairo Castro Acosta. Corregimiento de San Antonio, Magangué, Bolívar, 2023.

el ombligo que mantiene a los seres *pata de agua* conectados a su tierra.

Después de ese sábado seguí yendo en invierno y en verano. No borro de mi mente la imagen de los mayores tejiendo, en las puertas de sus casas, las redes que les permitirían obtener el alimento y así seguir habitando y rehabitando el territorio. Tampoco olvido el olor a pescado impregnado en cada calle durante el verano. Esas imágenes son la memoria de un corregimiento que resistió y sigue resistiendo los embates de la vida, la violencia y la naturaleza. Gentes que hoy están trasplantadas o reubicadas en otras orillas y pasaron de depender del canalete y su canoa a una moto arisca que las arrastra por caminos alambrados: una vida nueva a la que no terminan de adaptarse.

Al ver a esas gentes y su lucha, comprendí del todo la herencia de mi mamá. De ella no solo recibí la educación, también la mirada hacia el agua: el agua que comunica pueblos, pero también memorias.

Es la misma agua que ha sostenido y sigue sosteniendo generaciones de seres que habitan y rehabitan sus orillas, como buscando su abrazo para ser arropados en sus mantos. Seres que heredan, de generación en generación, formas de vida propias que facilitan su andar por entre las aguas de los caños, ríos y ciénagas de esta batea gigante que recibe agua de todas partes.

Porque el agua en este territorio sigue siendo testigo de violencias, abandonos y decisiones ahogadas en escritorios. Ha visto pueblos trasplantados y, sobre todo, la resiliencia de esta gente que, a pesar de la adversidad, sigue esperando un tiempo bueno. Sigue creyendo en la palabra, incluso cuando ha sido engañada y el agua le llega hasta el pescuezo en invierno, o con el pie tallado por las ciénagas resquebradas por la sequía en verano.

El agua es memoria. Sus orillas guardan las cicatrices de familias enteras y, sobre ellas, las de cirugías que buscan supuestamente domar el cauce.

Son soluciones pensadas desde un escritorio en las faldas de una montaña, por gente sentada, no en el suelo de una canoa, sino en un sillón de esponjas, completamente alejadas de la realidad que atrapa a este territorio.

Por eso, un comentario inunda los pueblos de La Mojana: “Así es todo aquí”. Lo expresan los pescadores, sabios de la vida que han sembrado su fe en una atarraya. Año tras año, ven cómo su tierra se convierte en noticia mientras la solución es siempre la misma: tapar chorros, como si el problema solo fuese ese.

> *Aula flotante. Con Agroanfibia, la Ciénaga Grande se vuelve aula: paisaje, memoria y conocimiento vivo sobre La Mojana. Fotografía de Mario F. Mora Goyes. Ciénaga Grande, San Benito Abad, Sucre, 2025.*

Los medios y la gente de otros lados insisten en mostrarnos el mismo problema: los chorros que se desbordan año tras año. Pero esa es una mirada superficial que oculta las verdaderas heridas del territorio.

Oculta la crisis ambiental y social: que nuestras fuentes hídricas están contaminadas con metales pesados; que las ciénagas fértiles yacen en poder de terratenientes; que la invasión del búfalo aniquila el hábitat de la hicotea; que hay pueblos enteros asediados por la erosión, atrapados entre el río y el alambre de las fincas; y sobre todo, que la pesca agoniza por la desaparición de nuestros peces.

Además, oculta la herida más profunda, una que no hace ruido: que la violencia también nos golpeó. Pero aquí, a diferencia de otras regiones, no se han hecho procesos de construcción de verdad y memoria colectiva. La herida sigue abierta y silenciada, con flagelos que aún no se han contado. La verdad no florece porque el conflicto sigue latente, quizás en otras formas, o por el abandono de un Estado que nunca ocupó realmente los vacíos que dejó la guerra. Cuando lo social no se atiende, el conflicto se vuelve un ciclo: los padres protagonizan la guerra de hoy; mañana lo harán sus hijos.

Al final, al ocultar todo esto, nos hacen creer que el agua es la enemiga. Y no. El agua nos define. Desde que era niño y la recorría en compañía de mi madre, aprendí su lección más importante: el agua nos narra.

FGC 75E

EDUCAR EN UN PUEBLO ANFIBIO

Tras habitar otros territorios, regresé al mío. Esta vuelta fue un eco del destino. Volví para sembrar la palabra en una escuela rural de San Benito Abad. Mi destino era el Centro Educativo Cuiva, en el corregimiento del mismo nombre, un pueblo anfibio clavado con la resistencia eterna a orillas del caño Viloria. Allí, se abría la oportunidad de devolver, a través de la enseñanza, la luz del sueño forjado por mi madre.

Fue un lunes de julio del 2015, en pleno invierno, cuando llegué. La trocha de cuatro kilómetros se hizo eterna mientras me aferraba al anca de la moto y el mototaxista sudaba a mares, batallando con el barro malcriado que un aguacero largo había empapado. De pronto, una imagen me golpeó: un ramillete de niñas descalzas, con sus uniformes de colegio y los zapatos terciados a la espalda, amasando el fango con una naturalidad propia de estos pueblos donde el olvido y el tiempo se tragan hasta la capacidad de asombro de sus habitantes.

Aquellas niñas eran el vivo retrato de este pueblo: un lugar que lucha a diario contra la furia del caño por no desaparecer. Ese animal insaciable ya se ha comido cuatro calles y el templo, pero esta gente *pata de agua* sigue dando muestra de resistencia.

Una comunidad que, paradójicamente, en los años cincuenta lo fue todo, pues su ubicación geográfica era sinónimo de prosperidad. Desde aquí salía todo el plátano que alimentaba los grandes mercados de la costa: Cartagena, Barranquilla, Magangué y la Villa de Tacazúan.

A esta encrucijada de lucha y antigua prosperidad llegué yo con veintiocho años, un docente recién salido de la universidad, con el hambre de cambiar el mundo a punta de pecho y palabra. Pero la realidad de Cuiva, un pueblo abandonado en el tiempo, no inunda las expectativas, sino que las ahoga. Pronto comprendí que toda la teoría universitaria sobre la adversidad era un manual inútil ante la dignidad cruda de mis estudiantes.

Aquí la jornada escolar empieza mucho antes de llegar al aula. En algunos casos, empieza tranqueando tres kilómetros de barro en invierno. En otros, tirando canalete en una canoa para cruzar el caño. Para la mayoría, empieza al alba, con las manos ya cansadas de pescar o de ordeñar el ganado en fincas ajenas.

Todo el esfuerzo diario de estudiantes y docentes termina aquí, en el colegio, en un monumento a lo absurdo que se fortalece con cada amanecer. Es un armatoste elevado de hierro y plástico que se cae a pedazos. La historia de su fracaso es breve: fue inaugurado y, tan solo un mes después, un huracán le arrancó un salón completo y desplazó sus cimientos.

Por si fuera poco, las paredes de plástico convierten las aulas en hornos, haciendo imposible dar clase después de las diez de la mañana. Esto nos obliga a asumir un riesgo diario: enseñar y aprender bajo esa misma estructura inestable, un espacio con las bases corridas

< Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

que es devorado por el tiempo y el óxido. La precariedad llega a tal extremo, que niños y niñas deben calmar su sed con la misma agua que abastece los sanitarios.

Pero esta precariedad material solo refleja una crisis social más profunda. Las situaciones del día a día en el salón me hicieron entender las problemáticas de aquel pueblo de "gentes con patas de agua". Recuerdo a un niño que me reclamó airado en clase de ciencias porque el libro aseguraba que la gente comía tres veces. Él sostenía que eso era mentira: en su casa solo eran dos. Su reclamo no era un capricho, sino el síntoma de una realidad social profunda. En Cuiva, los hogares viven única y exclusivamente del pescado. En consecuencia, cuando este escasea, la economía colapsa y la inseguridad alimentaria se siente en todo, "desde la comida para arriba".

Esta dependencia del caño define la vida y la geografía del pueblo. Cuiva es un lugar apretujado: recula ante el asedio del caño, pero no puede retroceder mucho porque lo espera el alambre de los finqueros que lo rodean. Aun así, se niega a ser trasplantado, pues sus habitantes siguen a la espera de un tiempo bueno, aguardando que el caño deje la furia de estos últimos treinta años.

Y son precisamente esos habitantes quienes mejor cuentan la historia de este pueblo anfibio. Personajes que con sus historias de vida resignifican su territorio y dan testimonio vivo de la resiliencia mojanera.

> *De la serie* **Sin parpadear.** *Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2019.*

María Anastasia Montes fue una partera veterana, una matrona que vivió para servir; sus manos recibieron más de quinientos partos en toda la región. Donaldo Díaz es un pescador de pura cepa doñanera, que lleva más de cincuenta años en el arte, un testigo del antes y del presente de Cuiva. María Tarrá es una matrona que sobrepasa los ochenta años, pero con una memoria prodigiosa que guarda detalles de la historia local; con orgullo reconoce que es india y a quien le refute siempre le dará su más sagrado argumento: "¿No me ves el pelo negrito?".

La abuela Tarrá cuenta que en Cuiva hay mucho oro indígena. Se han encontrado varios entierros en fincas vecinas, como Japón. Relata que una prima suya, escarbando un hueco para una rancha, se encontró un saco de prendas; lo vendió y apenas recibió doscientos mil pesos. Murió en la pobreza. Esta historia de riqueza y despojo se repite a otra escala: en los estantes del Museo del Oro reposan piezas halladas en este territorio, pero pareciera que todo lo de Cuiva es negado, pues no aparecen referenciadas como encontradas allí. Una mañana, mientras desayunaba en la casa de Celmira Escalante —una mujer alegre que desparpaja las tristezas con su sola presencia—, ella soltó un comentario que me puso a pensar: «Las aguas de por aquí están todas envenenadas. Ayer escuché la noticia de que una universidad encontró mercurio en la ciénaga Las Hormigas, que queda aquí mismo. Carajo, o nos mata el hambre o morimos envenenados».

El comentario de Celmira encapsula una problemática que día a día se vuelve más difícil de lidiar en esta

batea que es La Mojana, reguladora del nivel de los principales ríos de Colombia. El problema es que aquí no solo llega agua, también llegan sedimentos y, con ellos, una gran cantidad de contaminantes que ha venido colapsando la región.

Esto está afectando gravemente la salud. Miles de personas en este territorio lidian con enfermedades renales crónicas, quizás a raíz del "mote" de químicos que llegan con el agua y las inundaciones. A esto se suma que es una región olvidada donde la presencia del sistema de salud es muy débil: hay centros de salud que funcionan a medias y otros que simplemente nunca han existido.

El abandono tiene rostros, y aquí uno de ellos es el de los pacientes renales crónicos. Su condena no es solo la enfermedad, sino el peregrinaje que deben hacer cada dos días por más de cuatro horas para aferrarse a una máquina que les limpie la sangre. Me lo sentenció un hombre con la sabiduría amarga de quien lo vive a diario: "Algunos tenemos que levantarnos a medianoche solo para salir a la carretera y coger el bus... A mí no me va a matar la enfermedad, me va a matar el trasnocho".

Como maestro y habitante de esta tierra, atestiguar estas realidades me reveló la verdad irrefutable de que aquí la vulnerabilidad se ha hecho costumbre y se viste de olvido y de absurdos. Esa certeza me impuso un deber: resignificar este territorio desde dos oficios. El primero, desde el aula y la escuela; el segundo, desde la palabra. Contar lo que somos y lo que padecemos.

¿Por qué contar? Porque en un lugar como este, nombrar es el primer acto de rebeldía contra el olvido. Es la única forma de que el absurdo deje de ser paisaje y se convierta en conciencia.

EL AGUA QUE NOS NARRA

Mi memoria se convirtió en el archivo de Cuiva. Empecé a registrarlo todo: las casas carcomidas por la erosión, las leyendas de sus personajes, las niñas y los niños que aprenden a nadar antes que a caminar.

Registraba, sobre todo, las cicatrices de la violencia. Me contaron la historia de aquel grupo insurgente que irrumpió a media noche en un pueblo vecino y arrasó con todo. Obligaron a los campesinos, detenidos en la madrugada, a cargar bultos de arroz y maíz en sus propios burros para llevar el botín hasta una canoa.

Un habitante me dijo que amanecieron en el puerto de Cuiva, repartiéndose lo robado de las tiendas y negocios de aquel otro pueblo anfibio. Escuché el relato de cómo botaban las alcancías llenas de monedas que los niños, asustados, recogían del suelo para comprarse un pan.

Guardaba también las historias del agua: la partera que recorría el caño atendiendo partos en los pueblos ribereños, las tragedias de familias electrocutadas en plena creciente, el pánico de los vendavales de junio sobre las casas inundadas.

Pero cuando intentaba contar estas historias, pintadas a la vez de vulnerabilidad y fantasía, la gente no me

creía. De esa incredulidad nació la certeza de que había que contarlas. ¿Y quién debía hacerlo? Yo. Porque en estos territorios, la voz docente es, a veces, el único grito de esperanza.

Una tarde, en el receso de clases, vi la foto que un colega oriundo de la región tenía como fondo de pantalla en su computador. Era una anciana de cabellera blanca y brillante, sentada en un taburete con una blusa rosada y una pollera nívea, recostada en un horcón de una casa de palma. La imagen me cautivó. Le pregunté quién era.

—Es la mujer que me parteó —me respondió.

—¿Cómo así? —le dije, sin entender.

—Sí, la que atendió a mi mamá en mi nacimiento —aclaró—. Fue la mamá y la abuela de todos en mi vereda, Caño Viejo. Había atendido más de quinientos partos en toda la región.

La historia me obsesionó. Decidí contar su vida, ya con la intención de dedicarme a escribir desde el periodismo. Pero llegué tarde. El día que fui a visitarla, me encontré con que había muerto un par de semanas atrás. La noticia, lejos de detenerme, me dio más razones para escribir. Así nació la crónica "La última partera del sur de San Benito Abad: manos recibiendo vida entre zapales y miseria", un homenaje a María Anastasia Montes, la mujer que fue las manos del Estado donde el Estado nunca llegó.

Durante el trabajo de campo descubrí lo más importante, que su hija había aprendido el arte. Un día, mientras la entrevistaba, vinieron a buscarla. Una mujer

Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2024.

deorigen venezolano, sin recursos para llegar al hospital de San Marcos, estaba de parto. Frente a mis ojos, la historia se negaba a morir. El legado de la partera seguía vivo.

Esa crónica fue solo el principio. Entendí que mi afán de contar debía aterrizar en el aula, transformándose en mi manera de enseñar. Narrar no solo para visibilizar, sino también para sanar, sobre todo las heridas que la violencia dejó en la región.

Por eso, la escuela no podía ser solo un lugar de libros; debía ser la cuna de esa transformación. Debía nacer de ella una pedagogía propia, una filosofía nacida de este territorio y para este territorio. Una visión de desarrollo en que la sostenibilidad no fuera una palabra importada, sino una idea pensada y construida desde el barro y el agua, por nosotros y para nosotros.

En este proceso, fue el agua la que me guio. Siguiendo su corriente, sus memorias, sus colores y sus pendientes, encontré un cauce de historias olvidadas. Había que contarlas para visibilizar lo que se oculta y para enseñar lo que se ignora. Pero, sobre todo, para mostrar que la esperanza es posible.

Entendí, finalmente, que narrar es un acto de movilización. Es, en esencia, la más profunda forma de resistencia. Es un llamado terco y necesario a la esperanza.

LA ESCUELA COMO ACTO DE RESISTENCIA

Pero narrar no fue suficiente. Tras visibilizar las heridas del territorio, sentí la urgencia de convertir la palabra en acción dentro de la escuela. La chispa fue un estudio sobre la contaminación con metales pesados en las ciénagas, una verdad contada en silencio que exigía una respuesta desde la escuela. Así nació en Cuiva el semillero Hicoteas Mitigantes, un primer paso para sembrar una conciencia crítica en las niñas y los niños de aquella escuela abandonada.

Tres años después, en el año 2018 me trasladé de Cuiva a San Marcos. Este traslado no fue un final, sino una transformación. La semilla vino conmigo, con la misma misión intacta: formar ciudadanías críticas, no solo estudiantes.

Nuestro territorio es un sistema de humedales herido por la contaminación y el cambio climático, donde las inundaciones son cada vez más dramáticas. En este escenario de urgencia y calamidad ambiental, nació Agroanfibia, nuestro semillero de investigación escolar; nuestra respuesta pedagógica al colapso ambiental y social que se vive en esta batea que recoge las aguas de todo lado.

Esta misión, sin embargo, chocaba con una realidad: el paradigma de la homogenización traído del viejo continente no funciona aquí. Ese modelo, que ve el aula solo como un espacio físico y limita las interacciones, obliga a los estudiantes a mecanizar procesos alejados de sus territorios.

Frente a esto, un proyecto tan arraigado no podía guiarse por un manual genérico; exigía su propia filosofía. Así nació la Pedagogía Anfibia, una propuesta diseñada a la luz de la cultura de La Mojana.

Esta filosofía se basa en tres pilares. El primero es la acción comunitaria (socioformación), que convierte el aula en un laboratorio vivo para resolver problemas reales. El segundo es la voz crítica (Freire y Fals Borda), que promueve el diálogo y la investigación acción participativa para que los y las estudiantes pasen de observar a crear su historia y se conviertan en seres sentipensantes. El tercer pilar es la sabiduría del territorio, que reconstruye el tejido social al integrar las prácticas ancestrales en la búsqueda de soluciones.

Sobre estos pilares se construye nuestra metodología, la cual no es una teoría importada; emula el ciclo reproductivo de la hicotea, un símbolo de resiliencia que guía nuestro quehacer en cinco fases: la exploración del ecosistema para diagnosticar sus problemáticas; la fecundación, donde la ciencia dialoga con la sabiduría ancestral; la incubación, para diseñar proyectos en el aula; la eclosión, el nacimiento de la acción en la comunidad; y la estivación, la reflexión profunda para garantizar la sostenibilidad.

El resultado es una pedagogía que desborda el aula tradicional. Por eso, desde la pedagogía anfibia, transformamos esa idea: nuestra aula es la biodiversidad que nos rodea y que nos permite resignificar los aprendizajes. Proponemos un aprendizaje situado, bajo la interacción con expertos y el diálogo con las comunidades que dan cátedra de resiliencia climática.

Aquí, la escuela va al río, a los patios, a las canoas, a la memoria oral de abuelos y abuelas. Es una experiencia transdisciplinar en la que los saberes de aula dialogan con los saberes ancestrales y la ciencia ciudadana se encuentra con el arte. Es un aula que solo tendrá dos paredes: el infinito cielo y las extensas aguas de este territorio anfibio. Buscamos sentir nuestro territorio anfibio, nuestro ambiente y biodiversidad, reconociéndonos parte de este.

Y esta escuela sin muros no es una isla; es un tejido de alianzas. Nuestra fuerza radica en el diálogo entre saberes.

Para desenterrar la memoria material del territorio, trabajamos con el arqueólogo Sneider Rojas de la Universidad de Antioquia. Para entender las heridas en la salud de nuestra gente, investigamos la contaminación junto a la antropóloga Juana Camacho, del Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Para comprender la dinámica de nuestros ríos, exploramos con el hidrólogo Jorge Escobar, de la Universidad Javeriana. Y para fortalecer nuestras capacidades, contamos con el apoyo de Alejandro Camargo, de la Universidad del Norte, quien ha posibilitado espacios de interacción académica entre la Institución Educativa San Marcos y la Universidad.

Sin embargo, este diálogo académico solo se nutre y cobra sentido gracias a la sabiduría anfibia de sabios y sabias locales, como los pescadores Farid García y Carmen Acevedo, que son referentes esenciales en campo.

Esta red de conocimiento ha abierto el mundo a las y los jóvenes. Les ha llevado a inmersiones científicas en la Universidad de Harvard, al Instituto de Tecnología de Massachusetts y a universidades en Perú y Japón, rompiendo brechas de género y fomentando vocaciones científicas. Ha permitido que la estudiante Zurisadai Ruíz Buelvas publique su primer artículo en una revista científica. Y les ha empoderado con formación en veeduría ambiental por parte del Ministerio de Ambiente y la Universidad de Antioquia para medir la calidad de su propia agua y defender su territorio con datos en mano.

Esta formación se hace tangible en acciones de liderazgo que transforman la comunidad. Con el proyecto Eco-Cuna Tecnológica, estudiantes del semillero unieron ingeniería y ecología para diseñar una incubadora inteligente que protege a la hicotea, una herramienta que hoy capacita a la comunidad como líder en conservación. Con el Aula Flotante transformamos una canoa en un aula itinerante, uniendo a estudiantes, familias, científicos y científicas y personas pescadoras en un diálogo de saberes en movimiento que ya aspira a convertirse en un modelo de turismo académico comunitario.

> *Camino al colegio. Habitantes de la ciénaga construyen puentes en madera en periodos de aguas bajas para acortar distancias y movilizarse en moto a sus diferentes destinos. Fotografía de Mario F. Mora Goyes. Sector El Tigrón, Ciénaga de San Marcos, Sucre, 2025.*

En siete años, el territorio nos ha enseñado lecciones fundamentales. Hemos aprendido que la colaboración es la clave para potenciar el impacto, que la tecnología es una herramienta para resolver problemas reales, no un fin en sí misma, y que las habilidades adquieren un valor inmenso cuando se ponen al servicio de la comunidad. Estos aprendizajes, junto a reconocimientos como el Premio Ambiental Gemas, nos confirman que vamos por el camino correcto.

Agroanfibia prueba que una pedagogía anfibia —que integra educación ambiental, innovación y participación comunitaria— puede transformar una realidad. Con este semillero cimentamos una nueva generación de líderes sentipensantes, jóvenes que piensan con rigor y sienten con empatía, verdaderos guardianes anfibios capaces de enfrentar los desafíos y sanar el lugar que habitan.

Nuestra pedagogía es disruptiva porque es una escuela pensada desde los saberes y quehaceres de los territorios de agua, no solo desde la academia. Esta exige volver la mirada al agua, para que las y los jóvenes se apropien de los fenómenos que hacen única a esta batea que es La Mojana; fenómenos que solo ocurren aquí, como nuestro Caño Mojana: un río anfibio que en una época del año fluye hacia abajo y en otra, desafiando la lógica, fluye hacia arriba, al ritmo del pulso del río Cauca.

Entender eso es educar.

EL TESTAMENTO DE LA HICOTEA

En Agroanfibia nos fue dado el oficio de formar una nueva estirpe de líderes, una estirpe de gente anfibia condenada a descifrar los designios del cielo y las fiebres del agua. Nuestra biblia no es un manual traído de otras tierras, sino el testamento de la hicotea, ese animal de tiempos remotos que nos enseñó el secreto para burlar los diluvios: la terquedad.

Pero este oficio no es solo de aulas y laboratorios; es, ante todo, un oficio de zurcido. Porque para sanar el territorio, primero hay que remendar el tejido social deshilachado por el abandono y la desconfianza. Por eso, nuestra primera tarea es convocar a un diálogo de saberes, sentar en la misma canoa a jóvenes y viejos, para que las soluciones nazcan de la sabiduría ancestral campesina y no de una ocurrencia forastera.

Para cumplir ese mandato, el currículo mismo tuvo que despojarse de sus ropas de tierra firme y volverse anfibio. Liderados por cinco maestros contagiados de la misma fiebre, lo torcimos todo en torno a una sola obsesión: la vida en este territorio. Así, las y los jóvenes aprenden a conjurar antídotos contra el olvido, como la alquimia doméstica de fabricar papel con las escamas de los peces, o el sortilegio de darle nueva vida a la cascarilla de arroz; inventos que nacieron de la necesidad y que ya se cuentan como prodigios en otras comarcas.

Esta terquedad se siembra y se riega en alianzas que son casi una cofradía contra el abandono. Ya hemos visto a jóvenes que llevan esta semilla a otros lugares, demostrando que la única educación verdadera es la que hunde sus raíces en el barro, porque es el único lugar de donde puede, tercamente, brotar el futuro.

Y es ahora, en estos tiempos de voces rotas, cuando esta pedagogía anfibia cobra más vida que nunca. Porque La Mojana sufre una fragmentación de la memoria, un coro de voces de tierra adentro que dicen hablar por todos y todas, pero que no representan a los más vulnerables. Los pescadores, los hombres que leen el agua, siguen condenados a un silencio de cieno. No se les escucha, no se les consulta; se les condena como parte de un problema que solo han padecido, mientras sobre ellos pesa la sentencia de ser "lo más desunido que hay", una maldición que los castiga antes de dejarlos siquiera asociarse.

Esa fractura ha sembrado una peste de olvido en las nuevas generaciones. Se suma el desarraigo de los pueblos trasplantados, un exilio en tierra firme que obliga a jóvenes a aprender las mañas del alambre y la moto, y a olvidar los secretos del canalete. Nuestra terquedad, entonces, no es solo por educar: es por recordar. Es para que la gente más joven no olvide de qué está hecha su sangre: no de polvo, sino de agua.

LAS AGUAS QUE VAN Y VIENEN EN LA MOJANA

Todo comenzó en una canoa, con el asombro de un niño de diez años descubriendo el inmenso país de las aguas. Aquel niño, maravillado por un territorio que se le revelaba anfibio, es hoy el maestro que regresa para devolver el sueño

que su madre sembró en él. Pero este regreso no fue para enseñar las lecciones de los libros, sino para aprender y luego enseñar la lección más importante que el agua misma le había enseñado: que en La Mojana el olvido es una peste y la memoria es un acto de supervivencia.

Lo que esperamos es que estos jóvenes, armados con esa memoria, sean los que por fin cambien el rumbo. Que en el futuro, gracias a procesos como Agroanfibia, este territorio deje de ser visto solo como un lugar de calamidad y abandono. Soñamos con una Mojana donde la resiliencia no sea solo "aguantar" sino "crear"; donde la inundación no sea una enemiga, sino un pulso que sabemos acompañar, como lo hacían los viejos zenúes. Ese es el futuro que podría ser: un territorio sanado por sus propios hijos, por esta generación que hoy está aprendiendo a sentir y pensar con el agua.

Les invito a leer mis crónicas. Ellas complementan esta mirada, construida desde la escuela, pero forjada al caminar y navegar los pueblos mojaneros.

Estevin, un joven rural que sueña con ir a la universidad

Benicia, la Bailadora Grande del Bajo San Jorge

Crónica de un pueblo anfibio

La última partera del sur de San Benito Abad, manos recibiendo vida entre zapales y miseria

El Pescador

> *Páginas 62-63: Tiempo de pesca en La Mojana. Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2023.*

EL DESPERTAR

DE UNA NUEVA GENERACIÓN ANFIBIA

Zurisadai Ruíz Buelvas[1]

—No, hija, aquí no nieva.

Esa fue la respuesta que recibí de mi madre cuando, con tan solo seis años, le pregunté en qué fecha nevaba en la tierra donde aprendí a dar mis primeros pasos. A esa edad todavía no tenía noción de que vivía en una de las partes más recónditas de este planeta; un lugar remoto y privilegiado, forjado desde el pasado por el trabajo de nuestras y nuestros ancestros y por las bondades que la naturaleza ofrece en este paraíso singular.

1 Joven investigadora de Agroanfibia, apasionada por la capacidad de la ciencia para conectar comunidades y construir soluciones colectivas.

Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2020.

Recuerdo que mi indignación fue grande. En ese momento deseé no haber nacido aquí, privado de algo tan fantástico como la nieve. Sin embargo, ahora tengo una perspectiva muy diferente de este territorio, mi territorio. Con el tiempo, uno va creciendo y empieza a valorar la singularidad. Aquí en La Mojana no nieva, ni las hojas de los árboles cambian de color. Pero no me culpo por haber pensado distinto a esa corta edad, pues solo respondía a lo que los medios de comunicación y la televisión me habían mostrado como lo "ideal".

También recuerdo una noche, en el fresco rancho al fondo de mi casa, cuando mi familia y yo nos entreteníamos a oscuras observando los luceros que adornaban el cielo. De repente, una gran ola de mosquitos hambrientos azotó todo a nuestro alrededor.

—La subienda está cerca —escuché decir a mi padre—. De seguro mañana el río va a estar movido.

Dicho esto, mi papá sacudió el musengue para espantar a los insectos. Yo no entendía mucho eso de la "subienda", así que hice la pregunta esperada:

— ¿Qué es la subienda?

Mi padre sonrió:

—Mañana lo verás.

A la mañana siguiente me levantaron más temprano que de costumbre. Aquí la vida inicia temprano para que el día rinda y, sobre todo, para anticipar si el clima favorecerá las actividades diarias de cada quien. Al salir de casa, la brisa fría de la mañana me dio los buenos

días y, camino al puente, vi cómo los primeros rayos de sol ahuyentaban la neblina esparcida por los grandes campos que bordean la carretera.

Al llegar, no pude contemplar el río como cuando iba en las tardes. Esta vez, una gran muchedumbre me lo impedía. Mientras bajaba hacia la orilla, abriéndome camino entre la multitud, vi a un hombre que ostentaba un bagre; diría que es el bagre más grande que he visto en toda mi vida. A medida que me acercaba, tomada de la mano de mi padre, el olor a pescado fresco se hacía más intenso. En mis ojos se repetía la imagen de ponchera y cavas repletas de pescado hasta el tope, y mis oídos atendían al montón de voces que promocionaban la gran cantidad y variedad de pescado disponible. Todo esto ocurría mientras las canoas de los pescadores retornaban al puerto con el murmullo de la intensa pesca.

Aquella escena era muy distinta a las de las películas y programas que solía ver, pero me alegró mucho haber encontrado y vivido la respuesta a mi pregunta: esta era la subienda. Luego me surgieron otras: ¿qué tenía que ver el aumento de los mosquitos con la subienda? ¿Y por qué mi papá lo sabía?

Con el tiempo entendí que aquí en La Mojana todos los seres coexisten y funcionan engranados: los mosquitos anuncian la subienda, las hormigas el invierno y los gallinazos la lluvia o, incluso, la muerte misma. ¿Esto solo sucede aquí? No lo sé. A lo mejor no he viajado lo suficiente para saberlo. Pero puedo asegurar que estas y otras maravillas no las he visto en las películas ni en los documentales de otros sitios.

En mi recuerdo también permanecen las imágenes de los paisajes mañaneros y los singulares atardeceres, cuando grandes espejos de agua reflejaban con exactitud la forma y los colores del cielo. Eso lo vivía en las épocas de Semana Santa. Para esas fechas, en mi familia, como otras tantas, armábamos paseos. Con todos mis parientes nos íbamos “pal monte” a visitar familiares y amigos en lo que se conoce como la zona rural. A veces no era solo nuestra familia: otras familias cercanas se unían y emprendíamos el viaje con todos nuestros motetes.

En la mayoría de los lugares no había fluido eléctrico, pero allá no parecía ser tan necesario; había tantas cosas que hacer, de utilidad y de diversión, que el tiempo parecía insuficiente. Dormíamos en hamacas, con el viento frío de la noche, en casas de bahareque y palma; se cocinaba en fogón de leña, donde la comida tiene mejor sazón, se preparaban dulces, se mataban patos, se recorría toda la extensión de tierra posible buscando árboles frutales y se iba a los arroyos cercanos a pescar con anzuelo. En fin, una sucesión de actividades rodeadas de una gran biodiversidad.

Ahora nada es igual. Los lugares que visitábamos se volvieron inaccesibles. El agua transformó el paisaje y el orden de las cosas, obligando a la gente que allí vivía a abandonar sus tierras, sus oficios, su origen.

> *Fotografía de Charlie Cordero. 2025.*

Los ríos y los caños aumentaron su caudal en una temporada de intenso invierno, hasta el punto del colapso. Grandes chorros irrumpieron en los campos cercanos a los múltiples cuerpos de agua, campos que estas personas habitaban. Muchas veces las inundaciones fueron tan súbitas que apenas alcanzaban a salir de sus ranchos. Todo se anegaba, y la fuerte corriente, además de arrasar con los cultivos de mis coterráneos, se llevaba todo a su paso, incluido el esfuerzo de sus manos laboriosas.

Los ranchos de nuestra gente ya no estaban escondidos en el espeso monte; su hogar pasó a ser una casa improvisada a la orilla de la carretera. Así, la Semana Santa, como la conocíamos y amábamos, quizás sin saberlo, se perdió. Nunca pensé que esa costumbre se interrumpiría. Hoy solo me queda recordar con mucha nostalgia los grandes momentos que viví en esos lugares. Ya no se hacen paseos en Semana Santa, pues todo está anegado.

También recuerdo los amigos y amigas de mi edad que hice en cada sitio. Como yo, tenían sueños y asistían con emoción a la escuela con la ilusión de alcanzarlos. Pero ahora su contexto no es favorable. Las inundaciones arrasaron con los salones de clase, llevándose con ellas las esperanzas y los sueños de muchos y muchas. La injusticia no solo aparece en una corte cuando se condena a alguien inocente; también se refleja en las desigualdades de acceso a derechos como la educación. Aun así, en La Mojana parecemos tener el don de la resiliencia. Somos gente obstinada, sí, sobre todo cuando se trata de no abandonar nuestras raíces.

Desde que tengo uso de razón,
la vida aquí gira en torno
al río, a sus brazuelos, a la ciénaga.

Mi abuelo, quien dedicó gran parte de su vida al oficio de pescador, me enseñó mucho de este territorio con sus anécdotas y experiencias. En una de ellas, allá en los ochenta, él y sus colegas encontraron un manatí en el río. Tras cazar a la enorme criatura, la exhibieron por las calles, desde el puerto hasta el barrio San José. Durante esta procesión, los muchachos se iban sumando, y las señoras se asomaban a ventanas y puertas, con una mezcla de curiosidad y temor.

Los comentarios no tardaron. Los más supersticiosos murmuraban que la aparición de ese animal era un mal presagio: decían que era una bruja que había tomado forma de manatí para perderse luego en el agua y que, por lo tanto, no convenía comer esa carne. Mientras que algunas personas hacían augurios, otras más prácticas se fueron detrás del espectáculo, negociando con los pescadores el precio de los cortes. Al llegar a la casa donde lo iban a descuartizar, la señora del lugar se desmayó al verlo. Todos corrieron a socorrerla, dejando caer el pesado manatí.

^ El corregimiento de Galindo es de los primeros en inundarse, incluso cuando los niveles del agua son habituales. Durante la creciente de 2022 la subida fue tan fuerte que las familias elevaron sus tambos a más de la mitad de la casa y hoy viven casi con la cabeza rozando el techo. Fotografía de Larry Camacho Rodríguez. Corregimiento de Galindo, municipio de Sucre, Sucre, 2022.

Pero al notar que los perros husmeaban la cola del animal, soltaron a la señora sin miramientos y esta volvió a desplomarse. Solo recibió algo de auxilio cuando la casa se llenó de gente curiosa que venía a ver y a comprar un trozo. Al final, fue tanto el susto que la señora decidió no probar ni un bocado.

Desafortunadamente, hoy mi abuelo lleva diecinueve años luchando, como todo un valiente, contra la enfermedad renal crónica. A pesar de lo poco que suele durar la gente con esta condición, él ha sabido sobrellevarla. Su caso no es aislado. Muchos de sus colegas pescadores también la padecen; otros, por desgracia, ya murieron por ella. Para nadie es un secreto que nuestras

aguas están contaminadas con venenos letales: plomo, cadmio, arsénico y mercurio acechan en lo que, como buenos mojaneros, consumimos a diario.

Esta dura realidad se confirma con datos científicos. Según un estudio de Montiel Díaz (2021), la seguridad alimentaria en La Mojana está seriamente amenazada por la contaminación de estos mismos metales pesados en suelos, aguas y alimentos. La investigación, que analizó más de 7000 muestras, encontró que, si bien las hortalizas presentan las mayores concentraciones, la ingesta total de productos contaminados representa un riesgo para la salud humana que, cancerígeno y no cancerígeno, supera los niveles permitidos y exige un monitoreo constante para minimizarlo.

Este hecho me hace sentir insegura y con una profunda incertidumbre sobre el futuro, un temor que comparto con todos los niños y adolescentes de La Mojana. Como dije al principio, uno se vuelve más consciente de la realidad a medida que crece. Algunas personas dicen que se es más feliz en la ignorancia, porque no saber evita la preocupación. Pero frente a una realidad así, la ignorancia es uno de los males más letales, porque significa que podríamos estar muriendo sin siquiera saberlo. Tal vez esa analogía describe perfectamente lo que es vivir aquí, en La Mojana.

< En La Mojana las aguas son una extensión del campo de juego. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

Pero ciertamente los caminos trazados desde el cielo son perfectos y los anhelos se cumplen de las formas menos esperadas. Así llegué a una de las experiencias más significativas de mi vida: Agroanfibia, un espacio dentro de la institución en la que estudio, donde como estudiantes podemos tomar acción frente a las problemáticas de nuestra comunidad. Ahí aprendí a explorar La Mojana desde mi posición y función en ella, conociendo lo bueno y lo "malo"; los beneficios y los problemas que se enfrentan día a día en la cruda realidad de aquí.

Bajo esta perspectiva he logrado no solo comprender La Mojana desde distintas miradas, sino también construir, a partir de ellas, soluciones que impacten positivamente nuestro territorio. Y digo "nuestro", porque ahora no soy solamente yo quien persigue este sueño de hacer de La Mojana el hogar estable de todos y todas. Agroanfibia fue, sin duda, el lugar donde encontré la motivación y los insumos para trabajar por mi territorio desde mi rol de estudiante; el sitio donde hallé respuestas a muchas de mis preguntas y construí nuevas a partir de la investigación.

Yo tenía muchos cuestionamientos: ¿por qué está creciendo tanto el número de pacientes con enfermedad renal crónica en San Marcos? ¿Desde cuándo empezaron las primeras inundaciones y qué se hizo en su momento? ¿Y por qué el valor del arroz aumentó tanto y tan repentinamente, si se supone que aquí lo producimos?

Las respuestas que fui encontrando eran complejas:

La primera, sobre la enfermedad, apuntaba a la contaminación con metales pesados en el río.

La segunda, sobre el agua, era histórica: La Mojana, desde sus inicios, presentó inundaciones, pero nuestros ancestros y ancestras se adaptaron y mejoraron los flujos de agua, tal como se ve representado en la parte de atrás del billete de veinte mil pesos.

Y, por último, la respuesta al precio del arroz era una doble tragedia: había aumentado, primero, por la deserción de los pequeños campesinos de su oficio, y además, porque las inundaciones acabaron con gran parte de los cultivos.

En mi ejercicio de estudiante investigadora, el análisis de la función que cumple La Mojana en la dinámica hídrica del país me llevó a establecer una analogía entre el riñón y La Mojana misma, porque su función en el cuerpo y en Colombia es muy parecida. Aquí las aguas, en su mayoría, son bidireccionales, atributo que se asemeja al del riñón. También hemos encontrado que el estado de este "riñón", La Mojana, incide directamente en la salud de quienes habitamos y coexistimos con todos los seres vivos que integran la región. Al igual que al riñón, a La Mojana vienen a parar todas las suciedades y sedimentos que arrastran los ríos. Por lo tanto, así como una persona necesita su riñón, Colombia entera necesita cuidar a La Mojana, porque todo nos afecta, todo puede matarnos o mantenernos, destruir o alargar nuestra existencia.

Estas preguntas y respuestas nos impulsan a investigar. Aquí he aprendido a escuchar y valorar como nunca las voces de mi territorio; a ver en personas, como mi abuelo, la resiliencia no como un rasgo individual, sino como una marca ancestral implantada en el ADN de cada persona mojanera, potenciada por las adversidades de la vida.

Esta comprensión se vive y profundiza en experiencias como el Aula Flotante, que tuvo su primera versión en mayo de 2025. Esa vivencia me ha permitido sumergirme en ciénagas de reflexión acerca de cómo lo que hacemos afecta directa o indirectamente a La Mojana; en ríos de ideas sobre la dinámica de las aguas en la región, su historia y su biodiversidad; en caños de relatos de antaño que representan nuestra cultura y en espejos de agua donde contemplamos nuestra identidad mojanera como esencia de nuestro ser. En el Aula Flotante, nos embarcamos en canoas durante siete horas, navegando entre los principales humedales de La Mojana. Estudiantes, docentes y especialistas de la Universidad Javeriana, todos y todas con un compromiso fuerte con el saber, no desde lo teórico, sino desde la sensación y la vivencia. En este espacio estuvo muy presente el concepto de "cultura anfibia": ver a esas personas que, a pesar de estar inundadas y rodeadas de agua, no desean abandonar su territorio; que buscan la forma de sobrevivir y arreglárselas en lugares donde quizás lo que más reina es la incertidumbre. Para mí, esto es cultura anfibia.

Saber que nuestros ancestros y ancestras, al ver la naturaleza como una divinidad, la respetaban y tomaban acciones tan sabias y

> Residente de la urbanización Villa B en búsqueda de información sobre ayudas humanitarias para satisfacer sus necesidades. Fotografía de Larry Camacho Rodríguez. Urbanización Villa B, municipio de Sucre, Sucre, 2022.

funcionales en torno al agua me hace pensar en la posibilidad de instaurar una especie de "pasado moderno", donde las cosas empiecen a regirse y a funcionar alrededor de ella. En la investigación en Agroanfibia, he concebido La Mojana de muchas maneras y la he entendido desde los múltiples roles de quienes habitan la zona. La he entendido como mi hogar: singular, único y perfecto.

Les invito a leer también mi publicación en la Red Colombiana de Mujeres Científicas sobre liderazgo juvenil en La Mojana, Premio Científicas en Acción en Liderazgo Climático Juvenil.

REFERENCIAS

Montiel Díaz, Yesit Felipe. (2021). *Concentraciones de metales pesados en productos agropecuarios en la región de La Mojana: evaluación del riesgo en la salud humana.* [Tesis de maestría]. Universidad de Córdoba.

Leyendo y
Escribiendo
Con Sentido
EL AGUA
DE LA MEMORIA

Y SUS FORMAS: LA POESÍA COMO ARCHIVO ANFIBIA

Carmen Jiménez Castaño[1]

Cuando abundante aún era el pescado,
los hombres salían en fila militar
hasta el chiquillo más malcriado
debía a la familia la búsqueda del manjar.
Uno a uno cual pisingo
listos para pescar
sin nada en el desayuno
primero lo tenían ellos que atrapar.
Luis Fermín Drago
San Marcos, Sucre

1 Docente de español y literatura, líder de proyectos de lectura y escritura.

< Actividad con estudiantes en espacios cotidianos de la comunidad educativa para la promoción de la lectura. Fotografía de Carmen Jiménez Castaño. Biblioteca escolar de la Institución Educativa San Marcos, San Marcos, 2024.

En la cuenca del San Jorge, la vida se cuenta en dos tiempos: creciente y verano. Cuando el agua sube e inunda todos los espacios cotidianos y cuando baja dejando en paredes y en árboles su marca. La casa, los trabajos, la escuela, hasta los ánimos, siguen ese compás. También la escritura, por medio de la cual ponemos en palabras lo que el agua nos enseña y lo que nos arrebata. Por eso hacemos este texto: para que lo vivido en esta orilla y las imágenes que nos regala el territorio tenga versos propios, y lo que tenemos para decir sobre nuestra cultura anfibia no se hunda con la próxima creciente.

Mi nombre es Carmen Jiménez Castaño, nací en San Marcos, Sucre, y enseño Lengua y Literatura en la Institución Educativa San Marcos desde el 2005. En 2017 creé los talleres de lectura y escritura Leyendo y Escribiendo con Sentido, una experiencia significativa encaminada a que estudiantes y familias escriban lo que sienten y viven en la ribera del San Jorge; un paisaje que se mueve y nos enseña que todo cambia, que todo es movimiento. En 2023, se sumó la docente de lenguaje Diana Garizabalo, oriunda de Sincelejo, y juntas pusimos en marcha la revista institucional *Escribiendo con sentido*. La primera edición salió en formato digital y en 2024 logramos imprimir cien ejemplares. Aquí compartimos un poco de ese archivo.

Escribimos entre dos orillas del mismo sistema anfibio: El Limón, corregimiento de San Benito Abad, río abajo, y San Marcos, río arriba. Dos puntos conectados por la misma red de caños y ciénagas, por lo que cuando el agua cambia en

uno, el cambio se siente en el otro. Por eso, en época de creciente, cuando sus territorios se inundan, estudiantes de El Limón y de otros caseríos ribereños (El Torno, Caño Viloria, Cuiva) llegan a San Marcos para seguir estudiando. Los poemas de este texto nacen de esas trayectorias.

En El Limón viven cerca de seiscientas personas entre aguas, cosechas, pesca y mucho aguante. La electricidad va y viene; el agua para beber se bombea de un pozo; no hay puesto de salud y las urgencias viajan a Caimito o a San Benito Abad. Entre mayo y octubre, cuando la ciénaga Ponedera se desborda con las crecientes del San Jorge, el agua entra por patios y calles y, en las zonas bajas, alcanza hasta un metro de altura. Entonces se levantan pisos con trojas o tambos dentro de las casas; las trochas que en seco se recorren en moto o a caballo se vuelven canales de canoa para ir a clase, cortar leña o rebuscarse el sustento. Las tiendas se surten en *yonso*, una canoa con motor; la ganadería se traslada a regiones cercanas en Sucre y Córdoba. Cerdos y gallinas se encaraman en trojas bajo los árboles y algunas familias migran temporalmente a tierras altas.

A esa mudanza del agua y de la gente le pone voz Lisany Flórez Ruíz, estudiante sanmarquera de décimo de la Institución Educativa San Marcos. Colabora en Leyendo y Escribiendo con Sentido y en su poema recoge lo que muchas y muchos viven en El Limón y otros caseríos.

En El Limón hay un colegio que llega hasta noveno grado. Asisten niños y niñas de Pumpuma, vereda de Caimito, y los hijos e hijas de quienes cuidan las fincas

El agua y sus formas,
tan diferentes e inigualables,
tan necesaria,
pero tan malvada,
nos deja vacías y desoladas.

Hay que marcharse,
dejar una vida atrás
por las inundaciones
que vienen y se van,
situación de nunca acabar.

Pero, así como nos hunde,
nos hace vivir, gozar y disfrutar
de sus formas tan especiales y crueles,
en su recorrido y andar.

Vivimos con ella
hombres y mujeres anfibios,
a orillas del río,
enfrentando el desafío
que nos deja su huella
al tenernos que marchar.

cercanas. Van en canoas y, por comodidad, asisten en chancletas. Cuando las fuertes lluvias llegan y la escuela se anega, las clases continúan en la casa. Para décimo y undécimo, muchas familias envían a sus hijos e hijas a San Marcos, donde el colegio puede mantener el calendario escolar incluso en las crecientes, aunque la cabecera esté húmeda y con barro.

En estos territorios inundables
hemos aprendido a leer la
creciente como un ciclo.
No es buena ni mala por sí.
Trae cambios y pérdidas,
pero también peces que suben,
suelos que se nutren, canales
que se abren y moradores
que se unen para soportar
su impacto.

Otra cosa son las crecientes excepcionales, cuando llueve más de lo normal y las ciénegas que rodean el pueblo, llamadas Ponedera, la Mina, el Muñeco y San Juanillo, se llenan y se desbordan, y a falta de diques, causan inundaciones.

Así ocurrió en 2010 y 2011. Un invierno descomunal de La Niña y el rompimiento de un jarillón en el margen izquierdo del río Cauca, cerca del corregimiento de Boca de Cura, elevaron los niveles del agua del San Jorge, sus ciénegas y caños. En El Limón, el agua se metió en todas las casas. Se alzaron tambos tan elevados que las familias se desplazaban gateando en sus hogares para no golpearse con los techos. Todavía recordamos niñas y niños llegando a clase encorvados, acostumbrados a caminar tanto tiempo por el tambo. No obstante, nadie dejó de remar, de levantar sus ranchos de palma en lomas, de compartir la leña e insistir en la vida como se pudo. Ese aguante y resistencia del hombre hicotea del que tanto habló Orlando Fals Borda.

Ese desborde también quedó cantado. Carlos Cárdenas Hernández, docente que vive y trabaja en El Limón y padre de familia del colegio de San Marcos, compuso *La creciente del río*. Su letra recoge lo que vivimos en La Mojana y el San Jorge cuando el agua se lleva lo mucho o lo poco que tenemos.

I

Esa creciente, esa creciente
fue grande en esa ladera;
a orillas de los ríos, lo digo con razón,
se ahogó Caimito, San Marcos y la Solera,
y yo solo sentía alarma en el corazón.

CORO

Por la prensa y por la radio,
comentaban de la creciente que venía por ese río,
no más se oía el clamor y el quejío
de esos pobre seres, ay, Dios mío.

II

Se ha ahogao Jegua, la Villa en San Benito,
el pueblo de Guayabal y la región de La Mojana;
daba compasión de esa gente entambada,
al ver como sufrían con el hambre y el mosquito.

III

El Magdalena cada día más desbordado
y el San Jorge seguía
con su bravura en El Limón;
hasta los hombres lloraban
al ver los niños y mujeres sin progreso en la región.

CORO

Por la prensa y por la radio,
comentaban de la creciente que venía por ese río,
no más se oía el clamor y el quejío
de esos pobre seres, ay, Dios mío.

IV

Oigan, mis amigos, lo que Carlos
les comenta: ay, qué fuerte invierno;
ombe, qué malo nos vino el 2010:
arrasó con los cultivos
y se perdieron enseres, desapareció hasta el pisingo.

Aunque en el proyecto escribimos textos de varios tipos, preferimos la poesía porque dice mejor lo que sentimos y vivimos aquí: el miedo que despierta el canto del carrao al anunciar la llegada de las lluvias, la alegría de saborear un café bajo el calor sofocante del sol, el fastidio de espantar mosquitos con el musengue, la nostalgia por los recuerdos que nos trae el olor a gramalote durante las crecientes, la felicidad que causa el saludo del vecino a través de un grito espontáneo, el ruido de las embarcaciones que anuncian la llegada o partida de las gentes. Nuestra musa está en lo cotidiano: en las casas elevadas en tambos durante un atardecer lluvioso; en los caminos que, polvorientos en verano, se llenan de puentes de palos secos para cruzar las aguas inclementes; en la gente que, de sol a luna, construye caminos acuáticos transitados por canoas en búsqueda de su sustento; en las embarcaciones "chaceadas", hechas artesanalmente y retratadas en textos. Con esa fibra trabaja la gente joven del proyecto, convirtiendo sus vivencias en poemas y compartiendo su memoria anfibia.

Alex Rodríguez, habitante de El Limón y padre de un estudiante del colegio en San Marcos, dice: "Más allá de las dificultades, en un territorio donde el agua domina, las comunidades anfibias han demostrado una admirable capacidad de adaptación, resiliencia y creatividad. En El Limón, el agua dice cómo se tiene que vivir, cómo se dan las cosas. Por ejemplo, en época de inundaciones, los enamorados visitan en canoas a las muchachas

< Cuadro vivo en el lanzamiento del proyecto de lectura, escritura y oralidad INSESAM*. Fotografía de Carmen Jiménez Castaño. San Marcos, Sucre, 2025.*

Esa misma mirada —cotidiana, poética y con dulce humor— la pone en versos el propio Álex:

La Mojana es vida,
es ver el jugueteo de las garzas con la brisa vespertina,
La Mojana es un recorrido matutino
a donde el buen vecino
va en busca de una totuma de tinto,
es el buen vivir, es pesca, vida, cultivo,
el sentir de un pueblo,
donde el labriego a fuerza de voluntad
busca el sustento diario,
donde el pescador a peso de lata...
y remo extiende su trasmallo.
La Mojana son mañanas grises y tardes calurosas
y tiempos impredecibles,
es adaptación del lugareño,
es fuerza y ejemplo, es ciénaga, río y arroz,
es donde quebrantarse ante grandes muros no es opción,
es el campesino fiero, es el ganado,
es donde el cantar del carrao anuncia el invierno
y los alcaravanes, el verano,
es pasión y amor sincero,
por eso digo a todo pulmón,
que soy un orgulloso mojanero.

y se escapan a dar un paseo por las aguas de la ciénaga bajo la luna, y también bajo la picadura de mosquitos, que ven en los novios un banquete".

Cuando el agua cede, entre noviembre y enero, vuelven la ganadería y la siembra de yuca, maíz, chopo y arroz. Es una siembra con fe, que confía en que el ritmo del agua se mantenga estable, ya que, si la próxima creciente se adelanta, se pierde la cosecha. En estos años ese sabio ritmo se ha desajustado por el clima cambiante y la ruptura del dique Caregato en La Mojana, que desbordó el Cauca y elevó el nivel del San Jorge con inundaciones constantes, alteraciones del ecosistema y de la vida diaria. Ese corrimiento se siente en el campo y en la mesa. La pesca, en cambio, no se detiene. Hay bocachico, bagre pintao y blanquillo en creciente; moncholo, pacora y barbú, en verano. De allí sale el poema de Luis Fermín que abre este texto, con el río organizando los días y la poesía que los hace legibles.

Valentina Sofía Agámez, sanmarquera de madre y abuelos limoneros, colaboradora del proyecto Leyendo y Escribiendo con Sentido y egresada 2019, dedicó su caligrama al bocachico, pez emblema del San Jorge y sustento de muchas familias. Un pez que antes era abundante y hoy se ve amenazado por la sobrepesca.

Cultura afibiafe e en la orilla viven hombres llenos de valentía cuya alegría y demuestra amabilidad. Río reflejos, corriente sabiduría
y son virtudes de los ribereños.

San Marcos

Sucre

Muchos niños y muchas niñas que han nacido a orillas del río crecen en canoa, aprenden a nadar temprano y juegan en los playones cuando el agua retrocede. Es una infancia bonita, ancha y libre. Pero con la juventud las cosas cambian, se hacen mucho más presentes los vínculos con las economías ilegales, el consumo de sustancias psicoactivas, el embarazo temprano, el abandono escolar y las pocas rutas de estudio y trabajo formal. En ese cruce de ganas y obstáculos, muchos y muchas escriben. La poesía les sirve para nombrar la fragilidad de unos sueños que a veces quedan atrás. Como decía alguien en una comedia de George Bernard Shaw: "Sin el arte, la crudeza de la realidad haría que el mundo fuera insoportable".

Ese impulso se siente en la escritura de Luis Fermín Drago Jiménez, nacido en San Marcos, hijo, nieto y sobrino de una de las familias fundadoras de El Limón, estudiante de grado décimo en el colegio en San Marcos y colaborador activo del proyecto. Sobre su poema "Azul infinito" nos dice: "La poesía me permite expresar emociones. Usé la voz de un observador en el futuro, preocupado por una catástrofe ambiental que ahoga recuerdos y vidas y los sumerge en la nostalgia". Aquí, su texto:

Azul infinito.
Tan bello como la muerte.
Se ha tragado todo y ha dejado... nada,
salvo yo.
Se llevó a todos, pero yo sigo aquí.
Es aburrido, solitario,
Pero he encontrado oficio.
Es... recordar cada rostro, hogar y paisaje
de lo que alguna vez fue esta condenada ciénaga sinfín,
que es inigualablemente hermosa,
y hasta perfecta.
El cielo, y por supuesto, la tierra, son una mezcla homogénea.
Ya no hay contraste, el verde está desaparecido.
Ni siquiera el árbol más grande ha sobrevivido,
No hace falta mencionar cuál.
Ahora, suelo tener un pensamiento muy jocoso:
me gusta imaginar una vida subacuática,
donde los perros tienen branquias.
Y más que ladrar... regurgitan su rabia al agua.
Es estúpido, lo sé, pero si no fuese por mi imaginación,
mis recuerdos,
ya me hubiera unido a ellos.
No creo hallar diferencia alguna,
yo ya estoy en la misma tumba fría y profunda,
yo también me estoy ahogando.

Quizás el sueño de navegar más lejos, estudiar y cuidar este paisaje sea el motor que mueve a estas y estos jóvenes a imaginar mundos. Por eso, desde nuestro proyecto Leyendo y Escribiendo con Sentido, seguimos tejiendo este proceso que es como una atarraya para que, venga la creciente que venga, la esperanza y nuestra historia sigan a flote.

Monumento al hombre hicotea. Fotografía de Silvia Corredor tomada en el marco del proyecto La Torna Perifoneo Cultural. San Marcos, Sucre, 2019.

ENTRE AIRES Y LETRAS: QUE ECHÓ RAIZ EN UN

LA BIBLIOTECA RURAL PATIO FAMILIAR

Yusleidys Arrieta Salgado[1]

Me llamo Yusleidys Arrieta Salgado. Soy gestora cultural, mediadora de lectura, poeta, artesana y bibliotecaria comunitaria. Nací en la vereda Buenos Aires, zona rural de San Marcos, Sucre, y hace ocho años fundé la Biblioteca Rural Entre Aires y Letras. Nació en el patio de una casita abandonada de mi tío. Él nos la cedió y, entre todas y todos, la fuimos transformando con libros donados, convocatorias ganadas y la terquedad bonita de que la lectura y la escritura también echaran raíz aquí. Las mujeres de la Depresión Momposina tradicionalmente hemos sembrado en patios alimentos y remedios, pero yo en este patio siembro historias. Unas que van de los libros a la gente y otras que van de la gente a los libros.

Aquí también caben las tareas y las historias del río. Abrimos dos tardes a la semana; hacemos círculo en el piso, conversamos, jugamos, coloreamos y leemos con los pies aún mojados por los charcos del camino, bajo la inclemencia del sol, o bajo las gotas de la lluvia que se cuelan por las junturas del techo de zinc. Tuvimos techo de palma, pero los murciélagos nos hicieron cambiarlo. Las familias nos ayudaron a eso y también a renovar el piso.

La Biblioteca Rural Entre Aires y Letras es un lugar sencillo: dos mesas, sillas pequeñas y grandes prestadas por la Junta de Acción Comunal, estanterías artesanales con literatura infantil y juvenil, una cartelera para los dibujos y avisos, un cuaderno donde se enotan los préstamos y un baúl con gaitas.

1 Sembradora de palabras en las tierras fértiles de la ruralidad.

Fotografía de Yusleidys Arrieta. 2025.

Con la red de bibliotecas comunitarias Libros Libres para Todos aprendimos lo esencial para poner en marcha la biblioteca y los procesos formativos. Desde el comienzo, nos acompaña Hernán Arrieta Benavidez, quien realiza la formación artística en danza y música de gaita. Esta nos ha llevado a participar en varios eventos lejos de la vereda. Y como la curiosidad crece, hace un año tenemos el Colectivo Visión Rural Comunicaciones para hacer lo que llamamos periodismo comunitario. Los niños y las niñas visitan a las personas mayores, preguntan, escuchan y con su cámara les cuentan del territorio a otros.

No hice estudios universitarios; hice un técnico y muchos cursos y me dediqué a trabajar en lo que salía para poder llevar un sustento a mi casa. Pero escribir y leer siempre han hecho parte de mi vida. Con la música vallenata y las clases de español del colegio, aprendí a poner en versos mis emociones. Hoy, con los niños y niñas aprendo que la literatura y la escritura mejoran cuando son compartidas y sentidas colectivamente.

Lo que verán aquí son poemas hechos por niñas que hacen parte del semillero de escritoras Letras al Papel. Escriben en sus casas con la guía de sus madres y en la biblioteca durante los talleres, dándose ideas unas a otras. Vienen de familias campesinas y trabajadoras que han acompañado sus procesos artísticos, y que les han dado una consciencia anfibia: lo que piensan del río, de las ciénagas, del viento y de la vida entre aires y letras.

Estas son semillas que ya germinan:

El río y mi papá

Autora: María José Peralta Rendón, diez años.

Junto al compás del río,
mi papá tiraba chinchorro y atarraya;
yo pesco al canoar,
en canoa de bareque.

Con su fuerza al remar
al amanecer cienaguero
mi papá sale al encuentro,
entre las aguas y su silencio.

Las aves cantan cuando ven venir a mi papá.
Cantan amando los ríos,
cantan amando las ciénagas,
cantan y el agua les marca el compás.

La brisa fría adorna las mañanas.
Y mi papá con sombrero de caña flecha
que le hizo mi mamá
juega con las aguas y va pescando con
felicidad.

A la orilla del río

Autora: Nataly Montes Arrieta, once años.

Cuando estoy junto al río
me siento libre y tranquila,
porque sus aguas y la brisa
suavemente me acarician.

Pero también me entristece
por la contaminación.
¡BASTA, ALTO!
Esto me lastima.

Me siento a la orilla del río
viendo su hermoso mensaje.
¿Qué me quieres decir
con esta poesía?

Salvemos nuestro río,
nuestros arroyos, nuestras ciénagas,
nuestros caños y humedales:
son nuestra propia naturaleza.

Fotografía de Yusleidys Arrieta. 2025.

El susurro de la ciénaga
Autor: Nicol Román Mejía, nueve años.

En el susurro de la ciénaga
la vida fluye sin prisa ni temor.

Con melodías que acarician el alma
la sonrisa se desliza como el agua clara.

Dejándola ir, encuentro mi paz
y descubro en la vida la eternidad.

Al despertar a la orilla de la ciénaga,
los peces acarician mi ser;

es hermoso cuando los animales
toman agua a orillas de la ciénaga.

En la quietud infinita de la ciénaga
solo queda respirar,

junto al canto de los pájaros,
melodía suave que me hace amar.

Fotografía de Yusleidys Arrieta. 2025.

Soy anfibio
Autora: Marian Fernanda Salgado Requena,
diez años.

Soy de las aguas
de este mundo ligero,
también de la tierra
con cariño sincero.

Vivo en dos mundos hermosos,
acuático y terrestre:
en ambos mundos me completo,
soy majestuoso.

Soy como el canto del río
y como la luz del sol
brillando entre las aguas
con mucha emoción.
Soy de dos mundos,
con mucho valor
porque ser anfibio
es un honor.

Es muy divertido
en el agua la paz
y en la tierra el calor
que me hace disfrutar.

> *Fotografía de Yusleidys Arrieta. 2025.*

FORMARTE.

UNA IDEA INQUIETA QUE SE VOLVIÓ INSPIRACIÓN

María de los Ángeles Ramos Montes[1]
Carmelo Álvarez Ortega[2]

Todo comenzó hace veinte años en nuestro colegio de San Marcos, Sucre. San Marcos está en el borde de La Mojana y el bajo San Jorge; es la puerta de la Depresión Momposina, bañada por ciénagas, caños y el río San Jorge. Tierra de flora y fauna abundantes, de gastronomía sabrosa y generosa, y de un legado artístico y cultural que le mereció el nombre de Perla del San Jorge. Un día, por los salones apareció una idea dando vueltas: se nos colaba por los pasillos, se metía en las clases y, sobre todo, nos rondaba la cabeza. Carmelo Álvarez, docente sanmarquero y alma del teatro escolar, había leído en voz alta un cuento de Gabriel García Márquez sobre un pueblo pequeño y caluroso que se dejaba arrastrar por un presentimiento, y de ahí salió una chispa.

En ese cuento —"La idea que da vueltas"— se retrata un pueblo ribereño con una plaza de casas humildes, el billar de la esquina, la carnicería y la tienda donde aterrizan los chismes del día[3]. Todo empapado por creencias arraigadas, agüeros y supersticiones. En un lugar así basta con un murmullo para que todo se remueva. Al amanecer, alguien dijo que "algo grave iba a pasar" y el presentimiento se desparramó en un instante; el rumor se volvió susto colectivo y la gente huyó, dejando tras de sí su pueblo, no sin antes incendiar sus casas para que la desgracia no les cayera encima si las alcanzaba.

Al escucharlo, nos reconocimos. Era nuestro propio pueblo, nuestras costumbres, nuestra gente: vimos al

1 Docente y orientadora escolar en la Institución Educativa San Marcos. Gestora cultural en el municipio de San Marcos, Sucre.

2 Docente de la Institución Educativa San Marcos. Gestor cultural en el municipio de San Marcos, Sucre.

< Grupo de gaiteros del colectivo Formarte San Marcos. Fotografía de Carmelo Álvarez Ortega. Puente Guayepo, San Marcos, septiembre de 2025.

3 En rigor, este cuento nunca fue escrito por Gabo, sino que lo *contó*, lo narró oralmente. La ocasión fue en el XIII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, en Venezuela, en 1968. García Márquez no era un orador natural y le incomodaba muchísimo hacer presentaciones públicas; por lo mismo, cuando le tocó hablar, prefirió contar desde su asiento la línea argumental de un cuento que tenía previsto escribir y que ya tenía casi listo... pero en su cabeza. El cuento nunca se publicó formalmente, pero la transcripción, con algunos pocos arreglos formales, ha aparecido en muchos lugares con uno de dos títulos: "La idea que da vueltas" o "Algo muy grave va a suceder en este pueblo". (*Nota de los editores*).

vendedor de pescado con su pregón; a la vecina con sus presentimientos; a los jugadores del billar con su alardeo; al matarife con la carretilla de carne y *pescao*; a ese solazo de las dos de la tarde, cuando la plaza queda desierta; al taburete, al machete, a los instrumentos de música *remendaos* con brea y a las casas de bareque. La conexión fue inmediata y decidimos llevar el cuento a escena. De esta manera, casi sin proponérnoslo, nació la primera obra de lo que, años después, se consolidaría como el grupo de teatro del colectivo Formarte.

En los patios del colegio, la comunidad educativa se reconoció en los personajes, en los vestuarios, en los gestos y en los objetos. El relato saltó de las aulas a las casas: madres, padres y abuelos lo abrazaron como propio y, al volver a contarlo, sumaron anécdotas, dichos antiguos y escenas de su infancia. En esas conversaciones, aparecieron los poderes sobrenaturales de la Marquesita de la Sierpe, las subiendas que atiborraban las casas de *pescao salaó encartonao* por el sol, las herramientas del trabajo local —canalete, canoa, arpón, atarraya— y los utensilios del hogar: catabre de maíz, puño de arroz, cereta para hacer el queso, troja para lavar los trastes, calabazo y tinajera para conservar el agua, catre para dormir, fogón de binde, totuma, cuchara de palo, mochilas y jolón de cuero para transportar la vitualla. Todo ese inventario entró a la obra y se volvió utilería y cultura compartida en el escenario.

También hicimos lugar a una voz más, con un personaje que irrumpía con canto de vaquería:

Eeeehhhhh, puerto sucio,
orilla de caimán cebaó,
donde hay muchacha bonita
nunca falta el enamoraó.
Eeeehhhhh, eso dijo el pollo chira
cuando lo iban a matá;
eeeehhhhh, póngase breve,
mi señora, y ponga el agua a calentá.

Esa conversación entre familias y generaciones recreó la vida de San Marcos y del San Jorge. Somos gente del agua: hemos construido una cultura anfibia porque entre el agua y la tierra nacen nuestros paisajes, prácticas y tradiciones; aquí nacimos y crecimos, entre el caño, el remanso de la ciénaga y la ribera del río.

Desde entonces nuestra escena está encendida. A lo largo de los años, más de dos mil estudiantes han pasado por nuestros procesos de formación en danza, teatro y música. Cada año, unos 150 permanecen activos

^ *Integrantes de la agrupación musical del colectivo Formarte San Marcos durante la representación de la iniciativa "Generaciones en escena: un diálogo abierto". Fotografía de Fabio González Viloria. San Marcos, septiembre de 2025.*

< *Las aves del entorno acuático de la Depresión Momposina, hoy en peligro de extinción, son el tema central de la puesta en escena* **Un grito del agua, voces de la extinción.** *La obra, del colectivo Formarte San Marcos, hace parte de la iniciativa "Generaciones en escena: un diálogo abierto" y busca concienciar sobre la importancia de la conservación y la biodiversidad mediante el teatro callejero. Fotografía de Fabio González Viloria. Ciénaga El Toro, El Oasis, San Marcos, octubre de 2025.*

durante el calendario escolar. Para la mayoría, el arte es oportunidad y desahogo: les ayuda a fortalecer lo que saben hacer y les da lugar para imaginar y disfrutar el tiempo libre. En cada función mostramos —con el cuerpo y el palpitar del corazón— la vena artística y cultural del *ser anfibio* o del *ser pata de agua* en esta región.

Asumimos el reto de impulsar y salvaguardar el legado histórico, el patrimonio artístico y la riqueza natural del bajo San Jorge y la Mojana. Nuestras puestas en escena rescatan y actualizan tradiciones, creencias, costumbres y saberes de la gente zenú y malibú; de las personas africanas traídas en condición de esclavitud; de campesinas y campesinos; de otras culturas itinerantes que han llegado a la región.

La tradición oral está viva en nuestras obras, a través de la recuperación de décimas que han sido cantadas por abuelas y abuelos en fiestas patronales, festivales y parrandas; de cantos de vaquería que guían la trashumancia; de cantos de zafra que acompañan la cosecha de arroz o maíz; y de gritos de monte que son formas ancestrales de comunicación, que dan ánimo y motivan las largas jornadas de trabajo en el campo.

< El coroncoro, pez emblemático que los zenúes inmortalizaron en sus antiguas obras de orfebrería, actualmente en peligro de extinción en la región de La Mojana. La fotografía destaca la obra realizada por el colectivo Formarte San Marcos, concebida como parte de la iniciativa "Generaciones en escena: un diálogo abierto". Fotografía de Fabio González Viloria. Ciénaga El Toro, El Oasis, San Marcos, octubre de 2025.

Retomamos mitos, leyendas locales y poemas

terrígenos como *El atarrayero* y *Las hicoteas*, del escritor José de Jesús Navarro Vergara, de Caimito, Sucre. También hacemos memoria de relatos de pesca, del respeto por los animales, de la conservación de la flora y de la sabiduría que guardan ríos, caños y ciénagas, inspirados y enriquecidos por el texto *Entre la extinción y el olvido*, de la sanmarquera Nohemí Lince.

Nuestras puestas en escena hacen reír y llorar de emoción. En el teatro de sala montamos cuadros que, con los vestuarios y utensilios, cuentan un suceso, una situación cotidiana, una superstición, una faena de trabajo, un oficio y un saber: un velorio con ataúd velado con mechones y flores de bonche; una huelga de fandangueras que reclama la esencia del fandango; una gallera donde los que se pelean son los dueños de los gallos; un hacendado que pierde sus riquezas tras un sueño de borrachera con ñeque; una mujer que escama y arrolla el pescao en hoja de bijao sobre la troja; un pescador que teje la atarraya en el corredor para la faena de la madrugada; un joven que afila el machete hasta que la lima corte el viento; la vecina chismosa que, robando gallinas, cocina el sancocho más sabroso del mundo; la adivina que descubre dónde está el gato que perdió el llantero del pueblo; la candela cantando como señal de que vienen visitas a la casa; el abuelo en taburete, fumando un tabaco, con la mirada perdida, contemplando la inundación; el pum-pum de dos manos golpeando el arroz en el pilón de las pilanderas; unas niñas que cuidan la tinajera mientras aguardan que esta purifique el agua del pozo o del río.

En el teatro de calle juntamos cuerpos en movimiento, música en vivo y objetos nacidos del agua y sus orillas. Los lanzafuegos abren y purifican el camino; el fuego anuncia limpieza y transformación. Detrás vienen las gigantonas, herencia de las figuras gigantes de fiestas y procesiones españolas que el pueblo volvió sátira para burlarse de las élites locales. En Formarte las armamos con patrones de títere de varilla y marioneta, con vestidos coloridos, expresiones faciales divertidas y una presencia que convoca al público. Bailan y rumbean con percusión y vientos en cumbias, puyas y porros pelayeros. Las zanqueras y zanqueros evocan regiones cenagosas, son una simbiosis de los palafitos y de las patas de las aves zancudas como la garza, el coclí o el coyongo. En Formarte, los convertimos en personajes mitológicos y fantásticos.

En nuestras puestas reafirmamos historias de pueblos anfibios con cumbia, mapalé, fandango y bullerengue. Piezas como *Mojana, espíritu del agua, El pescador, Río San Jorge, Tambora majagualera* y *El pájaro de la montaña* nos permiten cruzar danza, teatro y música. El escenario mezcla vestuarios, canoas, atarrayas, canaletes, pescados, velas, abarcas y tambores, y da vida a coreografías en las que el pescador "habla con la luna" y, al golpe del tambor, persigue el "espíritu del agua", ese duende burlón de La Mojana. También navegamos el río San Jorge en medio de un fandango con porro palitiao, de ritmo veloz propio de bandas pelayeras. Además del repertorio tradicional, las composiciones del maestro Alejandro Rodríguez nos llevan a la Perla

del San Jorge con imágenes como las maripositas de chipilín, la canillona y la patizamba. Sumamos bailes de salón de antaño, piezas tropicales cargadas de la tradición, la añoranza y la memoria de un pueblo donde muchos aseguran que Dios creó el paraíso.

Con la danza y el teatro, la música de gaitas fue ganando su lugar. En Formarte enseñamos a tocar y a reconocer los materiales del entorno con que se fabrican los instrumentos: maderas locales, cuero de carnero o vaca, corazón de cardón, cera de abeja, carbón triturado, totumo y semillas de chuira. Lo esencial es escuchar el diálogo entre gaita hembra y gaita macho con los tambores (alegre y llamador) y las maracas. Muchas niñas, niños y jóvenes se inclinan por la gaita casi de forma innata; parece que nacieran con las manos listas para sacarle a esta sus ritmos y melodías. Confiamos en que esta tradición seguirá viva y cuidará nuestra herencia cultural. La gaita no es solo un género: sus canciones cuentan el día a día campesino —trabajo, amores, penas y alegrías— y toman de la fauna de ciénagas y riberas sus metáforas y ritmos, como en *El morrocoyo* de los Gaiteros de San Jacinto.

Ay, corre morrocoyo
Que te coge el perico ligero
Ay, corre, corre, morrocoyo
Que te coge el perico ligero
Ay, brinca morrocoyo
Que te coge el perico ligero
Ay, salta morrocoyo
Que te coge el perico ligero
Ay, corre, corre, morrocoyo
Que te coge el perico ligero
Ay, vuela morrocoyo
Que te coge el perico ligero

< Puesta en acto de la iniciativa "Generaciones en escena: un diálogo abierto", promovida por el colectivo Formarte San Marcos. Fotografías de Fabio González Viloria y Carlos Mario Pupo Pérez. Palo Alto, San Marcos, septiembre de 2025.

DETRÁS DE BAMBALINAS

Desde el día en que *la idea empezó a dar vueltas*, a Formarte se han sumado muchas personas: estudiantes, familias, exalumnado, personas mayores, poetas, compositores, decimeras y decimeros, coreógrafas y coreógrafos, bailarinas y bailarines, músicos, teatreros y personas sabedoras —oriundas y foráneas; empíricas, versadas y también tituladas en artes—. Somos un escenario donde oficios tradicionales y saberes académicos se encuentran para sostener y afinar cada presentación.

Carmen Álvarez, modista, con su máquina y su ojo para el detalle, confecciona nuestros vestuarios;

Carlos Castro, carpintero del pueblo, elabora los instrumentos y la utilería en madera (zancos, biombos, cajas, estantes); Adolfo Gutiérrez Pérez, soldador, asegura soportes y estructuras para las puestas en escena; Bachir Arabia Vergara, con paciencia y magia en las manos, crea máscaras, maquillajes y caracterizaciones de personajes. Bachir aportó de manera decisiva en la creación de las gigantonas.

Fabio González Viloria, que fue parte activa como estudiante, hoy nos respalda desde su emprendimiento en recreación y producción audiovisual con fotografía y grabaciones de nuestras presentaciones; José García Pico, teatrero de gran experiencia, ha fortalecido nuestros montajes de sala; Amaury Arrieta Morales, artista versátil y polifacético, destaca en el teatro de calle; Luis Rodríguez, creador y líder de Ritmo Caliente de Sincelejo, impulsó y llevó a escena trabajos dancísticos del colectivo.

Edilberto Cárcamo, gaitero empírico de la región, transmite con paciencia sus saberes a niñas, niños y jóvenes; Manuel Vásquez comparte su experiencia en los instrumentos de percusión; Santana Cotera, decimero, cantador de zafra y de vaquería y relator de prácticas ancestrales, aporta historias y cuentos populares que luego se vuelven guiones; Mario Noya Avilés, artista plástico, con pincel y aerógrafo, detalla y embellece nuestras creaciones.

Reconocemos también a nuestra compañera Diana Aguas Caraballo, docente de artística de la Institución Educativa San Marcos que fortaleció, apoyó y fue parte activa de Formarte durante muchos años. Diseñó vestuarios, accesorios, maquillajes, escenografías y coreografías que llevaron la danza típica y autóctona a numerosos escenarios del San Jorge y de La Mojana.

UN GRITO DEL AGUA, VOCES DE LA EXTINCIÓN

Antes de que el silencio y la indiferencia crucen las orillas, queremos dejar algo claro: varias especies del San Jorge están amenazadas. Guacamaya, coyongo, pisingo, chavarrí, espátula rosada, mico tití cabeciblanco, ponche y corocoro sufren presiones debido a la caza y la extracción sin control, la contaminación, la tala, las alteraciones en los pulsos de agua y los eventos climáticos extremos.

Un grito del agua, voces de la extinción es una puesta en escena de teatro callejero que estamos creando para visibilizar estas amenazas, nombrar responsabilidades y activar el cuidado comunitario. Llevamos el mensaje a calles, plazas y escuelas con décimas, música y personajes del territorio, para pensar sintiendo y sentir pensando el cuidado común, y abrir conversaciones prácticas sobre la protección y el uso responsable de nuestro ecosistema anfibio.

Este poema nace en el proceso del colectivo, acompañado en la escritura por el profesor Carmelo. Un

> *La rana, personaje de la puesta en escena de la obra de teatro de calle* **Un grito del agua, voces de la extinción,** *del colectivo Formarte San Marcos. Fotografía de Fabio González Viloria. Ciénaga El Toro, El Oasis, San Marcos, octubre de 2025.*

Mirando el reino animal
Es grave la situación,
hay muchos en extinción,
es triste, pero es real.
Hoy en día es primordial
corregir esa gran falla:
proteger las guacamayas
y el pisingo malibú;
si lo hago yo, y lo haces tú,
dejamos de ser canallas.
El ponche ya no se ve
tampoco el pato rosado;
el coyongo se ha acabado,
chavarrí no encuentra usted.
Mico tití no encontré

ayer que fui por el campo;
el pobre cabeciblanco
está casi exterminado.
Nosotros hemos causado
esto que hoy nos duele tanto.
Los abuelos me contaron
de aquellos tiempos de oro,
cuando existió el corocoro
que ellos tanto disfrutaron.
Lástima que lo acabaron
y en las aguas no se ve;
ya no se puede comer
ese plato delicioso,
que en guiso era sabroso
y nutritivo a la vez.

poema de Julio César Hoyos Olmos, estudiante de octavo grado de la Institución Educativa San Marcos.

Para nosotros, Formarte es una propuesta artística y cultural clave en el San Jorge y La Mojana. Con danza, teatro y música, vinculamos a niñas, niños, jóvenes y adolescentes de familias campesinas, pescadoras, artesanas y agricultoras de veredas y pueblos como Belén, El Torno, Caimito, Sucre, Guaranda, Gavaldá, Cuiva, El Cauchal, Las Flores, La Florida, Candelaria, Parcelas de Santa Fe, La Sierpe, Palo Alto, Santa Inés y otros lugares de la región. Muchos de ellos buscan en la escuela una oportunidad para enrumbar su proyecto de vida, a menudo golpeado por la falta de oportunidades, el conflicto armado y, en los últimos años, inundaciones que dejan bajo el agua el colegio durante buena parte del año escolar.

A través de la música, la danza y el teatro queremos seguir formando seres sentipensantes. Personas que sienten y piensan con los sentidos conectados a la naturaleza y a sus ancestros.

Orlando Fals Borda recibió esta idea de pescadores de San Benito Abad, mientras trabajaba en la *Historia doble de la Costa*: que ellos actuaban con el corazón, pero también empleaban la cabeza, y cuando combinaban las dos cosas así, eran *sentipensantes*. Desde las artes, la cultura anfibia es para nosotros todo lo que la gente piensa, dice, hace, cree y crea bajo la influencia del agua —ríos, ciénagas y caños— y en relación con la tierra. Ese elemento vital que organiza un modo de vivir y una relación singular con nuestro entorno.

Ese es nuestro compromiso: poner en escena esa forma de estar en el mundo, cuidarla y compartirla, para que el agua siga enseñando y la comunidad siga reconociéndose en su propio reflejo.

Sí: la idea dio muchas vueltas. Y ciertamente algo vino a pasar en este pueblo.

Agradecemos a todas las personas que han hecho parte de Formarte. Gracias por pertenecer y seguir perteneciendo; por entregarlo todo; por llenar de creatividad, color y sonrisas cada escenario; por bailar con el corazón y actuar con la mente, dando rienda suelta a una vena artística heredada y marcada por la presencia del agua —y por la fe que nos acompaña—.

> *Lanzafuego, integrante del colectivo Formarte San Marcos, forma parte de la puesta en escena de teatro callejero* Un grito del agua, voces de la extinción. *Fotografía de Fabio González Viloria. Palo Alto, San Marcos, septiembre de 2025.*

Algunos Metodos o forma de pescar

Septiembre 14 del 2025

Farid Gacela Vilorio

LOS SABERES

Algunos Metodos o forma de pescar

Perro

Balso

Atarraya

Bocachico

Sábalo

DEL AGUA: MEMORIAS DE UN PESCADOR DE LA MOJANA

Farid Enrique García Viloria[1]

Mi nombre es Farid Enrique García Viloria. Nací en 1959, en San Marcos, Sucre, y desde niño aprendí a pescar con mi padre. Durante décadas navegué por ciénagas y caños del río San Jorge, hasta conocer sus corrientes como la palma de mi mano. Hoy acompaño a investigadoras e investigadores en sus recorridos, compartiendo los saberes que me dieron el agua, el viento, el canalete y la canoa. Gracias a esos saberes diseño cartografías en las que retrato las realidades de los territorios acuáticos y las experiencias en torno a cada recorrido. Esta es mi historia, la de un hombre *pata de agua* que aprendió a bogar para subsistir en el arte de la pesca.

Estudié en el Colegio Departamental de San Marcos hasta el grado octavo, en 1978. Mis padres fueron Donaldo Enrique García Quintero, de San Francisco de Loba (Bolívar), y Aida Elena Viloria Flores, de San Marcos (Sucre). Él, un pescador hábil con la atarraya, conocedor de los movimientos del pescado de día y de noche, capaz de coger un sábalo por la noche, en las riberas del río San Jorge, usando solo un foco y una flecha grande llamada flechón, hecha con lata de castilla y dos clavos con escamas. Ella, una mujer con un saber prodigioso en sus manos a la hora de cocinar; su especialidad: un cabrito de bocachico relleno de verduras y envuelto en hojas de bijao.

MIS AÑOS DE PESCADOR Y LOS RÍOS DE MI VIDA

En el año 1975 empecé a navegar con mi padre. Andábamos por ciénagas, ríos, caños y arroyos, pescando. Mi verdadera escuela fue el agua, y mi padre, mi maestro. En nuestras salidas nocturnas aprendí a moverme en la oscuridad de la ciénaga, orientándome no con mapas, sino con las siluetas de los árboles más altos, como los suanes, que nos señalaban la ubicación de los caños y del río. Nuestro único reloj eran los luceros: su posición en el firmamento nos marcaba el paso de las horas, y la aparición de una estrella específica era el anuncio inconfundible de la madrugada.

De él también aprendí a leer el lenguaje de la luna para entender el comportamiento de los peces. Sabíamos

1 Pescador y cartógrafo del agua de San Marcos, Sucre. Ha acompañado procesos de investigación en diálogo con la antropología, la hidrología, la biología y la arqueología.

< Los pescadores en La Mojana han recurrido a diversas formas de pescar: el perro, la atarraya, el chinchorro, la rastra, el trasmallo y la galandra o chuchaca. Ilustración de Farid García. Septiembre de 2025.

que con la luna nueva migraban siguiendo la ruta del sol; en las noches oscuras, subían a la superficie; con la luna brillante, se hundían hacia las profundidades; y durante la luna llena, abandonaban el monte para desplazarse hacia aguas más limpias y abiertas a media profundidad.

Para el ojo que no conoce, todo es un mismo montón de agua: ciénaga, caño y río se confunden. Pero bogando en la canoa fue que el viejo mío me enseñó la verdad: el agua tiene sus nombres y sus mañas, y no es lo mismo llamar a una que a otra, ni por equivocación.

La ciénaga es la cuna de la vida.
Es ese cuerpo de agua grande,
quieto, rodeado de árboles
y tapizado de jacintos de agua.
Pero su mayor secreto
son los "firmes".
No es tierra de verdad, no,
son islas de mentira, hechas
de plantas muertas y barro
que flotan y se mueven
con el viento.

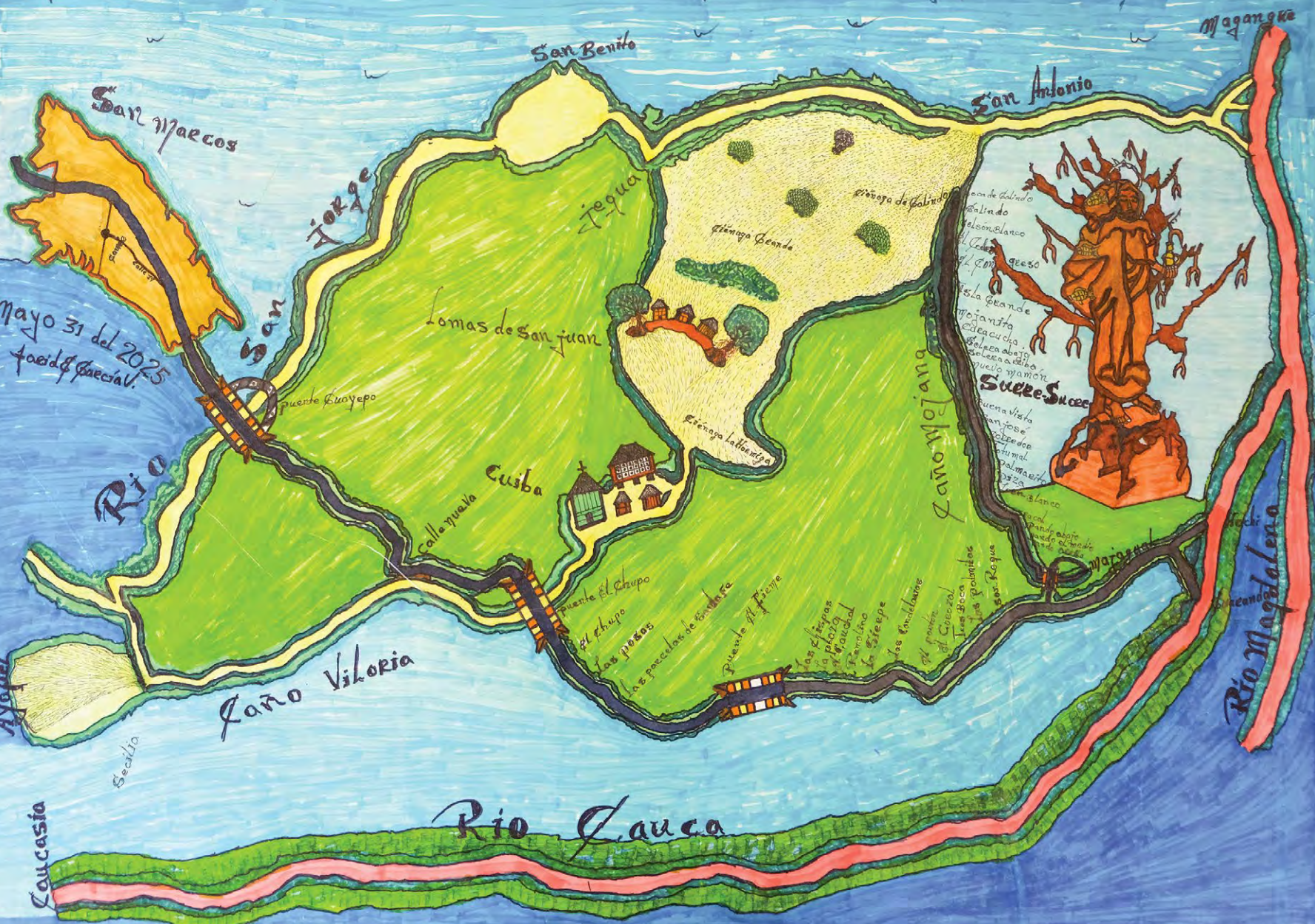
Son tan fértiles que la gente hasta siembra en ellos. Para nosotros, los pescadores, la ciénaga es sagrada, porque ahí es donde el pescado cría, come y se pone gordo.

Después está el caño. El caño es la vena que une la ciénaga con el río. Es un canal más angosto, pero es el que le da respiro al agua estancada. Por ahí entra el agua nueva, se revuelve, se oxigena y mantiene todo vivo. Si un caño se tapa, la ciénaga se pudre y se muere el pescado. Es así de simple.

^ *Cartografía social sobre la red hídrica del municipio de San Marcos. Farid García. 2023.*

> *Recorrido por la red hídrica urbana asociada a la ciénaga de San Marcos. Cartografía de Farid García. Julio de 2025.*

San Marcos Sucre
Julio 31 del 2025
Jaeid & Garcia
Marsalu
Ciénaga de Cuenca
Ciénaga La Flores
Ciénaga La Isla
La Isla
Ciénaga el pital
el pital
Ciénaga La Florida
Peñacarate
Ciénaga Cumba
San pablo
monte Grande
ciénaga pailitas
Caño los Angeles
Belen
Ciénaga Belen
Ciénaga el toro
San Marcos
ciénaga pailitas
Puente
Caño Zarate
Ciénaga San marcos
Caño Nuñez
Ciénaga la Cruz
Sajeba
la Gloria
el Algarrobo
Campanito
Lavanchá
Venecia 1
Mono Solo
el Roano
RIO San JORGE


San Benito
San Antonio
Magangue
San Marcos
San Jorge
Tequa
Lomas de san juan
Ciénaga de Calindo
Ciénaga Grande
Ciénaga Lattoerriga
Caño Mojana
Sucre-Sucre
Puente Cuayepo
Rio
Cuba
Calle nueva
Puente El Chupo
El chupo
Las pesos
Las parcelas de Catalina
Puente El Tiempe
Las chispas
La playa
Ramalino
La Greepe
Las Candelarias
El puente
El Caezal
Las Bocas
Las Palmitas
San Roque
Caño Viloria
Rio Cauca
Rio Magdalena
Caucasia
Seatia
Mayo 31 del 2025

Claro, también está el río, que es el camino mayor, el cuerpo de agua más ancho y largo que se lleva y lo trae todo. Por último están los arroyos, que son como hijos del invierno; corrientes delgaditas que solo aparecen cuando caen los aguaceros y se van tan pronto como llegaron.

Cada pez tiene su forma de pescarlo y sus secretos. Entender eso no se aprende en un libro, se aprende con el agua hasta las rodillas y el sol en la nuca.

Entre las ciénagas que atravesábamos, que están en medio o sobre el caño Carate y el río San Jorge, están las ciénagas de San Marcos, La Cruz, Gamboa, La Florida, El Pital, La Isla, Las Flores, Cuenca, entre otras.

También navegábamos las que se encuentran a lo largo del río San Jorge, del caño Viloria, caño Rabón, caño Misalo, Los Ángeles y San Matías, a saber, las ciénagas de Ayapel, Palmasola, Los Muñecos, Los Suanes, La Hormiga, Ciénaga Grande, Tiesto, Los Caimanes, La Villa, La Virgen, Balanta, Galindo y otras más.

Conocí bien el río San Jorge, desde Marralú hasta su desembocadura en el río Magdalena, por la boca de Guaso, la boca de Perico y la boca de Retiro. También el río Cauca, desde Caucasia hasta Punta Cartagena, donde desemboca en el Magdalena, y el mismo río Magdalena, por Coyongal y Magangué.

< Recorrido del Aula Flotante, actividad pedagógica del semillero de investigación Agroanfibia de la Institución Educativa San Marcos. Cartografía de Farid García. Junio de 2025.

DE PESCADOR A GUÍA DE LA REGIÓN

Fue por allá en el 2004 cuando la ciencia me encontró, o más bien, cuando la trajo mi hijo Anderson a la casa. Una de esas tardes calmosas, mientras yo descansaba en la chinchorra de nylon y planeaba la faena de pesca de la noche, Anderson apareció con el profesor Alejandro Camargo, antropólogo de la Universidad del Norte de Barranquilla. Él andaba por acá, cuaderno en mano, haciendo su tesis sobre la pesca en nuestro río San Jorge.

Al principio, su método me causaba una extraña curiosidad. Mientras yo medía el río con la vista y el sentir, él lo medía con números. Se sentaba en la orilla y anotaba con una paciencia de santo qué tipo de pescado sacaba cada quien, en qué cantidad, la fecha y el lugar exacto. Pero esa curiosidad se transformó pronto en un cruce de saberes. Yo le marcaba en sus mapas un remanso que solo los viejos conocemos, un lugar donde el bocachico se arremolina antes de la subienda, y él, a cambio, me mostraba en sus papeles cómo las corrientes habían formado ese mismo remanso hace cincuenta años. Por primera vez sentí que todo lo que el río me había enseñado no solo servía para sacar pescado, sino que tenía otro valor.

Recuerdo que, para que entendiera la fragilidad de todo esto, le conté de la “avalancha” de marzo de 1997, aquella tragedia en que las aguas se volvieron lodo y los peces flotaban por miles, con el vientre blanco mirando al sol. Las consecuencias de esa mortandad las seguimos sintiendo por años. Ya para esa época, en el

2004, uno notaba que el río no era el mismo. El pescado mermó, pero lo que más dolió fue que la subienda se nos encogió, se acortó en su duración. Antes de que el río se enfermara con ese lodo, teníamos dos golpes de abundancia: la primera subienda era entre octubre y noviembre, que servía como de aviso, pero la de verdad, la que llenaba las canoas y aseguraba la comida, era la de diciembre y enero. ¡Esa era la de la producción grande! Después de la avalancha, esa alegría se fue volviendo más corta, más esquiva.

Aquel primer encuentro con el profe Alejandro fue como una semilla que se siembra en tierra buena: uno no la ve, pero con los años va echando raíz. Y así fue. Para el 2018 yo sentía que la atarraya ya me pesaba más en los hombros que en la mano, un peso más de años que de plomo, y decidí que el remo me iba a dar más sustento que la red. Fue así como volví a encontrarme con el profe, pero esta vez el viaje fue distinto, un viaje a un río muerto.

Nos adentramos en los vestigios del cauce viejo del San Jorge, bogando por donde ya no había agua, sino un barrial espeso que se tragaba la palanca. La canoa no navegaba, se arrastraba quejándose. Él me preguntaba por qué el río se moría en esos tramos, y yo le explicaba la ley de por aquí: que los ríos no se están quietos, caminan. La sedimentación los empuja a buscar otro rumbo. El río ya no tiene la furia de antes para llevarse todo el lodo que le cae, entonces se va quedando aquí, ahogando su propio camino. Viendo esas cicatrices de barro, entendí con él que el río tiene memoria y que ese barrial no era su tumba, sino el rastro que deja al caminar.

Y si ese año fue de seguirle los pasos al río, el que siguió, el 2019, fue para desenterrar a abuelos y abuelas. Mi canoa nos llevó en un viaje directo al pasado con la arqueóloga Lina Campos, del Museo del Oro de Bogotá, el hidrólogo Jorge Escobar, de la Universidad Javeriana de Bogotá, y el mismo Alejandro en búsqueda de las huellas que dejaron los zenúes. ¡Y bueno, no hubo que buscar mucho! Por donde uno metiera el ojo, ahí estaban los camellones, esas lomas de tierra que se levantan como si fueran las espinas de un bocachico gigante que se hubiera acostado a morir en el paisaje hace siglos. Mientras yo les señalaba con el dedo un montículo casi comido por el monte, que uno reconoce porque la tierra se levanta distinto, ellos sacaron su maravilla: un dron, un bichito zumbador con ojos de vidrio que se levantó a volar sobre nuestras cabezas y nos mostró todo desde el cielo.

Con lo que ese bicho volador grababa, los profes Jorge y Alejandro me mostraron el mapa entero, pero visto desde arriba, como si uno fuera un pájaro. Ahí fue que se me aclaró todo el pensamiento, me quedé sin palabras. Me explicaron la maña que tenían los viejos de antes, cómo ese tejido de

> *Los cambios de oxígeno en el agua: durante el día, gracias a la luz solar, los peces pueden alimentarse tranquilamente en las zonas cubiertas de pastos, algas y otras plantas acuáticas; pero, durante la noche, ya no pueden permanecer allí porque el oxígeno disminuye. Ilustración de Farid García. Octubre de 2025.*

Cambios de Oxigeno en el Agua Segun La Luz Solar oct 11 del 2025 Farid Caceres

Javid J. Garcia U.

Antes y Después del 2007 - 2010

Septiembre 28 del 2025 Javid J. García U.

canales y camellones era una trampa inteligente para el agua. En invierno, dejaban que el río se metiera mansito por los canales, sin golpear, y cuando el agua se iba yendo con el verano, dejaba en el camellón la comidita de la tierra, el sedimento rico, el mejor abono que se pueda pedir, listo para la siembra. Los antiguos zenúes no peleaban con el agua: la amansaban para que trabajara con ellos.

Mi saber de la tierra
les iba diciendo a los profes
para dónde mirar y los aparatos
de ellos me enseñaban a mí
el porqué de las cosas.
En ese momento sentí
que estábamos amarrando
dos puntas de un mismo nylon:
un saber de antes con uno
de ahora, y esa vaina sí
que tenía fuerza.

< El antes y el después de la gran inundación de 2010 en el río San Jorge: arriba, el agua y el bosque lleno de vida; abajo, el paisaje seco y degradado, casi desertificado. Ilustración de Farid García. Septiembre de 2025.

Ese mismo año, el trabajo con el biólogo Óscar Laverde fue otro cuento. Con él no andábamos mirando para el suelo, sino para arriba, escuchando. Nos íbamos en la madrugadita, cuando el monte apenas se despereza y el agua es un espejo sin romper. Nos quedábamos en un silencio que se podía hasta oír, mientras él levantaba un micrófono que parecía una escopeta peluda y se ponía a cazar los cantos de los pájaros. Yo, que toda la vida los había oído, fue con él que aprendí a escucharlos de verdad: ese ¡tui-tui-tui! seco del martín pescador cuando se clava en el agua; ese lamento del carrao, que con su ¡carrao, carrao! parece que les estuviera pidiendo permiso a las aguas para que lleguen.

Pero la cosa no era nomás por guardar los sonidos. Óscar me contó que con toda esa música del monte iban a tejer una canción, una que iba a sonar duro el día que abrieran de nuevo el museo en Cartagena. Ahí fue que entendí que eso de "ponerle letra a la música del río" no era un cuento, ¡lo estábamos haciendo de verdad! Con cada viaje de esos, sentía más clarito que mi saber de pescador no era una cosa sola y perdida, sino un pedacito de un rompecabezas mucho más grande.

Pero no todo el trabajo con los profesores es de mirar para atrás o para el monte. La ciencia también me ha buscado para ver las heridas de ahora, las que le duelen a nuestra propia gente.

Fue una tarde, ya casi buscando la noche, pero del 2022, que me entró otra llamada. Era el mismo profesor

Alejandro Camargo. Me citó de nuevo en el Hotel Camer, aquí en San Marcos.

Cuando llegué, el profe Alejandro me presentó a una señora que venía de Bogotá, una mujer que se veía importante: Juana Camacho Segura. Antropóloga también, servidora pública del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, el ICANH. Juana vino a rastrear la enfermedad del riñón, la renal crónica, que tanto está golpeando por aquí. Y yo, pues, me ofrecí de guía, para acompañarla y mostrarle cómo estaba el panorama en el municipio.

Desde esos días para acá, la cosa solo se ha puesto más triste. Hemos visto morir a gente de ese mal, lo mismo quienes van a la máquina de hemodiálisis que quienes se dializan en la casa. Nomás en estos dos últimos años, el 24 y el 25, hemos estado pendientes de dieciocho pacientes solo aquí en el pueblo. De ese grupo, ya se nos fueron dos. Quedan dieciséis. De quienes siguen luchando, hay tres que se hacen la diálisis peritoneal, en la barriga, y el resto, trece, tienen que pegarse a la máquina.

Lo que de verdad le hiela a uno la sangre es la velocidad con que esto va cogiendo fuerza. La enfermedad se está regando como plaga. Ya no respeta ni a viejos ni a pelados, y está cayendo lo mismo en las veredas que aquí en el pueblo.

Fue un trago amargo andar en ese rastreo. Por eso, cuando llegó el 2023, la invitación que me hicieron se sintió como un bálsamo, como cuando la ciénaga se aclara después de una palizada. Me invitaron a Cartagena para la reapertura del Museo del Oro Zenú. Eso me infló el pecho de orgullo. Era la forma de ellos de dar las gracias por el trabajo,

Ese 2023 sí que se movió. Fue como cuando uno recoge la cosecha después de mucho sembrar. Ya estando allá fue que vi cómo todo lo que hicimos amarraba una cosa con la otra, como un nudo bien hecho. Ahí estaba el saber de los camellones que caminamos con Lina; se veía el dibujo que hicieron los drones de Alejandro y Jorge, mostrando cómo el agua le daba la mano a la tierra de antes; y hasta se escuchaba en el aire la música de los pájaros que ayudamos a cazar con Óscar para darle alma a ese lugar.

Pero la cosa no paró ahí. Ese mismo año, Óscar me hizo otra invitación: compartir una charla con él. Ya no en mi canoa sino trepado en una tarima, hablándole a un gentío de lo que uno más conoce: de la vida que nos rodea, la que uno ve y siente todos los días en el río y en el monte. Fue como la prueba de que este saber que uno construye en el agua tiene su propia voz, y que hay gente que quiere escucharla.

Les eché el cuento de cómo los pájaros de aquí, de La Mojana, son más que compañía en la faena de pesca; son los que nos traen las noticias del tiempo. Les puse el ejemplo del carrao, que para nosotros es como un almanaque con alas. Según cómo y cuándo cante ese animal, uno sabe si el invierno se va a adelantar o si el verano viene para largo. También les conté sobre el canto del chavarrí,

el guardián de la ciénaga. Cuando uno escucha su canto, es porque hay otros seres rondando la zona y lo pone a uno en alerta por la presencia de algún animal peligroso, como el tigre. Y hasta las chichas frías tienen su oficio: ellas anuncian el amanecer con sus cantos. Apenas uno las escucha, ya sabe que va a clarear.

Es un saber que no se aprende en los libros. Esto nos lo enseña la misma agua, el mismo zapal. Y la verdad, ese día que les conté todo esto, por fin sentí que de verdad se estaba escuchando.

Uno cree que conoce esta tierra porque nació aquí, pero La Mojana no se conoce por tierra, se conoce es por agua.

Y en eso me la he pasado del 2023 al 2025, sirviendo de guía, más que todo por agua, acompañando a la gente de las universidades que viene a estudiar esto, como la Javeriana de Bogotá y la del Norte de Barranquilla.

Recuerdo especialmente un viaje largo, por allá en ese mismo año 2023. Fueron cinco días montados en una canoa, acompañando al profesor Jorge Escobar, de la Javeriana. Partimos de aquí, de la ciénaga de San Marcos, con el agua todavía quieta. Agarramos el río San Jorge y le dimos hasta la altura de Seheve. En ese punto nos desviamos, dejamos el río, y nos metimos por caño Fístola, buscando la ciénaga de Ayapel. Ahí el paisaje cambia. El caño se "aprieta", el monte se le viene a uno encima, y el agua corre distinto, más turbia. Vimos manadas de pisingos que levantaban vuelo haciendo un escándalo, y las babillas asoleándose en las barrancas, quietas como palos secos.

De ese caño apretado salimos a esa inmensidad de la ciénaga de Ayapel, que parece un mar de agua dulce. Seguimos por caño Muñoz y caño San Matías hasta salir al chorro de Caregato, allá donde el río Cauca se mete con esa furia. Esa agua de color naranja es brava. Desembarcamos en San José de Mamaraya, un caserío anfibio, donde las casas están al pie de una montaña.

De ahí seguimos para Sucre (Sucre) y Santiago Apóstol. El regreso fue por otra ruta: nos metimos por la ciénaga de Misalo, de ahí a caño Grande de Santiago y luego caímos a la ciénaga de La Villa. Esas son aguas distintas: más calladas, más oscuras... muy abonadas y sedimentadas. Mansas, sí, pero tramposas. El problema es que, como están tan cargadas de sedimento, el cauce verdadero se esconde. El fondo está lleno de bancos de lodo donde uno no se los espera. Ahí es donde toca tener maña.

Como el agua es oscura y no deja ver el fondo, uno tiene que saberle buscar el cañito escondido. Mirando el propio oleaje que la canoa va haciendo. Donde el agua se mueve distinto, por ahí es la vena. Si uno no sabe leer esa

seña, se descuida y la canoa queda encallada en un banco de lodo en un momentico.

Fueron cinco días dándole la vuelta a todo este mundo de agua, viendo cómo cambia el color del río, sintiendo el olor a monte y a zapal, hasta volver a desembocar al San Jorge y ver otra vez nuestra ciénaga de San Marcos. Y es que, después de tantos recorridos como ese, parando en veredas y pueblos y hablando con la gente, es que uno entiende de verdad que el río ya no es el de antes.

En Mamaraya, en Ayapel, en Sucre, en Guaranda, en todos lados le dicen a uno lo mismo: "El pescado anda confundido y el agua sube cuando le da la gana".

Esa es la sabiduría, la que no está en los libros sino en el agua, la que la gente de las universidades viene a buscar acá.

Hasta aquí les he contado quién soy y de dónde viene mi oficio. Ahora quiero compartirles algunos de mis apuntes de trabajo, pedacitos de las libretas que cargo en las salidas cuando voy guiando a la gente que quiere conocer estos cuerpos de agua y la vida que guardan.

Yo antes no escribía nada. Cuando era pescador, todo se quedaba en la cabeza y en el cuerpo. Eso cambió cuando empecé a salir con las y los investigadores. Vi cómo iban anotando cada detalle y ahí entendí que esa era una manera de recordar.

Desde el 2023 cargo mi libreta en cada recorrido. Anoto el camino completo del viaje, lo que vemos y lo que nos toca vivir. Cada nota tiene su momento. A veces la escribí en la canoa, otras la anoté de noche cuando ya el motor se apaga y el agua queda callada.

Cuando regreso a la casa, paso esas notas a un mapa. Hago la cartografía del recorrido. Y cuando regreso después al mismo lugar, vuelvo y dibujo encima.

EL CONOCIMIENTO DE LA CIÉNAGA: LA FAUNA

El municipio de San Marcos, y sobre todo la región de La Mojana, es una zona muy rica en agua. Por eso su fauna es muy diversa y se clasifica en tres formas:

- **Animales que viven en el agua:** Bocachicos, coroncoros o cacuchos, mojarras, bagres, barbudos, doncellas, moncholos, etcétera.

- **Animales que viven en la tierra y en el agua:** Babillas, caimanes, ponches, hicoteas, tortugas, nutrias, etcétera.
- **Animales que viven en la tierra y en el aire:** garzas morenas y blancas, patos cucharos, carraos, patos reales, coyongos, pisingos, canarios, gavilanes, palomas, etcétera.

EL CONOCIMIENTO DEL PESCADOR:
LAS ARTES DE PESCA

Los pescadores en La Mojana hemos experimentado con varias formas de pescar. Entre ellas, tenemos:

- **El perro:** este método consiste en un trozo o pedazo de madera que tiene la propiedad de flotar (conocido como balso). Se pone a flotar en el agua y se le amarra una cuerda con un anzuelo y una carnada para atraer los peces.
- **La atarraya:** es un círculo con un tejido de mallas y crecido, el cual le va dando el ancho a cada cuatro vueltas y un "salto" que son seis vueltas, y así se hace hasta el largo que desee el pescador. La atarraya también lleva plomo para que llegue rápido al fondo y lleva "seno" (una uve que se le hace al final del tejido) para que no se salgan los pescados.
- **El chinchorro:** es una red para atrapar pescado con un tejido en mallas muy menudo. Antes se hacía con pita y en la actualidad se hace con nylon. Un chinchorro puede tener una longitud de cien metros o el ancho de un río, caño o ciénaga. El chinchorro lleva plomo, pero no tiene seno.
- **La rastra:** es otro método, como el chinchorro, pero este sí tiene seno como la atarraya y tiene malla menuda.
- **El trasmallo:** es una red para pescar en el agua limpia, o sea, en el espacio de agua donde no hay presencia de plantas acuáticas, o si las hay, no arropan todo el espacio. También en el monte, es decir, dentro de la maleza y hierba. Se mete el trasmallo, pues el pescado se esconde en el monte, y por eso este método es muy efectivo.
- **La galandra o chuchaca:** es como el trasmallo, pero esta red pesca en el río y se utiliza la corriente para que viaje. Es una forma flotante, por eso su peso no es plomo, sino una bolsa plástica pequeña a la cual se le echa arena de acuerdo con la capacidad de flotabilidad que desee el pescador. El alto que tiene esta galandra depende de la profundidad que tenga el río.

EL MISTERIO DEL OXÍGENO EN LA CIÉNAGA

Una cosa que sabemos los pescadores es sobre los cambios de oxígeno en el agua, más que todo en las ciénagas. Este cambio se ve especialmente en las partes más bajas, o sea, en los rincones de la ciénaga.

Por la luz solar durante el día, los peces pueden alimentarse tranquilamente en estas partes cubiertas

de pastos, algas y otras plantas acuáticas. Pero durante la noche, ya no pueden permanecer allí porque mueren.

Estas aguas, por el día, tienen oxígeno producido por esas algas y plantas. En cambio, por la noche, se quedan sin oxígeno, causando la muerte a los peces debido al cambio de la fotosíntesis de las algas y plantas que están en ese lugar de la ciénaga.

MEMORIAS SOBRE LA PESCA EN EL RÍO SAN JORGE: LAS TÉCNICAS DE LORICA Y LA MOJANA (1975-1986)

En enero de 1975, las riberas del río San Jorge fueron testigo de la llegada de un grupo de pescadores provenientes del departamento de Córdoba, específicamente de Lorica. Llegaban en camiones, transportando sus canoas y atarrayas hasta el emblemático puente del San Jorge, ubicado entre los municipios de La Apartada y Buenavista. Este puente era el punto de partida para su meticulosa faena.

Su método de pesca era un recorrido por etapas que seguía el curso del río:

- **Primera etapa:** desde el puente del San Jorge hasta Marralú (Córdoba).
- **Segunda etapa:** desde Marralú hasta Ciénaga de Oro (Córdoba).
- **Tercera etapa:** desde Ciénaga de Oro hasta Campanito (Sucre).

Estas tres jornadas las realizaban pescando aguas abajo. Una vez en Campanito, emprendían el regreso hacia el puente, pero esta vez navegando aguas arriba, sin pescar.

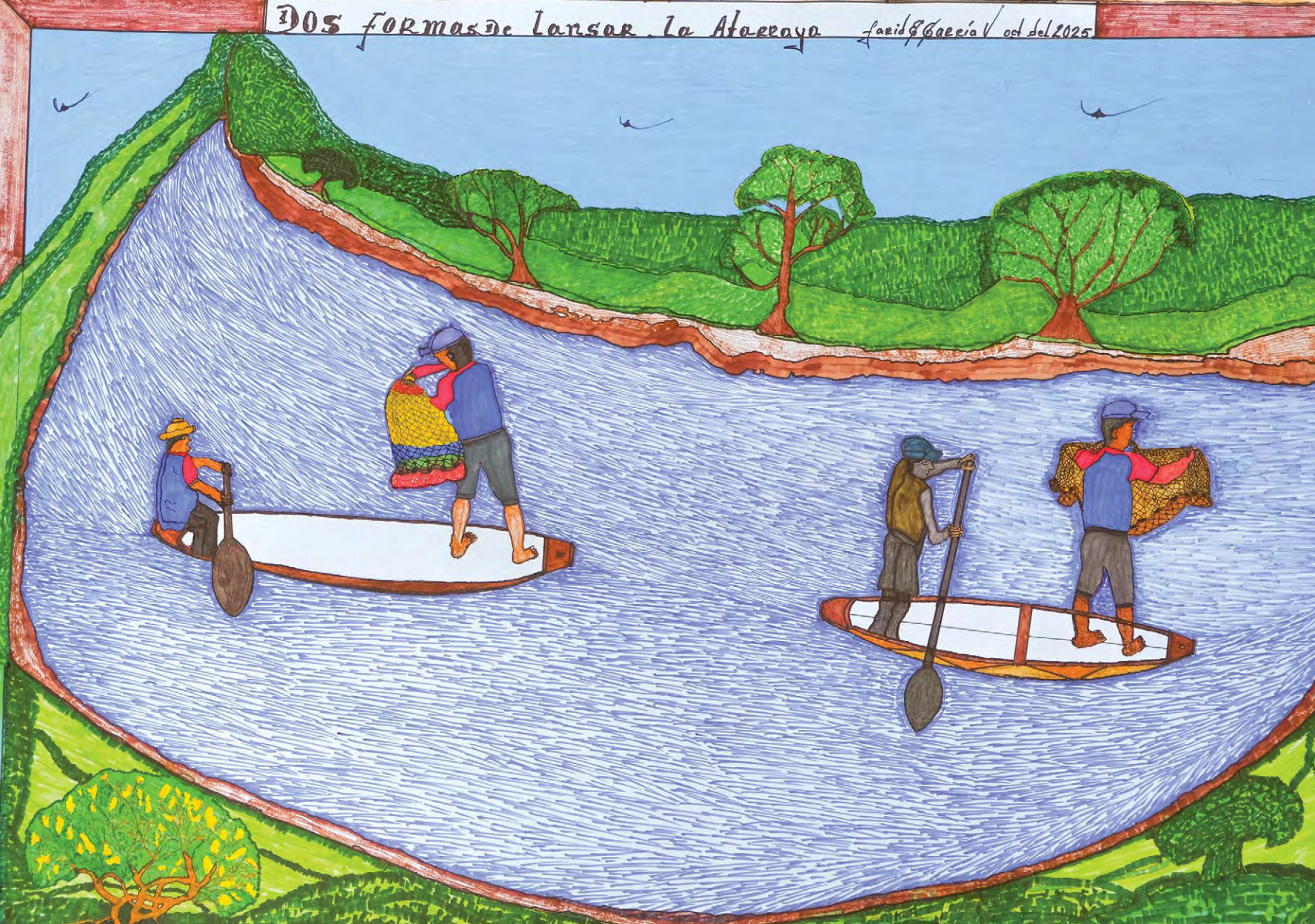
Durante el verano, los pescadores de Lorica practicaban una técnica conocida como "en forma de corral". Si eran veinte canoas, se dividían en dos grupos de diez, uno por cada orilla del río. Su objetivo era encontrarse en el centro para lanzar sus atarrayas simultáneamente, cercando a los peces.

Sus herramientas y métodos eran únicos:

- **La atarraya "codera":** usaban una atarraya de cinco varas (aproximadamente 4 metros de largo), lo que les permitía alistarla y lanzarla con gran rapidez. Para ello, el pescador se colocaba una parte de la red en el codo izquierdo, otra parte en la boca (sosteniendo la cuerda del plomo) y el resto en la mano derecha. Por esta costumbre de usar el codo, se les conocía como "coderos".
- **La posición del "avión":** la postura particular que adoptaban en la canoa para lanzar les ganó el apodo de "aviones".
- **El patrón de "palo largo":** El compañero del atarrayero, llamado "patrón", era el encargado de remar desde la parte trasera de la canoa. Lo hacía de pie, utilizando un remo de mango largo de aproximadamente un metro y medio, razón por la cual a estos remos se les llamaba "palo largo".

La presencia de estos pescadores en el río San Jorge

> Dos formas de lanzar la atarraya: "mantiado" y "coderos". Ilustración de Farid García. Octubre de 2025.


Dos formas de lanzar la atarraya
Farid Garcia V oct del 2025

Zaregato
mayo 28 del 2025
Canal La Esperanza

terminó en 1986, cuando un hombre llamado Barreto, que actuaba al margen de la ley, les decomisó sus atarrayas.

Durante su tiempo en la región, los de Lorica introdujeron un cambio significativo en las redes de pesca de San Marcos (Sucre). El trasmallo que se usaba en esa época estaba hecho con nylon número 4, retorcido en dos cuerdas. Los pescadores de Lorica lo destorcían y tejían la red usando una sola cuerda. El resultado era un trasmallo más delgado y liviano, pero igual de efectivo para la captura.

Los pescadores locales de San Marcos, San Francisco de Loba (Bolívar) y toda la región de La Mojana se diferenciaban claramente de los de Lorica por su técnica para lanzar la atarraya.

- **El lance "mantiado":** dividían el paño de la atarraya usando los cuatro dedos y el pulgar de la mano derecha para sostenerla. Luego, daban medio giro a su cuerpo y tomaban impulso hacia adelante para lanzarla.
- **Pescadores "bajeros":** los de San Francisco de Loba, también llamados "bajeros", eran famosos por usar las atarrayas más grandes, de hasta siete varas.
- **Canaletes de mango corto:** pescaban también de forma "corraleada", pero sus patrones usaban canaletes de mango corto (unos 80 cm) y remaban sentados.

Las embarcaciones también han cambiado con el tiempo.

< Ruptura del río Cauca a la altura de Caregato. Cartografía de Farid García. Octubre de 2025.

En esa época, los pescadores de San Francisco de Loba subían por el río San Jorge formando caravanas acuáticas con sus canoas Johnson, amarrando las más pequeñas una detrás de la otra.

- **Antes:** las canoas eran "enterizas", es decir, no tenían uniones. Se fabricaban tallando un único árbol grande y grueso que proporcionara el largo y ancho necesarios.
- **Hoy:** las canoas de pesca se construyen con tablas. Las uniones se sellan con una mezcla de puntillas, papel higiénico, cemento blanco y pegamento (colbón) para impermeabilizarlas.

Actualmente, los pescadores de La Mojana utilizan una gran variedad de métodos de pesca, como el anzuelo, el chinchorro, la arrastra y la nasa, entre otros. La elección de cada técnica depende tanto de su condición física como de sus recursos económicos.

MEMORIAS SOBRE LOS GOLPES DUROS DEL AGUA: LAS INUNDACIONES

Aparte de la avalancha de lodo del 97, hemos vivido otros desastres que también nos han marcado.

Recuerdo bien la creciente grande, la del 2007 al 2010. Eso fue que el río Cauca se reventó por varios lados, allá arriba en Antioquia y Bolívar: por Nechí, en los rompederos de Santa Anita y Nuevo Mundo, y por San Jacinto del Cauca, en Tenche.

Hasta el sol de hoy, esa ha sido la creciente más alta que ha subido en los últimos tiempos aquí en La Mojana. Eso no fue agua, eso fue muerte y desolación.

Lo más triste fue ver lo que esa agua hizo al pasar. Era un agua contaminada, venía podrida de quién sabe dónde. A medida que se regó por nuestras aguas, por el río San Jorge, por el caño Viloria, por el caño Rabón, uno veía cómo iba matando la naturaleza. Vimos morir tantos palos en las riberas, árboles grandes, sobre todo los campanos. Esos palos eran los que daban la fruta, el sostenimiento de tanto animal, de los micos, de los monos aulladores. Al secarse los árboles, se acabó gran parte de esa fauna.

Y cuando apenas nos estábamos parando de ese golpe, se nos vino el de ahora: el rompedero de Caregato, ahí mismo en San Jacinto del Cauca. Del 2021 p'acá, esta agua no ha dado descanso.

Esta inundación también ha traído una destrucción grandísima, arrasó con todos los cultivos de arroz, que es de lo que vive la región. A la gente del territorio, mucha gente campesina, le tocó salir corriendo y refugiarse al lado de la pavimentada, esa carretera que va de San Marcos a Guaranda. Allá están, viviendo en cambuches (ranchitos). A toda esa gente le ha tocado cambiar de modo de vida: el que era agricultor, ahora le toca rebuscarse como pescador, solo para poder sobrevivir.

> *Pescador limpia su trasmallo a orillas del río San Jorge. Fotografía de Jairo Castro Acosta. Corregimiento de Seheve, Ayapel, Córdoba, 2023.*

> *Páginas 122-123: Un niño nada en la ciénaga de San Marcos como pez en el agua. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.*

LA MOJANA: UN TERRITORIO

PARA REORDENAR ALREDEDOR DEL AGUA Y DE LA VIDA

Henry Huertas Arrieta[1]

La historia demuestra que quienes hacen los límites reales, los que hacen estos límites funcionales, vivos, es la gente y no los gobernantes y mucho menos el rey de España [...] la vida será mejor si nos autogobernarnos y nos respetamos como seres humanos en los medios inmediatos en los que vivimos, que son las provincias y las regiones, que pertenecen a nuestra historia y no nos las han impuesto, es nuestra voluntad.
Orlando Fals Borda

1 Sociólogo de San Marcos, Sucre, investiga la historia socioambiental y cultural de los territorios anfibios de La Mojana con una mirada crítica.

Antes del Puente Guayapo, que cruza el río San Jorge y conecta los departamentos de Sucre y Córdoba. Fotografía de Antonio Meza. 2022.

INTRODUCCIÓN

La Mojana, una región situada en las tierras bajas del Caribe colombiano, está tomando protagonismo nacional e internacional por los impactos del cambio climático en su territorio. El punto de inflexión de esta visibilización comenzó con los estragos producidos por el fenómeno de La Niña de 2010-2011, que dejó una parte del territorio inundada y a miles de personas damnificadas[2]. Esto no significa que las inundaciones sean algo nuevo en la región. Lo que ocurrió es que este episodio de variabilidad climática[3] coincidió con el auge del discurso global

2 De acuerdo con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, s. f.), La Mojana se vio gravemente afectada por el evento de La Niña de 2010-2011. Alrededor de 211 857 personas, es decir el 43,4 % de la población total, se vieron afectadas en 2010 por las inundaciones. La Mojana ya había sufrido graves inundaciones en 2005, 2007 y 2008, que afectaron las actividades agrícolas, ganaderas y pesqueras, lo que creó una situación de inseguridad alimentaria en el área y puso a la población en una posición más vulnerable durante La Niña de 2010-2011.

3 Las inundaciones asociadas a la variabilidad climática de la región impactan negativamente el ecosistema de humedales de La Mojana, produciendo alteraciones del espacio físico, contaminación de cuerpos de agua y pérdida de flora y fauna, entre otros efectos. Según Mendoza Porras (2018), los impactos en términos materiales e inmateriales son de varios tipos: en lo económico, se presentan pérdidas de cultivos, animales y pertenencias —incluida la vivienda— y reducción de puestos de trabajo; la infraestructura económica y social se ve afectada con pérdida de caminos, carreteras, aulas escolares y puestos de salud; el daño y la afectación a derechos sociales, y su impacto sobre la formación

sobre el cambio climático, y abrió la puerta a narrar lo que pasó en La Mojana como un problema planetario.

A este escenario se suma una gran desigualdad estructural. Cerca del 83,8 %[4] de las menos de quinientas mil personas que habitan La Mojana se encuentran en situación de pobreza. La vulnerabilidad económica, ambiental y social es significativa y afecta a casi toda la población.

En los últimos años, los problemas de salud ambiental asociados a la contaminación por metales pesados, derivada de la minería legal e ilegal del oro en el bajo Cauca antioqueño, y por agroquímicos en monocultivos de arroz y patilla, han agravado el deterioro (Camacho, 2015). Al mismo tiempo, estas actividades extractivas han acelerado la sedimentación de los cauces de los ríos Cauca y San Jorge y han contribuido al rompimiento y desborde de los diques de contención en la margen izquierda y baja del río Cauca, lo que provoca inundaciones más frecuentes y largas en La Mojana.

La Mojana tiene el agravante de ser una región poco valorada en Colombia. Esto incide en las distintas maneras de entender e intervenir este complejo de humedales.

Como plantea Juana Camacho, "para unos ha sido y sigue siendo una zona pobre, malsana, atrasada y sujeta a inundaciones y desastres naturales, para otros es una frontera abierta, fuente de recursos para explorar y expandir el poder económico y político. Para quienes allí habitan, sin embargo, es el lugar que sustenta sus modos de vida, su cultura y sus relaciones afectivas con la naturaleza" (Camacho, 2015, p. 91).

Ante este calamitoso panorama socioeconómico y ambiental, surgen preguntas que no se limitan a la reflexión sobre las problemáticas mencionadas, sino que apuntan al ordenamiento territorial de la ecorregión. Estas preguntas sobre la crisis inmediata, quizá

y consolidación de capital humano, también resultan evidentes. Menos educación y menos salud significan menos oportunidades para el desarrollo humano, y cerca de cien mil personas viven en tales condiciones. Y cuando el territorio cree que comienza a recuperarse, aparecen nuevamente las inundaciones.

4 De acuerdo con el PNUD, en La Mojana "habitan cerca de 405 625 personas, de las cuales el 83,8 % es pobre y con medios de vida fuertemente vulnerables a los cambios en las dinámicas climáticas e hídricas de la zona". Consultado en: https://www.undp.org/es/colombia/proyectos/mojana-clima-y-vida

relegadas por la urgencia, pueden ayudar a entender tanto las causas como las posibles soluciones. Entre ellas están: ¿ha incidido el ordenamiento territorial de La Mojana en el estado en que se encuentra actualmente la ecorregión? ¿Puede el ordenamiento territorial ser una posible solución para salir de su estado de calamidad? ¿Qué ha impedido que La Mojana tenga un ordenamiento territorial pensado desde lo biocultural y lo socioambiental?

LA MOJANA COMO ESPACIO GEOGRÁFICO Y AMBIENTAL

La Mojana se sitúa en la región Caribe colombiana y está delimitada geográficamente por el río Cauca al oriente, el río San Jorge y la ciénaga de Ayapel al occidente, el brazo de Loba (río Magdalena) al nororiente y la serranía de Ayapel al sur. Forma parte de la Depresión Momposina[5], una amplia área geográfica que, al recibir escorrentía de los valles interandinos, se comporta como un delta

< Caño Mojana. Fotografía de Antonio Meza. 2025.

5 La Depresión Momposina es una zona situada en la parte más baja de los departamentos de Bolívar, Cesar, Córdoba, Magdalena y Sucre, formada por los desbordamientos de los ríos Magdalena, Cauca, San Jorge y Cesar. Está comprendida por la isla Margarita, formada por los brazos de Loba y Mompox del río Magdalena, y las poblaciones de Achí, Ayapel, Barranco de Loba, Caimito, Chimichagua, El Banco, Guamal, Magangué, Majagual, Margarita, Mompox, Pinillos, San Benito Abad, Santa Ana y Tamalameque.

aluvial interior de tierra baja e inundable en variada intensidad durante ciertas épocas del año (DNP, 2003).

Los ríos corren dentro de una zona plana conformada por una gran cantidad de ciénagas, cruzadas por múltiples brazos, caños (Mojana, Pancegüita, Viloria, Rabón, San Matías, Múñoz, Carate, entre otros) y arroyos que divagan y cambian de curso y dirección de acuerdo con las condiciones de las diferentes épocas del año y con los niveles altos y bajos de los cauces principales. Los ríos Cauca y San Jorge entregan sus aguas al Magdalena: el Cauca desemboca directamente en ese río sobre el brazo de Loba, y el San Jorge lo hace más abajo, a través de una serie de ciénagas (DNP, 2003, p. 31).

Una característica fundamental de La Mojana es la función natural que desempeña en la amortiguación y regulación de los caudales de los grandes ríos Cauca, Magdalena y San Jorge.

Esta función se atribuye al conjunto de ciénagas, basines y caños internos, donde se almacenan los excesos de agua que llegan a este delta interior. Como consecuencia, al interior de La Mojana hay ciclos anuales de inundaciones que reducen los riesgos de desastres naturales dentro y fuera de la región. Debido a la acción de los tres ríos, la zona permanece anegada durante siete meses al año, de abril a noviembre (Aguilera Díaz, 2004, p. 17).

La topografía de la subregión es plana, con una pendiente imperceptible que desciende desde los 36 metros sobre el nivel del mar (msnm) en el sur hasta cerca de los 16 msnm en el norte. Debido a esta topografía, el paisaje está dominado por ciénagas interconectadas a través de caños, con zonas de inundación fluctuante denominadas playones que se encuentran alrededor de las ciénagas, de los orillares y de las vegas en las orillas de los ríos.

Los suelos de La Mojana están compuestos por arenas profundas que alternan con arcilla y limo aflorantes en la superficie. Cada año, estos suelos reciben los sedimentos recogidos por los ríos en su paso por los valles interandinos, lo cual proporciona y alimenta la fertilidad, de moderada a alta, que predomina en la región. La fertilidad se reduce en algunas épocas por suelos anaeróbicos (sin oxígeno) o por lluvias insuficientes.

La riqueza de la fauna y la flora, asociada a la dinámica de las aguas y al aporte de nutrientes depositados por las inundaciones a través del tiempo, ha sido la base del desarrollo de una compleja cultura en La Mojana. Esta

cultura, que parte de la articulación de las familias caribe y chibcha, dio lugar a la cultura zenú-malibú (Ramírez del Valle y Rey Sinning, 1994, p. 19).

ORDENAR PARA LA VIDA: ADAPTAR

Como afirma Milton Santos (citado por Pérez Martínez, 2003, p. 63), cualquier espacio geográfico está constituido territorialmente por un conjunto de recursos naturales y recursos creados. En el caso de La Mojana, los recursos naturales son mayormente ríos, caños, ciénagas y zapales[6], mientras que los recursos creados incluyen carreteras, puentes, diques, terraplenes, municipios, corregimientos, veredas, caseríos, entre otros. Para comprender el devenir de este territorio, es crucial entender la relación entre los recursos y el poder político instituido mucho antes de la Colonia española. Esto implica entender el poblamiento y el ordenamiento territorial identificando estructuras político-administrativas diferentes a las actuales y alejadas de los modelos coloniales impuestos.

Las investigaciones arqueológicas de Ana María Falchetti y Clemencia Plazas en el bajo río San Jorge, realizadas a finales de los setenta y comienzos de los ochenta, revelaron datos valiosos sobre el poblamiento y ordenamiento territorial prehispánico. Estos hallazgos siguen siendo referentes de consulta para quienes intentan comprender los procesos geográficos y bioculturales de este territorio. Según las investigadoras, entre los siglos IX a. C. y X-XII d. C. se estableció la cultura zenú, que alcanzó su máximo desarrollo hacia el siglo X con la construcción del sistema hidráulico más grande de Suramérica: alrededor de 500 000 hectáreas para el manejo de las inundaciones y el drenaje del agua. Ese sistema permitió sustentar una población aproximada de un millón de habitantes (Ramírez del Valle y Rey Sinning, 1994, p. 20). Aparentemente, debido a cambios climáticos, esta sociedad inició el abandono paulatino de la región y, hacia los siglos XIII-XIV d. C., se registra la presencia de otro grupo étnico, el malibú, que aún ocupaba la zona cuando llegaron los españoles en el siglo XVI.

Aunque el proceso de colonización implicó la devastación de la cultura malibú, en algunas áreas de La Mojana todavía se conserva el sistema básico de uso de la tierra asociado a esa cultura, bajo otro contexto sociocultural y tecnológico: cultivos de subsistencia en playones durante el verano y actividades de pesca

6 La palabra *zapal* no aparece en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, pero aparece a menudo en descripciones recientes de la Depresión Momposina y de La Mojana, y se la entiende como parte de las aguas superficiales temporales y estacionarias que en conjunto con ríos, caños y ciénagas componen esa región (Aguilera Díaz, 2005). De igual modo, el zapal es un integrante más de los ecosistemas de humedales que en la región cumple, al igual que los ríos, caños y ciénagas, la función de amortiguar y regular la avenida de los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge. Generalmente se conocen como bosques inundables, y es en ellos en donde habitan y se crían especies como las hicoteas, las babillas, ponches y otros animales actualmente amenazados de extinción en La Mojana.

y caza según la disponibilidad ambiental (Fals Borda, 1980, p. 38B). Las comunidades actuales que conservan este patrón corresponden en su mayoría a productores y productoras de subsistencia, carentes de tierras, que dependen en gran medida de la oferta biológica de las ciénagas así como de las áreas comunes, de la caza, la pesca, la recolección y extracción de madera y de otros recursos para poder subsistir.

A partir de estos trabajos, afirma Sneider Rojas, se ha establecido que fue el modelo de cacicazgo centralizado el que permitió al pueblo zenú la organización político-administrativa necesaria para construir, mantener y controlar un sistema hidráulico de gran escala durante más de 1300 años, desde alrededor del 200 a. C. Esta interpretación se apoya en la idea de que la organización social estuvo sostenida por una gran población que requería extensos campos de cultivo, lo que "automáticamente invita a pensar en una sociedad jerarquizada con un control político y económico regional" (Rojas, 2011, p. 283).

Sin embargo, en contraposición a esas afirmaciones clásicas, y apoyándose en una revisión crítica de los modelos centralizados y en el trabajo de varias y varios arqueólogos reconocidos, Rojas (2011) propone que en el bajo río San Jorge podrían haber operado procesos de descentralización político-administrativa. Esta propuesta cuestiona la idea de una sola autoridad centralizada y altamente burocratizada

Zona rural de Caimito. Fotografía de Antonio Meza. 2020.

encargada de la gestión de la agricultura intensiva y de las obras hidráulicas, y sugiere en cambio la existencia de arreglos más locales, con unidades menores responsables tanto de la construcción como del mantenimiento del sistema de adecuación hidráulica.

De modo que se plantea la posibilidad de que el nivel principal de decisión estuviera en la familia agrícola y en la comunidad, y no únicamente en una élite central. Esta lectura introduce la idea de que jerarquía y heterarquía pudieron coexistir y operar de manera local y regional a través de familias, linajes y comunidades en formas de cooperación, lo cual apunta a que las obras de adecuación hidráulica deben comprenderse en el marco de distintos sistemas de organización social, y no como resultado exclusivo de una sola autoridad vertical.

Esta última hipótesis da luces para comprender la coexistencia de modelos alternativos de ordenamiento territorial en las sociedades prehispánicas diferentes a los centralizados. Tales modelos habrían sido eficientes y eficaces para construir obras monumentales que modificaron el paisaje y permitían distribuir el agua para sostener una gran población. El objetivo era la adaptación de las poblaciones humanas a un contexto de inundaciones periódicas, formando una cultura anfibia alrededor del agua y la tierra[7].

7 Orlando Fals Borda (1979, p. 21B) define el concepto de cultura anfibia como "un complejo de conductas, creencias y prácticas relacionadas con el manejo del ambiente natural, la tecnología (fuerzas

La cultura anfibia del universo zenú se ha caracterizado por la multifuncionalidad, entendida como la capacidad de combinar diferentes tipos de actividades productivas y de vida, como la pesca, la caza, la agricultura, la cerámica y la orfebrería. Esto ha hecho que las personas anfibias o hicoteas[8] tengan una personalidad multifacética y activista que, a pesar de la adversidad e incertidumbre de las circunstancias materiales del medio ambiente, logran sobrevivir, conservar y recrear sus condiciones de vida y sus valores culturales.

ORDENAR PARA CONTROLAR: PRODUCIR

El modelo cultural establecido por la Corona española se regía por criterios asociados a accidentes naturales para dividir el territorio, en especial los ríos, que se usaban para dividir jurisdicciones. Por ejemplo, el río Magdalena se usó para dividir las provincias de Santa Marta y Cartagena. Esta ruptura con el ordenamiento prehispánico, sin embargo, no modificó sustancialmente la vida cotidiana de los pobladores del territorio. Marta Herrera señala que:

> Los naturales, y en alguna medida los nuevos pobladores, continuaron manejando el espacio conforme a las pautas tradicionales, como si el río Magdalena no dividiera las dos jurisdicciones, sino más bien las integrara. Modificar las pautas de uso del espacio mediante una norma no había sido posible (Herrera Ángel, 2006, p. 134).

El otro problema es que el modelo de ordenamiento territorial colonial implantado no tuvo en cuenta las condiciones geográficas y climáticas de las colonias, porque estaba basado en las condiciones de la metrópolis, que eran completamente disímiles. Al ser impuesto e instituido así, este modelo produjo una desarmonización entre los territorios por la incomprensión de sus condiciones. Esto lleva a Brigitte Baptiste a afirmar que hemos dejado de reconocer a Colombia como un país anfibio:

> Nuestra condición ecuatorial nos hace pluviales más que cualquier otro país, y ello nunca fue comprendido por los castellanos que trajeron sus estrategias para

> *Fotografía de Charlie Cordero. 2025.*

productivas) y las normas de producción agropecuaria, de la pesca y de la caza que prevalecen en las comunidades de reproducción de la Depresión Momposina [...] Concretamente, la cultura anfibia contiene elementos ideológicos y articula expresiones psicosociales, actitudes, prejuicios, supersticiones y leyendas que tienen que ver con los ríos, caños, barrancos, laderas, playones, ciénagas y selvas pluviales; incluye instituciones afectadas por la estructura ecológica y la base económica del trópico, como el poblamiento lineal por las corrientes de agua, las formas y medios de explotación de los recursos naturales, y algunas pautas especiales de tenencia de tierras".

8 El hombre-hicotea es una personificación que Fals Borda (1984) emplea en su metodología para la búsqueda de una identidad propia de esta región y que construyó a partir de las entrevistas realizadas a pescadores y galapagueros de la cuenca baja del río San Jorge.

> desiertos y nos dejaron como herencia la asociación de la lluvia con mal tiempo, pues quien vive en la sequía desconfía del raudal, de la laguna generosa, del río descomunal. Hay demasiada vida en ello; se requiere una mirada compleja para descifrarlo, para convivir (Baptiste, en Jaramillo Villa, Cortés Duque y Flórez Ayala, 2015, p. 7).

El proceso de ordenar y controlar el territorio para producir comenzó en La Mojana después de la colonización del pueblo zenú. El interés de los colonizadores se concentró en ejercer un control estable sobre la población con el objetivo de enriquecerse rápidamente a través de la explotación de la mano de obra en la extracción del oro que poseían los pueblos indígenas. Una vez agotada gran parte de la riqueza aurífera, se implantó la encomienda obligando a pagar tributo al encomendero[9]. Esto fue fatal para el desarrollo demográfico de los indígenas, cuya población fue diezmada por las epidemias y la violencia. El régimen de la encomienda, entre 1540 y 1600, fue la base económica de la región Caribe (Meisel Roca, 1998).

La destrucción atroz de la población indígena, ocurrida en el siglo XVI, produjo una crisis en el suministro de alimento que se agravó para finales de ese siglo. La población tributaria restante no alcanzaba a producir la oferta de productos agrícolas que demandaba Cartagena. Esta fue la razón que incentivó a los españoles a acaparar vastas extensiones de tierras a través de mecanismos legales como la merced de tierra, y a traer población esclavizada para reemplazar la mano de obra indígena casi exterminada.

Así se empezaron a establecer las estancias y los hatos con mano de obra esclavizada, más adelante reemplazada con población mestiza (*ibid.*).

Las mercedes de tierra jugaron un papel esencial en el desarrollo de la ganadería en el Caribe colombiano, especialmente en el bajo río San Jorge y en La Mojana, por las condiciones favorables para la ganadería de trashumancia.

Meisel Roca refiere que la hacienda ganadera fue la más generalizada; utilizaba pocos trabajadores esclavizados y precisaba de una tecnología rudimentaria de

9 La encomienda consistía en la entrega a un conquistador de un número determinado de indígenas a los que debía proteger e instruir a cambio de adquirir el derecho de beneficiarse con sus servicios personales, así como una serie de prestaciones económicas. En contraprestación, el encomendero contraía la obligación de prestar servicio militar al rey siempre que fuese requerido para ello.

grandes extensiones de tierra para el traslado estacional del ganado durante el verano.

> En el siglo XVIII la hacienda ganadera "típica" tenía una gran extensión de territorial donde pastaba un ganado semisalvaje. El principal problema que afrontaba era que, en verano, el pasto moría rápidamente, pues se trataba de praderas naturales, razón por la cual el ganado tenía que ser trasladado a tierras bajas y cenagosas (Meisel Roca, 1998, p. 108).

Del mismo modo que las mercedes de tierra propiciaron el desarrollo de la hacienda ganadera, facilitaron la formación de grandes latifundios en la Depresión Momposina.

> Con la modalidad legal de las mercedes de tierras concedidas por el cabildo, gobernadores, oidores y audiencia —con la firma del rey—, nació en Colombia la propiedad territorial [...] El exterminio de los indios facilitó este proceso legal en la Depresión Momposina, ya que los nuevos propietarios pudieron aducir, como lo exigían las leyes, que la tierra pedida en merced había quedado "vaca" (vacía) (Fals Borda, 1979, p. 54B).

Durante el primer decenio luego de la independencia

Fotografía de Antonio Meza. Vía Calle Nueva, San Benito Abad, Sucre. 2022.

definitiva de España, el país continuó usando el mismo ordenamiento territorial heredado de la Colonia. El territorio donde hoy se ubica La Mojana hacía parte de la provincia de Cartagena. Más tarde, esa provincia fue fraccionada en las provincias de Mompox (1826), Sabanilla (1852) y Cartagena, y a partir de 1857 recibió el nombre de Estado de Bolívar. Su territorio comprendía los actuales departamentos de Bolívar, Atlántico, Córdoba, Sucre y el archipiélago de San Andrés y Providencia, con una extensión de algo más de 65 300 kilómetros cuadrados. Era en esencia el mismo territorio colonial de la antigua gobernación de Cartagena, extendiéndose desde el margen occidental del río Magdalena hasta los límites con el actual Chocó, que entonces estaba bajo jurisdicción del Estado del Cauca, con excepción del golfo de Urabá. Limitaba al sur con el Estado de Antioquia y, al oriente, allende el río Magdalena, con los Estados del Magdalena y Santander (Solano, Flórez y Malkún, 2008).

Para finales de ese siglo XIX, bajo el régimen centralista instaurado por la Constitución de 1886, esa unidad territorial pasó a llamarse departamento de Bolívar. Durante el siglo XX, de este territorio se desprendieron los actuales departamentos de Atlántico (1905), Córdoba (1951) y Sucre (1966), quedando reducidos a su actual espacio.

En ese reordenamiento territorial también intervinieron las decisiones del ordenamiento político y administrativo establecido por las diferentes legislaciones del país, las del Estado de Bolívar y el departamento del mismo nombre. De igual manera influyeron factores históricos, como las características naturales de las comarcas que la componían, los procesos de poblamiento, los modos de apropiación, explotación y circulación de los recursos productivos, las formaciones socioculturales que devinieron de esas relaciones, las formas que adquirió el poder local en sí mismo y en sus articulaciones con el regional. El estudio conjunto de estos factores muestra que el ordenamiento del espacio regional en el siglo XIX obedeció a dinámicas mucho más complejas de lo que a veces suele suponerse.

Pueden inferirse las complejidades del ordenamiento territorial de La Mojana en publicaciones que aparentemente no versan sobre el tema, pero que dan claves sobre cómo se percibía la región en su momento, cuando la mayoría de la población del país la desconocía.

Así, por ejemplo, hay una crónica escrita por Gabriel García Márquez, "La Marquesita de la Sierpe. Malaria, hechicería y supersticiones en una región de la Costa Atlántica", publicada por primera vez en la revista *Lámpara* en 1952 y luego en *El Espectador* en 1954. Allí se describe el estado de abandono en que se encontraba la región: su descontrol administrativo, la ausencia de normas que regularan la vida de la población y la manera en que el territorio parecía estar por fuera de la mirada institucional. La crónica muestra que incluso en esta misma región existían otras regiones. Es decir, no había una homogeneidad cultural ni política, sino una

división impuesta desde afuera que pretendía fijar autoridad, orden y administración, pero que en la práctica no funcionaba. Todo esto se anunciaba desde el inicio de la crónica:

> Hace algunos años vino al consultorio de un médico de la ciudad un hombre espectral, vidrioso, con el vientre abultado y tenso como un tambor. Dijo: "Doctor, vengo para que me saque un mico que me metieron en la barriga". Y explicó que venía del sureste del departamento de Bolívar, de un cenagal situado entre el San Jorge y el Cauca, más allá de los cañaduzales de La Mojana; más allá de los bajos de La Pureza, de los breñales de La Ventura y de los pantanos de La Guaripa. Venía de La Sierpe, un país de leyenda dentro de la costa Atlántica de Colombia, donde uno de los episodios más corrientes de la vida diaria es vengar una ofensa con un maleficio como ese de hacer que al ofensor le nazca, le crezca y se le reproduzca un mico dentro del vientre (García Márquez, 1976, p. 14).

García Márquez se refiere de varias formas a la organización del territorio. En primer lugar, habla del departamento de Bolívar, una organización político-administrativa del Estado unitario colombiano. Señala que su capital, Cartagena, está

< Vía al Cauchal. Fotografía de Antonio Meza. 2022.

lejos del sudeste del departamento. Esa distancia, en la práctica, implicaba ausencia de control e injerencia estatal sobre esta parte del territorio. Había una integración formal en el mapa, pero no una presencia efectiva de gobierno.

En segundo lugar, se refiere a La Sierpe como "un país de leyenda dentro de la costa Atlántica de Colombia". Ahí nombra La Sierpe como si fuera un país. Ese gesto sobredimensiona, a propósito, el total alejamiento del Estado central, como si fuera un Estado dentro de otro Estado debido a su total anarquía. Por último, usa "costa Atlántica" como accidente geográfico en donde está asentada una población que en apariencia es homogénea, pero que contradice la idea de un país dentro de otro país.

El distanciamiento entre La Mojana y la capital departamental de Bolívar aparece en la crónica como una odisea física y política. García Márquez habla de un lugar prácticamente fuera del alcance institucional, donde no hay presencia de autoridades formales que protejan la vida de la población. El territorio se parece, en sus palabras, a un estado de naturaleza hobbesiano: la autoridad la impone quien tiene más fuerza en ese momento, pero esa misma autoridad puede perderse ante otra fuerza mayor, y seguir con vida se vuelve entonces cuestión de azar. A esa situación de abandono se suma la ausencia de servicios básicos, en especial la atención en salud:

> Quien se sienta con deseos de viajar a esa región y tenga ánimos para hacerlo, puede tomar en Magangué una lancha que en pocas horas lo conducirá, navegando por el brazo Mojana, hasta el puerto de Sucre. Allí tomará en alquiler una bestia que en medio día lo conducirá a La Guaripa. Y, finalmente, luego de dos días de viaje con el agua y el cieno a la cintura, se encontrará en los tremedales de La Sierpe. La ida es relativamente fácil. Lo difícil es el regreso, pues no tendría nada de extraño que a la vuelta de una ceiba lo bajaran de la bestia a machetazos y allí mismo lo enterraran sentado; o que reventara de peritonitis, con el vientre lleno de ranas.
> Quien decida correr los riesgos de esta aventura no encontrará un pueblo. Encontrará una región cenagosa, enmarañada, en la que sólo a grandes trechos se sorprende un atisbo de sol. Cada dos o tres horas encontrará una casa primitiva, en la que viven hombres y mujeres devastados por la malaria, que racialmente no presentan diferencia alguna con los colombianos comunes. Hay gente buena y mala, como en todas partes, pero más desconfiada de los forasteros que en cualquier otra. Se divierten como todo el mundo, con un tambor, una caña de millo y una tinaja de aguardiente destilado en uno de los cuartos de la casa. Es gente que vive mal y come mal, pero hace ambas cosas en abundancia;

> que ha inventado oraciones para preservarse de las mordeduras de las serpientes, pero está siempre dispuesta a viajar a través de los pantanos durante dos días y dos noches para pagar lo que le pidan por un analgésico (García Márquez, 1976, p. 15).

En cualquier lugar de La Mojana se siente la lejanía territorial, política y espiritual con respecto a cualquiera de los departamentos que la conforman.

Este mismo sentimiento fue el que, a finales de la década de 1970, experimentó Orlando Fals Borda cuando volvió a Mompox, tierra donde había nacido su padre. La lejanía de Cartagena —capital del departamento de Bolívar, sede del poder político-administrativo y puerto marítimo— de las dinámicas económicas, sociales y culturales de Mompox muestra la desconexión ambiental y cultural. Estas dos regiones no tenían punto de encuentro alguno, salvo una estructura de poder jerárquica impuesta desde el centro. Esa estructura es una invención racional político-administrativa y financiera: una organización territorial basada en departamentos y municipios[10].

Cuando más se siente la fragilidad de ese ordenamiento territorial es en los periodos de inundación. En La Mojana las crecientes son recurrentes cada año. No solo inundan las infraestructuras físicas de los municipios, sino también a los cuerpos y espíritus de las personas. Esa experiencia llevó a Apolinar Díaz Callejas a describir el abandono por parte del Gobierno departamental y nacional en términos radicales: el agua "también se le entraba al cuerpo de la gente, y cubría espíritus esclavizados por la naturaleza, humillados por el destino, ensombrecidos por la angustia y el pesimismo, resignados por la ira oculta y el rencor acumulados a lo largo de decenas de años de engaños, de falsas promesas, de aprovechamiento politiquero y electorero de su tragedia" (Díaz Callejas, 1976, p. 6).

La presencia del Estado se daba a través de redes clientelares representadas en gamonales. Ese arreglo permitía sostener un *statu quo* en el ordenamiento territorial, siempre y cuando se mantuviera estable y no cambiara la representatividad política ante las autoridades

10 Fals Borda (2000) se refiere a los departamentos y municipios como *contenedores territoriales formales*, afirmando que el problema de estos, es que "fueron establecidos y diseñados de manera caprichosa, arbitraria, defectuosa y, a veces, abusivamente por parte de políticos y gobernantes.

departamentales y nacionales, y no se alterara el reparto local del poder. En palabras de la época:

> […]Los políticos se sentían obligados a mandar la plata a los gamonales para la compra de votos y conseguir los nombramientos de maestras y maestros en las personas de sus familiares y de los gamonales más pequeños de los caseríos y veredas, no importa que apenas hubiera cursado primero o segundo año de primaria. Lo importante no es que sepan enseñar a los niños. Esas son preocupaciones de "demagogos" y "agitadores subversivos". Lo que vale es que pongas los votos (Díaz Callejas, 1976, p. 9).

El ordenamiento del territorio de La Mojana estuvo marcado por el establecimiento de la ganadería como el renglón principal de la economía, de modo que al comienzo sirviera para el abastecimiento de carne al mercado regional y, después, al mercado del interior del país. Esto logró consolidar una élite económica que se articuló mediante clientelas y gamonales a una red política que mantenía las estructuras de poder regional y nacional, aprovechando la estructura y los niveles político-administrativos existentes.

El viraje económico implicó, además, un cambio profundo en el uso del suelo. Se desmontó un modelo anfibio sostenible —desarrollado históricamente por el pueblo zenú para adaptarse a las condiciones geográficas, climáticas y ambientales del territorio— y se impuso otro completamente distinto, guiado por una lógica utilitarista y extractiva sin límites claros en el uso de los bienes naturales. La ganadería extensiva ocupó el espacio primero, luego se sumó la intensificación de monocultivos de arroz.

Este reemplazo puso en riesgo la cultura anfibia milenaria asentada en la ecorregión. El ordenamiento territorial formal no detuvo esa transformación porque estaba capturado por las mismas redes de poder económico y político que se legitimaban mediante las urnas.

ORDENAR PARA ARMONIZAR: VIVIR

Para responder las preguntas anteriores sobre la incidencia del ordenamiento territorial en La Mojana, se necesita entender que este concepto se refiere al manejo político-administrativo de las poblaciones humanas que ocupan bioespacios geográficos concretos, donde las comunidades ejercen funciones sociales asociadas a la economía, la cultura y al ambiente. En Colombia, estos espacios sociogeográficos se definen como veredas o caseríos, corregimientos, municipios, áreas metropolitanas, distritos y departamentos y conforman el ámbito unitario de la nación. De estos espacios, la Constitución de 1991 consagró como "entidades territoriales" a los municipios, los departamentos y los distritos, y

> Pedro Nel Ramos, vocero de los arroceros en la región, se ha sentado en las últimas mesas de negociación con el Gobierno tras los paros arroceros del 2025. Allí ha abogado por mejores precios para los productores locales de La Mojana. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

añadió las provincias, las regiones y las entidades territoriales indígenas (ETIS). Abrió además la puerta a una figura cercana: la comunidad ribereña afrocolombiana, y permitió impulsar las asociaciones de municipios y las áreas metropolitanas.

Desde una mirada clásica, el ordenamiento territorial se ha categorizado de tres formas: la político-administrativa, que se considera la más conocida, más usada y de mayor interés para la clase política; la ambiental, importante para los planificadores del territorio rural y urbano; y por último, el aspecto geopolítico, que incluye una visión global del territorio en cuanto nación y en relación con el mundo. En ese orden de ideas, en La Mojana confluyen seis cuencas hidrográficas: 1) Bajo Nechí, 2) Directos al Cauca, entre Puerto Valdivia y el río Nechí, 3) Directos al Bajo Nechí, 4) Directos Bajo Cauca-Ciénaga de la Raya, 5) Directos Bajo Magdalena entre el Banco y Plato, 6) Bajo San Jorge. Estas cuencas sostienen lo que se ha llamado La Mojana ampliada, que incluye los siguientes municipios: Caucasia, Tarazá, Cáceres, El Bagre y Zaragoza, en el Bajo Cauca antioqueño; Puerto Libertador, Montelíbano, Buenavista, La Apartada y Pueblo Nuevo, en Córdoba; La Unión, El Roble y Galeras, en Sucre; y Pinillos, Altos del Rosario y Tiquisio, en Bolívar. En total, son veintiocho municipios entre los que circula un intenso intercambio cultural y comercial, cuatro corporaciones regionales y veintitrés instancias interinstitucionales estatales que deciden sobre esta ecorregión. Sin embargo, a pesar de esa densa presencia institucional formal, las condiciones

sociales, económicas y ambientales de las comunidades siguen siendo precarias.

Ante este panorama, no es extraño que precisamente en la Depresión Momposina, donde está contenida La Mojana, Orlando Fals Borda, a finales de los setenta y en los ochenta, pudiera darse cuenta con agudeza de la relación entre la incoherencia de los límites departamentales existentes y los fracasos políticos y administrativos para atender las necesidades de las poblaciones asentadas en los territorios. Según Fals Borda, esa situación era producto de "las secuencias corruptoras de la centralización político-administrativa, y la defectuosa distribución departamental impuesta por la Constitución Nacional de 1886" (1988, p. 11) Ante semejante situación, Fals propuso un nuevo ordenamiento territorial que, en el caso concreto de la Depresión Momposina, incluía la idea de constituir un nuevo departamento.

Sin embargo, Meisel Roca (2003) no comparte la propuesta de Fals Borda y considera que la reingeniería de la organización territorial del país es una respuesta exagerada. Advierte que, si llegara a establecerse esa "nueva arquitectura estatal", el resultado podría ser un aumento de los costos administrativos y la aparición de maquinarias clientelistas todavía peores a las ya conocidas. Meisel sostiene su postura apoyándose en economistas especializados en estudios regionales.

Según esa corriente, el crecimiento económico de las regiones y de

> *Caño Mojana. Fotografía de Antonio Meza. 2020.*

los departamentos depende de factores como el capital humano, la infraestructura, la dinámica demográfica y ciertos factores institucionales, como la calidad de la administración local. En esta lectura, intentar corregir las disparidades económicas territoriales únicamente a través de un rediseño de mapas políticos no tendría, por sí mismo, efectos reales sobre el bienestar de la población. En cambio, cerrar las brechas en capital humano e infraestructura y fortalecer la competitividad de las bases productivas y exportadoras de cada territorio sí generaría mayores beneficios y desarrollo para esas entidades territoriales.

Aun así, Meisel no desconoce las fallas del ordenamiento vigente. Señala casos como el del sur de Bolívar, donde se evidencia la debilidad de los departamentos para garantizar presencia efectiva del Estado, y al mismo tiempo reconoce la necesidad de fortalecer territorios con necesidades especiales que hoy quedan políticamente desatendidos.

Sin embargo, con la crisis actual que no solo vive La Mojana sino el mundo, el reordenamiento territorial se convierte en una necesidad para enfrentar problemas globales que afectan a la ecorregión Mojana, como el cambio climático y otras problemáticas propias del territorio que siguen sin resolverse. Ninguna de esas respuestas es posible sin participación activa de la ciudadanía, y requieren voluntad política y recursos económicos gestionados desde una autonomía político-administrativa real.

Esa autonomía tendría que permitir tomar decisiones responsables y sostenibles frente a los

principales conflictos socioambientales del territorio: cambio de uso del suelo, pérdida de humedales, disminución de la biodiversidad, contaminación del agua por metales pesados, sedimentación de los cauces del Cauca y del San Jorge, así como de caños y ciénagas, es decir, el deterioro general de la base ecológica que sostiene la vida en la ecorregión Mojana.

El reordenamiento territorial puede ser el punto de partida para construir alternativas frente a estas problemáticas. Ahora bien, crear una nueva entidad político-administrativa en sentido estricto implicaría reformas constitucionales complejas y trámites dispendiosos.

Todo esto hace que hoy, más que nunca, la búsqueda de soluciones socioambientales que impulsen una transición socioecológica hacia la sostenibilidad sea una cuestión de futuro colectivo inmediato, atravesada tanto por el cambio climático como por la salud ambiental.

Por esa razón, se ha empezado a recurrir a una figura que ya está prevista en la Constitución Política de Colombia: la región administrativa y de planificación —RAP—, contemplada en el artículo 306[11].

La RAP busca corregir, al menos parcialmente, los efectos de la pésima distribución político-administrativa que domina gran parte del país. Esa mala distribución ha generado ineficiencia del gasto público, ha dificultado la provisión de bienes públicos y la convergencia regional en localidades circundantes, y ha propiciado la corrupción y la negligencia político-administrativa.

Por estar en la región Caribe colombiana, La Mojana está integrada a la RAP Caribe que se instauró en 2007. Sin embargo, pertenecer a la RAP Caribe no significa que La Mojana esté realmente incorporada en sus prioridades. La RAP Caribe está conformada por todos los departamentos de la costa Caribe, la mayoría de los cuales no comparte

11 La RAP es un esquema de asociación territorial (EAT) de escala supradepartamental, conformado por dos o más departamentos que tengan continuidad geográfica y proximidad y que se juntan para promover el desarrollo económico y social, la inversión y la competitividad regional. Resulta definitiva para construir un país que reconozca la diversidad de sus localidades, subregiones y macrorregiones como estrategia para extender las oportunidades de desarrollo, profundizar la democracia y masificar el bienestar.

> *Habitante de La Mojana prepara su canoa para una faena de pesca en época de inundación. Fotografía de Mario F. Mora Goyes. Zonas inundables del caño Viloria, San Benito Abad, Sucre, 2025.*

con La Mojana vecindad territorial, ni condiciones ecológicas, ni estructura económica. Barranquilla, Cartagena y Santa Marta son diametralmente distintas y están retiradas de Guaranda, Nechí, Majagual, Sucre o Achí (Guerra Rincón, 2025). La Mojana cumple todos los estándares para conformarse como una región administrativa y de planificación distinta e independiente de la RAP Caribe.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, y partiendo de las realidades geográficas, ambientales y sociales del territorio anfibio, los cuatro departamentos que cubren La Mojana y los veintiocho municipios que la conforman, a los cuales podrían sumarse municipios del Bajo Cauca antioqueño como Caucasia, Zaragoza y El Bagre, podrían constituirse como una RAP propia. Una RAP Mojana permitiría ahorrar esfuerzos, articular acciones y coordinar mejor las políticas necesarias para enfrentar los factores que hoy desestabilizan la ecorregión: la minería ilegal, las economías ligadas al narcotráfico, la presión sobre la tierra y el agua, la desconexión entre el uso productivo y la sostenibilidad ambiental. También haría posible planear inversiones con sentido de territorio anfibio y de convergencia regional, organizando el espacio alrededor del agua y no solo alrededor de las fronteras político-administrativas heredadas. La RAP no sustituye a los departamentos: puede funcionar como su brazo articulador (*ibid.*).

< La Sierpe es un caserío de Sucre que lleva cuatro años bajo el agua. La ruptura del dique Caregato, en agosto de 2021, modificó los ciclos de inundación de la región, liberando el cauce intervenido de las aguas del río Cauca. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

No contar con una RAP exclusiva para La Mojana ha significado que, durante décadas, las inversiones hechas en el territorio no sean eficientes ni se traduzcan en mejoras reales en las condiciones de vida de la población. El desorden territorial que caracteriza hoy a La Mojana hace muy difícil coordinar decisiones e intervenciones entre municipios y departamentos. No existe una herramienta estable de asociatividad territorial que permita impulsar proyectos de impacto regional sostenidos en el tiempo.

Esa ausencia de coordinación impide que intervenciones que han sido cuantiosas generen transformaciones estructurales para las cerca de quinientas mil personas que habitan La Mojana. Sin una gestión propia y articulada, siguen agravándose problemas como el deterioro ambiental, la concentración de la tierra, la ganadería extensiva sin límites ecológicos, el ordenamiento territorial deficiente, la débil presencia estatal, la minería ilegal, los cultivos ilícitos y las economías armadas que sostienen esas actividades. Mantener la misma organización político-administrativa que ha regido por más de un siglo solo prolonga ese deterioro en vez de revertirlo.

En definitiva, la dispersión y la desarticulación de esfuerzos entre diversos niveles e instancias del Estado han obstaculizado una solución definitiva para La Mojana.

Aunque la conformación de una RAP para la ecorregión puede ayudar a mitigar los efectos perversos de la desarticulación regional, no es suficiente si no fortalece la participación ciudadana y el empoderamiento de las organizaciones sociales (*ibid.*). Por supuesto, en clave de reordenar el territorio y armonizar alrededor del agua y de la vida, que es, al fin de cuentas, lo que siempre hemos hecho como Mojana.

CODA

La Mojana, este delta aluvial interior del Caribe colombiano, se encuentra en una encrucijada crítica, definida por una profunda vulnerabilidad estructural que abarca lo económico, lo social y lo ambiental. La historia de su ordenamiento territorial es, en gran medida, la crónica de una desarmonización. Mientras que la milenaria cultura zenú había logrado un apogeo biocultural al construir el sistema hidráulico más grande de Suramérica, demostrando una adaptación inteligente a las inundaciones periódicas y formando una "cultura anfibia", el modelo colonial y el subsiguiente ordenamiento pos-Independencia se impusieron con lógicas ajenas. Estos modelos, basados en las condiciones geográficas disímiles de la metrópolis, no reconocieron a Colombia como un país pluvial y anfibio y perpetuaron una incomprensión fundamental del territorio que ha guiado su devenir hacia el desastre. El desafío, planteado por la sabiduría ancestral, es lograr el autogobierno y el respeto inherente a los medios inmediatos en los que se vive, una voluntad que contrasta con los límites impuestos externamente.

La persistencia de este ordenamiento ajeno, orientado históricamente a ordenar para controlar y producir, estableciendo latifundios y la ganadería de trashumancia, ha desencadenado una crisis socioambiental aguda. La región experimenta una palpable lejanía territorial, política y espiritual con respecto a los centros de poder administrativo, lo que se ha traducido en un estado de abandono, anarquía administrativa y ausencia de servicios básicos. La fragilidad del territorio se magnifica durante las inundaciones recurrentes, cuando la falta de Estado es evidente. Además, el cambio de uso del suelo, sumado a la intensificación de monocultivos, la ganadería extensiva, la minería legal e ilegal en el Bajo Cauca y el uso de agroquímicos, ha contribuido aceleradamente a la sedimentación de los cauces y a la contaminación por metales pesados. Estos factores, junto con una estructura política de clientelas que mantiene un *statu quo* y prioriza el poder por encima de las necesidades socioambientales, han impedido que La Mojana tenga un ordenamiento pensado desde su compleja realidad socioambiental y biocultural.

Ante el calamitoso panorama y la ineficiencia generada por la dispersión y desarticulación de esfuerzos a lo largo de décadas, el reordenamiento territorial se convierte en una necesidad central para enfrentar problemas

> *Fotografía de Charlie Cordero. 2025.*

ALEX
WG ALEX WG

globales como el cambio climático y problemas propios de la ecorregión. La solución debe orientarse hacia el principio de ordenar para armonizar: vivir. Esto implica organizar el territorio de manera racional alrededor del agua. Una vía inmediata y constitucionalmente viable para superar la pésima distribución política y la ineficiencia administrativa actual es la conformación de una región administrativa y de planificación (RAP) exclusiva para La Mojana. Esta figura jurídica facilitaría articular las decisiones, coordinar mejor las políticas y orientar inversiones con sentido de convergencia regional. En definitiva, si bien la RAP no es suficiente por sí misma, es el inicio para construir alternativas, siempre y cuando se fortalezcan la participación ciudadana y el empoderamiento de las organizaciones sociales, permitiendo que La Mojana reordene y armonice su vida alrededor de su esencia anfibia.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera Díaz, María. (2004). *La Mojana: riqueza natural y potencial económico* [Documento de trabajo sobre economía regional núm. 48]. Banco de la República.

Camacho, Juana. (2015). "Paisaje y patrimonio en La Mojana, Caribe colombiano". *Geografia Ensino & Pesquisa*, 19, pp. 90-100.

Camacho, Juana. (2017). Acumulación tóxica y despojo agroalimentario en La Mojana, Caribe colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 53(1), pp. 123-150. Disponible en: https://doi.org/10.22380/2539472X.5

Departamento Nacional de Planeación & Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. (2003). *Programa de desarrollo sostenible de la región de La Mojana*. DNP, FAO, Dirección de Desarrollo Territorial.

Díaz Callejas, Apolinar. (1976). *Del agua y el hombre*.

Fals Borda, Orlando. (1979). *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*. Carlos Valencia Editores.

Fals Borda, Orlando. (1980). *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*. Carlos Valencia Editores.

Fals Borda, Orlando. (2000). *Acción y Espacio. Autonomía en la nueva república*. Tercer Mundo Editores.

Fals Borda, Orlando. (2005). "Las dos Cartagenas y la historia doble de la Costa". *Noventa y Nueve - Revista de Investigación Cultural,* (5).

Fals Borda, Orlando y otros. (1988). *La insurgencia de las provincias. Hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia*. IEPRI/Siglo XXI Editores.

García Márquez, Gabriel. (1976). *Crónicas y reportajes*. Biblioteca Colombiana de Cultura.

Guerra Rincón, Fernando. (2025). "Una Región Administrativa y de Planificación del agua y la magia para La Mojana". *Revista Sur*. Disponible en: https://www.sur.org.co/una-region-administrativa-de-planificacion-rap-para-el-magdalena-medio-una-necesidad-urgente/

Herrera Ángel, Marta. (2006). "Transición entre el ordenamiento territorial prehispánico y el colonial en la Nueva Granada". *Historia Crítica*, 32, pp. 118-152.

Jaramillo Villa, Úrsula; Cortés Duque, Jimena y Flórez Ayala, Carlos (Comps.). (2015). *Colombia anfibia: Un país de humedales* (Vol. I). Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.

Meisel Roca, Adolfo. (1998). Esclavitud, mestizaje y hacienda en la provincia de Cartagena 1533-1851. En Bell Lemus, Gustavo (Ed.), *El Caribe colombiano*. Uninorte.

Meisel Roca, Adolfo. (2003). "Regionalismo sin regiones ". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 40(63).

Pérez Martínez, Manuel Enrique. (2003). "La conformación territorial en Colombia: Entre el conflicto, el desarrollo y el destierro". *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 51, pp. 61-90.

Porras Mendoza, Eduardo. (2018). *Elementos para una comprensión contextual del departamento de Sucre: aportes para un análisis en clave de vulnerabilidades*. Corporación Universitaria del Caribe - CECAR. Disponible en: https://www.undp.org/es/colombia/proyectos/mojana-clima-y-vida

Ramírez del Valle, Bernardo y Rey Sinning, Edgardo. (1994). *La Mojana: poblamiento, producción y conflicto social*. Costa Norte Editores Colombia Ltda.

Rojas Mora, Sneider. (2011). "Análisis espacial y patrones de asentamiento en el bajo río San Jorge (Caribe colombiano)". *Boletín de Antropología*, 24(41), pp. 283-305. Disponible en: https://doi.org/10.17533/udea.boan.7980

Solano, Sergio Paolo; Flórez, Roicer y Malkun, William. (2008). "Ordenamiento territorial y conflictos jurisdiccionales en el Bolívar Grande 1800-1886". *Historia Caribe*, 13, pp. 65-119.

ECONOMÍAS DEL AGUA Y DE LA TIERRA
BIOCULTURALIDAD, EXTRACTIVISMO Y
(UNA CARTA A

EN LA MOJANA: DEFENSA DE LO COMÚN (ORLANDO FALS BORDA)

Luz Mary López Murcia[1]

Orlando, si pudieras ver hoy La Mojana, reconocerías en ella las huellas de esa cultura anfibia que nombraste hace más de cuatro décadas. A pesar de las transformaciones profundas, el paisaje aún se abarca entero, lo del agua y lo de la tierra. Las casas siguen en fila sobre los barrancos, agarradas fuerte al borde de caños y ríos, y en caseríos y pueblos que han echado raíces en estas zonas que se inundan y se secan por turnos. Las plantas y los animales continúan siendo comida, medicina, arte, espiritualidad y fuente del cuidado cotidiano de la vida. El transporte aún se entiende mejor con las aguas y con sus vaivenes, que ordenan los turnos de la pesca, la ganadería, la siembra y otros modos, nuevos y antiguos, de subsistencia. También persiste la gente *riana* que encarna al *hombre hicotea*, el que tú nombraste y muchas personas recuerdan. Gente que se mantiene habilidosa en todo, cargando con mucho coraje e ingenio las disputas persistentes por el agua, la dignidad y la tierra.

Llamaste cultura anfibia a un sistema de conocimientos, prácticas e imaginación popular inseparable de la geografía hídrica del Caribe interior (Fals Borda, 2002a, 2000b). Una inteligencia colectiva que une el manejo de ríos, caños, ciénagas y arroyos a las actividades y relaciones que construyen y reconstituyen a diario la vida en estos territorios hidrosociales. Bajo ese nombre reuniste varias cosas que aquí se mantienen: días ordenados por sequías y crecientes a las que la gente llama verano e invierno; un territorio que, por cómo cambian sus aguas, se vuelve muchos territorios distintos a lo largo del año y de los años; una vida que transita permanentemente entre el agua y la tierra, y un universo de prejuicios, supersticiones y leyendas cuya fuente y destino está enredada al curso de sus ríos, sus playones, sus ciénagas y sus selvas pluviales.

Pero, Orlando, La Mojana de hoy vive en otro régimen del agua y de la tierra. La canalización de los ríos y

1 Investigadora y trabajadora social. Magíster en Estudios de Género con formación en psicoanálisis y en estudios culturales y migratorios. Ha desarrollado su trabajo en el cruce entre investigación, comunicación popular, escritura y edición, docencia y acompañamiento a procesos comunitarios. Desde el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, acompaña procesos de gestión del conocimiento y de investigación colaborativa.

Caño Mojana. Zona rural de Sucre, Sucre. Fotografía de Antonio Meza. 2024.

las obras de contención continúan desordenando el curso natural de las aguas y rompiendo la comunicación entre ciénagas y caños. Los sedimentos y los taponamientos han multiplicado y agravado las anegaciones que conociste, dejando tramos de agua muertos y desconectados. La ganadería bufalina que viene en expansión va desertificando los suelos, cercando las orillas y empujando hacia otros lados a cientos de humanos y no humanos[2]. Los residuos industriales, domésticos y hospitalarios, se han ido amontonando en el agua y también en la comida. La minería sigue removiendo los suelos e introduciendo metales pesados en todos los cuerpos. La agricultura extensiva tiene agotados y contaminados los suelos y ha dejado a las semillas criollas al borde de la desaparición. Además, el cambio climático ha vuelto el clima cada vez "más loco", acentuando la incertidumbre y la vulnerabilidad de la gente frente a cada nueva creciente. Siguen también los abusos de terratenientes y actores armados, y el descuido estatal que describiste al detalle. Con todo eso, el paso del agua a la tierra se ha vuelto, como comprenderás, hoy mucho más difícil.

Entonces, Orlando, ¿qué queda de esa cultura anfibia cuando el agua se canaliza, se vende o se envenena? ¿Cómo se sostiene la vida anfibia cuando el agua, que era principio de vida, se ha vuelto amenaza y despojo? ¿Qué pasa con el sustento, el cuidado y los saberes anfibios cuando los cuerpos de agua dejan de ser comunes? ¿Cómo se redistribuye la carga de sostener la vida cuando el territorio se vuelve impredecible? Tu trabajo sobre la cultura anfibia se anticipó a la pregunta acerca de cómo iban a vivir los pueblos de la Depresión Momposina si las cosas seguían igual (Fals Borda, 2002a, p. 27a).

Este texto, anfibio entre capítulo y carta, se asoma a esos interrogantes que siguen dialogando con tu trabajo. Señala cómo las lógicas extractivas, materializadas en las obras hidráulicas, la minería aurífera y la ganadería extensiva, entre otras, han impactado en este territorio hidrosocial la re/producción social[3], los sistemas tradi-

2 Por *bufalización* se hace referencia al desarrollo desaforado, desde hace una década y media, de la ganadería de búfalos de agua (*Bubalus bubalis*) de origen asiático, cuya población, en el presente de la región, está en el orden de unas 23 000 cabezas de ganado. Se trata de una especie particularmente resistente y omnívora, que se alimenta de buena parte de la maleza circundante. Esto, sumado a su exorbitante expansión, ha generado un crítico desequilibrio en la biota de La Mojana, con la compactación del suelo y los consecuentes desecamientos de los zapales y expulsiones de la fauna nativa. Más adelante se planteará una discusión extensa sobre este fenómeno.

3 Se escribe re/producción para recoger las discusiones feministas que cuestionan la separación entre "trabajo productivo" y "trabajo reproductivo". Desde los años setenta, autoras como Marirosa Dalla Costa, Selma James y Silvia Federici han mostrado que el trabajo doméstico y de cuidados, aunque no aparezca siempre en las principales cifras de la economía, produce y repone la fuerza de trabajo y es condición del funcionamiento del capitalismo, de modo que no es un "afuera" de la producción sino su base material invisible. A través de la noción de

cionales de conocimiento, los modos de subsistencia, las prácticas de cuidado y las expresiones culturales de las comunidades anfibias de La Mojana, y cómo estas responden mediante formas propias de economía popular, artística y comunitaria.

Por territorios hidrosociales se entienden aquí "espacios constituidos social y naturalmente que son re/creados a través de las interacciones entre prácticas humanas, flujos de agua, tecnologías hidráulicas, elementos biofísicos, estructuras socioeconómicas y culturales, y sistemas de significados" (Boelens y otros, 2016, p. 2, citado en Burbano, 2024, p. 6). Son espacios en los que coexisten, en armonía o en conflicto, las diversas formas en que diferentes grupos entienden, usan y gestionan el agua.

En los primeros apartados, el texto retoma temas que para ti y para quienes habitan la región son terreno conocido: claves del ordenamiento territorial y de la geografía hídrica que sirven de piso compartido antes de soltar el tono epistolar y entrar en los argumentos. Allí se muestra cómo en La Mojana la gente se ha hecho en relación con el agua: desde los canales zenúes y las primeras derivas del río, pasando por las memorias de cercamientos, violencias y resistencias en torno a la tierra y los humedales, hasta los trabajos entre el patio y el río con los que mujeres y hombres han tejido las economías estacionales y los cuidados cotidianos. Los tres apartados siguientes se detienen en el presente del régimen extractivo y en el cambio del rol del agua: cómo jarillones, minería, monocultivos y tóxicos "civilizan el agua", mientras la bufalización "civiliza la tierra" secando humedales y concentrando la propiedad, y qué hace todo eso con las economías domésticas, los oficios y los cuerpos-territorio. Los tres últimos ponen el foco en las tramas de sentido y de futuro: lo que estas transformaciones implican para las infancias, las juventudes y la escuela; la identidad anfibia entre el estigma y la apuesta política del *pata de agua*; y las economías culturales populares y experiencias de turismo cultural comunitario que, en medio del extractivismo, ensayan formas de economía ancladas en la defensa de lo común, desde donde la cultura anfibia deja de ser una metáfora romántica y se afirma como un campo de disputa económica, ecológica y política sobre cómo seguir viviendo bien entre aguas.

economía del cuidado, varias economistas feministas han insistido en que esta división entre lo productivo y lo reproductivo borra y devalúa las tareas que sostienen la vida cotidiana, realizadas sobre todo por mujeres racializadas, y ha propuesto poner el cuidado en el centro del análisis y de las políticas públicas. Con re/producción se busca entonces señalar ese continuo.

LA MOJANA ES UN ACORDEÓN: IDENTIDADES, FRONTERAS Y DESBORDES DEL MAPA

Lo primero que conviene aclarar es que no existe "La Mojana" en singular. Hay muchas mojanas y reconocerse como parte de ellas cambia de una orilla a otra. Desde afuera

se habla de “La Mojana” y de “mojaneras” para nombrar a territorios y personas que no siempre se identifican así a sí mismas. En 1993, la cartografía administrativa, a través del CONPES Social 18, la definió como una subregión de cuatro departamentos y once municipios: Nechí en Antioquia; Achí, San Jacinto del Cauca y Magangué en Bolívar; Ayapel en Córdoba; y San Marcos, Majagual, Guaranda, Sucre, Caimito y San Benito Abad en Sucre. Pero este ordenamiento está muy cuestionado al interior porque no obedece a los criterios culturales, políticos, económicos, ni mucho menos hidrológicos actuales. En municipios como San Marcos, muchas personas se reconocen como del Bajo San Jorge y no como mojaneras, mientras que en Sucre (Sucre) muchas afirman con convicción su pertenencia a una Mojana histórica. En distintos lugares, incluso de un mismo municipio, conviven esas lógicas, y varias voces coinciden en que lo común no es el límite político, sino la condición hidrológica del territorio que hace que el agua que les inunda sea a fin de cuentas la misma, así como es el mismo el repertorio de sabores, conocimientos, ritmos y relatos compartidos que de esa agua emergen.

< La cicatriz de La Mojana, una vía nacional cuya construcción comenzó en 2003 y que atraviesa ochenta y cinco kilómetros de humedales, desde San Marcos hasta Majagual, en el suroeste de Sucre. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

Vista desde el agua, La Mojana tampoco es una sola. Hay zonas que pasan buena parte del año inundadas, donde la vida se organiza por completo alrededor de los cuerpos de agua; y hay otras donde el agua está más lejos y la relación con las ciénagas, los caños y los ríos obedece a otros ritmos y a otras distancias. No toda La Mojana se inunda igual ni al mismo tiempo. Del total del área de la subregión, un 37 % tiene humedales temporales, un 21 % humedales permanentes y el 42 % no tiene humedales. Son estas condiciones concretas, propias de cada territorio, las que terminan definiendo los modos de vida inmediatos (Consejo Nacional de Política Económica y Social [CONPES], 2022).

En los relatos, esta diversidad se nota también en la larguísima lista de nombres de caños, ciénagas y poblamientos que la gente recita con facilidad, pero que para quien no ha nacido allí ni ha permanecido cerca resultan difíciles de ubicar. Esa dificultad para situar todo lo que la gente nombra recuerda que el territorio vivido desborda cualquier mapa fijo. De ahí que este texto realice una abstracción general que recoge rasgos comunes de distintos territorios, aun sabiendo que un análisis más fino tendría que detenerse en las particularidades de cada lugar nombrado y de cada forma de nombrarse —o no nombrarse— como mojanero o mojanera. Por eso, más que ofrecer reflexiones cerradas o concluyentes, este texto busca propiciar conversaciones sobre las problemáticas y las alternativas en torno al agua, desde los lugares y las experiencias concretas donde estas se planteen.

Una precisión antes de continuar. Las reflexiones que se presentan en este texto se alimentan de un conjunto de encuentros de conversación y de trabajo colectivo

realizados en los meses de junio, julio y agosto de 2025 en San Marcos y en Sucre, Sucre. Un primer insumo fue el Encuentro de Memoria Sucreña realizado en Sucre en articulación entre la Escuela Taller de Cali y la Dirección de Estrategia, Desarrollo y Emprendimiento (DEDE) del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, en el marco de un proceso de formación en turismo cultural y comunitario dirigido a aprendices vinculados a economías culturales, populares y comunitarias del territorio. En este espacio participaron más de veinticinco cultores y cultoras —principalmente de los municipios de Sucre y San Benito Abad— en distintos momentos de trabajo: la Ruta Mágica, un recorrido histórico-novelado guiado por lugares emblemáticos de Sucre con una narrativa teatralizada a cargo de la Fundación Pata de Agua; las mesas de diálogo Tejiendo Nuestra Visión; el conversatorio "Percepciones e ideas del poblador mojanero sobre el estado actual y deseado de la región de La Mojana como espacio de cultura y biodiversidad"; y varias mesas temáticas sobre cultura anfibia, narrativas orales, literatura y turismo cultural y comunitario. Un segundo insumo central fue el Encuentro Campesino Mojanero realizado en San Marcos, también en articulación entre la Escuela Taller de Cali y la DEDE como parte de un proceso de fortalecimiento de capacidades de mercadeo y gestión con enfoque de biocomercio. En este encuentro participaron más de treinta cultores y cultoras procedentes sobre todo de San Marcos y Ayapel, y se discutieron las transformaciones en la producción, el agua y la vida campesina en la región. A ello se sumó un tercer insumo: cuatro talleres participativos en la Institución Educativa San Marcos, con la presencia de más de cuarenta personas. Se adelantó un espacio con madres y padres de familia, otro con sabedores y sabedoras, otro con estudiantes del semillero Agroanfibia, docentes de la Institución Educativa Técnica Agropecuaria El Limón y estudiantes y miembros del colectivo estudiantil en artes escénicas Formarte, y un espacio de trabajo específico con docentes. Finalmente, se realizaron ocho entrevistas a profundidad con personas reconocidas en la región por su trabajo cultural, comunitario y productivo.

Por lo tanto, las ideas que recorren este texto se sostienen en el trabajo y en la palabra de quienes participaron en estos espacios. Un agradecimiento particular a Astrid Álvarez, Lina Romero, Lourdes Páez, Marisol Rey Aldana, Francisca Isabel Pérez, Luis Miguel Peláez, Gerardo Pertuz y Larry Camacho, liderazgos de distintos procesos territoriales en gastronomía, música, danza, teatro, audiovisuales, artesanía y organización comunitaria. Muchas de las escenas, preocupaciones y rutas aquí descritas provienen directamente de sus reflexiones y experiencias. Estas páginas

> *Sobre el borde del caño Mojana. Fotografía de Luz Mary López. En el recorrido entre Magangué y Sucre, Sucre, 2025.*

se nutren también de las conversaciones sostenidas con las y los autores de los otros capítulos que componen este libro: Jairo Castro, Isidro Álvarez, Zurisadai Ruíz, Farid García, Carmen Jiménez, María de los Ángeles Ramos, Carmelo Álvarez y Henry Huertas, con quienes, al acompañar sus propios textos, se fueron afinando varias de las reflexiones que aquí se plantean. Bueno, ahora sí, continuemos.

Que el agua esté más o menos presente en un territorio hace que se viva de formas distintas y que la gente quede más o menos vulnerable cuando se desborda. Desde la megainundación del 2010-2011, cuando el episodio fuerte de La Niña desbordó los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge, se habla del agua como problema con más frecuencia y las discusiones sobre los límites también se han intensificado. En estas disputas la gente se juega la identidad y su futuro, y ahí se entiende por qué "ser o no mojanero" depende menos del mapa y más de la experiencia cotidiana con el régimen del agua y lo que este trae para cada municipio en términos económicos y de beneficios territoriales.

Para quienes investigan y escriben desde allí, resulta más diciente la lectura del cartagenero Bernardo Ramírez del Valle, trabajada por el sociólogo sanmarqueño Henry Huertas en el encuentro de Memoria Sucreño (junio de 2025). Desde esa lectura se distinguen cuatro mojanas: la lobana en Magangué; la caucana en Nechí, San Jacinto del Cauca, Achí y Guaranda; la interior o histórica en Majagual y Sucre; y la sanjorgeana en Ayapel, San Marcos, Caimito y San Benito Abad. A la vez, otras delimitaciones extienden La Mojana a veintiocho o más municipios según criterios hidrográficos y, tal y como lo señaló el sociólogo mojanero Miguel Palencia en el mismo encuentro, también según criterios políticos. De ahí su imagen poéticamente precisa: "La Mojana es un acordeón", que se estira y se encoge según los intereses y las necesidades en juego. Y es que, además, la región no cuenta con una autoridad administrativa unificada y queda repartida entre cuatro departamentos, lo que históricamente ha dificultado una mirada amplia e integral sobre el territorio y su gestión compartida, propiciando decisiones contradictorias sobre el uso del suelo, ineficiencia del gasto público local y, en muchos casos, condiciones de mayor riesgo frente a eventos hidrometeorológicos (CONPES, 2022).

Como entenderás, Orlando, tu diagnóstico fue claro y sigue siendo útil para volver a mirar el mapa. El diseño administrativo no se calza con el territorio socialmente construido. En la Constituyente de 1991 defendiste un nuevo ordenamiento territorial del país. Propusiste revisar los límites existentes de cada unidad territorial y asignar a las regiones y provincias un papel central. No se trataba de correr linderos por capricho, sino de fortalecer la movilización democrática incorporando a las decisiones criterios históricos, socio-geográficos, económicos y ecológicos. Dejaste además una regla de oro: revisar periódicamente los límites de las entidades territoriales para

adecuarlos a las transformaciones económicas y culturales y corregir así los trazos heredados de una geopolítica colonial (Fals Borda, 1998).

Bajo esta lente, el horizonte del Departamento del Río que propusiste en la *Historia doble de la Costa* (Fals Borda, 2002, 4 vols.) nunca ha dejado de tener sentido. Han pasado muchos años y la tríada constituida por nación, departamentos y municipios sigue prácticamente intacta. Las regiones administrativas y de planificación (RAP) sobreviven como arreglos de coordinación que casi nadie conoce, y que apenas ahora, con el empuje de algunas universidades, se está tratando de reactivar[4]. No hay en este momento provincias ni regiones como entidades territoriales y los límites se siguen viendo como algo dado. Como tú afirmaste y muchas personas aquí lo saben por experiencia propia, "Determinar regiones como elementos dinámicos de una formación social concreta es un problema que no se ha resuelto satisfactoriamente" (Fals Borda, 2002a, 19B). De ahí que persista tu llamado a superar la inercia operativa y admninistrativa que ignora lo ecológico, lo social y lo económico. Como en tu tiempo, muchas comunidades ribereñas siguen aspirando a divisiones administrativas propias, basadas en sus actuales problemáticas y potencias. Como lo dice el sociólogo sanmarquero Henry Huertas, la cultura anfibia hay que pensarla alrededor del ordenamiento territorial, y si una nueva configuración ha de nacer algún día, tendrá que hacerlo desde la mirada de quienes, con su hacer, construyen todos los días estos territorios y sus fronteras, no desde cartografías heredadas o externas (Encuentro de Memoria Sucreño, 2025). Ese cauce también lo ayudaste a abrir tú:

> No se trata ya, en el fondo, de proponer solo la creación de un nuevo departamento administrativo que corrija las fallas de los existentes; sino también de hallar el alma colectiva de la región y su mundo, de entender los fundamentos de su realidad y la razón de sus problemas, de propiciar una útil transformación en la vida de las gentes riberanas, para defender la cultura local, sus aspectos positivos, e impedir los estragos del sistema explotador dominante (Fals Borda, 2002a, 28A).

4 La región administrativa y de planificación (RAP), prevista en el artículo 306 de la Constitución colombiana, permite que varios departamentos con continuidad geográfica y cercanía se asocien para planear y gestionar en conjunto un territorio que comparte dinámicas ecológicas, económicas y culturales. En el Encuentro de Memoria Sucreña (2025), la discusión sobre una RAP propia para La Mojana fue uno de los temas en los que más se insistió. Esta aparece como una herramienta institucional para corregir la fragmentación político-administrativa de una región hoy partida entre cuatro departamentos, varios municipios, distintas corporaciones ambientales y una RAP Caribe pensada sobre todo desde las necesidades costeras, que poco dialogan con la realidad hídrica mojanera. Una RAP mojanera, dice la gente, permitiría concentrar y coordinar mejor los recursos y enfrentar de manera más integrada problemas que se repiten en toda la región, como las economías extractivistas y el deterioro ambiental.

LOS PRIMEROS FLUJOS DEL AGUA: DE LOS CANALES ZENÚES A LA ECONOMÍA-MUNDO DEL CAPITALOCENO

Orlando, hasta aquí el texto ha buscado ser una carta dirigida a ti, aunque por ratos se le ha colado un tono académico. Al fin y al cabo, la carta es menos un género que una intención. Escrita en segunda o en tercera persona, busca siempre interpelarte a ti. Tú bien sabes lo difícil que es moverse entre un lenguaje y otro para intentar decir lo mismo. En tu *Historia doble*, la verdad sea dicha, aunque al inicio te propusiste contar una sola historia en dos registros —el Canal A, con aspiraciones literarias y dirigido a un público amplio y "popular", y el Canal B, densamente sociológico—, lo que terminó ocurriendo fue otra cosa: dos relatos complementarios y claramente diferenciados, dos maneras distintas de apercibir una región común. A partir de aquí, este texto entra en su propio Lado B: deja el tono epistolar y se concentra en situar históricamente el territorio y la cultura anfibia de La Mojana, con el fin de entender el régimen del agua sobre el que hoy se monta el modelo extractivo. La pregunta que organiza este tramo es, entonces, cómo se ha configurado, desde los sistemas hidráulicos zenúes hasta la colonización y el capitalismo, la relación hidrosocial que sostiene y, al mismo tiempo, pone en riesgo la cultura anfibia en La Mojana.

Esta planicie inundable, situada en el interior de la cuenca hidrográfica de la Depresión

> *Río Magdalena. Fotografía de Antonio Meza. 2024.*

Momposina, sigue siendo, como dice don Luis Miguel "Lucho" Peláez, teatrero sucreño, "un corazón de agua que bombea vida al Caribe interior por una red venosa de ciénagas, caños y canales, dando vida a todos los seres vivos" (Entrevista, junio 2025). Ubicada en la transición entre los ramales andinos y las llanuras del Caribe, cumple un papel decisivo en la regulación hídrica del Caribe colombiano y en la reproducción biocultural de las poblaciones que la habitan. Alrededor de quinientas mil hectáreas funcionan como una batea, en palabras de Jairo Castro[5], un delta interno que amortigua inundaciones, facilita la decantación y acumula sedimentos de ríos que arrastran muchísima agua por extensos tramos: el Magdalena con una cuenca de 266 541 km², el Cauca con 58 840 km², y el San Jorge con 16 700 km² (Aguilera Díaz, 2004; Caraballo y De la Ossa, 2011). Esa confluencia sostiene la importancia ecológica, económica, cultural y alimentaria de la región (Camacho Juana 2017), por lo que no es novedoso ni exagerado decir que allí la vida se ha organizado históricamente, y se sigue organizando, en relación con el agua.

Esas aguas conectan a Sucre, Bolívar, Córdoba y Antioquia por corredores de ciénagas, brazos de río, caños como el Mojana, el Panceguita, el Viloria, el Rabón Matías y Carate, y arroyos que cambian de curso y dirección según

5 Palabra que usa Jairo Castro varias veces en el texto de su autoría que está en este mismo libro.

la época del año y los niveles altos o bajos de los cauces principales. Cerca del 58 % del territorio corresponde a una extensa red de humedales, considerada entre las más grandes del mundo, con un 21 % de cuerpos permanentes y un 37 % temporales (CONPES, 2022). En tiempo de lluvias, estos humedales retienen el exceso de agua y la decantan; en verano, la devuelven poco a poco a los ríos, dejando al descubierto playones fértiles que se usan para cultivos estacionales y ganadería. Ese vaivén moldea el paisaje y ordena la vida re/productiva y cultural de la región[6].

En las últimas dos décadas se han registrado en la subregión unos quinientos eventos de origen hidrometeorológico, en su mayoría inundaciones, crecientes súbitas y avenidas torrenciales (CONPES, 2022), un recordatorio de que la dinámica del agua es el corazón y también el desafío de este ecosistema.

Las dinámicas de re/producción con el agua en este lugar dialogan con una memoria antigua. Desde sus primeros asentamientos los grupos ribereños se fueron organizando en una trama de interdependencias con el agua, configurando con esta diversas relaciones de sustento y cuidado. Los estudios arqueológicos sitúan una ocupación zenú continua en este territorio por cerca de dos mil años, desde el primer milenio a. C. hasta los siglos X-XII d. C. (Aguilera Díaz, 2024). Durante ese largo periodo los zenúes, particularmente los panzenúes al sur de La Mojana, levantaron la obra de ingeniería hidráulica más grande de la Colombia prehispánica y una de las mayores del continente (Olmos Severiche y otros, 2022). Adecuaron los terrenos anegadizos en espacios aptos para la vivienda, la producción, la movilidad y el intercambio con otros pueblos como malibúes, taironas, chimila, entre otros, algo que se reconoce en cerámicas e instrumentos compartidos. En los cauces de los ríos y los caños trazaron un extenso sistema de canales y camellones en forma de espina de pescado, ajedrezados y en abanico, con diferentes tamaños (Camacho, 2015; Olmos Severiche y otros, 2022). En crecientes, esos canales amortiguaban y repartían el agua y, en época de estiaje, conservaban la humedad alrededor de los camellones, favoreciendo el cultivo y la acumulación de sedimentos fértiles (Aguilera Díaz, 2004). Con este conocimiento del suelo, el clima y las dinámicas hídricas, cultivaron maíz, yuca, tubérculos, frutales y otros alimentos en terrenos elevados, y aprovecharon la pesca y la fauna acuática.

Este sistema hidráulico también les sirvió a los zenúes antiguos para enterrar a sus muertos en el interior

6 Los humedales, además, les dan a las comunidades un margen mayor para aguantar los golpes del calentamiento de la Tierra. Su papel no se queda solo en lo local, pues como señalan los estudios de Ronald Antonio Ayazo y otros (2021), hacen las veces de sumideros de carbono y pueden llegar a capturar un alto porcentaje de los gases de efecto invernadero del planeta. Cuando se drenan, se rellenan o se destruyen, esos gases quedan sueltos en la atmósfera, subiendo las temperaturas y alterando el clima y las relaciones entre las personas y sus ecosistemas. También ayudan a estabilizar costas y regulan la cantidad y la calidad del agua dado que actúan como primera barrera frente a huracanes y tormentas fuertes, amortiguando el impacto de los vientos.

de los canalones, con ajuares de orfebrería y resguardo frente a las aguas, tal y como lo registran las excavaciones arqueológicas (Plazas y Falchetti, 1982; Falchetti, 2009). El entrelazamiento de la vida y la muerte, y del presente y el futuro, de mundos humanos y más-que-humanos de los zenúes prehispánicos se asoma también en sus piezas de oro de aves, animales acuáticos y terrestres como caracoles, bagres, coroncoros, hicoteas, babillas, caimanes, serpientes, garzas, patos, guacamayos, micos, jaguares y tigres, entre otros. Anne Legast estudió en 1979 unas 1300 piezas de orfebrería de estos grupos y encontró que el 90 % representaba aves, el 7,8 % mamíferos y el 1,2 % reptiles y peces (Legast, 1979, citada por Aguilera Díaz, 2004, p. 11). A esto se suman las prácticas con animales y plantas que activaban sortilegios de protección, sanación y fortalecimiento (Turbay Ceballos, 1993), una "ciencia reservada" que no se contaba a cualquiera ni se vendía, porque "la ciencia del indio no se vende" (Fals Borda, 2002a).

El agua fue la sustancia que les conectó con una trama biocultural, material y simbólica entre lo humano y lo más allá de lo humano. Los encantos y encantas, mohanes y mohanas para los mestizos de la Ciénaga Grande, son seres del agua que toman forma humana, de piedra, de árbol o de animales como babilla, caimán, hicotea, gallo, oropéndola, todos ellos de oro (Fals Borda, 2002a; Turbay Ceballos, 1993). Son una potencia del agua que puede enfermar o proteger. Se les atribuye el trueno y la tempestad, provocan enfermedades que solo se curan con plantas, cantos, sustancias mágicas y varas de virtud como la leche de la sierpe leona y las entrañas del sapo cuín (Fals Borda Orlando, 2002a; cf. Drexler, 2002). Su presencia ordena prácticas agrícolas, como los diseños de siembra de maíz, y, según la memoria local, podían seducir humanos y dejar su descendencia.

Ana María Falchetti (2009) cuenta que, para los zenúes contemporáneos, "la interacción armónica y el balance entre tierra y agua, y entre los mundos que representan, son mantenidos por el caimán de oro, el símbolo máximo del equilibrio del mundo" (p. 83). Según esta lectura, los antiguos zenúes recibieron los poderes del caimán de oro, el encanto mayor, porque, en este medio anfibio, ellos trabajaron sin descanso para evitar una mezcla destructora y mantener el equilibrio cosmológico. Por eso, cuando a puertas del siglo XX llegaron norteamericanos e ingleses por carbón, gas y petróleo, muchas y muchos zenúes entendieron que venían detrás del caimán de oro. El caimán, se dice, se defendió y les defendió ahogando a uno de los invasores. Para el pueblo, ese caimán sostiene el territorio y protege la propiedad del resguardo frente a la población foránea; su captura significaría el hundimiento del suelo y el fin del mundo. Tras la tala de los bosques para sembrar pastos de hacienda, mucha gente dice que los mohanes ya se marcharon y que por eso agoniza su mundo (Turbay Ceballos, 1993).

Este entramado anfibio, hecho de canales y camellones, pero también de encantos y pactos con el agua,

es el que va a chocar de frente con el orden que trae la colonización. Ese proceso supuso un cambio profundo en los modos de re/producirse en común, en los sistemas de conocimiento, en las prácticas de cuidado y en los vínculos entre humanos y más-que-humanos. Desde ahí se puede entender la larga sombra que proyecta la lógica extractiva, que transforma a la vez los flujos y los suelos y la forma en que las personas del territorio se relacionan con el agua. Como se verá a lo largo de este texto, cuando esta deja de verse como bien común, también se va alejando, cognitiva y afectivamente, de los procesos colectivos que sostienen la vida.

Sin la trama que introduce la colonización y el modo en que reescribe lo humano y lo más-que-humano, la lógica extractiva actual queda fuera de foco. Desde ahí se entienden las continuidades que hoy reaparecen en la minería y la bufalización, pues es con la colonización que, a través de prácticas de dominio y explotación de los territorios y de los cuerpos humanos y extrahumanos, se va fundar en este y otros lugares un doble proceso de apropiación: por un lado, de tierras, y por otro, de fuerza de trabajo humana y no humana y del trabajo silencioso de los bosques, la tierra y los ríos (Moore, 2017). Se trata de una lógica de poder político, económico, ecológico, cultural, epistémico y subjetivo que no es asunto del pasado, sino que se va reactualizando en operaciones neocoloniales que violentan las tramas de interdependencia que sostienen la vida humana, animal y vegetal, y los ciclos del suelo y el agua.

< En la quietud de la mañana, los pescadores lanzan sus redes al borde de la ciénaga, atentos a lo que el agua pueda entregar. Fotografía de Mario F. Mora Goyes. Ciénaga Palo Alto, San Marcos, Sucre, 2024.

El colonialismo instauró un orden mundial y hegemónico que penetró cada uno de los aspectos y situaciones de la vida humana y de las relaciones de la humanidad en la naturaleza (Moore, 2017). El régimen colonial, que no es otra cosa que la expansión planetaria de la lógica del capital, redefinió el poder y la re/producción de la red de la vida mediante una clasificación y jerarquización racial, étnica, sexual y social que instaló relaciones de dominación, control y explotación sobre personas ahora devaluadas según su género, sexualidad, raza o etnicidad, situándolas en un nivel "inferior" respecto de lo europeo, lo masculino y lo heterosexual (Lugones, 2008). Esta matriz, que aún puede rastrearse en los sistemas contemporáneos de interacción humana, instauró también una relación con "la naturaleza", entendida como una entidad no solo separada y externa a lo humano, sino controlable, reducible y capaz de ser racionalizada para servir en proyectos de extracción y producción.

Ese dualismo entre lo humano y la naturaleza no solo expresa, como advierte Jason W. Moore (2017), los orígenes del capitalismo, sino también los orígenes de una profunda reconfiguración de las naturalezas globales y de la crisis ecológica que el mismo autor atinó en llamar el *capitaloceno* y que define como "la época histórica moldeada por la acumulación sin fin de capital", que a su vez se subsume en el *necroceno*, "un sistema que no solo acumula

capital, sino que impulsa la extinción" (Moore, 2017, p. 4; el término fue originalmente acuñado por McBride, 2016). En este sentido, el capitalismo se entiende no como un sistema económico, sino como "una ecología-mundo situada y multiespecie de capital, poder y re/producción" (Moore, 2017, p. 13). La acumulación de capital se teje, así, en una poderosa red de dependencias interespecíficas que no solo son moldeadas por el capital, sino que también lo moldean (Moore, 2017, p. 5).

Con este trasfondo, la minería aurífera y la expansión bufalina no inauguran un problema nuevo, sino que revitalizan la matriz que le dio origen a la lógica extractiva. Como puede leerse en la *Historia doble de la Costa*, la colonización española (siglos XVI–XVII) impuso en la Depresión Momposina un orden socioecológico montado desde el comienzo sobre la extracción de oro, la ganadería extensiva y el comercio fluvial, sostenidos en trabajo esclavizado e indígena forzado. Desde el siglo XVI, la Corona instaló concesiones mineras y mercedes de tierra que reorganizaron la apropiación del espacio anfibio; la minería aluvial y de veta introdujo obras de control local de agua con desvíos, canales y terraplenes, y las haciendas ganaderas se expandieron sobre sabanas y albardones, estacionalizando playones para engorde y arreos (Fals Borda Orlando, 2002a).

Todo esto solo fue posible tras la implantación de las oposiciones binarias propias de la modernidad europea: cultura/naturaleza, Europa/no-Europa, civilizado/salvaje, blanco/no blanco, producción/reproducción, que reordenaron las relaciones de poder, conocimiento y economía. Estas divisiones trazaron una frontera ontológica que desplazó a muchas poblaciones al lado de lo no-humano, o de lo no-del-todo humano, habilitando su despojo, esclavización y abuso; y al mismo tiempo cosificó a lo no-humano, despojándolo de su dimensión relacional y transformándolo en un recurso pasivo en espera de su explotación, apropiable en tanto que propiedad privada. El resultado fue la apertura a expropiaciones violentas y a un doble abaratamiento, como explica Moore (2017), que por un lado fue económico, al reducir directa e indirectamente los costos del trabajo y de los bienes comunes, y por otro ético-político, al devaluar las vidas y los territorios, tratándoles como indignos de reconocimiento y cuidado.

La gramática que se impuso entonces es la que hoy reaparece en las nuevas obras, en los cercamientos y en las rentas. Lo que en La Mojana había sido re/producción común, se reordenó cuando una aristocracia criolla, dueña de latifundios en sabanas y ciénagas y dueña de minas, se afirmó sobre mano de obra esclavizada y sobre la captura de tierras comunales.

Ahí comenzó a propagarse una lógica extractiva temprana que abarató el trabajo humano, el trabajo de los ecosistemas y el tiempo comunitario.

Para hacerla operativa, se desplegó un dispositivo de dominación que lo abarcó todo: se impuso el cristianismo sobre las religiosidades indígenas, se declaró una lengua oficial, se presentó la epistemología moderna como único locus válido de comprensión del mundo, y se ocuparon militarmente los territorios mientras nuevas instituciones iban desplazando o vaciando de poder a las autoridades propias. La consecuencia fue clara: se deshumanizó a los pobladores, se normalizó la desposesión y se convirtieron los bienes comunes y "la naturaleza" en recursos "útiles", apropiables. Ese armazón habilitó la explotación en minas, encomiendas, obras y labores, y fue el que sentó las bases sobre las cuales soportar la expansión capitalista. La colonización redefinió así qué era lo que contaba como trabajo, qué valía como riqueza y quién decidía sobre el agua y la tierra. Fue una apropiación pura y dura de cuerpos y de tiempos de trabajo, humanos y más-que-humanos.

MEMORIAS DEL AGUA Y DE LA TIERRA: UN RECUENTO HISTÓRICO

Si las aguas y los suelos de La Mojana hablaran, contarían, como lo han documentado ampliamente Bernardo Ramírez del Valle y Edgar Rey Sinning (1994), Orlando Fals Borda (2002a) —por supuesto— y Juana Camacho (2015), cómo cada avanzada colonial y cada acto de resistencia local han estado trenzados con la naturaleza extrahumana y han dado forma a relaciones de poder, capital y territorio que llevan ahora a hablar sobre cómo ha cambiado la vida entre el agua y la tierra en esta subregión. Recordarían el paso de la balsa indígena a la canoa y de la canoa al champán, y cómo los ríos vieron a cientos de hombres ser arrancados de sus familias y comunidades para la boga de la ascendente carga de productos y personas, mientras crecían los puertos del Magdalena. Tras el ocaso indígena por los abusos coloniales, las nuevas enfermedades, el trabajo obligatorio, el mestizaje y la fuga a los montes, esos mismos ríos vieron los remos y las bateas pasar a manos de personas esclavizadas traídas de África. Más tarde, el motor convirtió el champán en *yonson* y la llegada del vapor sustituyó el compás del boga. Por esas aguas, que luego sintieron la modernización de la ingeniería hidráulica para profundizar y ensanchar sus canales, salieron pieles de babilla y caimán, tagua, tabaco, pescado, miles de panelas, arroz pilado, madera, resinas y fibras como fique y cabuya, al tiempo que se intensificaba la extracción en las ciénagas y los montes. Por allí también entraron combustibles, junto a plantas como la caña, el cacao, el plátano, el coco y los cítricos, y animales como el ganado vacuno, el caballar, el porcino y el caprino. A comienzos del siglo XX, por estos ríos también llegaron alemanes, italianos, franceses, sirios y libaneses que se ubicaron en posiciones clave del comercio, la industria, la agricultura y la ganadería, y en lugares de mando político y social.

Los ríos y humedales tendrían que hablar de la exclusión del agua de lo colectivo, de cómo fueron cercando

no solo sus usos y funciones, sino también su papel en la re/producción de las comunidades. Contarían que el nacimiento de la propiedad privada en estas tierras se amarró primero a una invocación sagrada que otorgó a la Corona el poder de posesión "en nombre de Dios", y que luego la República adjudicó grandes extensiones a élites ganaderas y comerciales, mientras empujaba al campesinado, a indígenas y a afrodescendientes a la condición de ocupantes informales, agregados y arrendatarios en su propio territorio (Fals Borda, 2002a, 2002b; Díaz Callejas, 1976). Recordarían cuando el Estado entregó a particulares terrenos "baldíos" que en realidad eran ciénagas abonadas, playones comunales y tierras que emergían del agua y se compartían para la siembra y el pastoreo (Silva Cantillo, 2013; Camacho, 2015). Hablarían de la formalización de esa concentración de tierras en escrituras privadas, sostenida a través de la fuerza, la trampa, la manipulación de la ley y la dependencia de la mano de obra de rianos y campesinos desposeídos, obligados a trabajar en las haciendas bajo el nuevo régimen de tumbar monte y "civilizar" la tierra con pastos para el ganado, casi siempre en relaciones marcadas por el endeudamiento y la subordinación salarial, condiciones necesarias para plantar y fortalecer la lógica extractivista (López Canelas y Cielo, 2018).

Las aguas y los suelos dirían también que el agua dejó de ser un bien común y que hoy, como mencionó una participante del Encuentro Mojanero

> Vía al Cauchal. Fotografía de Antonio Meza. 2022.

(2025), "los pescadores se rascan la nalga con el alambre" porque los terratenientes alambraron con púas los bordes de ciénagas enteras, antiguos ejidos y preciados playones. Estos últimos, los más productivos y disputados por el campesinado anfibio, siguen marcados por la concentración de la tierra y por una violencia que no da tregua, inflada debido a nuevas disputas por el control del territorio y de los bienes comunes entre terratenientes, guerrillas, paramilitares, narcotraficantes, sectores políticos y fuerzas públicas en alianzas que se arman y se desarman (Camacho, 2015, 2017; CNMH, 2017). Las rutas fluviales de La Mojana hablarían de su uso para mover cargamentos, cobrar rentas ilegales y, demasiadas veces, para desaparecer cuerpos en medio del conflicto armado, un uso del agua que ha dejado cicatrices hondas y todavía abiertas (CNMH, 2022).

Bosques y suelos contarían de la desarticulación territorial y social que dejó el despojo de las tierras y los bienes comunes. Dirían cómo el paisaje se volvió extensos pastizales para la ganadería, sometiendo grandes áreas antes inundables a usos agrícolas y pecuarios intensivos. Al fin y al cabo, la formidable obra prehispánica de ingeniería hidráulica había sido cosa de indios, de "salvajes" que no entendían de progreso o civilización, así que se le fue desecando para hacer sitio a una sabana peligrosamente dilatada y sin capacidad para regular el caudal acuático. Como señala Juana Camacho (2015), el paisaje pasó a ser "dominado por pastos para la ganadería extensiva con «parches agrícolas» de mediano y pequeño

tamaño, resultado de aplanar y destruir los antiguos camellones arqueológicos" (p. 91). Los suelos recordarían primero la llegada de las máquinas auríferas y luego de las dragas; después, la de los tractores, los canales de drenaje y los agroquímicos junto con los monocultivos comerciales que sustituyeron los playones comunales estacionales por cultivos destinados a la exportación, dejando en lo local las tierras contaminadas y las economías más frágiles. Las ciénagas hablarían de trasmallos de gran tamaño y de pesca con explosivos, mientras el agua mostraría los químicos agroindustriales y los metales de la minería que se sedimentan y ascienden por la cadena alimentaria, afectando los cuerpos-territorio-tierra. En las orillas se señalaría la bufalización y el pisoteo de estos animales traídos de afuera que compacta los suelos, erosiona las riberas, enturbia los cauces y barre con la vegetación ribereña, alterando las corrientes, los hábitats y los ciclos del suelo y la vida anfibia.

Los ríos también dirían que su cauce no termina en el agravio y el despojo, sino que guarda una memoria de defensa, de celebración y de alegría que todavía se levanta en sus orillas. Recordarían a La Mojana y a la Marquesita de la Sierpe, diosas del agua, una de raíz prehispánica y otra nacida del mestizaje colonial, cuyas historias brotan y se sostienen en ciénagas y caños y sin las cuales, como insiste Isidro Álvarez, sería imposible construir un realismo mágico, porque, dice él, "la Marquesita tenía el poder de la levitación, de la ubicuidad, de curar enfermos, reses y cultivos con solo mandar la chancleta al lugar donde estaba el mal sin necesidad de llegar en cuerpo" (Encuentro de Memoria Sucreña, 2025).

Los ríos y los caños sumarían las fiestas de pescadores, sancocheras, lavanderas y aplanchadoras, de campesinos y campesinas que han sido también músicos, cantores y bailadoras, que armaban bailes nocturnos de fandango, baile macho y baile cantao con bunde, berroche y mapalé al son del bombo, el pito atravesao, la gaita o la caña'e millo; bailes de pareja o en rueda al aire libre, con velas en la mano y el palmoteo que sostiene el compás. Ese fandango que Fals Borda (2002c) describe como de una fuerte raigambre campesina y pescadora, y que es "como ritual de identificación vivida con el trópico, parecido a la corraleja en la intensidad con que quienes participan experimentan la elación inmediata de la vida rústica" (p. 131B).

Los ríos evocarían los guapirreos,
un ¡wiipipíí!, un ¡weeiieeyy!,
un ¡guépajee!, y los distintos
cantos: el de monte, el de vaquería,
el de parranda, el de gallo,
el puntillante y la décima.

> *Entre la niebla del amanecer y el vuelo tranquilo de las aves, la ciénaga parece volverse pintura. Fotografía de Mario F. Mora Goyes. Ciénaga de Belén, San Marcos, Sucre, 2024.*

Revivirían también las aguas la figura de la bailadora María Varilla, lavandera, planchadora y militante obrera, que bailó a pie sobao, meneándose de la cintura hacia abajo por sus rutas, "acompañada por una corte nutrida de cantadoras y cantadores, copleros, decimeros y músicos campesinos de esa «raza cósmica» que dio forma y estilo a la institución viva del porro" (Fals Borda, 2002c, p. 132B). Y no dejarían por fuera el sonido de pitos atravesaos, cañemillos y tambores hechos con madera, cuero y cañas de la región, con melodías inspiradas en la vida común, en los ruidos de la naturaleza y en el trabajo de la tierra, tocadas por pequeños agricultores, pescadores y parceleros que, en los ratos que les quedaban, fueron armando bandas y transmitiendo melodías, técnicas e instrumentos de padres a hijos y luego a nietos, bisnietos y tataranietos, en linajes musicales que siguen sonando hoy sobre las mismas aguas.

Desde su propia memoria de agua, los ríos y las ciénagas dirían que aquí cada avanzada de acaparamiento de tierra y de agua encontró también una trama persistente de resistencias. Evocarían combates desde el agua contra españoles y mestizos en los que grupos indígenas, campesinos y afrodescendientes conocieron más de una vez la victoria, escenas que hoy regresan convertidas en coreografías y obras en los patios escolares. Señalarían que, tras la imposición de la propiedad privada colonial y republicana sobre resguardos y "baldíos", persistieron las ocupaciones colectivas de ciénagas y playones por parte de comunidades zenúes, campesinas y afrodescendientes que defendieron el uso común del territorio; las fugas a los montes de indígenas y de cimarrones que levantaron resguardos y palenques libres en el monte inundado; los resguardos zenúes que siguieron sembrando, pescando y reclamando las tierras que les pertenecen aunque en los papeles se hubiera decretado su extinción. Recordarían las acciones y demandas legales, las invasiones de tierra y la lucha sostenida del campesinado por el agua, la tierra y la protección de indígenas y pequeños propietarios, que en los años setenta encontraron un cauce jubiloso en la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC (Díaz Callejas, 1976; Ramírez del Valle y Rey Sinning, 1994; Fals Borda, 2002a; CNMH, 2017).

Ríos, caños y ciénagas hablarían de las numerosas ligas campesinas y las organizaciones de lucha por la tierra que ocuparon fincas y baldíos para fundar veredas, escuelitas, tiendas, empresas, farmacias comunitarias y comités agrarios que hicieron, desde abajo, una reforma agraria parcial en La Mojana; de las tareas políticas de Juana Julia Guzmán en Montería y de la dedicación de luchadoras como Gilma Gómez y Barnabela Redondo, organizadas en comités campesinos y en los comités de AMARS (Amas de Casa Rurales de Sucre) por la tierra, el agua y la familia (Fals Borda, 2002c). Harían memoria también de la fase en que el conflicto armado y la contrarreforma violenta desarticularon parte de estos procesos.

Mujer en Sucre, Sucre. Fotografía de Antonio Meza. 2025.

De la violencia sistemática contra el campesinado y sus organizaciones, y de la presencia y las acciones de los paramilitares que extendieron el terror por todo el territorio a través de masacres, asesinatos selectivos y desplazamientos forzados con el fin, todavía vigente, de desarmar la organización agraria y el tejido comunitario. Describirían, al mismo tiempo, el ciclo reciente de reclamaciones y sentencias de restitución de tierras, la reactivación de cabildos indígenas y consejos comunitarios negros, las movilizaciones y paros regionales que cerraron carreteras y abrieron conversaciones sobre los proyectos de infraestructura y sobre el derecho a no inundarse eternamente ni ahogarse en deudas. Y hablarían de madres, profesoras y lideresas que sostienen redes de cuidado, semillas, cantos y organizaciones de víctimas como formas discretas pero persistentes de defensa de su cuerpo–territorio–tierra[7] (CNMH, 2017).

Dirían, en suma, que cada cerca, cada jarillón privado, cada draga minera, cada hato bufalino y cada obra hidráulica impuesta encontró frente a sí no sólo víctimas, sino comunidades que desplegaron repertorios diversos de resistencia campesina, indígena y afro con ocupaciones, litigios, pactos locales, movilizaciones y prácticas de cuidado que han dejado en las orillas una memoria de defensa del agua y de la tierra; memoria que corre en paralelo a la historia del despojo y que también hace cauce en las vidas anfibias campesinas de la región.

ENTRE EL PATIO Y EL RÍO: GÉNERO Y TRABAJO EN EL MUNDO ANFIBIO

Aunque la presión extractiva y el cercamiento de riberas y playones han obligado a muchas personas a reordenar sus vínculos con este territorio hidrosocial, con su cultura y con su propio cuerpo, la trama anfibia persiste en La Mojana. Para sus habitantes, este ecosistema abundante en agua, con parches de bosque húmedo y seco tropical y amplias sabanas, ha sido y sigue siendo el principal medio de su re/producción ecosocial, material y simbólica. Los ríos y canales funcionan desde hace siglos como rutas de transporte y como despensa: de sus aguas y de los montes han salido la base de su alimento y las herramientas para tomarlo y transformarlo: las canoas y los canaletes para el tránsito; las atarrayas, los palos de espeque y las palas para la pesca y la siembra; los canastos y las piedras de moler para cargar y procesar; los bindes y las tinajeras para guardar y cocinar. De la misma fuente han nacido saberes medicinales y mágicos, e intercambios constantes

> *De la serie y crónica* Agua y memoria. *Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2017.*

7 El concepto cuerpo-territorio-tierra de Lorena Cabnal (2010), que ya he invocado aquí un par de veces, señala la profunda interconexión entre el primer territorio de todos y todas, el cuerpo, y el territorio comunitario y físico en el que este habita. La explotación y la violencia ejercidas sobre los cuerpos feminizados, racializados y empobrecidos reflejan las mismas dinámicas de despojo y extractivismo que afectan a sus territorios ancestrales. En consecuencia, las luchas por el territorio no son solo por el espacio físico, sino por la autonomía y la dignidad de los cuerpos.

de prácticas y conocimientos que circulan por los cauces. Animales, plantas y minerales han inspirado y aportado la materia prima de ornamentos, tejidos, vestimentas y tintes; con fibras, maderas y arcillas se han hecho platos, tinajas, herramientas y otros utensilios cotidianos. Por generaciones, campesinos y campesinas han aplicado conocimientos ecológicos antiguos para dialogar con las fuerzas del río, los animales y las plantas, y negociar con ellos a través de sus creencias y ritos buenas cosechas, la sanación de enfermedades y un equilibrio siempre situado y cambiante entre humanos y más-que-humanos.

En los encuentros y en las entrevistas realizadas en Sucre y San Marcos, la gente repite que en este territorio la inundación cíclica no ha sido necesariamente una emergencia, sino una condición fundamental de la vida anfibia. Muchas familias rurales se preparan cada invierno acopiando madera para levantar tambos y tarimas dentro de las casas y así pasar la creciente en altura. Como la madera se encareció y ahora hay que comprársela a los dueños de las fincas, otras familias apilan canastas de cerveza para alzar las camas y todos los muebles. “Todo alzado, todo lo acomodamos, todo lo reinventamos de nuevo. Y ya, no es un drama, no es un drama para nada”, dice Lina Romero, lideresa cultural de San Benito Abad. En esos periodos se reordenan los oficios y las economías, y la escuela también se ajusta con otros ritmos y normas de disciplina orientadas a reducir los riesgos de

< Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2017.

ahogamiento, entre otros, que pueden llegar con el agua. Cuando la creciente se prolonga y la anegación impide llegar al aula, se trabaja con cartillas o se pasa a la virtualidad, una estrategia que quedó instalada después de la pandemia.

En las conversaciones en Sucre y San Marcos aparece una y otra vez un calendario del agua que todavía intenta ordenar la vida anfibia. La gente dice que, cuando las aguas bajan entre enero y abril, y luego de julio a septiembre, campesinos y campesinas aprovechan para sembrar patilla, melón, habichuela, berenjena y ají, cultivos que necesitan suelos aireados y con menos riesgo de ahogamiento de raíz. Cuentan que antes, en esos mismos meses, también se pescaba mucho en las ciénagas, mientras los peces migratorios salían de los humedales para desovar río arriba. Hoy señalan que esa lógica se ha ido rompiendo porque, al decir de todos y todas, "ya casi no hay pescado en la ciénaga". Explican que los peces ya no siguen las rutas de desove que antes aseguraban los nacimientos, porque sus ciclos reproductivos se han ido interrumpiendo por las obras y los sedimentos que alteran la conectividad de los flujos de agua, por la contaminación y por las redes y otras prácticas de pesca que capturan todo tipo de peces y especies de diferentes tamaños, sin distinción de si ya están aptos para el consumo o si aún son muy jóvenes (Camargo, 2021). Con la temporada de lluvias, de abril a junio y de octubre a diciembre, se siembran maíz y arroz, ahora "en zonas altas", porque en las bajas el cultivo "se ahoga". En esos meses el ganado se mueve hacia potreros altos cuando todavía es posible; sin embargo, como lo explicó alguien en el marco del Encuentro Campesino Mojanero adelantado en San Marcos en 2025, aquí ya no es tan sencillo moverlo como antes...

> Ya el ganado no lo permiten transportar a pie, con los vaqueros, con todo ese canto de vaquería, porque hay grupos de ganaderos que están poniendo carteles grandes que dicen: "Prohibido el cruce de ganado por estos caminos". Entonces lo que toca es buscar camiones y sacar el ganado en camiones. Esa prohibición la hace la misma comunidad con grupos al margen de la ley. Y eso es ley. Cuando un grupo de esos dice: "Miren, por aquí no se puede pasar ganado", eso es ley[8].

Este relato no es un apunte aislado, sino que hace parte de un patrón que la gente describe una y otra vez: prohibiciones, cercamientos, alambradas nuevas, jarillones y muchas decisiones tomadas por ganaderos, actores armados, políticos y otros que debilitan oficios, desajustan o vuelven obsoletos sistemas de conocimiento y ponen en riego

8 He optado por no siempre hacer explícitos los nombres de quienes, en un momento u otro, adelantaron reflexiones clave pero que por ello podrían ser vulnerados de alguna manera en el marco de las relaciones de poder regionales. Sea esta la oportunidad para advertir que todas las intervenciones y entrevistas registradas en campo cuentan con los debidos consentimientos explícitos y rubricados.

prácticas culturales. Como dice el propio Mario, cuando se prohíbe el tránsito del ganado a pie se pierden el canto de vaquería, el oficio del vaquero y una forma de movilidad y manejo del territorio. En esa misma clave, el gestor cultural y pescador Gerardo Pertuz insiste en que, aunque el orden que daban las aguas a la economía, la cultura y la ecología se empeña en mantenerse, mucho se está rompiendo: "Hoy todo el mundo está a la espera de que en cualquier momento haya una inundación. Antes se decía «en mayo crece», ahora ya no podemos predecir" (Entrevista, 2025). Según Gerardo, los cambios de las inundaciones en los últimos años erosionan la confianza de la gente con la tierra y las ganas de sembrar, porque crece el temor a perderlo todo con alguna inundación. En medio de estos cambios, ya no resultan tan confiables las cabañuelas que auguraban las abuelas y los abuelos en los doce primeros días del año, acompañados por el eternamente ubicuo Almanaque Bristol, ni la mirada a las huevas del caracol para medir la creciente, ni el seguimiento a la altamisa que brota cuando se acercan las lluvias, ni la escucha del carrao para saber que llegó el invierno y de la pigua para saber que viene el verano.

Así, entre un clima "que está loco" y ya no respeta los "tiempos de antes", y prohibiciones como la de mover el ganado a pie por los caminos de siempre, lo que se resquebraja no

> El Torno, un caserío acorralado por haciendas de grandes extensiones, tiene una pequeña porción de tierra al borde del río San Jorge. Las mujeres cultivan árboles endémicos en viveros. Los venden a quienes sí tienen tierra para sembrar. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

es solo una organización práctica de la jornada diaria, sino un sistema de conocimientos ecológicos tejido por generaciones. Por mucho tiempo en La Mojana, la gente ha desarrollado un sistema de conocimiento situado que abarca saberes y destrezas aplicados para habitar, producir y cuidar. Es un sistema que funciona porque está anclado a su territorio hidrosocial, a sus ritmos y a sus especies, y que se transforma en la medida en que el entorno cambia.

Las relaciones con el río, los bosques, los playones y las sabanas inundables han trazado roles sociales diferenciados al interior de las comunidades.

La pesca, una actividad central, ha sido mayoritariamente masculina. De generación en generación, los hombres se han transmitido los secretos del agua y de los peces: un sistema de conocimiento ecológico afinado sobre el comportamiento del pez, la lectura del agua y las variaciones hidrológicas. Como dice don Farid García, pescador experimentado, “la labor del pescador no es sólo pescar e identificar los peces, sino estudiar el agua” (Grupo focal, San Marcos, 2025). Según los pescadores, ellos pueden saber cuándo y dónde están comiendo los peces, cuándo y dónde están aguajeando o asoleándose, y cuándo y dónde están

resollando o tomando aire. Con solo el movimiento del agua, distinguen la especie del pez y su tamaño. Bajo los árboles anegados acarician y tranquilizan al pez antes de sacarlo; en aguas claras "aplauden para llamarlos" y enseguida los peces les "responden". En la noche, con un foco en la cabeza que encienden y apagan de inmediato, pescan al pez luneado con cuidado para no despertarlo. Describen técnicas distintas de pesca para el río y para la ciénaga, y para pescar con anzuelo, flecha o atarraya. Antes, dicen, no se sacaba todo el pescado, se medía con los dedos y el pez pequeño se devolvía al río. Ahora reconocen que proliferan los chinchorros y los explosivos, y muchos de los que se han adueñado del agua y de la tierra han puesto cultivos de peces y llaman a los pescadores solo para que los saquen del pozo y les ayuden a venderlos.

Según las mujeres entrevistadas, la venta del pescado era, y en muchos casos sigue siendo, tarea sobre todo de ellas. Cuando suben las aguas o en tiempos de abundancia, son ellas quienes desescaman, evisceran, fríen o cocinan el pescado. Donde no había, y aún no hay, neveras, son las mujeres quienes secan, ahúman y salan. Cuentan que antes pescaban sobre todo con anzuelo en los bordes de los canales; hoy algunas también lanzan la atarraya y trabajan con chinchorros.

El mismo conocimiento del agua y de sus especies aparece en los relatos sobre la navegación, asumida principalmente por hombres. Los navegantes describen un conocimiento en el que su cuerpo se sabe coordinar con la geografía y la atmósfera. Dicen que saben mantener el equilibrio y el impulso incluso en canoas pequeñas, reconocen los canales disponibles, calculan la velocidad de las tempestades y eligen las mejores horas para cruzar entre canales, adelantándose a las tormentas. Explican que deben prever cuáles canales están abiertos, porque, a diferencia de una carretera fija, en este territorio hidrosocial los pasos de agua se abren o se taponan con sedimentos y taruya, aparecen con la creciente y desaparecen en las sequías. Por eso, como cuentan Farid García y José Vega, dos pescadores expertos, para orientarse marcan árboles con cortes o rayas y con señales hechas con machete, telas o plásticos. En la noche, dicen, se guían con la luna y las estrellas, a las que les asignan nombres propios para distinguirlas con facilidad; con ellas calculan la hora y su localización.

En los relatos de los hombres, esa soltura del cuerpo en el agua y en los montes se enlaza con otros oficios que también han asumido principalmente ellos: el tallado de madera para construir casas, hacer bateas para lavar, pilones de arroz, maíz y cacao, y canoas que, cuando quedan en desuso, se convierten en "riatas" para sembrar alimentos, hortalizas o medicina ancestral. En varias conversaciones señalan que esta tecnología de trabajo con la madera está cambiando porque ya casi no se consiguen las especies que se usaban antes y toca comprarlas o aprender a trabajar otros materiales; buena parte de esas maderas, que servían para

> *De la serie y crónica* Agua y memoria. *Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2017.*

instrumentos de pesca y para muchos utensilios de la vida diaria, se ha perdido por la deforestación hecha para abrir potreros de ganadería y áreas de agricultura.

Los hombres mencionan también su lugar en la caza de ponche o chigüiro y del pisingo, y en las tareas múltiples de la finca como ordeñadores, corraleros y arrieros, tumbando monte, sembrando y cosechando. Hoy muchos de quienes antes eran pescadores o vaqueros trabajan como mototaxistas, sobre todo en las cabeceras. Para ellos, ese cambio es la prueba de que el territorio está pasando de proveer un sustento ligado a la pesca y a los cultivos estacionales, a una economía de servicios informales de transporte y comercio, menos atada al conocimiento de las aguas. “Hay mil mototaxistas en el municipio y para todos hay ingresos”, decía un mototaxista de San Marcos, que añadía que los hijos suelen preferir desde temprano la construcción o el mototaxi ante la escasez de la pesca y el abaratamiento del pescado. Esa movilidad motorizada, que no exige saber leer el agua, llega además con lo que describen como una alta accidentalidad vial en toda la subregión.

Lo que se escucha en estos relatos también se ve en las cifras. La Gran Encuesta Integrada de Hogares (GEIH), recopilada entre marzo y mayo de 2025, muestra ese desplazamiento que tantas personas describen en los encuentros. Ocupaciones como la conducción de las motocicletas y el transporte de personas son de las que mayor porcentaje de población ocupan. En el municipio

de Sucre, donde viven la mayoría de quienes participaron en las mesas y entrevistas, la conducción de motocicletas es la segunda ocupación con más personas, y el transporte de pasajeros la principal actividad económica (elaboración propia con base en GEIH, DANE 2025). En contraste, la pesca de agua dulce aparece en el puesto 24 como actividad económica y en el 18 como ocupación, mientras que la cría de ganado bovino y bufalino es la tercera actividad económica, y los obreros y peones de explotaciones ganaderas constituyen la cuarta ocupación. Estas cifras dialogan con los relatos sobre el paso de una base anfibia hacia economías de transporte, comercio y ganadería, y además dejan por fuera a agricultores y pescadores que han migrado a áreas urbanas para buscar trabajo, principalmente en construcción o vigilancia privada en el caso de los hombres y en servicio doméstico en el de las mujeres.

Los datos estadísticos confirman también el rápido declive de la pesca artesanal, algo que en la subregión todas las personas mencionan. Aunque, según los pescadores, lo tradicional era usar la flecha, el anzuelo o la atarraya, el trasmallo se ha vuelto la práctica de pesca dominante. Cifras del Sistema Estadístico Pesquero Colombiano (SEPEC, 2023) indican que, en el departamento de Sucre, las redes de enmalle fijas continentales se han convertido en el corazón del sistema de la pesca, con promedios cercanos a veinticinco días de uso al mes y presencia en casi todos los municipios. Estas redes, que se dejan puestas muchos días, capturando de forma continua y sin seleccionar las especies que atrapan, son una evidencia dura de la intensificación del esfuerzo y el trabajo silencioso de lo no humano con prácticas que "ponen a trabajar el río solo". Mientras que técnicas como la atarraya, el arpón o el cóngolo, más ligadas a los sistemas de conocimientos tradicionales que son cognitivos y corporales, se repliegan o se combinan con estas redes fijas, el río queda ocupado de forma casi permanente, con poco margen para los ritmos de los peces y para los ritmos del trabajo humano, especialmente si estos se sostenían en la alternancia, las vedas y los descansos. Esto, explican los pescadores, cambia sus relaciones con el río y aumenta las tensiones entre las comunidades por el uso del agua.

Por otra parte, las relaciones de las mujeres con el ecosistema anfibio se materializan en la textilería y la alfarería, la cocina y la curación, la siembra de patios y la crianza de animales, el manejo del agua y del tiempo hidrológico para asegurar, además del sustento diario, el mantenimiento, la continuación y la reparación del entorno y el cuidado de la vida. En ese tejido, cada tarea que realizan las mujeres articula distintos conocimientos y destrezas que participan en el sostenimiento del andamiaje socio ecológico que permite la reproducción de la vida en este territorio hidrosocial. Invisibilizar su papel de actividades centrales para la economía y la cultura ha permitido que las

economías extractivistas descarguen sobre cuerpos de mujeres racializadas y sobre sus hogares la gestión del riesgo hídrico, sanitario y alimentario que estas mismas están intensificando.

En los relatos recogidos en Sucre y San Marcos, especialmente durante la conversación con estudiantes jóvenes de la Institución Educativa de San Marcos (Grupo focal, 2025), aparecen oficios que muchas veces se ubican "en el antes", pero que en algunos casos todavía se practican, sobre todo en la ruralidad. Niñas y mujeres cuentan que solían tejer esteras con la cepa del plátano, petacas y canastos de junco; abanicos con palma de corozo y musengues con palma amarga; hamacas de cáñamo y de pita. También algunas mujeres tallaban y pulían cucharas, platos, tazas y copas en coco, guadua y totumo, y del totumo obtenían no solo recipientes, sino además la pulpa para preparar jarabes, champús y remedios. Varias recuerdan que la alfarería con barro de ciénagas y arroyos, cocido en grandes hornos, era una práctica extendida, mientras que ahora se ve cada vez menos en las cabeceras. En las casas, narran, se encendían fogones sobre bindes, montículos de comején vaciados para meter la leña y cocinar y, con escobas de varita y palma de corozo, se hacían círculos sobre el piso de tierra para aplanarlo, abrillantarlo y reducir el polvo. Las jóvenes reconocen hoy muchas de esas prácticas más como recuerdos de madres y abuelas que como parte de su propia realidad.

Los testimonios muestran también que la relación de las mujeres con el agua ha estado y sigue estando marcada por el trabajo de cuidado y por todo lo que significa para el sostenimiento cotidiano del entorno, de las familias y de las colectividades.

Bajo el trabajo de cuidado se agrupan actividades ligadas a la crianza, la educación, el trabajo doméstico y el acompañamiento de personas que requieren apoyo especial, pero también de labores de mantenimiento, reparación y protección de los cuerpos, los territorios y los entornos sociales y ecosistémicos, todos directa o indirectamente vinculadas al acceso y al uso del agua. Como argumenta Silvia Corredor (2020), entender el agua desde la práctica y el discurso cotidiano de las mujeres en La Mojana "implica reconocer una serie de acciones enfocadas en encontrar este recurso, trasladarlo, sortear las épocas de escasez y tratarla para convertirla en apta para el consumo y las labores del hogar" (p. 54).

En este territorio hidrosocial, aunque la gente vive rodeada de agua, muchas personas no tienen acceso seguro a esta y todas están expuestas, en mayor o menor

medida, a su contaminación por agroquímicos de los grandes monocultivos, residuos de actividades agrícolas y ganaderas y metales pesados procedentes de la minería que se practica principalmente en la cuenca del río Cauca (Corredor, 2020; Camargo, 2021). Según la Encuesta de Calidad de Vida del DANE (2024), en el departamento de Sucre el 98,4 % de los hogares urbanos cuenta con red de acueducto, mientras que en los centros poblados y en el rural disperso la cifra es del 69,5 %. Así mismo, el alcantarillado en la zona urbana tiene una cobertura sobre el 83,5 % del total de hogares y en la zona rural solo del 8,1 %, lo que agrava la carga de trabajo de las mujeres, que en las inundaciones tienen que lidiar con toda la basura estancada que entra en sus casas y patios.

En las conversaciones y talleres las mujeres dan cuenta de que, en la cotidianidad, el agua se obtiene de varias fuentes: los caños, los ríos y las ciénagas; los pozos abiertos en los patios; el agua de lluvia recolectada en tanques o canalizada desde techos de zinc porque la palma amarga usada antes se ha perdido o resulta demasiado costosa; por último, el agua de acueducto donde existe y se puede pagar. Para cada tipo de agua van creando, adaptando y afinando conocimientos y técnicas propias. Hablan del cloro en piedra, del alumbre y el límpido, junto con el hervido y el almacenamiento en tinajas o tinajeras de barro, que ayudan a filtrar las impurezas. De esta manera, las mujeres asumen una gestión cotidiana del agua que implica decidir qué agua sirve para beber, cuál para lavar y bañarse, cuál para cocinar o regar las plantas y cómo hacerla potable y guardarla sin contaminarla.

< Páginas 186-187: Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2023.

Esta gestión del agua se ha ido reconfigurando con los cambios en las formas de acceso y en las tecnologías domésticas. Antes de que existiera el acueducto que hoy funciona en las cabeceras, eran principalmente las mujeres y las y los niños quienes acarreaban el agua desde pozos o fuentes cercanas, una práctica que aún se mantiene en varios lugares de la ruralidad. Muchas recuerdan que actividades de cuidado y trabajo doméstico mediadas por el agua, como lavar la ropa, requerían coordinación con otras mujeres para salir juntas, cargar el agua y decidir cuándo y dónde lavar. Hoy, según ellas, "es muy común la lavadora", incluso en áreas rurales; dicen que es raro el hogar que no tenga una (Grupo focal, 2025). Sin embargo, aunque ahora hay más acceso directo al agua y a este tipo de aparatos que median el trabajo de cuidado, esto no se ha traducido automáticamente en mejor descanso ni en redes de apoyo más sólidas para ellas. El paso de lavar juntas en el caño, el pozo o el río a lavar cada una en su casa con lavadora y agua de acueducto sí ha reducido el esfuerzo físico y el tiempo, pero las mujeres advierten que esa transición no ha venido acompañada de espacios equivalentes de encuentro, desahogo o compañía entre ellas.

Este es solo un ejemplo de cómo el trabajo del cuidado se ha ido metiendo cada vez más hacia el interior del hogar, privatizándose y volviéndose una tarea cada vez más

silenciosa. Cuando desaparecen las actividades colectivas alrededor del acceso y el uso del agua para el cuidado cotidiano, desparecen también, por un lado, los espacios comunes donde las mujeres se encontraban y tramitaban entre ellas el conflicto doméstico, la violencia, la angustia económica o el cansancio, y por otro lado, se diluyen las "alarmas" compartidas que antes permitían leer y manejar de manera colectiva los cambios en el agua: las infecciones que están generando en la piel de niños y niñas, el sabor metálico, la mortandad de alevinos, los rumores sobre los metales pesados que están envenenándolo todo. Hoy parte de esa información queda fragmentada en casas separadas con las puertas cerradas y se procesa también en clave privada y doméstica de modo que cada mujer resuelve casi individualmente cómo "encontrar, trasladar, tratar y hacer posible" el agua a diario en el hogar (Silvia Corredor, 2020).

Entonces, aunque ahora cuentan con unas mejoras tecnológicas que les facilitan el trabajo doméstico y de cuidado mediado por el agua, conviven con un nuevo régimen de riesgo cuya gestión recae principalmente sobre ellas, convertidas ahora en gestoras de la potabilización casera y de múltiples formas de resolver, como pueden, los impactos de los tóxicos que perciben en sus cuerpos, sus familias y sus entornos.

Como se entenderá, todo esto tiene implicaciones políticas concretas. Cuando el tiempo del agua deja de tramarse en común, se debilita la capacidad de reacción organizada frente a la contaminación y, en cambio, crece la responsabilización del hogar, y dentro de este, de las mujeres: si alguien se enferma es porque ellas no hirvieron el agua" o "no la trataron como era". Los costos de la "descontaminación" y sus efectos sobre los cuerpos también se trasladan a la casa: gas, electricidad, filtros, cloro, piedras lumbre, medicamentos, abonos, etc. La contaminación del agua deja así de aparecer como un problema público y se presenta como algo que cada familia resuelve, más allá de que exista o no acueducto. En un escenario así, disputar la calidad del agua exige no solo filtros, tanques o nuevas tecnologías, sino reabrir tiempos y lugares comunes donde el problema vuelva a nombrarse como algo colectivo. Como señalan Elizabeth López y Cristina Cielo (2018), al depender menos del agua y del río para el sustento colectivo y en su vida cotidiana, los habitantes de las comunidades tienden a preocuparse menos por su contaminación.

Visto en conjunto, todo este trabajo con el agua y el cuidado forma un sistema de conocimientos situados que hace posible vivir entre aguas. Ese mismo sistema se extiende a la siembra en patios y a los huertos de piso, cercados con madera o alambre, que las mujeres han llevado y siguen llevando para asegurar comida, intercambio e incluso algo de venta. En esos patios cultivan maíz, yuca, plátano, batata y ñame; hortalizas como ají, tomate, habichuela, berenjena, col, cebolla larga y cebollín; y plantas de uso alimenticio y medicinal como jengibre, yerbabuena o sábila. Abundan los frutales: papaya, guanábana, zapote, níspero, guayaba dulce, anón, coco, naranja, caimito, melón, patilla, cereza y mango, y tampoco faltan las hierbas y especias para sanar

y sazonar: hierba santa, limoncillo, orégano rojo, verde y blanco, menta rastrera y de mata, cilantro patiero y cilantro criollo, hierbabuena, albahaca morada y blanca, romero, anís, toronjil, tomillo, anamú, orégano orejón y laurel.

Para proteger las plantas durante las inundaciones, las elevan sobre estructuras flotantes; antes usaban las antiguas "riatas" hechas con canoas de madera en desuso. Hoy, como esas canoas han sido reemplazadas por la fibra de vidrio y el acero, recurren a las llantas grandes de tractomula o de "oletroque", como dicen ellas, para que el agua no las ahogue.

Todo este tejido de agua, patios y comida muestra que el corazón de la economía cotidiana late, en gran medida, en las manos de las mujeres. Son principalmente ellas quienes cocinan el alimento para las largas jornadas de pescadores y campesinos, son ellas quienes organizan los gastos del hogar, negocian el fiado en la tienda y cuadran las cuentas cuando llega el efectivo. Madrugan al puerto o a la plaza a regatear los precios y a consentir a la clientela que les compra lo que les deja la pesca, la cosecha y el patio, a la vez que crían a las niñas y a los niños, cuidan a la personas enfermas y mayores, y mantienen la casa en pie. Ese entramado "invisible" que incluye preparar, conservar, administrar, negociar y cuidar genera valor directo y hace posible la faena "visible" del río y del campo. Sin ese trabajo, no habría quien salga de noche a pescar, ni

Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2018.

quien sostenga la cosecha, ni quien resguarde la casa en creciente porque no habría hogar gestionado ni una siguiente generación que sepa negociar su subsistencia.

Sin embargo, por décadas los relatos sobre La Mojana han exaltado el trabajo llamado "productivo", como pescar, sembrar, cazar y arrear, históricamente atribuido a los hombres, y han considerado únicamente como reproducción la cocina, la crianza y la siembra para el consumo, dejándolas por fuera de las cuentas y los relatos colectivos. Como distintos feminismos lo han planteado desde los años setenta, la reproducción es producción porque crea valor y produce la fuerza de trabajo. Pasarla por alto al medir los ingresos o la "productividad" distorsiona la realidad e invisibiliza los tiempos, costos y riesgos que asumen las mujeres para que el territorio hidrosocial siga siendo un medio de vida. Las mujeres sostienen así la base de las economías familiares sobre una montaña de trabajos que mantienen cuerpos, casas, alimentos, patios y espacios limpios y saludables, un trabajo casi siempre no remunerado, precarizado y poco reconocido.

Este entramado puede leerse como una *ingeniería doméstica* del territorio hidrosocial transmitida entre generaciones. Cocinar no es solo "hacer comida", sino administrar la dieta según el ciclo del río, saber qué se come en creciente y qué en verano, qué mezclas rinden más, cómo alargar la vida de los alimentos. En patios y corrales hay que saber manejar las semillas adaptadas a sequías e inundaciones, guardar los esquejes, ajustar las

alturas y los tiempos de siembra y saber cómo llevar la cría de cada animal. En el campo de la salud, madres, abuelas y parteras saben qué infusión calma el cólico, qué bebida ayuda contra las lombrices o la gripa, qué emplasto baja la fiebre o quita el dolor de oído y cómo tratar las picaduras de los abundantes mosquitos durante la creciente. En conjunto, estos saberes culinarios, agrícolas, medicinales y afectivos muestran que las actividades clasificadas como "cuidado" o "reproducción" concentran un sistema complejo de conocimientos que sostiene, de forma muy concreta, la vida en el acuatorio o territorio hidrosocial. No son actividades, ni conocimientos periféricos. Nombrarlos corrige la foto y devuelve centralidad a quienes sostienen la continuidad material y afectiva del territorio. La voz de Mario Noya, artista plástico y gestor cultural sanmarquero, pone todo esto más que presente:

> El hombre salía a pescar en la noche, traía su pescado, o se iba en la trashumancia, y dejaba el bitute, la plata, para que la mujer administrara todo lo que estaba ahí. La mujer, además, era la encargada de la roza (que era el cultivo de autoconsumo de ahí), la encargada de la crianza de los animales domésticos: gallinas, pavos, puercos, todo eso. Y, además, ella era la que nos transmitía los saberes a nosotros. Papá nunca se sentó con nosotros. Pero mamá nos enseñó a nosotros a que fuéramos a intercambiar, a que fuéramos a vender, ¿sí me entiendes? La educación primaria es de mamá, y nunca se tuvo en cuenta eso dentro de nuestras cosmogonías. Y, ojo, que todas esas cosmogonías que nosotros aprendimos fueron de nuestros abuelos y de nuestras mamás. En cambio, los papás, el dicho era: "el hombre que trabaja y bebe, déjenlo gozar la vida". ¿Y quién gozaba la vida? El hombre se iba, mientras mi mamá y los abuelos se quedaban. ¿Quién nos enseñó a cocinar? Mamá. ¿A lavar? Mamá. ¿Quién nos enseñó a dar los remedios? Mamá. Entonces, ¿qué pasa? Cuando la historia es contada desde una sola perspectiva, ¡ay, el hombre mojanero fue el que sostuvo La Mojana! Pero vaya a ver quién era la que todos los días limpiaba el patio y la ropa sucia de ese hombre y de sus hijos (Grupo focal, 2025).

Las experiencias que suelen aparecer en las narrativas de origen, en las historias que arman identidad colectiva, son las del pescador que atraviesa el río, la del vaquero que recorre la sabana, la del abuelo que lee la luna, la del hombre que domeña al búfalo, "cosmogonías", en palabras de Mario (puede que sea más preciso llamarlas cosmologías), que se cuentan en masculino. Pero sin el trabajo que realizan principalmente las mujeres, madres y abuelas en sus familias y comunidades, como la alimentación, la crianza, la transmisión de conocimientos económicos y relacionales, la comunidad no come, no comercia, no aprende a negociar y a circular productos, no aprende a guardar las semillas, ni a criar

> *Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2017.*

animales domésticos, no construye continuidad generacional. Y sin embargo, su hacer no se convierte en "épica".

Hoy numerosas mujeres generan ingresos con comidas a base de yuca y pescado, sopas, enyucados, panes, empanadas y otros fritos, petos, pasteles, bollos, arepas, queso, dulces, galletas y suero, además de trabajos en oficios domésticos, restaurantes y pequeños comercios. Parte de ese trabajo sigue siendo nombrado como "ayuda", pero en muchos hogares es la franja más estable de la economía familiar. Esto también se ve en las cifras de la GEIH de 2025: en el departamento de Sucre, ocupaciones como las ventas de pequeña escala, la conducción de motocicletas y el servicio doméstico se cuentan entre las principales fuentes de empleo, y dentro de ellas el trabajo doméstico remunerado concentra alrededor del 6,5 % de las personas ocupadas (Elaboración propia con base en GEIH, DANE, 2025).

CIVILIZAR EL AGUA: JARILLONES, MINERÍA Y TOXIFICACIÓN DE LOS CUERPOS-TERRITORIO-TIERRA

En La Mojana, casi todas las voces hablan del agua con una mezcla de devoción y miedo. En los encuentros y entrevistas la gente repetía que las transformaciones recientes del territorio hidrosocial les ha desacomodado su mundo cotidiano. En sus relatos, la minería aurífera, la ganadería bufalina, la agricultura extensiva, las grandes obras hidráulicas, los vertimientos de residuos industriales, municipales y hospitalarios y las exploraciones de gas aparecen

LINCOLN ELECTRIC

como piezas de un mismo entramado: intervenciones que alteran los ciclos del agua y de los suelos y, con ellos, las formas de vida humanas y más que humanas. Todas empujan hacia la misma dirección: cercar ciénagas y playones, contaminar los caños donde antes se pescaba o se bañaban los niños y las niñas, y retirar el agua de muchos de los lugares donde se trabajaba, se jugaba y se hacía comunidad. Aunque la historia de cada actividad y sus cronologías y formas de extracción difieren, comparten el efecto de volver frágiles las economías estacionales que hacían a una misma persona agricultora, pescadora o jornalera según la época del año, y trastocan los ciclos de peces, tortugas, caimanes e iguanas que circulan entre ríos, ciénagas y ecosistemas terrestres y acuáticos, alejando a las personas y a los animales de las aguas, de sus ciclos vitales y de los procesos tradicionales de sustento y cuidado.

Los cambios en la dinámica del agua no son nuevos, pero se han intensificado. Según la documentación histórica y la memoria local, las obras emprendidas desde el siglo XIX en el Canal del Dique son las que marcaron el inicio de cambios hidrológicos más intensos en La Mojana, a diferencia de las intervenciones anteriores que no habían alterado de forma tan drástica el equilibrio de las aguas. La apertura de atajos fluviales y el corte de caños inauguraron una tendencia creciente a desconectar las ciénagas y los humedales de sus flujos naturales (Camargo, 2021). Ya en el siglo XX, las obras en La Mojana y en las zonas vecinas, orientadas a mejorar la navegación comercial, a "controlar" las inundaciones y a adecuar las tierras para la agricultura y la ganadería, normalizaron el uso de dragas, la construcción de jarillones extensos con maquinaria pesada y la instalación de compuertas metálicas. Estas intervenciones, que se han ido expandiendo en la subregión, han ido cambiando el equilibrio sedimentario, cerrando brazos naturales y levantando barreras al flujo del agua. Aunque la concentración de los cauces evitaba algunos desbordes menores, frente a crecientes extraordinarias lo que ha hecho es producir impactos devastadores porque, como insisten varias personas, entre ellas don Luis "Lucho" Peláez, "el agua es agua y busca su cauce" (Entrevista, 2025).

De ese modo, La Mojana ha ido perdiendo buena parte de su capacidad natural para repartir las aguas. Los ríos entran cada vez menos por sus antiguos brazos para alimentar lentamente los caños y las ciénagas, muchas de las cuales se han reducido en profundidad y tamaño, rebosadas por sedimentos y desconectadas entre sí, mientras aumentan los desbordes violentos en los puntos donde se rompen los diques. La acumulación de sedimentos ha disminuido la capacidad de los caños y los humedales para amortiguar las crecientes, de modo que, cuando el agua baja con fuerza no encuentra canal suficiente por donde fluir y se sale por donde

< Los yonson *son el medio de transporte más importante durante los siete meses de invierno en La Mojana. Estas embarcaciones, de madera o fibra de vidrio, navegan la región cuando el único camino queda bajo el agua. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.*

puede, produciendo inundaciones más súbitas, prolongadas y destructivas en las zonas bajas. Así, La Mojana ha pasado de tener inundaciones anuales, relativamente predecibles y fértiles, a crecientes erráticas y desbordes que arrasan con las casas, los cultivos y los caminos. Una muestra reciente fue la ruptura del jarillón en el punto conocido como "Caregato", sobre el río Cauca, en mayo de 2024, que provocó graves inundaciones en municipios de Sucre, Bolívar, Córdoba y Antioquia y dejó a miles de personas damnificadas y a miles de hectáreas de cultivo bajo el agua, según la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD).

En los relatos locales, este desorden del agua siempre tiene dos caras. Mientras unas zonas se inundan con más fuerza y por más tiempo, otras se van secando, porque, por un lado, se pierde la comunicación entre los ríos y los humedales; pero, por otro, la construcción de diques, el taponamiento, la sedimentación, el desecamiento de los humedales y la pérdida de la cobertura arbórea en las zonas de pantano o transición han ido consolidando un modelo que sacrifica la conectividad y el flujo del agua en favor de la tierra firme para la ganadería y la agricultura. Impedir la entrada del agua a los terrenos se convirtió en la principal meta de diferentes proyectos de infraestructura, en los que se desecaron las ciénagas y se taponaron cientos de caños (Ortiz Guerrero, Pérez Martínez y Muñoz Wilches, 2007; CNMH, 2017).

Han sido sobre todo los ganaderos quienes han capitalizado esta nueva configuración, ocupando los

suelos robados al agua con áreas de pasto, que profundizan la pérdida de humedales mediante terraplenes, motobombas y chorros, y la fijación de fronteras de propiedad privada sobre espacios que antes eran de uso común.

Algunas ciénagas que mantenían agua todo el año se han secado casi por completo tras décadas de uso ganadero intensivo, y hoy se parecen más a sabanas estériles durante el verano; otras, cuando se secan en verano, son de inmediato cercadas y usadas como potreros bufalinos.

Estructura de hierro para repeler la erosión. Fotografía de Jairo Castro Acosta. Corregimiento de Seheve, Ayapel, Córdoba, 2023.

En La Mojana, las personas han cultivado estacionalmente sus cosechas en estos playones que quedan al descubierto cuando el agua retrocede. La riqueza de estos suelos ha permitido sembrar alimentos de subsistencia y pastos para el ganado. Sin embargo, muchos de estos terrenos comunales, utilizados tradicionalmente para la pesca o los cultivos, han sido acaparados por hacendados que cercan los playones en cuanto el agua baja, apropiándose de forma permanente de unos espacios que antes se compartían y se devolvían al agua con la siguiente creciente[9].

En este escenario, cuando hoy se producen inundaciones, el agua que corre por los patios donde juegan las niñas y los niños, se crían los animales y se levantan las huertas, la que entra a las casas, a los pozos y a las ciénagas donde todavía se intenta pescar, ya no trae solo peces y sedimentos fértiles, sino una mezcla de metales pesados de la minería aurífera, fertilizantes, plaguicidas y herbicidas de los monocultivos de arroz, algodón, maíz, caña de azúcar, palma y caucho, además de otros vertimientos tóxicos. Sustancias que se dispersan hacia todos los cuerpos a través de la cadena alimentaria. Aunque podrían seguirse muchas de estas derivas, en las voces locales dos procesos aparecen una y otra vez como preocupación central: la expansión de la ganadería bufalina y el impacto de la minería aurífera en La Mojana.

En los relatos de la gente, estos dos procesos se cuentan como parte de un mismo entramado que ha ido consolidando un acceso cada vez más privatizado al territorio,

9 Alejandro Camargo (2021) explica que la ley declara que las tierras formadas por la sedimentación en los ríos y las ciénagas pertenecen al Estado y solo autoriza a pequeños agricultores a usarlas temporalmente para cultivos de subsistencia, pero en la práctica algunos ganaderos, apoyados en sus conexiones políticas y, a veces, en su extensión paramilitar, han obtenido escrituras sobre esos suelos y los han incorporado a sus haciendas, incluso dándoles su nombre. Cuando las comunidades hablan de esos espacios como propiedad de tal o cual ganadero, no solo nombran un lugar, sino que hacen visible, aunque sea de forma implícita, el desbalance de poder frente a estos actores.

desplazando a las comunidades rurales, transformando los oficios tradicionales y arrinconando sus conocimientos y prácticas comunitarias. Por una parte, la ganadería intensiva, bovina y bufalina, ha concentrado grandes extensiones de tierra y de agua, y ha reducido los espacios para los campesinos y pescadores locales. Este control territorial alimenta conflictos por el uso de la tierra y del agua entre medianos y grandes productores y habitantes ribereños sin tierra o con pequeñas parcelas, quienes en verano compiten con los ganaderos por los playones y su sustento. De manera análoga, la minería aparece en los testimonios con dos caras: en su versión ilegal, atada a economías del narcotráfico y a grupos armados, y en su versión "legal", operando sin consulta local, tensionando formas de propiedad tradicional, sin cumplir de manera plena las normas socioambientales y obteniendo licencias de autoridades municipales a punta de favores políticos o intercambios económicos. En ambos casos, la concentración de estas actividades en pocas manos genera trabajos informales y precarizados, sobre todo para los hombres, que suelen ser los que manejan maquinaria, cuidan el ganado o se vinculan como jornaleros, y que, ante el cercamiento de sus fuentes de subsistencia, se han vuelto más dependientes del trabajo asalariado y de la provisión de bienes por actores externos.

< La estructura de concreto que contiene las aguas del río San Jorge, frente al caserío de Seheve (Córdoba), siempre ha estado hueca. Su construcción inició en 2021, pero la alcaldía no terminó el proyecto. Un hombre la rellena con pedazos de madera para evitar que se inunde su sala. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

Tanto la minería aurífera como la ganadería bufalina alteran gravemente los ecosistemas húmedos e implican una fuerte expansión territorial sobre humedales y planicies inundables.

La ganadería bufalina ha crecido en La Mojana en los últimos años. El inventario bovino y bufalino ciclo 2 de 2024 de Fedegán muestra que, en el departamento de Sucre, varios municipios del sur y del oriente superan los 10 000 animales. Al mismo tiempo, la minería de oro se extiende hacia las planicies inundables y los cauces de ríos. La minería vierte mercurio, cianuro y otros tóxicos en los ríos y las ciénagas, degradando la calidad del agua, mientras que la ganadería contamina con excretas y agroquímicos. Otro efecto común es la compactación y erosión del suelo. El pisoteo de grandes rebaños y el uso de maquinaria comprime y erosiona las capas superficiales que impiden la regeneración de vegetación y altera los ciclos de inundación naturales. La pérdida de biodiversidad también es una consecuencia compartida. Ambos modelos destruyen hábitats, desmontan corredores de bosque y dejan sabanas peladas donde antes había humedales vivos;

en muchos relatos se menciona, por ejemplo, cómo el paso de los búfalos arrasa "nidos" y reduce la anidación de tortugas y aves de la región.

Actualmente La Mojana enfrenta una grave contaminación por mercurio y otros tóxicos como el cadmio, el arsénico y el plomo que son usados para la extracción del oro. Aunque en la subregión no se realizan actividades mineras auríferas significativas de forma directa, el territorio recibe la carga contaminante por la vía fluvial y sedimentaria desde las zonas mineras aguas arriba de los ríos Cauca, Nechí y San Jorge, que conducen las descargas mineras del sur de Bolívar, norte de Antioquia y Córdoba hacia el ecosistema mojanero. Cuando llueve en el interior del país, estos ríos vierten sus aguas en la llanura de inundación de La Mojana y en el brazo de Loba del Magdalena (Baleta Anaya y otros, 2022). Esta situación es definida por la gente como un "envenenamiento lento" de la subregión y varias investigaciones han establecido la correlación entre la actividad minera aguas arriba y la degradación ambiental aguas abajo, confirmando niveles elevados del metal pesado en peces, arroz y en el cabello de los habitantes locales (Mancera Rodríguez y Álvarez León, 2006; Gracia, Marrugo y Alvis, 2010; Baleta Anaya y otros, 2022).

Las personas del territorio saben esto, aunque no todas conozcan los estudios, pues afirman que la tierra ya no funciona como antes porque, cuando la creciente bajaba, la tierra quedaba lista para la siembra, pero ahora hay partes donde se siembra y no crece nada. La desaparición de plantas y animales que hacían parte de la vida cotidiana, de la dieta y del paisaje, y que en algunos casos eran fundamentales para la polinización, se convirtió en un indicador cotidiano de la degradación ecológica. En las conversaciones, las personas realizan una lista larga de lo que ya no se ve o se está perdiendo: árboles maderables y multipropósito que antes se regeneraban solos; animales usados en la gastronomía local como la hicotea o el pisingo; especies de peces como el bocachico, el blanquillo, la dorada y, además, la disminución del tamaño de los peces que quedan y los rumores sobre el daño que están haciendo en el cuerpo que lo consume el bagre, la dorada, el bentón, el moncholo y la mojarra. Se mencionan además tubérculos tradicionales que ya casi no se dan, como el ñame blanco o la yuca criolla, y frutas que escasean o se han perdido como la chupa, la guama, el níspero, el caimito y el jobo.

La impresionante diversidad alimentaria que se enlista en las conversaciones no es solamente parte de un relato nostálgico sino la revelación de un sistema alimentario local robusto y adaptado al territorio. Esa diversidad ha garantizado en la ecorregión no solo comida suficiente, sino comida variada y nutritiva. Sin embargo, las inundaciones cada vez más impredecibles, más contaminadas y menos fértiles; la transformación ecológica inducida por la minería aurífera, la ganadería extensiva y la expansión de monocultivos mecanizados han tenido efectos importantes en este sentido. A esto se suman la fragmentación de ecosistemas causada por las infraestructuras

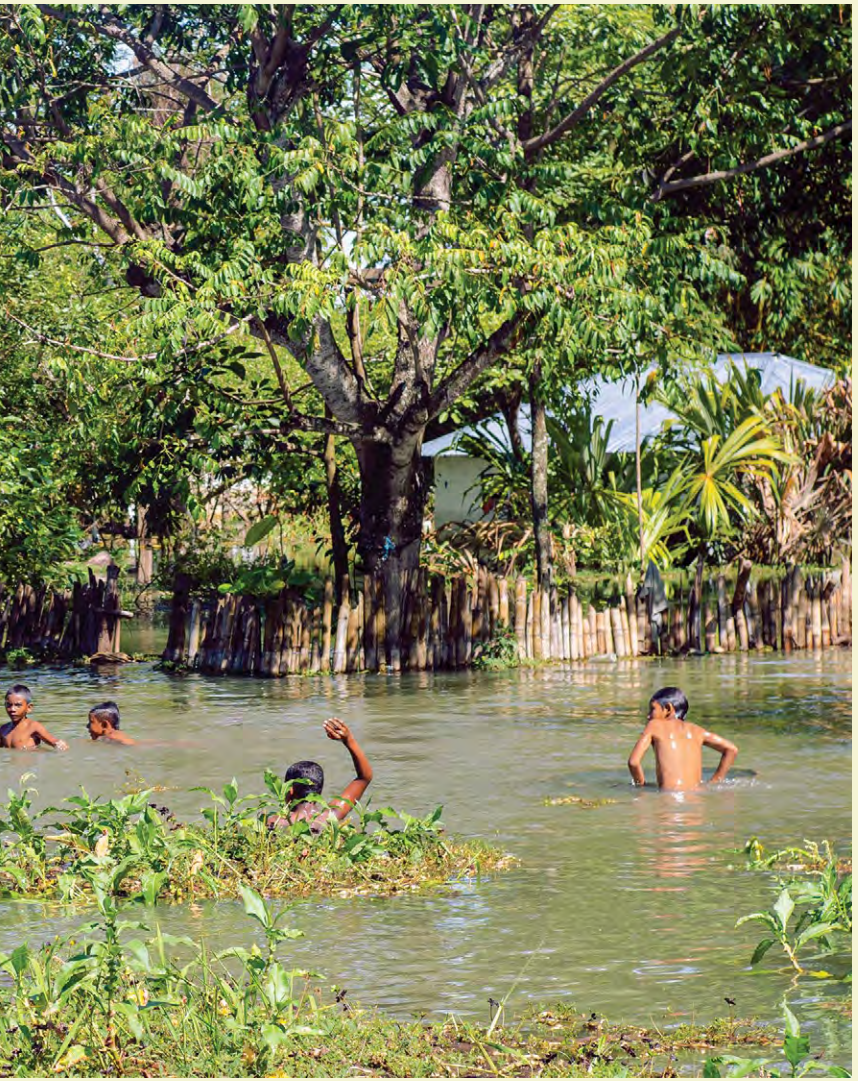
> Una niña contempla la ciénaga de San Benito Abad, Sucre. Fotografía de Rodrigo Alejandro Paredes. 2026.

y el acaparamiento de las tierras y el impacto del conflicto armado, que además han resquebrajado sistemas de conocimiento y pensamiento, incidido en la emigración de los habitantes e interrumpido prácticas de recolección, pesca y cultivo que sostenían la diversidad alimentaria.

Una consecuencia evidente es el encarecimiento de la vida rural y la creciente dependencia de mercados externos, pues ahora las familias deben comprar mucho de lo que antes producían y compartían. Como señalan varias mujeres, el intercambio entre familias de lo que daba cada patio ha disminuido porque hay menos tierra para sembrar o porque muchas prefieren no arriesgarse a invertir en cultivos que una inundación pueda llevarse. Jóvenes de las cabeceras recuerdan que antes, en los paseos a veredas y caseríos, no hacía falta llevar nada porque "en cualquier lado había algo que comer" de la tierra o del agua, y regresaban con coco, plátano y otras cosas; hoy, cuentan, toca comprarlo todo en las tiendas del casco urbano y llevarlo al paseo. Esto, que debilita la autonomía alimentaria y la capacidad local de resiliencia, es también mencionado por Lourdes Páez:

> En épocas remotas, cuando las inundaciones eran menos seguidas y contaminadas, la vida no era tan cara y no era tan difícil, y los campesinos no sufríamos. Aunque la casa fuera de corozo, de bareque, estábamos felices porque teníamos la economía, teníamos soberanía alimentaria. Muchas cosechas, muchos tubérculos,

> La Sierpe. Fotografía de Antonio Meza. 2022.



frutos, aguacate, hoy se dan poco debido a las inundaciones. El zapote, el níspero, la guanábana, la guayaba dulce, la guayaba agria, el limón, la naranja agria... Había lima, había toronja, plátano, de todas las especies de plátano, se daba el melón, el pepino, el ñame, el ñame de seda, que es el morado, el ñame volador, que parece una papa. Había distintas clases de cosecha, de comida, y no se sufría. Había mucho arroz, mucho maíz.

Esto que menciona Lourdes habla de un proceso de empobrecimiento y de erosión ecosocial que empezó de forma lenta e invisible, pero muy eficaz, y que tiene otra cara, la de la comida producida en el territorio que cada vez puede estar más contaminada. En La Mojana, donde la dieta tradicional es prioritariamente piscívora, esto alimenta un ciclo de exposición persistente. Incluso el ganado puede ingerir mercurio cuando bebe agua de las ciénagas o come pastos de vegas inundables con sedimentos contaminados —veneno que, obviamente, pasa a la leche—, y lo mismo ocurre con los cultivos regados con esas aguas. Esto no solo hace parte de un proceso de empobrecimiento económico, sino de una toxificación de los cuerpos-territorio-tierra, de una pérdida acumulativa de soberanía ecológica y de una amenaza a la salud colectiva que golpea con más fuerza a las comunidades que más dependen de sus entornos. Un Necroceno, como ya se advirtió páginas arriba, que engancha a La Mojana en un sistema global que impulsa la extinción (Moore, 2017, p. 4).

Es así que, aunque varias de las personas entrevistadas, como don José Vega, un antiguo pescador que lleva haciéndose diálisis por diecisiete años, dicen que no creen que haya una enfermedad asociada al consumo de pescados o de agua contaminada, también comentan que cada vez tienen más vecinos y vecinas de todas las edades con problemas renales, y cuentan que conocen más niñas y niños con labio de polino[10].

Muchas atribuyen estas situaciones al cambio climático. En cualquier caso, las primeras personas en darse cuenta y hacerse cargo de lo que el agua va haciendo en los cuerpos no son los epidemiólogos, sino las mujeres que cuidan. Como son, en gran medida, quienes cocinan, compran, gestionan la comida y sostienen la alimentación de otras y otros, es en su experiencia cotidiana de cuidado donde el daño ecológico se vuelve más visible y narrable. Ellas cuentan que ahora compran más productos ultraprocesados porque desconfían del agua y de ciertos pescados. En el Encuentro Campesino Mojanero (2025), una participante decía que, ante las recomendaciones de reducir el consumo de peces del territorio, compraba atún en lata que ya venía desmenuzado, aunque la experiencia fuera muy distinta a la que ella recordaba con nostalgia, la de abrir un bocachico grande, ponerlo al sol y hacerse un arroz de pescado fresco o ahumado.

Son ellas quienes están filtrando el agua, son ellas quienes se están haciendo cargo de las enfermedades de sus parientes, aunque como algunas señalan, sus conocimientos de las plantas ya nos les sirven para tratar enfermedades relacionadas con la presencia de los metales pesados y los productos tóxicos de su entorno. Dicho de otro modo, el mundo posible del que las sociedades

10 *Labio de polino* es otra forma válida, usada localmente, para referirse al labio leporino. La intoxicación por mercurio se ha asociado en diferentes investigaciones a daños neurológicos, irritación gastrointestinal, alteraciones motoras, conductuales y reproductivas, deterioro renal y hepático, entre otras complicaciones, además de inestabilidad emocional, debilidad muscular, pérdida de visión periférica, náuseas y cefaleas (Olivero, Johnson y Argüello, 2009; Mancera Rodríguez y Álvarez León, 2006; Gracia, Marrugo y Alvis, 2010; Baleta Anaya y otros, 2022). Un estudio en San Marcos, Sucre, mostró que peces de alto consumo en el municipio, como el bagre pintado, el pacora y el moncholo, presentaban los niveles promedio más altos de mercurio. Aunque ninguna de las especies estudiadas superó el límite fijado por la OMS, se advierte que su consumo frecuente implica un riesgo a largo plazo porque el mercurio es altamente tóxico incluso en dosis bajas cuando la exposición es crónica. En mujeres embarazadas, atraviesa la placenta, se acumula en el feto y puede causar parálisis cerebral con retraso mental, dificultades de alimentación y déficit motor, o cuadros más "silenciosos" en los que los niños nacen aparentemente sanos pero desarrollan trastornos neurológicos cuando madura su sistema nervioso central. El metilmercurio (MeHg) tiene, además, capacidad teratogénica, es decir, puede inducir malformaciones congénitas (Saavedra y otros, 2021). En la subregión, el semillero Agroanfibia viene elaborando reflexiones e indagaciones alrededor del aumento de problemas renales, partiendo de la hipótesis de que la contaminación del agua por metales pesados está afectando a las personas, sobre todo a quienes han vivido de la pesca.

anfibias mojaneras habían participado durante siglos, en el que existían males y enfermedades particulares para las que el hábitat proveía las curas o los paliativos, ya no es eficaz, ha ido perdiendo validez y aplicación. Aparte del ostensible y aterrador impacto de estos agentes tóxicos en la salud de los seres humanos y no humanos en La Mojana, el fenómeno también ha contribuido a una aguda crisis cultural. Como señalan Elizabeth López y Cristina Cielo (2018) a propósito de un hallazgo similar en su investigación sobre la minería en la Amazonía, "La usurpación del territorio, tanto tierra como agua, incluye también la usurpación del cuerpo y de sistemas propios de conocimiento y vida" (p. 63).

Son las mujeres además quienes, como gestantes y lactantes, viven con el miedo de parir una criatura con alguna afectación.

Hoy prácticamente toda la población de La Mojana, aproximadamente 400 000 personas en los 13 municipios (DANE, Censo 2018), se encuentra de algún modo expuesta de forma cotidiana a alguna forma de toxicidad, ya sea por el consumo de pescados y otros alimentos contaminados de las ciénagas, por beber agua no tratada, por el contacto laboral con sedimentos o por la exposición directa durante las inundaciones. Es trágico que en un lugar donde la pesca ha sido central, sean los peces y los pescadores los más expuestos.

Las comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes rurales pueden ser más vulnerables al depender directamente de bienes contaminados para su subsistencia (11 % de personas indígenas y afros, según cifras del DANE, Censo 2018). La población que vive en los centros poblados o rurales dispersos es un 40 % en San Marcos y 75 % en Sucre con respecto a la población total. También las mujeres embarazadas y las y los niños son subgrupos críticos: las personas menores de quince años representan cerca del 29 % de la población. En una investigación realizada por María Martínez (2022) sobre exposición a mercurio y plomo en la población de cinco a quince años por el consumo de agua y alimentos contaminados en La Mojana, se obtuvieron concentraciones superiores a los niveles máximos permisibles, lo que confirma que el consumo de alimentos contaminados en las y los menores de edad representa una fuente de exposición a estos metales y puede poner en riesgo su salud. Alguien que participó en el Encuentro Campesino Mojanero (2025) resumió bien esta preocupación compartida:

> Digamos que nuestra alimentación e incluso nuestra vivienda representan un riesgo para nuestra salud.

Nosotros hemos venido trabajando en un proceso de investigación que surge a partir del aumento de pacientes con enfermedad renal crónica aquí en San Marcos. Y es que no solamente es aquí, es en toda La Mojana, porque desde Majagual se ven los buses que arrancan día de por medio para Sincelejo a que los pacientes se realicen esas diálisis.

En el proceso de reflexión nos dimos cuenta de que La Mojana, en Colombia, funciona como un riñón que recibe todas las aguas que provienen de los ríos Cauca, Magdalena y San Jorge. Pero, al estar ese riñón malo, va a afectar el riñón de las personas que viven ahí. Entonces vemos que es algo que está relacionado de forma muy estrecha, muy directa, y en este ejercicio de investigación que hemos venido haciendo, nos hemos dado a la tarea de consultar con las personas que sufren enfermedad renal crónica. Entre esos está mi abuelo, que es un caso excepcional porque ya lleva diecisiete años en este proceso, y es un tiempo muy largo, pero con mucha resiliencia. En la familia lo hemos tenido que manejar, y en todos los pacientes que nosotros entrevistamos hemos hallado un patrón, algo que se repite, y es el hecho de que todos estuvieron relacionados con el agua anteriormente: unos eran pescadores, otros vivían cerca del río, otros vendían pescado, y al ser San Marcos un municipio ribereño, es muy difícil que las personas no consuman pescado siquiera una vez a la semana, porque esa es la proteína que nosotros más consumimos.

Entonces vemos que estamos expuestos pero que también existe un desconocimiento por parte de la comunidad, hay mucha gente que ignora esto. La idea es dar a conocer lo que está pasando para evitar ese tipo afectaciones. Vemos que la parte ambiental también influye en la parte social, en la salud y en muchos otros aspectos de nuestra vida aquí en la comunidad.

< Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2017.

Mientras el mercurio se acumula en cuerpos humanos y no humanos, el sedimento también se acumula en las ciénagas a medida que los flujos del delta se mueven con ritmos disímiles. Cada vez más habitantes de la zona buscan trabajo remunerado, en razón de que se hacen progresivamente más difíciles e inciertos la cacería, la pesca y el cultivo por causa de la contaminación, así como porque les asiste la imperiosa necesidad de pagar los servicios básicos de agua y luz. Frente a esta necesidad de dinero, una queja común, que aparece en casi todas las entrevistas, es la ausencia de fuentes de empleo para poder lidiar con estos y otros gastos mensuales. Como afirman

Elizabeth López y Cristina Cielo (2018), "esta ruptura en el cuidado interdependiente con el agua fundamenta las dependencias de las poblaciones de la economía de mercado, paso necesario para fortalecer la lógica extractiva" (p. 55).

Todo este cuadro de contaminación, pérdida de diversidad alimentaria y exposición desigual contrasta con la memoria que guardan las personas sobre otras dinámicas con el agua, cuando la inundación no se veía como una amenaza o una catástrofe, sino como una parte normal y deseada del ciclo ecológico y productivo. Esas aguas, dicen, traían fertilidad al suelo y "muchas crías", y el desborde periódico funcionaba para la redistribución de nutrientes y biomasa que fertilizaban la tierra y sostenían la pesca. Como señala Alejandro Camargo (2017), "en La Mojana, como en la Amazonía, «el río es el arado»" (p. 91). De ahí que muchas personas repitan que la inundación era una aliada de la vida campesina y pesquera, no una enemiga. La transformación de aguas que antes fecundaban el territorio a aguas cada vez más tóxicas, impredecibles y contenidas por infraestructuras ajenas a los flujos del agua, condensa la mutación de la relación de las personas con el agua en La Mojana, que mudó de un sistema que producía vida, alimento y movilidad, a uno en el que no solo las personas se alejan cada vez más del agua, sino que sienten que es su enemiga, fuente de vulnerabilidad económica,

> *Vía Calle Nueva. Fotografía de Antonio Meza. San Benito Abad, Sucre, 2022.*

enfermedad y riesgo para todos los cuerpos-territorio. Si el agua otrora disponía el orden de todas las cosas en el mundo, si determinaba un cosmos, una cosmología y un flujo equilibrado de la vida, hoy en día asistimos a un cataclismo sociocultural, a la pérdida de sentido de un modo de vida.

CIVILIZAR LA TIERRA: BUFALIZACIÓN Y CERCAMIENTO DE LAS ECONOMÍAS CULTURALES

Para la gente de La Mojana, la bufalización aparece como otra pieza más de una transformación ecológica planificada, que se suma a la historia de la ganadería extensiva que ha ido reemplazando el mosaico anfibio de montes bajos, zapales, caños y playones de inundación por potreros de pasto uniforme para el ganado (Sibaja, 2023). La expresión local "civilización de las tierras", con la que la gente nombra lo que hacen los grandes propietarios, ilustra bien la idea que sostiene este proceso de aprovechar y profundizar los cambios en el agua y, con la bufalización, reforzar el poder del gran ganadero sobre la geografía anfibia.

Como documenta Alejandro Camargo (2014), desde mediados del siglo XX, misiones extranjeras y políticas de Estado promovieron la desecación de humedales como vía para el desarrollo agropecuario. Con el respaldo de consultoras como Tipton y Kalmbach Inc., y bajo la lógica tecnocrática de la Misión Currie, de 1949, el Estado colombiano convirtió la desecación de humedales en una

política de desarrollo en los territorios anfibios, presentando humedales, montes y zapales como "tierra bruta" o "improductiva" que habría que "poner a producir" para volver "tierra útil".

Esta idea justificó drenar, quemar, cercar y privatizar los espacios antes manejados de forma colectiva y con múltiples usos para imponer una única vocación: el potrero. Como explica Francisco Sibaja (2023) para los valles del Sinú y del San Jorge, la transformación del bosque seco y de las sabanas naturales en pastizales y potreros se soportó en una verdadera "piro-cultura" ganadera, en la que el fuego fue intencionalmente usado para la creación de paisajes ganaderos y la apropiación de las tierras: se tumbaba el monte, se le "metía candela", se le regaban semillas de pasto y luego se cercaba.

Aunque hoy existen distintos marcos de conservación, la idea de que el agua debe ser dominada para que la tierra "sirva" sigue presente en las políticas públicas y en las decisiones territoriales que enfocan todos los recursos y esfuerzos en la construcción de diques y canales, con el propósito de regular y controlar el flujo del agua (Sibaja, 2023; Burbano, 2024). Esta "ontología tecnocrática", como la llama Óscar Burbano (2024), actúa a través de políticas y proyectos diseñados para "imponer un sentido de orden y estabilidad en el entorno natural, reflejando una creencia subyacente en la dominación humana sobre la naturaleza y la marginalización de otras visiones sobre el manejo del agua" (p. 4).

> Búfalos y más búfalos en La Mojana. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

En ese marco, las élites ganaderas han aprovechado las políticas de adecuación de las tierras para transformar el paisaje, desecando ciénagas, cercando tierras baldías y consolidando grandes fincas a expensas de las economías de subsistencia campesinas anfibias. En este contexto, la introducción de la ganadería bufalina ha intensificado estas dinámicas. Al ser animales más adaptables a terrenos inundables, los búfalos han permitido que sectores con poder adquisitivo extiendan aún más la frontera ganadera hacia zonas antes intransitables para el ganado vacuno. La ocupación de cuerpos de agua y sabanas húmedas por búfalos implica la degradación ecológica por la compactación de suelos y la destrucción de hábitats, y un despojo silencioso de espacios de uso colectivo mediante cercamientos que transforman lo comunal en propiedad privada. Así, la ganadería bufalina se inserta como un actor eficaz en la historia de acumulación y desposesión en los territorios hídricos mojaneros.

Este es un antecedente duro, porque allí el deterioro ambiental se revela no como un efecto colateral, sino como un instrumento para fijar la propiedad y desplazar otras formas de vida y de manejo colectivo. Los relatos de pescadores y campesinos insisten en la desaparición de firmes flotantes, zapales y manglares que eran antiguos refugios de aves, peces y fauna, así como en la simplificación de ciénagas que pasan de ser sistemas densos y diversos a "espejos de agua" abiertos y pobres en hábitats. En el relato de un pescador experto, la bufalización es una marca visible del secamiento literal de la tierra y de la vida: más búfalos, más potrero, menos humedal, menos comida, menos lugar para la vida de quienes no son grandes dueños.

> Hay algo que nos ha afectado y es la comunidad de ganaderos. Ese ganadero que ha querido, durante un tiempo, civilizar las tierras. Yo recuerdo que a mis trece años, cuando empecé a interesarme más por la naturaleza y quise hacer parte de su circuito y adentrarme en ella, yo conocía firmes o zapales en donde la gente cultivaba. Eran montículos de tierra que cargaban árboles de uvero, de campano, de chirimoyo, de cuanta cosa había. Cosas que han ido acabando los ganaderos. Con ese ego de tener las tierras civilizadas, han violado la normatividad ambiental. Incluso ya son pocas las ciénagas que existen dentro de la jurisdicción. Entiendo que una de las que está menos afectada es la ciénaga del Pedral, que queda por los lados de Tomala, pero incluso ya están ingresando búfalos a todo ese sector. Además, ya no vemos tanto a la hicotea porque ella es migratoria y ya no encuentra los espacios ni los ecosistemas que requiere, entonces le ha tocado emigrar a otros sitios. Igual que el ponche: hemos acabado con el ecosistema del ponche.

Nada más aquí cerquita tenemos un humedal que está siendo sometido por los ganaderos y ya no se ven peces, ya no se ven zapales, ya no se ven los patos en el agua. Donde el ecosistema se creaba era en ese conjunto de zapales o firmes de tierra, como les llamamos. Eran islas flotantes que tenían hasta dos metros de espesor. Todo eso lo ha ido acabando el ganadero, que ha sido una pieza fundamental en el deterioro de la naturaleza.

Esta es una ciénaga que ya fue sometida a búfalos. La ciénaga que tenemos aquí, los complejos de la ciénaga de Güira, de La Esperanza y Los Mangos, ya fueron tocados por los búfalos, que son animales que causan un gran deterioro que incluso hace alejar a los alevinos o peces que haya.

Miren la ciénaga del Totumo. De allí era de donde se sacaba toda la pesca. Hoy, de lo que era un sistema boscoso, zapalero, lo que tenemos es un espejo de agua. Eso es en lo que se ha convertido nuestra ciénaga. Y si seguimos así, el riesgo es que ya no haya una ruta de agua. Eso va a tender a desaparecer: los zapales se están sedimentando porque ese material de tierra se ancló bajo el agua, y eso ha causado que las ciénagas se estén secando.

Yo entiendo todo esto porque he sido pescador. Yo he sido cazador de ponche, cazador de pisingo. He implementado todas las artes de la naturaleza.

He tenido un conocimiento y he estado ligado ahí. Yo era ese *pata de agua* porque reconozco como cultura anfibia a todos los pueblos asentados a las orillas de los ríos.

Yo era este que me metía y me sumergía dentro del agua, como decía Justo Cabrera, con la taruya al pescuezo, y miraba a los lados y veía una babilla, y no me daba miedo. Y luego miraba al otro lado. ¿Por qué? Porque estaba interesado en coger una hicotea con la popular raicita que creó el ser humano para cogerla. Pero era una ventaja, porque yo cogía el galápago que quería, no cogía el galápago pequeño, como hoy en día las comunidades que están exterminando los galápagos con el anzuelo.

Entonces, miren cómo han cambiado los conceptos. Hablábamos de lo artesanal: nosotros antes éramos artesanales. Ya las juventudes no están interesadas en eso. Por eso es bueno socializar y concientizar a las nuevas generaciones de la importancia del agua y de nuestra naturaleza.

Lo que aquí se relata ayuda a ver la bufalización como la continuidad y el agravamiento de un conflicto antiguo por el control del agua y de la tierra. Cuando el pescador describe cómo los zapales, los firmes flotantes y las ciénagas boscosas han sido reducidos a espejos de agua y a potreros, muestra que la ganadería, en este caso bufalina, transforma ecosistemas al mismo tiempo que decide quién puede habitar, usar y transitar el territorio.

Es desde este suelo ya tensionado que la voz de una participante en el Encuentro Mojanero de San Marcos (2025) interpela de frente la imagen idealizada de la "cultura anfibia" y de "La Mojana romántica":

> La Mojana en este momento no nos pertenece; todos ustedes saben que es así. Ya en La Mojana nos está desplazando gente del interior del país, de las sabanas. Dígame quién de ustedes aquí tiene tan siquiera 20 hectáreas de tierra propia: nadie, mientras el ganadero cuenta con 5000 hectáreas. La Mojana antes, nuestra Mojana romántica, era aquella en la que yo salía con mi abuelo y atravesábamos sin ningún alambre. Intenten atravesarla ahora, ir al río... Los que estamos aquí, ya somos desplazados. El marido de una vecina, que va a cortar leña, tiene que pasar cuatro o cinco haciendas; al señor

Para los pescadores y pequeños agricultores o ganadores, los búfalos están vinculados con la degradación ambiental del territorio. Cuentan que salen en la noche, dañan los caminos con sus pisadas, erosionan las orillas y espantan a los peces con su orina. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

que va a pescar ya no lo dejan pescar. En Belén del Río, por ejemplo, los pescadores andaban tranquilos, pero ahora ningún pescador puede pasar a pie. Por allí tienen que tener los pescadores mucho cuidado porque están los búfalos. Tienen que ir en moto o caballo, o ir varios haciendo bulla por los búfalos. Ya ahí no llega gente, porque ya no hay nada que coger, ni pescado, ni hicotea. Esos humedales desaparecieron. Miren allí ese zapal: allí ponían las garzas, allí había hicotea, allí había moncholo, ahí desovaba el moncholo, hasta que llegaron los búfalos hace un mes.

Leído junto al relato que le precede, este testimonio muestra que, para pensar la vida campesina anfibia hoy, no basta con reconocer cómo la gente saber vivir con el agua, sino que hace falta preguntar quién tiene hoy el poder real sobre la tierra inundable, los caños, los humedales y los pasos. La cultura anfibia aparece aquí menos como una esencia idílica y más como una forma de vida sitiada por las cercas, los búfalos y las grandes haciendas que han convertido el agua común en una frontera impuesta desde afuera.

El cercamiento, en ese sentido, no solo ordena el territorio sino que convierte el paisaje inundable en una trampa y el agua en un conducto de riesgo. Al referirse a los cercos eléctricos instalados por los terratenientes, se ha advertido que “ya ha habido accidentes, muchas personas que se han quedado pegadas en el alambre, y cuando es invierno, es muy peligroso porque el agua es buena conductora de energía” (Entrevista, 2025).

Con esos cercos, prácticas cotidianas para la reproducción de la vida como cortar la leña, recolectar, pasar con los animales, moverse entre los cuerpos de agua, se vuelven actividades peligrosas. Como lo sostuvo alguien, en uno de nuestros encuentros:

> Ya no hay forma de ir a cortar una rama o a tomar algo, porque todas estas personas tienen las fincas con alambre eléctrico para que nadie pase por ahí. Antes, los humedales eran del Estado, lo que pasaba era que eran mancomunados. Entonces, si la finca de uno colindaba con un zapal, con una ciénaga, en verano otros podían echar ganado para que estuviera hasta ahí mientras el agua crecía y nadie peleaba con nadie. Ya ahora el campesino, cuando su tierra colinda con una ciénaga, ya no puede echar esos animales porque los terratenientes o los latifundistas la tienen cercada y dicen que es de ellos.

Si, frente a la minería de oro, todavía hay personas escépticas sobre los efectos de los metales pesados en las aguas y en la comida, todas las personas, en cambio, denuncian los impactos negativos de los búfalos en La Mojana. Dicen que es un animal pesado que pisotea y rompe la estructura del suelo, arranca la vegetación y destruye los microhábitats. Que "es como cuando usted le tira una placa de cemento al arroyo, se pierde todo, ahí ya no va a haber más nada". Cuentan que donde se ubican los búfalos la tierra se seca y se vuelve infértil, que causan mucho daño a las plantaciones de pancoger de las comunidades que están asentadas cerca de las grandes haciendas, que consumen una mayor cantidad de pasto y que, cuando este se acaba, arrancan brotes, plántulas, semillas, algas y toda la vegetación que encuentran. Insisten en que en los humedales donde entran búfalos dejan de verse babillas, hicoteas, culebras, pájaros y hasta árboles jóvenes, porque el ganado pesado tumba los retoños, aplasta nidos y arrasa plántulas y semillas acuáticas. A lo que habría que sumar que la orina y las heces de esta especie aumentan los niveles de nitrógeno y fósforo en el agua, efecto conocido como de eutrofización, que estimula el crecimiento masivo de algas sobre la superficie y, por ende, impide la llegada de la luz solar y la consecuente fotosíntesis de las plantas acuáticas. Al descomponerse, por fuerza mayor, el componente botánico, los materiales muertos consumen el oxígeno y literalmente matan el entorno. Es fácil imaginar el efecto que las excretas de diez mil o más cabezas de ganado pueden producir en un entorno de por sí ya bastante fragilizado. No es casual que, en varias mesas de conversación realizadas, los búfalos sean nombrados como una "plaga tremenda" asociada a la desaparición de la vida del humedal.

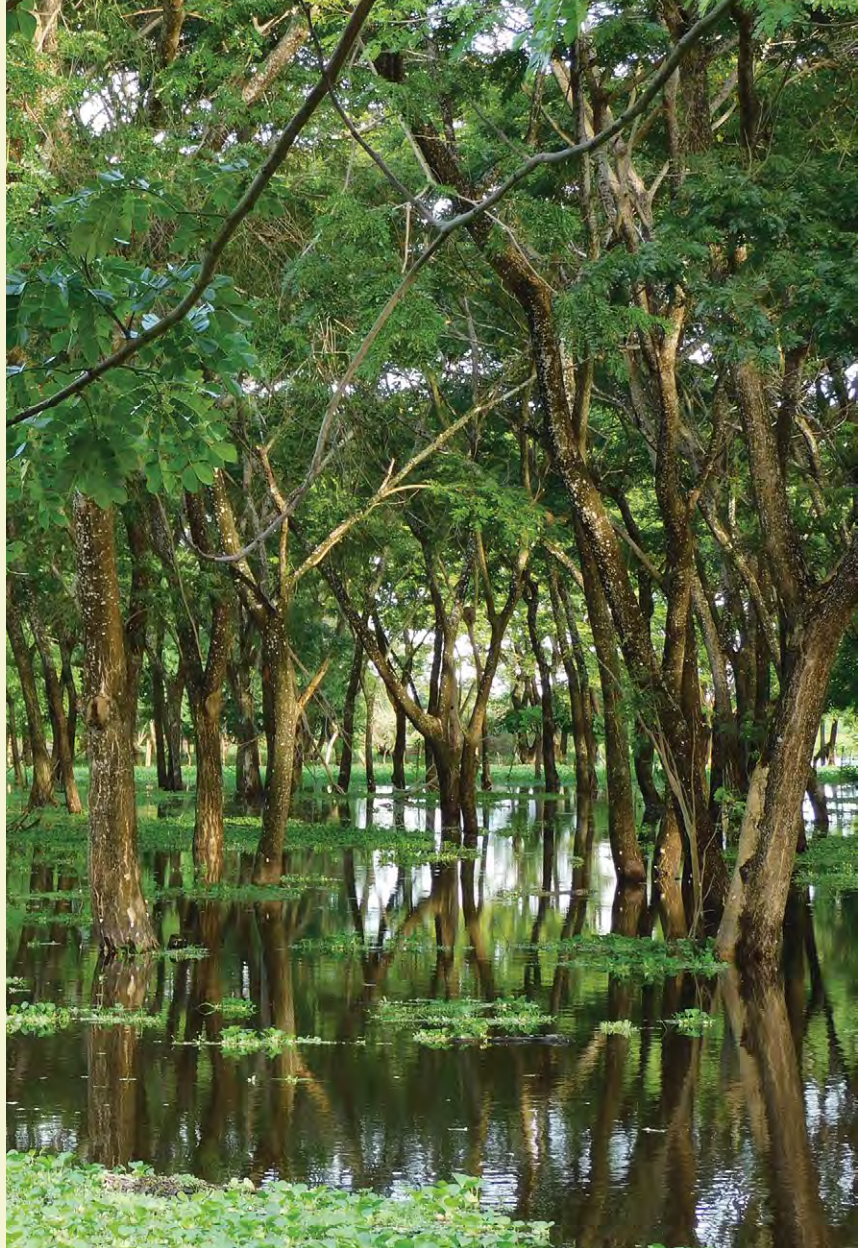
En la forma como la gente narra la bufalización, el búfalo aparece casi como el cuerpo ampliado del

> *Un grupo de búfalos está sumergido en un humedal, entre San Marcos y Majagual. Algunos campesinos dicen que "ellos son quienes mejor viven en La Mojana", pues disfrutan pasar largos periodos de tiempo bajo el agua. Fotografía de Charlie Cordero. 2025.*

terrateniente. La gente dice que “los búfalos secan la tierra” y los vincula de inmediato con “los grandes dueños” porque la huella profunda de sus patas sobre el barro repite, de forma literal, la huella del modelo ganadero sobre los humedales. La figura es poderosa, además, porque secar no es solo un fenómeno físico: es el abandono del elemento húmedo (el humor) que es propio de la vida. Así como ocurre en la brujería, una seca implica acogotar el desarrollo de la vida, matarla, maniatar su curso, su agencia; malograr la abundancia. Quien hace un trabajo de seca es, en ese sentido, un ser que hace maleficio o una suerte de vampiro, de chupasangre que se alimenta de la vida succionada a alguien a quien ha entrado a dominar. Metáforas como esta son muy frecuentes en los contextos de dominación por imposición y extractivismo. “Secar la tierra” es, pues, condenar a muerte al entorno y someter a sus habitantes a la sujeción, que no a una virtual esclavitud. Y aquí a estos personajes los encarnan los terratenientes.

Así lo interpretó alguien, en el marco de un grupo focal adelantado en 2025:

> Ellos son los que secan la tierra. Entre más agua, para ellos está bien, pero el problema es que en tres meses lo que era agua se seca. Entonces, ahí ya no hay que preocuparse por la cerca, no hay que preocuparse de que se va a atollar, de que se va a ahogar la vaca. Un búfalo tiene mucha fuerza, entonces él no se va a ahogar y se come todo lo que va encontrando. Los búfalos son muy recientes y llegaron aquí con el narcotráfico. (...) Este es



un tipo de búfalo de producción de leche y de carne, y el mayor impacto que produce es la desertización de la tierra, el búfalo llega a los humedales donde nuestro ganado criollo no entra, rompe los humedales. El búfalo se puede alimentar en territorios donde ni siquiera alcanza a pisar el fondo, puede nadar, puede sumergirse y alimentarse. Una res puede comer una planta de treinta centímetros hacia arriba, el búfalo se las come todas, y la planta que no cede, el búfalo la arranca y se acuesta allí, y el calor mata toda la región. Mata serpientes, come huevos de ciertas especies, no le tiene miedo a nada. Los búfalos llegaron acá para exterminar La Mojana, para desertizarla. El búfalo llegó acá básicamente por los grandes terratenientes, e incluso por el búfalo se ha disminuido la cantidad de siembra de arroz. Una de las partes de Colombia que más búfalos tiene es La Mojana y estos animales causan cualquier daño a las plantaciones de pancoger de las comunidades que están asentadas cerca de las grandes haciendas y las grandes fincas. Fuera de eso, han provocado una gran cantidad de accidentes en la vía porque el búfalo, cuando va en manada, no se aparta[11].

De allí que, en una de las conversaciones, apareciera una frase que, para muchas personas, resume el giro del territorio: "San Marcos ya no es la tierra del pescado, sino la tierra del cacho" (Grupo focal, 2025). Esta frase dialoga de frente con el legado de Orlando Fals Borda, quien, a partir de su trabajo en la Depresión Momposina, propuso la figura del "hombre hicotea" para hablar de quien vive entre aguas y tierras, se adapta a los ciclos de inundación, conoce los caños, las ciénagas y los playones, y organiza su vida productiva, simbólica y política desde esa relación íntima con el ecosistema. En función de esta alegoría, se han construido monumentos, como el de San Marcos, Sucre, y se han hecho frecuentes exaltaciones sobre la capacidad de adaptación y resiliencia de las gentes anfibias. No obstante, cabe señalar que no solamente la figura la obtuvo Fals de lo que le dijo uno de sus informantes, el galapaguero Rafael Martínez, sino que, a renglón casi seguido, el mismo Rafael adelantó una reflexión más sombría, que por demás matiza lo que frecuentemente Fals y quienes lo invocan vieron en el "hombre hicotea". Al fin y al cabo, concluía Martínez, ser como la hicotea también equivalía a ser presa de cacería y terminar siendo devorado (Fals Borda, 2002b, p. 28A), que es lo que en últimas está produciendo la bufalización. Frente a la hicotea, que condensaba una forma popular de habitar la geografía anfibia, el búfalo encarna el mandato del secamiento, el cercamiento y el despojo de las formas de vida anfibias.

11 En su etnografía sobre la cosmología contemporánea y los sistemas de medicina del pueblo zenú, Josef Drexler (2002) repara con recurrencia en la importancia de los charcos u ojos de agua que *nunca se secan* como lugares sagrados fundamentales para el equilibrio entre el mundo de los humanos y el mundo "de abajo", donde habitan los espíritus del monte que cuidan el territorio, entre ellos, la propia mohana.

< Fotografía de Larry Camacho. Sucre, Sucre, 2021.

DON'T STOP
YOU

El relato local sitúa la llegada del búfalo como reciente, hace un poco más de una década, y la vincula con las severas inundaciones de 2010-2011 que diezmaron la ganadería bovina tradicional. El gremio ganadero nacional, a través de Fedegán y de la Asociación Colombiana de Criadores de Búfalos (Asobúfalos), ha promovido la llegada de la especie como la de una con alta capacidad para adaptarse a los terrenos inundables y por su uso triple propósito: carne más magra, leche rica en sólidos para hacer mozzarella, burrata y otros derivados lácteos para el mercado *gourmet*, y cuero de gran grosor y resistencia. Sugasam, por ejemplo, reporta subastas semanales de cientos de animales, incluidas búfalas preñadas o paridas. En la narrativa gremial se insiste en que el búfalo "coge peso rápido", tiene "comercialización ágil" y "mayor rentabilidad" que el ganado bovino. En conjunto, el búfalo se presenta como un organismo que "monetiza" rápido, pero esa ganancia acelerada se sostiene, como ya se ha dicho, sobre una degradación igualmente rápida. Así, mientras los beneficios económicos de la bufalización son privados, las pérdidas ecológicas y culturales quedan en manos de todas las personas y otras especies del territorio (Montaña, 2023). Alimentación *gourmet* y consumo de lujo para el mercado de afuera, en despecho de la seguridad alimentaria, el territorio, el trabajo y los modos de vida de quienes habitan La Mojana.

Mientras la bufalización se impulsa como "joya productiva" (Orozco, 2025), en los talleres aparece una y otra vez la incomodidad con la mirada prohibicionista sobre la caza y el consumo de hicotea, ilegal desde 1989. En varios municipios de la subregión, comer hicotea en Semana Santa es una costumbre antigua, que viene de cuando los zenúes, malibúes, cimarrones y mestizos de la Depresión Momposina cazaban animales "entre el agua y la tierra", siguiendo sus ciclos reproductivos. La eclosión de los huevos del galápago ocurre en abril, y así se fue acoplando a la Semana Santa como carne "blanca" permitida y augurio de buena suerte (Castro, 2019; Pedraza Bravo, 2024). En las discusiones locales, se diferencia con claridad el consumo doméstico de larga data, centrado en la Semana Mayor y con técnicas que antes permitían devolver las tortugas pequeñas al agua, de la caza comercial a gran escala por la que hoy se incautan miles de animales. Muchas personas cuestionan una política ambiental que persigue al campesino que pasa doce o trece horas "tirando chuzos" y vuelve con cinco hicoteas para su familia, mientras poco se dice de quienes sacan miles para el negocio y de los búfalos que pisan y secan los playones donde antes desovaban las tortugas. Lo que hay en el centro de la discusión no es solo la conservación de una especie, sino el doble rasero con el que, por un lado, se penaliza una práctica de subsistencia asociada a las comunidades ribereñas pobres, pero por el otro, se toleran o se promueven economías que cambian de raíz el hábitat. De ahí que varias voces propongan acuerdos locales para la sostenibilidad de la especie, que reconozcan que la hicotea es a la vez patrimonio alimentario y especie

< Carmen Acevedo, pescadora de la vereda El Guamo, durante una entrevista. Fotografía de Daniel Sarmiento Murillo. 2026.

amenazada, y que la conservación no puede reducirse a castigar al comensal campesino mientras se dejan intactos a los grandes transformadores del mundo anfibio de La Mojana.

INFANCIAS Y JUVENTUDES AL BORDE: EL COSTO GENERACIONAL DEL CERCAMIENTO (CRIANZA, SABERES Y SUSTENTO)

El agua cercada, contaminada y controlada a través de la violencia está reordenando en La Mojana las relaciones sociales y afectivas con el medio acuático, hoy visto por la mayoría como una fuente de riesgo. Esto ha impactado los modos en que se cuida y socializa a la infancia, ha debilitado la transmisión de saberes anfibios entre generaciones y empuja los proyectos de vida de las niñas, los niños y las personas jóvenes hacia fuera del territorio. Durante un grupo focal sobre los impactos de las lógicas extractivas, una madre lo resumía así: "nos quitaron nuestra semilla tradicional, nos quitaron nuestra forma de sembrar, nos quitaron nuestra forma de criar los pescados, y ahora nos están quitando nuestra forma de criar a los hijos".

Estas transformaciones en la crianza no se explican solo por una mayor "sobreprotección" de las familias, sino por el modo en que el agua se ha vuelto, al mismo tiempo, medio contaminado y escenario de disputa de diferentes actores. Las economías extractivas que cercan, drenan y ensucian ciénagas y caños son las mismas que se han abierto paso con la presencia de actores armados legales e ilegales que controlan riberas, pasos y cuerpos de agua.

En ese doble registro el río ha dejado de ser un lugar de juego, encuentro y aprendizaje para la infancia, y ha pasado a ser un espacio del que hay que retirarse.

En La Mojana, la crianza se ha sostenido por generaciones en una lógica de cuidado compartido, en que la responsabilidad sobre las niñas y los niños desborda la casa y se extiende a las personas adultas y jóvenes presentes en los diferentes espacios comunes. Ese cuidado comunitario, ejercido incluso sin que medie consanguinidad relevante, ha funcionado como un "bien común" que daba a la infancia cierta autonomía para moverse por el territorio y liberaba algo de tiempo a las personas adultas, especialmente a las mujeres, para realizar otras actividades. Los relatos evocan una infancia holgada, con "mucha libertad", en la que el papel de los mayores no era mantener a las niñas y a los niños lejos del agua, sino acompañar sus aprendizajes para habitar la vida anfibia; para entrar al río, nadar, manejar la canoa, leer las corrientes y las profundidades, orientarse entre los caños y los playones, reconocer las especies e identificar los peligros. Todas estas habilidades no solo no eran opcionales, sino que además eran

criterios de pertenencia. Como dice el escritor sucreño Isidro Álvarez: “Quien no sabe nadar, quien no sabe andar en lancha está en riesgo de padecer y no ser digno mojanero” (Encuentro de Memoria Sucreña, 2025).

Ese aprendizaje se hacía con la familia extensa y con la colectividad, y en esos vínculos, las niñas y los niños aprendían a relacionarse con el agua en sus propios términos. Poder jugar lejos de la casa mostraba una confianza compartida en el río y en el monte como espacios de socialización y aprendizaje, no solo como lugares de peligro.

En los conversatorios, muchas personas recuerdan que antes el cuerpo infantil “se hacía” muy cerca del agua y que esa relación cotidiana sostenía la transmisión de conocimientos, memorias y formas de leer el territorio. Larry Camacho, comunicador social, describía el río como un lugar donde las y los adolescentes aprendían a confiar, a medirse físicamente, a cuidarse entre sí y a perder el miedo al propio cuerpo, al territorio y al grupo; un espacio para tramitar “problemas de la casa” en clave de amistad. También como el lugar para reconocer el vínculo con el agua: “Cuando tú te metes en el agua y tú miras el pueblo, tú dices: «Ah, pero es que yo soy el agua. El agua está aquí y convive conmigo». Y desde aquí, desde el río, que lo tengamos aquí cerquita, mira cómo se ve el pueblo de bonito. Entonces, eso es superimportante para la vida anfibia” (Entrevista, 2025). La crianza estaba así anclada en un vínculo

El agua también nos entretiene. Fotografía de Larry Camacho Rodríguez. Puerto de Sucre en el caño Mojana, Sucre, Sucre, 2024.

cotidiano, corporal y afectivo con el agua. Por eso, cuando el agua se contamina, se canaliza, se rellena o se privatiza, se interrumpe esa relación física y pedagógica con el río y la ciénaga y, como advertía el mismo Larry Camacho, también se alteran las formas de "hacer familia" al borde del agua: "Si ya nadie te enseña a pescar, si nadie te enseña a nadar, si nadie te enseña a tomar una caña, ¿qué tipo de relación puedes tener tú con tu familia?" (Entrevista, 2025).

En Sucre, Sucre, la canalización del caño Granadino suele aparecer como un ejemplo de cómo las obras impulsadas por las entidades estatales y sus contratistas han ido sacando el agua de su uso común. Este caño, que marcaba la frontera entre los primeros barrios y era usado para bañarse, cruzar en canoa y encontrarse, es hoy un canal de aguas estancadas donde se acumulan toda clase de residuos. Como señala la antropóloga sucreña Astrid Álvarez, "este caño ha perdido su función ecológica y social para convertirse en un basurero" (Entrevista, 2025). Isidro Álvarez recuerda que allí se enseñaba a nadar a niñas y niños que se amarraban a tarros que les servían de flotadores, y luego, poco a poco, se les iban quitando, hasta que pudieran nadar sin ayuda en el caño más grande, el caño Mojana. Ese tránsito, dice Isidro, "marcaba un umbral: era ser reconocido como alguien capaz de sostenerse en el territorio anfibio" (Encuentro de Memoria Sucreña, 2025). La actual degradación y taponamiento del caño no solo afectan el agua sino la existencia de este espacio como un lugar de reproducción de la vida local y de la formación anfibia.

< *De la serie* Latidos de tierra y de agua en el Caribe colombiano. *Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2017.*

Hoy, el pacto comunitario implícito de crianza está erosionado. En las conversaciones, madres, abuelas y docentes dicen que criar se ha vuelto más difícil, no solo porque la crianza es menos compartida, sino también porque ahora hay más miedo. Madres y padres prohíben a niñas y niños entrar al agua porque, como también dijo la bibliotecaria Yusleidys Arrieta, "el río está sucio y ha dejado de ser agua compartida para ser agua que enferma o pone en peligro" (Grupo focal, 2025). Ese argumento de la contaminación y el riesgo, anclado en experiencias muy concretas de deterioro ecológico del entorno y de enfermedad, se ha vuelto una razón poderosa para cortar la continuidad entre cuerpo y agua, y sacar a la infancia de los espacios donde antes se aprendía a ser anfibio.

En los diálogos con jóvenes, la transformación del territorio se ve en los sitios que recuerdan como playas de baño, canchas para practicar deportes o lugares de reunión y que ahora, dicen, están deforestados, convertidos en fincas u ocupados por actores armados. El agua y la tierra aparecen en varios de sus relatos como lugares que antes eran para su recreación y encuentro y que en el presente son lugares donde les da miedo o desconfianza estar porque son ajenos y están cercados y vigilados. También hablan de la pérdida de las noches y tardes en las que los abuelos y las abuelas contaban historias "que dejaban a todos embobados" en esos mismos

espacios abiertos. Hoy, dicen los mayores, muchos jóvenes "ya no se quedan a escuchar; cuando se habla de cultura o de problemas del territorio, se retiran o se distraen" (Grupo focal, 2025). Aquí se nota que cuando el agua pierde su lugar como bien común que organiza la vida cultural, la palabra que la interpreta también se queda sin escenario. Viejos y viejas son devaluados junto con sus historias y saberes, lo que está directamente conectado con una pérdida de la tradición oral y una distancia generacional. Otra señal de crisis cultural.

A ese retiro del agua se suma la presencia de actores armados legales e ilegales vinculados a economías, también legales e ilegales, que controlan las tierras, las rutas y los cuerpos de agua. En los relatos, los grupos paramilitares, en particular, aparecen como un poder conocido y normalizado: "Todo el mundo sabe quiénes son, hasta la Policía" (Grupo focal, 2025). En varios espacios se repite que "ellos son la ley". Se cuenta que imponen toques de queda, median peleas, castigan la infidelidad, controlan el robo, ponen multas y trabajos comunitarios. Docentes narran que incluso intervienen en asuntos escolares. Una maestra recuerda que, después de una pelea entre dos niños, un hombre que luego reconocen como "jefe de los paramilitares" se llevó a uno "a hablar". Así, niñas y niños quedan desde muy temprano bajo el radar de estos grupos que, desde que se vuelven un referente frecuente en la vida de la infancia, van naturalizando su presencia y posicionándose como una autoridad que puede estar por encima de la de los docentes, las familias y los liderazgos comunitarios.

Al mismo tiempo, esos grupos que se presentan como garantes del orden manejan el negocio de las drogas en el territorio: marihuana, bazuco, cocaína, "tusi", pastillas. Las madres, los docentes y los jóvenes cuentan que las sustancias se ofrecen a lo largo y ancho del río y que muchos adolescentes entran a esas economías como campaneros, cobradores, mensajeros o consumidores. La paga rápida, la promesa de ropa, celular o moto, compite con los oficios campesinos y los aprendizajes anfibios; muchos dejan de aprender a pescar, sembrar o cuidar animales porque, como decía Larry Camacho, quedan "sin nada propio a qué agarrarse" y, por lo tanto, más disponibles para esas redes, donde encuentran reconocimiento y una autoridad que, con su capacidad de coacción, se antoja omnímoda. Para las niñas y las adolescentes, el riesgo incluye además el control de sus cuerpos con relaciones forzadas y distintas formas de violencia y explotación sexual ligadas a esos mismos circuitos. Se menciona, incluso, que hay familiares que las animan a vincularse afectivamente con estos hombres para "beneficiarse" de alguna manera de ellos.

La combinación de alambres eléctricos, fincas vigiladas, circulación de armas y drogas, y relatos de reclutamiento o violencia sexual reconfigura así el mapa de los riesgos para la infancia y la juventud y le da un vuelco a la crianza. Lo que antes era formar para desarrollar cierta "competencia ambiental" acompañada por toda una red social, pasa a ser una crianza que busca la seguridad a través del encierro en la casa y de una vigilancia cada vez

Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2017.

más intensa, sobre todo por parte de las madres. Si antes el temor principal era que un niño o una niña se ahogara —un riesgo que se intentaba prevenir con los conocimientos y las prácticas locales—, hoy el miedo se asocia a su exposición a aguas contaminadas, al contacto temprano con las drogas y a la cercanía con actores armados que abren la puerta al reclutamiento, al consumo, a agresiones físicas y sexuales y a otras amenazas más difusas, menos gobernables con los conocimientos anfibios o con las herramientas comunitarias disponibles.

En ese contexto, eso que a veces se señala como "sobreprotección" de la infancia también habla del territorio; es un síntoma de que ya no se siente como un escenario seguro y de que el agua dejó de ser un lugar habitado con confianza. Más que un exceso, la "sobreprotección" aparece como una respuesta común de las familias al riesgo. Muchas mujeres, como una participante de un grupo focal (2025), lo dicen sin rodeos: "Me pueden decir que lo estoy sobreprotegiendo, pero prefiero eso a que después le pase quién sabe qué y digan: «¿Y la mamá dónde estaba»". Las mujeres cargan así no solo con un trabajo de cuidado más privatizado, sino con una carga moral que recae sobre ellas por exceso o déficit de cuidados. Lo que se nota es que el Estado es asumido como un aparato ausente o cómplice en el descuido del territorio, y queda por fuera de cualquier relato acerca de la protección, mientras la responsabilidad se concentra en las

familias. Poco a poco, estas se van replegando hacia adentro de las casas y se alejan de los lugares y los momentos donde antes se hacía el cuidado entre muchas manos. La pérdida de confianza en el entorno tiene que ver, justamente, con reconocer en él sustancias y actores que operan por fuera y, muchas veces, en contra de la lógica interna de cuidado y de reproducción comunitaria.

Todo esto se hace especialmente visible en la conversación con docentes y con padres y madres de estudiantes de la Institución Educativa San Marcos, donde los relatos de vida muestran cómo el agua se ha vuelto un lugar del que hay que retirarse. A propósito de este tema, un padre comentaba:

> En nuestra región, en nuestra zona, todos éramos muy amigos del agua. Anteriormente, la distracción de uno como adolescente era irse a bañar o irse a pescar a un caño. Tenía mucha relación, mucha familiaridad con el agua. Eso era un planzazo que uno hacía como adolescente. Pero muchas de esas charcas o esos pequeños recursos hídricos con los que uno creció como adolescente ya dejaron de existir, ya se secaron. Muchos de los daños ambientales han acabado con ellos. Con la llegada de los búfalos, todo eso se extinguió. Hoy en día, los niños poco van. Van es a la piscina. Ninguna persona va a querer irse a bañar a la ciénaga o ir a pescar, ir a recrearse, ir a hacer un pícnic. Debido a la contaminación, nos hemos visto obligados a retirarnos del agua. Entonces, hoy en día, los niños podemos decir que no se van a bañar a la ciénaga (Grupo focal, 2025).

En este marco, las formas de “evitar el agua” y el cambio en el estatus de los oficios ligados a ella aparecen como una respuesta directa. La pesca y la agricultura, que antes eran la base de las economías domésticas y de los mercados locales, van perdiendo prestigio frente a las ocupaciones asociadas con la posibilidad de “salir” del territorio, alejarse de un medio que se percibe como dañado y peligroso. Ese desplazamiento se reconoce de lleno en

^ Hay que sacar tiempo para jugar. Fotografía de Larry Camacho Rodríguez. Urbanización Villa B, Sucre, Sucre, 2022.

las expectativas sobre los proyectos de vida de las niñas, los niños y las personas jóvenes. En las conversaciones con padres y madres de colegios ubicados en las cabeceras municipales, estos insistían en que no quieren que sus hijos o hijas "se maten en el agua", ni que realicen trabajos asociados a la pesca o al campo, considerados demasiado duros, inseguros y poco rentables frente a lo que imaginan que podría ofrecerles la educación superior y otros oficios lejos de La Mojana.

Mientras que padres y madres jóvenes piensan que sus hijos e hijas deben dedicar su tiempo al estudio, crece entre los adolescentes la distancia e incluso el desprecio por las labores tradicionales y por las tareas de cuidado. En varios relatos aparece la escena del muchacho que ya no quiere "tirar atarraya", pero sí quiere la ropa, el celular o la moto que ofrecen las economías ilegales. Ese giro refuerza la distribución desigual del trabajo doméstico y comunitario, que sigue recayendo sobre las mujeres y debilita el interés por el entorno y por los sistemas de conocimiento propios. Estos han venido a ser paulatinamente desplazados por referentes que circulan en las redes sociales, que propalan la ubicuidad de los modelos de éxito ligados al dinero rápido, y que a veces hallan eco en los mismos discursos escolares.

Respecto a este punto, docentes de distintos municipios cuestionan la pertinencia de la escuela que funciona hoy en La Mojana. Señalan que los materiales pedagógicos y los contenidos escolares rara vez representan el entorno anfibio donde viven las y los estudiantes. "Las niñas y los niños que han crecido viendo aguas color aguapanela terminan coloreando ríos de azul intenso con montañas al fondo" (Grupo focal, 2025). La escuela está obsesionada por voltear la mirada de sus estudiantes a paisajes ajenos y, al hacerlo, vuelve casi invisible el territorio propio. Cuando el profesor Jairo Castro afirma que "nuestras escuelas están formando

a nuestros chicos de espaldas al agua" (Grupo focal, 2025), hace la crítica de una institución que prepara a sus estudiantes como si su destino estuviera afuera de La Mojana. Los procesos hidrológicos locales casi no entran al aula como saberes válidos, a pesar de que definen las condiciones materiales y simbólicas de la vida en la subregión. Se desaprovecha así un conocimiento ecológico propio que podría servir de base para una ciencia escolar situada y para una lectura política del agua sobre cómo se mueve esta y sobre quién la altera y con qué intereses.

Esta discusión pesa aún más si se tiene en cuenta que, en la subregión, alrededor del 37 % de la población solo alcanza a cursar la educación primaria (completa o incompleta), el 19 % llega a la secundaria y cerca del 20 % a la media (DANE, Censo 2018). Es decir, para más de tres cuartas partes de la gente, la escuela básica es casi la única formación formal que reciben. Lo que ocurra, o no ocurra, en esos primeros años es decisivo para definir cómo se nombra el territorio, qué conocimientos se valoran, qué futuros se imaginan y qué lugar ocupan el agua y los humedales en esa imaginación.

Varias y varios docentes insisten en que este problema no depende solo de la voluntad del profesorado. Como dice el propio Jairo, "no solo depende de los actores de la institución, es un hilo que se debe nutrir desde allá arriba" (Grupo focal, 2025). Es decir, de lineamientos, incentivos y métricas oficiales que en este momento privilegian un monocultivo evaluativo centrado en las Pruebas Saber y en estándares homogéneos por encima de una ecología de saberes territoriales. En ese marco, muchas escuelas han ido eliminando espacios como la semana cultural que antes funcionaban como lugares de reconocimiento identitario. La figura del "buen estudiante" queda asociada al desempeño dentro de ese modelo externo; por eso, cuando las instituciones de las cabeceras reciben, en épocas de creciente o después de noveno grado, a adolescentes que migran desde las áreas rurales para poder seguir estudiando, se vuelven centro de burlas y discriminaciones por parte de otros estudiantes y algunos docentes. La mayor cercanía con el agua y con sus formas de inteligencia territorial, relacional o ecológica se convierte así en un marcador de clase y de valor escolar negativo, que se asocia con atraso y rechazo.

Sin embargo, ese horizonte educativo como promesa de "salir" del territorio no está disponible por igual para todas y todos. Según cifras del DANE (Censo 2018), menos del 10 % de la población de La Mojana tiene educación superior, un porcentaje más bajo que el promedio nacional, cercano al 18 %. En las mismas conversaciones aparecen también niñas, niños y adolescentes que desertan tempranamente de la escuela para asumir trabajos de servicio doméstico, ventas informales en puestos de comida rápida, pizzerías, fritos callejeros o fritos caseros junto a sus madres. Son jóvenes que se acuestan tarde, llegan somnolientos a clase, no alcanzan a hacer tareas ni a sostener el ritmo escolar. Para ellos y ellas, la escuela no es un tránsito obligatorio y pasa a ser una opción secundaria frente a la urgencia de aportar

< Fotografía de Linda Esperanza Aragón. 2020.

al sustento básico del hogar. Las diferencias de clase, de procedencia rural o cabecera municipal, de lugares que se inundan y de lugares con sequías, marcan con fuerza quién puede sostener la apuesta por "salir del territorio" a través del estudio y quién queda anclado a trabajos precarios o a la búsqueda constante de un quehacer.

En conjunto, estas trayectorias, las que empujan a migrar para estudiar o para asumir empleos urbanos precarios en economías informales o relacionados con el trabajo doméstico, las que llevan a la deserción temprana, al trabajo infantil, al circuito ilegal o a vínculos sexoafectivos desiguales, forman parte del mismo régimen que privatiza, militariza y contamina La Mojana. Todos y cada uno profundizan el desarraigo territorial, interrumpen la reproducción de prácticas y conocimientos anfibios, erosionan las redes comunitarias de cuidado y colocan a las juventudes, especialmente a quienes provienen de las familias más empobrecidas, en posiciones de vulnerabilidad estructural frente a quienes controlan la tierra, el agua, el ganado, las dragas o las armas.

Estos procesos se reconocen con nitidez en los relatos locales, como en el siguiente testimonio de un docente:

> El joven que termina bachillerato ya no vuelve al pueblo, o muy poco, porque no tiene una fuente de trabajo. Los campos han quedado desiertos de presencia humana. Son muy pocos los campesinos puros que quedan en nuestros campos; quedan productores. Viven en la ciudad y van a producir a la tierra, pero no viven allí por muchos factores, entre ellos, la inseguridad u otros factores naturales como la inundación. Cuiva es casi un pueblo fantasma que fue un emporio ganadero, producía mucho queso y suero, sin contar la hicotea y el bocachico, porque por Cuiva pasa un caño, el caño Viloria. Hoy en Cuiva vivirán veinte familias donde pudo haber cien. Me dicen que en El Torno hay más varones que mujeres, dado que las mujeres terminan el bachillerato —o antes de terminar el bachillerato— y migran para las ciudades a trabajar y ya no vuelven. Pues bien, así la ciénaga cada vez va a quedar más sola de personas, porque también los grandes territorios que antes eran de muchas familias han sido acaparados por terratenientes y por actores armados. Y porque las ciénagas también se han secado para el ganado, para el búfalo, para la agricultura. Hoy hay menos jóvenes en los pueblos; los pueblos nuestros están llenos de viejos.

Mientras en lo local hay un cercamiento y secamiento literal de los espacios comunes de socializacion, la mediación de las redes sociales, la música y otros circuitos culturales redefinen cómo y con qué se identifican las y los jóvenes. Este "yo juvenil" en redes, dice Larry Camacho, ya no se narra a sí mismo como un cuerpo anfibio. La exposición constante a las imágenes de otros lugares y formas de vivir han ido convenciendo a muchos y muchas jóvenes de que lo

> Fotografía de Charlie Cordero. 2025.

propio es poco, y que una "buena vida" solo es posible fuera del territorio. Dice Larry Camacho que aparecen preguntas como "¿por qué seguir moviéndose en chalupa o canoa, si el modelo son las camionetas y las motos de alta gama, y los escenarios urbanos los que revelan estatus?" (Entrevista, 2025). Lo anfibio se percibe cada vez más como una marca de atraso que hay que ocultar, abandonar o superar, precisamente en el momento en que más se deterioran las aguas y los suelos que sostuvieron esa forma de vida.

Según Larry Camacho, entre las y los jóvenes se ve un proceso de "sabanización" de la cultura: dejan de reconocerse como "gente de agua" y empiezan a adoptar los signos y lenguajes del mundo ganadero y del latifundio caribeño. Jóvenes, dice él, que "quieren andar ensombreados", con sombrero vueltiao, poncho, botas, camioneta; que sueñan con corralejas y caballos de paso como marcas de prestigio asociadas a la figura del hacendado. En redes, sobre todo en Instagram, dice él que circulan fotos de niñas, niños y jóvenes conocidos posando con armas, dinero, alcohol y drogas, mezclando el imaginario del sabanero ganadero con los repertorios del narcotráfico y del crimen organizado. Es una masculinidad armada y una feminidad hipersexualizada que se vuelve parte del mismo repertorio de poder y ostentación.

El proyecto económico-político del hacendado ganadero funciona así como un proyecto cultural, porque va moldando qué se entiende como prestigioso y qué como oprobioso; normaliza el latifundio como un destino

> *Transporte en medio de la inundación. Fotografía de Larry Camacho Rodríguez. Barrio 7 de marzo, Sucre, Sucre, 2022.*

"natural" y hace más difícil defender la cultura anfibia y los comunes del agua como horizontes legítimos de vida digna. Las redes y la tecnología amplifican ese modelo, al mismo tiempo que la precarización de las actividades que dan sustento obliga a muchas madres y padres a pasar más horas trabajando y menos tiempo compartiendo con sus hijos, dejando cada vez más la tarea de "contar el mundo" en manos de las pantallas y de esos imaginarios ajenos al río y a la ciénaga.

ENTRE EL AGUA Y LA CULTURA SABANERA: LAS IDENTIDADES ANFIBIAS EN DISPUTA

Lo que se ha dicho hasta aquí recoge, de forma parcial, lo que alguna gente de Sucre y de San Marcos dice sobre su relación con el agua y sobre las transformaciones que ha vivido en sus territorios. Son fragmentos de conversaciones con pescadores, campesinas y campesinos, docentes, cultores, jóvenes y liderazgos comunitarios sobre la desecación de humedales, la expansión bufalina y minera, la contaminación de los ríos, la reconfiguración de los oficios y del trabajo de cuidado. Esas voces se han ido cruzando con las estadísticas oficiales, con otras investigaciones y con noticias recientes, en un ejercicio inicial que tendría que seguir expandiéndose para continuar disputando los sentidos del territorio y las decisiones que hoy se toman sin la voz de quienes habitan entre las aguas.

Con ese coro de fondo, la carta vuelve a ti,

Orlando. Paso del denso Canal B, de una tierra firme que se quiere *afirmar* (y al paso empobrecer) solo como sabana ganadera llena de contradicciones, al más fluido, pero igual de incierto, Canal A, que se pregunta qué tanto queda de lo que apercibiste en tu paso por La Mojana.

Han pasado más de cuatro décadas desde que escribiste sobre los hombres hicotea y, como se ha visto, las reconfiguraciones hidrosocioecológicas han alterado la relación entre los cuerpos y el paisaje, desplazando los ciclos del trabajo, los modos del cuidado y las formas del arraigo.

En medio de todos los cambios, también se han ido reescribiendo los sentidos de eso que llamaste anfibio. Hoy, la expresión de "cultura anfibia", que acuñaste en tu trabajo etnográfico para nombrar las formas de vida entre el agua y la tierra, se ha vuelto un significante en disputa. Por un lado, sigue nombrando una ética del arraigo y una política de permanencia; la forma de un sujeto territorial que no huye de la inundación, sino que ajusta sus oficios, su casa y sus tiempos al pulso del agua. Por otro, en muchas bocas, lo anfibio se carga con sentidos peyorativos, atravesados por eso que Larry Camacho llama la "sabanización" de la cultura, que pone la sabana seca, la hacienda y la ganadería extensiva como horizonte deseable de progreso y relega lo anfibio al campo del atraso y la pobreza. En pocas palabras, lo anfibio es hoy un terreno de disputa política y afectiva entre quienes quieren arrancar a la gente del agua y quienes insisten en decir que nacieron entre aguas y esperan morir entre ellas.

En el Encuentro de Memoria Sucreña realizado en 2025, el sociólogo sanmarquero Henry Huertas puso sobre la mesa noticias que mostraban que, en el Tauchal, por Caregato, unas personas levantaban carteles que decían "Somos humanos, no anfibios" y una entrevista en la que el alcalde de Sucre afirmaba que "La Mojana no es un territorio de gente anfibia" (Pérez, 2025). En esas frases, la gente reunida leía varias capas. Un estigma sobre la población, usado por políticos y medios que señalan lo anfibio como marca de atraso para justificar diques, relocalizaciones y ganaderías. Y, al mismo tiempo, una decisión de desconocer el trasfondo histórico, ecológico y político de la noción que

conversa con la vieja promesa de "civilizar las tierras". Esa promesa aún habita en el imaginario de élites y tecnócratas que sueñan con desecar ciénagas para sembrar pastos, enderezar ríos, encerrar gente, animales y plantas en fincas y dejar humedales para el ganado y otras economías extractivas y acaparadoras.

En varios relatos pesa todavía la escena de la inundación de 2010, cuando el entonces presidente Álvaro Uribe le propuso a la alcaldesa de turno comprar la finca La Habana para trasladar allí a toda la población de Sucre. La "solución" a las inundaciones y a los problemas del territorio se resumía en mover a la gente a esa finca y ponerles agua y luz. Luis Miguel Peláez, con su agudeza, resumía así el sentido de esa propuesta: "El verdadero finquero es ese, ese que decide que el ganado se lo pasen para allá, que lo hagan correr allá. Ese es el verdadero finquero, ¿o no?" (Entrevista, 2025).

En esa frase, Orlando, se escucha con claridad cómo la población queda leída como un hato desplazable, algo que se corre cuando estorba, para soltarle el territorio al capital.

La Mojana se presenta así, una y otra vez, ante el país como una zona pobre, malsana, atrasada y sujeta a inundaciones y desastres naturales, o como una frontera de recursos lista para expandir el poder económico y político mediante la ganadería, la bufalización, la agroindustria y la minería, grandes aparatos que al paso de miles y miles de cascos y orugas también van secando un mundo posible y un modo de vida mientras dicen "civilizarlo"[12]. Hay, de alguna manera, una suerte de "política del desastre" que borra el carácter hidrosocial de las inundaciones y abre paso a un repertorio de obras hidráulicas, terraplenes y proyectos de desecación que pocas veces se terminan, pero que sí sostienen contratos, rentas y capital político, tanto mientras se ejecutan como cuando fallan las que se han hecho. Al mismo tiempo, legitiman la entrada de economías extractivistas que necesitan diques, jarillones y drenajes, y que dependen de la idea de que la inundación es un problema técnico y no una forma de vida.

En ese escenario, Orlando, las figuras del *hombre hicotea* y del *pata de agua* afinan la mirada sobre quiénes son los sujetos anfibios. La primera, que tú propusiste en 1979, remite a un régimen de inundación estacional, con alternancia entre sequías y lluvias y una existencia que combina la agricultura y la pesca. La segunda, narrada por el escritor sucreño Isidro Álvarez y descrita por primera vez en uno de los textos de este libro, se asocia a un escenario de inundaciones prolongadas y de cambios climáticos, donde la permanencia en el agua deja de ser la excepción y se vuelve una condición cotidiana. Quienes dicen "yo no salgo de aquí, yo

12 En buena parte de la costa Caribe, litoral e interna, a la palabra *aparato* se le agrega, aparte sus definiciones convencionales, la bella connotación de espanto o fantasma. El aparato es algo que aparece súbitamente y asusta, a veces al punto de la estupefacción o la muerte.

aquí vivo sabroso, aquí me llega todo" encarnan ese *pata de agua* que resiste a los proyectos de reubicación y reafirma su vínculo con el humedal. Esta distinción recuerda que no existe una única anfibiedad, sino formas diferenciadas de habitar el agua según los regímenes hidrosociales y las transformaciones ecológicas. Las disputas en torno a la palabra "anfibio" condensan, así, una lucha más amplia entre proyectos que buscan secar, desplazar y normalizar la sabana ganadera y proyectos que reivindican el agua, el barro y la inundación como base de un modo de vida y un derecho a permanecer.

Del lado de la defensa de lo anfibio aparecen maestras, pescadores, organizaciones y familias campesinas que buscan resignificar esta noción como horizonte político. Henry Huertas insiste en que "hay que seguir pensando la anfibiedad desde el arte, desde la música, desde la literatura, y también desde la política, desde la toma de decisiones". En medio de esa pelea semántica y material, vidas que se reconocen anfibias siguen nombrando una forma de re/producción social que se niega a la expulsión del agua, incluso cuando esta llega mezclada con mercurio, agroquímicos y promesas de progreso que no terminan de creerse ni de cumplirse. También nombran un modo de resistir frente a la completa estatalización y mercantilización de la reproducción de la vida y de mantener, en la medida de lo posible, redes de ayuda mutua, trabajo colectivo y saberes compartidos, como lo expresa con lucidez don Luis Miguel "Lucho" Peláez (Entrevista, 2025):

Los politiqueros han satanizado el agua en La Mojana, porque eso les da un rédito político para poder sacar plata para un terraplén. Llegó el agua, se llevó todo y no han hecho el terraplén. Son cosas que le dan un cambio total a la vida del mojanero. Antes la comunidad no miraba al Gobierno para obtener las cosas. Los beneficios eran comunitarios. No sé en qué momento de la historia de Sucre cambió ese compromiso comunitario a ser estatal. Cuando las cosas se venden para que sean estatales, ahí se presta para muchas malinterpretaciones. El único que no recibe beneficios con esa estatalización de la economía es el verdadero campesino, porque está en espera de que el Gobierno lo haga. En espera de que el Gobierno le dé comida. En espera de que el Gobierno le brinde salud. A nosotros nos han rezagado, nos han tirado a un lado. Pero ahí estamos. Ahí persistimos. Nosotros, como entidad territorial, no gubernamental sino comunitaria, nos hemos dejado invadir nuestros espacios. Hemos permitido que sea otro quien decida por uno. Que sea otro quien venga y nos cuente qué es lo que tenemos que hacer.

Esta comunidad de Sucre, yo digo que es valiente. Una comunidad trabajadora, echá pa'lante, que le tiene amor al agua. Porque si no le tuviera amor al agua, ya muchos, muchos se hubieran ido. El que se va y prueba en la sabana regresa,

> *Epifanio Buelvas, a sus sesenta y seis años, pasa sus días lejos de la pesca, tallando agujas para tejer redes. Fotografía de Rodrigo Alejandro Paredes. 2026.*

porque se da cuenta de que esa no es la vida. La vida es la que nosotros tenemos aquí. Aquí contamos, no con todas las facilidades, pero contamos con una red. ¿Cuál es la red que tenemos? La red comunitaria. De los saberes. De saber quién tiene una cosa. De saber quién le puede facilitar otra cosa. De saber quién le puede solucionar un problema, para más adelante ir dando la mano vuelta, como dice uno aquí[13]. Entonces, de eso se trata hoy en día. (...) La idiosincrasia nuestra es la tierra. Mirar si es productiva o no es productiva. Tratar de sembrar para poder sostenerse uno. Y así intentar que las futuras generaciones traten de conservar lo que hasta ahora nosotros hemos tenido. (...) Porque es que hoy en día, yo soy sucreño, pero el 50 % de la población sucreña se siente extraña viviendo aquí. ¿Por qué? Porque es la nueva generación, es la que vive del celular, de las redes, es la que va a la ciudad y ya se cree otra cosa. Entonces este otro porcentaje, que sí la defendemos, estamos en minoría. Pero yo pienso que de aquí a cuatro años nosotros vamos a tener profesionales con ganas de servirle a su tierra.

13 *Mano vuelta* es un sistema de colaboración recíproca en alguna faena. Yo le ayudo a mi vecino en alguna labor agrícola o en construir una edificación, por ejemplo, con el compromiso implícito de que él luego habrá de hacer lo propio conmigo. Se puede extender al préstamo de insumos, herramientas o dinero.

> *Páginas 240-241: Colectivo Formarte San Marcos. Fotografía de Fabio González Viloria. Ciénaga El Toro, El Oasis, San Marcos, octubre de 2025.*

ECONOMÍAS CULTURALES POPULARES Y DEFENSA DE LO COMÚN

En medio de la bufalización, el mercurio y los jarillones rotos, Orlando, en La Mojana también se mueven muchas formas de cuidar el agua y lo común. Se ven en los bancos de semillas y en los viveros comunitarios; en el intercambio de pancogeres y plántulas para que las familias vuelvan a sembrar sus patios; en las vedas de ciénagas; en las bibliotecas levantadas con las donaciones vecinales; en los grupos infantiles y juveniles de danza, música y teatro; en las rutas de turismo cultural comunitario que invitan a recorrer la vida anfibia desde la mirada local, y en otras tantas experiencias y procesos colectivos que organizan intercambios, protegen a niñas y niños, cuidan los nidos de especies en riesgo y generan trabajo en economías que combinan sustento y cuidado comunitario.

Una parte importante de resistencia la sostienen las economías culturales que han tejido sobre todo las y los jóvenes. En San Benito Abad, Lina Romero impulsa la Fundación Cultural Tierra de Bendiciones como respuesta al descuido estatal y a los riesgos que rodean a la juventud. Treinta jóvenes se han organizado en una red que junta cocina tradicional, música, artesanía, agricultura, tradición oral, danza y teatro. Conectan escuelas como Punta de Blanco, de música de viento y gaitas para niñas y niños; la banda José Rubélez Acosta en Santiago

> Músicos en Caimito. Fotografía de Antonio Meza. 2020.

Apóstol; el grupo Son Santiago conformado por jóvenes víctimas del conflicto armado que encuentran en la danza un lugar para sanar y la escuela de tradición oral La Villa de Takasuán en el corregimiento de Cispataca. Producen material audiovisual sobre gastronomía tradicional, pesca artesanal y rescate de semillas, organizan comparsas y fandangos, construyen semilleros de cantos de vaquería y décimas. Todo esto les genera algunos ingresos, pero sobre todo construye espacios protectores frente a las violencias cotidianas y afirma que el territorio tiene futuro más allá de la mina y el potrero.

Algo parecido ocurre en Sucre con el trabajo teatral de Luis Miguel "Lucho" Peláez, que devuelve a la escena a la gigantona y a muchos personajes de las tradiciones orales locales, o con Gerardo Pertuz y la Fundación Moan Musenge, que trabaja las "danzas del agua": mapalé, bullerengue, seresese y fandango. Desde esos escenarios, el cuerpo, el baile y la música se vuelven otra forma de hablar del río, de la ciénaga y de la vida anfibia que atraviesa muchas generaciones.

Las mujeres rurales también son la columna vertebral de muchos de estos procesos. Lourdes Páez, de la Asociación de Amas de Casas Rurales de Sucre, Sucre, cuenta que su fracción de asociación nació en 2024 porque casi todas las organizaciones eran de pescadores, ganaderos o agricultores, y ellas querían un espacio propio para pensar "formas de vivir". Allí se proponen rescatar semillas criollas, tubérculos como el ñame volador o

tumba, el sagú del que sacan una fécula con la que "en el territorio se han levantado a muchos niños", el jengibre y otros alimentos orgánicos.

En paralelo, otras mujeres elaboran abonos orgánicos con tapón de ciénaga o taruya, residuos de verduras, cascarilla de arroz, cal y melaza, y experimentan con plantas que reconocen como aliadas para purificar el agua de los estanques. Son pequeñas tecnologías locales con las que cuidan y regeneran los suelos empobrecidos y las aguas contaminadas de su entorno.

También hay experiencias en las que la escuela, el arte y el cuidado del territorio se juntan con propuestas de economía cultural popular. La Ruta Mágica Gabriel García Márquez en Sucre, Sucre, nació como un proyecto pedagógico de la Institución Educativa Nuestra Señora de las Mercedes y se convirtió en una cátedra de promoción ambiental, ecoturismo e historia local. De allí brotó la Fundación Pata de Agua, que hoy mantiene un rincón arqueológico con más de trescientas piezas donadas por la comunidad y colectivos de salvaguardia patrimonial. En la Institución Educativa San Marcos, el profesor Carmelo de Jesús Álvarez y el Colectivo Formarte pasaron del teatro en sala al teatro de calle con marionetas gigantes para hablar en las plazas y las calles de la historia anfibia y de los animales y las plantas que se están extinguiendo.

< Limpieza artesanal del caño Granadino, vía acuática que comunica la cabecera urbana con la zona del Pancegüita. Fotografía de Larry Camacho. Sucre, Sucre, 2025.

Hay, además, proyectos de formación científica situada que convierten a las y los estudiantes en investigadores situados, invitándoles a hacer preguntas desde su territorio y a diseñar soluciones tangibles a las problemáticas ambientales y sociales que tienen alrededor. En la Institución Educativa Técnica Agropecuaria El Limón, el colectivo juvenil PULPICLASS practica agroecología, produce abonos orgánicos, desarrolla proyectos de meliponicultura y reciclaje creativo. Docentes como César Augusto Suárez experimentan con el jacinto o tarulla, una planta que muchos reconocen como invasora, para convertirla en abono orgánico, artesanías como bolsos, abanicos, carteras e incluso papel, mostrando que lo que hoy obstruye los caños también puede volverse un recurso, si se maneja de otra manera.

En la Institución Educativa San Marcos, el proyecto escolar Agroanfibia promueve habilidades científicas en las y los estudiantes para enfrentar las problemáticas ambientales de la región desde una pedagogía que sigue el ciclo de la hicotea y enlaza el currículo al saber ecológico local. Desde allí se han diseñado, por ejemplo, una sembradora mecánica ajustada a la agricultura ancestral y papel con escamas de pescado; al mismo tiempo, se fortalece el protagonismo estudiantil y se tejen puentes entre mayores y jóvenes. Agroanfibia busca replicarse en otras instituciones de La Mojana y recuperar la relación histórica con el agua tomando como referencia las ingenierías hidráulicas zenúes.

En una vereda de San Marcos, Yusleidys sostiene una biblioteca comunitaria a punta de proyectos, modistería y artesanías en totumo. En una vereda de Sucre, Marisol Aldana cuida un vivero del que salen plantas en extinción que luego se esparcen por el pueblo. Todas estas experiencias, aunque parezcan pequeñas, regeneran en su contexto más inmediato los suelos, los patios, las plazas y las relaciones, abriendo resquicios frente a economías que solo ven en el territorio una cantera para la extracción de recursos.

En esa misma corriente, se mueven varias experiencias de turismo cultural comunitario que también se asoman como propuestas económicas apoyadas en la abundancia biocultural del territorio. Juana Camacho (2015) ha mostrado que las inundaciones prolongadas de finales de los 2000 hicieron visible la región y desataron planes y discursos que empezaron a nombrarla como "paisaje patrimonial", presentando su diversidad cultural, ambiental y gastronómica como base para nuevas rutas turísticas. Ese movimiento conversa con las políticas que declaran los territorios, las fiestas y los oficios como patrimonio, pero, advierte Camacho, solo tiene sentido si se discute qué se reconoce como patrimonio, qué formas de investigación y protección se impulsan y a favor de quién, sin borrar la historia de la apropiación de los bienes comunes ni la fragilidad de los humedales y de las comunidades que dependen de ellos en su vida cotidiana.

Las rutas literarias, las peregrinaciones religiosas, las experiencias agroambientales y los emprendimientos de cocina y artesanía han empezado a traducir la vida cotidiana anfibia en "experiencias" para visitantes.

Eso ha traído algunos ingresos, pero también ha obligado a hacer algo que a ti, Orlando, probablemente te interesaría seguir de cerca, que es armar inventarios de oficios, relatos, lugares de memoria, ecosistemas y especies que antes se daban por sentados. En las conversaciones se repite que el turismo ha traído nuevos desafíos que han implicado asumir una tarea de reconocimiento e investigación hacia adentro. Han obligado a preguntarse por la tradición oral y las historias que la constituyen, muchas desconocidas incluso para gente del territorio; a revisar qué especies de animales y plantas siguen presentes y cuáles se perdieron; qué ecosistemas quedan para mostrar y cuáles se deforestaron o secaron; qué fiestas siguen vivas y cuáles se han ido quedando sin "sabor a pueblo".

Junto con las posibilidades, se han puesto en discusión también los dilemas. Varias intervenciones insisten en que abrir el territorio "formalmente" al turismo les ha implicado hacerse cargo del manejo de residuos sólidos, del impacto sobre especies en riesgo y de las tensiones que podría haber entre la demanda turística y los límites ecológicos. En los diálogos se plantea, por ejemplo, ¿qué ocurriría si el turismo aumenta la presión de consumo sobre animales como la hicotea o la babilla? ¿Cómo cambiarían los tiempos de la pesca, de la caza y de las vedas si se ajustan a la lógica de la temporada alta y no a los ciclos del agua? ¿Qué pasaría con la vida anfibia si las fiestas y las romerías empiezan a organizarse más para el turista que para el santo, el río o la ciénaga? A esto se suma la crítica a iniciativas externas que introducen kayaks, chalupas o incluso manatíes en cuerpos de agua sin medir el impacto sobre los pisingos, garzas y otros seres que hacen parte de la belleza que se quiere mostrar. Como advertía una de las mujeres en un taller, "desde el momento en que metan esos motores, pueden acabar la misma belleza que vienen a buscar" (Encuentro de Memoria Sucreña, 2025).

Las personas saben que el turismo mal manejado puede convertirse en una forma de extractivismo simbólico si las decisiones quedan en manos de operadores externos, alcaldías u otros

El chavarrí (pavo silvestre), ser pata de agua y custodio de la ciénaga. Fotografía de Diego Miguel Garcés. Complejo de la ciénaga de Güira, marzo de 2023.

actores que usan la devoción, los paisajes y la cultura anfibia como vitrinas de desarrollo sin garantizar la participación comunitaria ni el cuidado de los humedales, de las especies o de las economías culturales populares que sostienen la vida en la geografía del agua.

Aun así, en La Mojana ya existen propuestas que dibujan el contorno de un turismo cultural comunitario que funciona como laboratorio de otro modo de hacer economía. Son procesos que se han ido armando con el propósito de que las comunidades consoliden reglas propias, alianzas justas y capacidades de gestión a su medida. Desde ahí se vuelven piezas clave de una economía popular, cultural y comunitaria que puede hacer del turismo un aliado para el cuidado del agua y de los bienes comunes, para reforzar las redes de ayuda mutua, para sostener la vida anfibia y para que niñas, niños y jóvenes se reconozcan como herederos de sistemas de conocimientos y prácticas propias, defendiendo el derecho a seguir habitando La Mojana sin sacrificar sus ríos ni sus formas de vida.

En Sucre, la Ruta Mágica Gabriel García Márquez y el trabajo conjunto entre la Fundación Pata de Agua y el operador Garza Morena hicieron del pueblo un recorrido literario y comunitario por las calles, los puertos, los cementerios, las ciénagas y las plazas

> Puentes artesanales construidos durante las inundaciones para permitir la comunicación entre casas. Fotografía de Larry Camacho Rodríguez. Corregimiento de Montería, zona de Occidente, Sucre, Sucre, 2025.

que dialogan con la obra de Gabo y que estudiantes, pescadores y docentes guían, reviviendo de alguna manera el realismo mágico de la vida anfibia en la que se basó el nobel para escribir varias de sus novelas.

Cerca de allí, la Asociación Mujeres Protagonistas del Cambio usa el trabajo en totumo para recibir visitantes en sus casas-taller, contar todo el proceso del árbol y ofrecer hospedaje rural. Fogón Caribe, impulsado por una mujer afro y el consejo comunitario del pueblo génico, arma su propuesta alrededor del fogón de leña, las hornillas de barro, las hojas de bijao y las recetas heredadas, mientras se conversa sobre semillas criollas, medicina tradicional y cuidado del agua.

En San Benito Abad, las peregrinaciones al Señor de los Milagros sostienen una economía popular alrededor de la artesanía religiosa y los dulces tradicionales. Procesos como "El camino a la Villa" buscan transformar la romería al Señor de los Milagros en algo más que una visita rápida al camerín, con peregrinaciones de uno a tres días que tienen paradas en distintos lugares del territorio para escuchar historias de los sitios representativos y de lo que ha sido la vida anfibia en cada uno de ellos. Alrededor de estas peregrinaciones toman fuerza experiencias como Bendito Marañón, una red de más de ciento treinta mujeres que transforman el fruto de este árbol nativo en más de quince subproductos 100 % naturales y que quieren volverlo eje de una ruta gastronómica y pedagógica que muestre cómo es posible cuidar el

humedal y generar ingresos dignos a través de una economía popular en manos de mujeres.

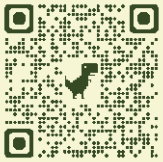
En Ayapel, la Ruta Agroambiental El Perú ofrece un recorrido en lancha por la ciénaga, la visita a patios agroecológicos, la siembra de árboles en un bioespacio comunitario y una caminata a un zapal, ese bosque flotante que sirve de refugio a chigüiros, babillas, chavarríes, hicoteas y patos reales, mientras se conversa sobre la importancia de conservar los humedales. En San Marcos, ASOMARQUESITA abre rutas fluviales que siguen caños y ciénagas ligadas al antiguo sistema hidráulico zenú, se detienen en fincas y corregimientos, conversan sobre la ganadería y, sobre todo, ponen a la vista la vida campesina y la religiosidad popular que siguen trenzadas al río.

Todas estas rutas literarias, religiosas, agroambientales y gastronómicas son laboratorios en los que se prueba otro modo de hacer economía en la geografía del agua. No están libres de tensiones, lidian con falta de servicios básicos, con modelos turísticos empresariales que llegan desde afuera y con brechas de género y de generación. Pero, en medio de todo eso, convierten la artesanía, la cocina, la pesca, la narración oral y la conservación de humedales en criterios para pensar el futuro. La gente insiste en que el turismo cultural comunitario solo vale la pena si ayuda a cuidar el agua, a proteger los seres que la habitan y a sostener el derecho de quienes nacieron entre aguas y esperan morir entre ellas.

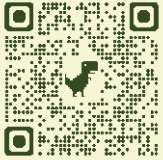
Este texto, Orlando, se escribió desde la tensión que implica saber la presencia apabullante de un modelo que trata a La Mojana como territorio sacrificable y una trama persistente de economías populares, culturales y comunitarias que insisten en otra forma de habitar el territorio hidrosocial. Retomar tu pregunta sobre "cómo irán a vivir los pueblos de la Depresión Momposina si las cosas siguen como van" ya no alcanza. Las voces y experiencias recogidas aquí muestran que la cuestión hoy pasa por volver a revisar qué decisiones colectivas, qué ordenamiento territorial, qué políticas del agua y de la tierra y qué reconocimiento de sus formas de pensamiento hacen falta para que estos pueblos puedan vivir bien entre aguas, sin cargar en solitario los costos de un régimen extractivo que no eligieron y que, sin embargo, atraviesa sus cuerpos y sus territorios. Ahí, en esa discusión concreta, es donde la cultura anfibia deja de ser una metáfora romántica y se convierte de nuevo en un campo de disputa económica, cultural, política y ecológica que vuelve a poner el lugar del agua en el centro de la discusión sobre la reproducción social de la vida.

< *Performance* Navegando en la historia. *Fotografía de Antonio Meza. Caño Mojana, Sucre, Sucre, 2025.*

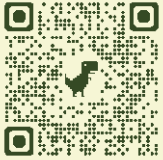
Los siguientes códigos QR conducen a tres videos realizados por la Fundación Escuela Taller de Cali en el marco de un proceso impulsado por la Dirección de Estrategia, Desarrollo y Emprendimiento del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes para fortalecer economías culturales y experiencias de turismo comunitario en La Mojana. Su producción se realizó de manera paralela al proceso de investigación y escritura colectiva que dio origen a este libro. Las piezas son una invitación a ampliar, desde sus imágenes y voces, las conversaciones aquí reunidas sobre oficios, prácticas artísticas y culturales, y formas de vida vinculadas al agua y al mundo anfibio.



La Mojana: territorio de la cultura anfibia y la bioculturalidad



La Mojana y la defensa de sus aguas



Sucre, Sucre: la tierra de los *pata de agua* y la otra orilla de Macondo

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera Díaz, María. (2004). *La Mojana: riqueza natural y potencial económico* [Documento de trabajo sobre economía regional núm. 48]. Banco de la República. Disponible en: https://doi.org/10.32468/dtseru.48semanticscholar

Ayazo, Ronald; Ramírez, Wilson y Jaramillo, Úrsula (Eds.). (2021). *Territorios anfibios en transición. Rehabilitación socioecosistémica de humedales* (Vol. 1). Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt; Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, Dirección de Cambio Climático y Gestión del Riesgo; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Baleta Anaya, Wilson; Garay Román, Yesenia; Consuegra Solórzano, Adolfo; Vidal Durango, John; Buelvas Soto, Jorge y Marrugo Negrete, José. (2022). "Metilmercurio (MeHg) en los peces más consumidos en un municipio de La Mojana, Colombia". *Revista U.D.C.A. Actualidad y Divulgación Científica*, 25(2), pp. 1–10. Disponible en: https://doi.org/10.31910/rudca.v25.n2.2022.2024

Burbano Figueroa, Óscar. (2024). "Inundaciones, corrupción y resiliencia: las múltiples caras de los territorios hidrosociales en La Mojana". Disponible en: https://doi.org/10.31219/osf.io/6rc9q

Cabnal, Lorena. (2010). "Acercamiento a la construcción del pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala". En Cabnal, Lorena y ACSUR-Las Segovias (Eds.), *Feminismos diversos: El feminismo comunitario*.

Calao, Clelia Rosa y Marrugo, José Luis. (2015). "Efectos genotóxicos asociados a metales pesados en una población humana de la región de La Mojana, Colombia, 2013". *Biomédica Revista del Instituto Nacional de Salud*, 35(2), pp. 139–151. Disponible en: https://revistabiomedica.org/index.php/biomedica/article/view/2392

Camacho, Juana. (2015). "Paisaje y patrimonio en La Mojana, Caribe colombiano". *Geografia Ensino & Pesquisa*, 19, pp. 90–100.

Camacho, Juana. (2017). "Acumulación tóxica y despojo agroalimentario en La Mojana, Caribe colombiano". *Revista Colombiana de Antropología*, 53(1), pp. 123–150. Disponible en: https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105050684005

Camargo, Alejandro. (9 de junio de 2014). "La historia política de los humedales colombianos". *Semana*. Disponible en: https://www.semana.com/nacion/articulo/la-historia-politica-de-los-humedales-colombianos/391057-3/

Camargo, Alejandro. (2021). Stagnation: Waterflows and the Politics of Stranded Matter in La Mojana, Colombia. En Krause, Franz y Harris, Mark (Eds.), *Delta life: Exploring Dynamic Environments where Rivers Meet the Sea* (Vol. 28, pp. 83–101). Disponible en: https://doi.org/10.2307/j.ctv29sfz8b.8

Caraballo, Pedro y De la Ossa, Jaime. (2011). "Inundaciones en La Mojana: Via crucis social o condición ambiental?". *Revista Colombiana de Ciencia Animal – RECIA*, 3(1), pp. 198– 210. Disponible en: https://doi.org/10.24188/recia.v3.n1.2011.362

Castro Acosta, Jairo. (29 de agosto de 2019). "La hicotea en la Depresión Momposina: Culinaria clandestina e identidad regional". *Agencia Prensa Rural*. Disponible en: https://prensarural.org/spip/spip.php?article24660

Centro Nacional de Memoria Histórica - CNMH. (2017). *Campesinos de tierra y agua. Memorias sobre sujeto colectivo, trayectoria organizativa, daño y expectativas de reparación colectiva en la región Caribe 1960–2015. Campesinado en La Mojana sucreña y bolivarense*.

Consejo Nacional de Política Económica y Social - CONPES. (2022). *La Mojana: Territorio resiliente, sostenible, productivo y competitivo* (Documento CONPES 4084). Departamento Nacional de Planeación.

Corredor Rodríguez, Silvia Natalia. (2020). *Tener agua sin tenerla: organización socio-espacial y experiencias corporales en la búsqueda, acceso y tratamiento del agua para consumo humano en el Bajo San Jorge*. [Tesis de pregrado]. Universidad del Rosario. Disponible en: https://doi.org/10.48713/10336_31002

Díaz Callejas, Apolinar. (1976). *Del agua y el hombre*.

Drexler, Josef. (2002). *"¡En los montes, sí; ¡aquí, no!". Cosmología y medicina tradicional de los Zenúes (Costa Caribe colombiana)*. Ediciones Abya-Yala.

Falchetti, Ana María. (2009). El ocaso del Gran Zenú. En Calvo Stevenson, Harold y Meisel Roca, Adolfo (Eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XVI* (pp. 68–90). Banco de la República.

Fals Borda, Orlando. (1999). "Guía práctica del ordenamiento territorial en Colombia: Contribución para la solución de conflictos".

Análisis Político, 12(36), pp. 82–102. Disponible en: https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/79018

Fals Borda, Orlando. (2002a). *Historia doble de la Costa. Mompox y Loba* (Tomo I). Universidad Nacional de Colombia; Banco de la República; El Ancora Editores.

Fals Borda, Orlando. (2002b). *Historia doble de la Costa. Resistencia en el San Jorge* (Tomo III). Universidad Nacional de Colombia; Banco de la República; El Ancora Editores.

Fals Borda, Orlando. (2002c). *Historia doble de la Costa. Retorno a la tierra* (Tomo IV). Universidad Nacional de Colombia; Banco de la República; El Ancora Editores.

Gracia, Lisy; Marrugo, José y Alvis, Erasmo. (2010). "Contaminación por mercurio en humanos y peces en el municipio de Ayapel, Córdoba, Colombia, 2009". *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 28(2), pp. 118–124. Disponible en: https://revistas.udea.edu.co/index.php/fnsp/article/view/1753

López Canelas, Elizabeth y Cielo, Cristina. (2018). El agua, el cuidado y lo comunitario en la Amazonia boliviana y ecuatoriana. En Vega, Cristina; Martínez Buján, Raquel y Paredes, Myriam (Eds.), *Cuidado, comunidad y común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida* (pp. 53–73). Traficantes de Sueños.

Mancera Rodríguez, Néstor y Álvarez, León. (2006). "Estado del conocimiento de las concentraciones de mercurio y otros metales pesados en peces dulceacuícolas de Colombia". *Acta Biológica Colombiana*, 11(1), pp. 3–23. Disponible en: https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=319028578001

Martínez Macea, María Alejandra. (2022). *Exposición a mercurio y plomo en la población de 5 a 15 años debido al consumo de agua y alimentos contaminados en la región de La Mojana*. Universidad de Córdoba. Disponible en: https://repositorio.unicordoba.edu.co/handle/ucordoba/4777

McBrien, Justin. (2016). Accumulating Extinction: Planetary Catastrophism in the Necrocene. En Moore, Jason (Ed.), *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism* (pp. 116–137). Kayros Books.

Moore, Jason. (2017). "The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis". *The Journal of Peasant Studies*, 44(3), pp. 594–630. Disponible en: http://dx.doi.org/10.1080/03066150.2016.1235036

Montaña, Vladimir. (26 de septiembre de 2023). "Bala a los hipopótamos... ciénagas para los búfalos". *Razón Pública*. Disponible en: razonpublica.com/bala-a-los-hipopotamos-cienagas-para-los-bufalos/

Olivero, Jesús; Johnson, Boris y Argüello, Eduardo. (2002). "Exposición humana al mercurio en la cuenca del río San Jorge, Colombia (Sudamérica)". *Science of the Total Environment*, 289(1–3), pp. 41–47. Disponible en: https://doi.org/10.1016/S0048-9697(01)01018-X

Olmos Severiche, César; González Agudelo, Elvia María; Vélez Macías, Fabio y Aguirre Ramírez, Néstor. (2022). "Los canales zenúes en Colombia: un desaparecido en el territorio y un desconocido en el bolsillo". *Intropica*, 17(1), pp. 132-145. Disponible en: https://doi.org/10.21676/23897864.4052

Ortiz Guerrero, César; Pérez Martínez, Manuel Enrique y Muñoz Wilches, Luis Alfredo. (2007). *Los cambios institucionales y*

el conflicto ambiental. El caso de los valles del río Sinú y San Jorge. Pontificia Universidad Javeriana.

Orozco, Melanny. (3 de octubre de 2025). "El fenómeno de Sugasam, la subasta que mueve más de 600 búfalos cada semana". *CONtexto Ganadero*. Disponible en: https://www.contextoganadero.com/cronica/el-fenomeno-de-sugasam-la-subasta-que-mueve-mas-de-600-bufalos-cada-semana

Pedraza Bravo, Natalia. (5 de abril de 2024). "La odisea de las tortugas hicoteas: son los animales más traficados durante la Semana Santa en Colombia". *Mongabay*. Disponible en: es.mongabay.com/2024/04/tortugas-hicoteas-animales-mas-traficados-durante-semana-santa-colombia/

Pérez, Ómar. (11 de mayo de 2025). "«La Mojana no es un territorio de gente anfibia»: alcalde de Sucre alerta por inundaciones en región". *W Radio*. Disponible en: https://www.wradio.com.co/2025/05/11/la-mojana-no-es-un-territorio-de-gente-anfibia-alcalde-de-sucre-alerta-por-inundaciones-en-region/

Plazas de Nieto, Clemencia y Falchetti, Ana María. (1982). "El legendario Zenú". *Boletín Museo del Oro*, 12, pp. 20–33.

Quijano, Aníbal. (2007). Colonialidad del poder y clasificación social. En Castro Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (Eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 93–126). Siglo del Hombre Editores; Universidad Central; Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos; Pontificia Universidad Javeriana; Instituto Pensar.

Ramírez del Valle, Bernardo y Rey Sinning, Edgardo. (1994). *La Mojana: poblamiento, producción y conflicto social*. Costa Norte Editores Colombia Ltda.

Romero Suárez, Daniel; Pérez Flórez, Liseth; Consuegra Solórzano, Adolfo; Vidal Durango, John; Buelvas Soto, Jorge y Marrugo Negrete, José. (2022). "Mercurio total (Hg-T) en ictiofauna de mayor consumo en San Marcos - Sucre, Colombia". *Revista MVZ Córdoba,* 27(3). Disponible en: https://doi.org/10.21897/rmvz.2488

Sibaja Madera, Francisco Javier. (2023). "Fuego y ganadería en el valle de los ríos Sinú y San Jorge (Caribe colombiano), en el siglo XX". *Historia agraria de América Latina,* 4(02), pp. 90–109. Disponible en: https://doi.org/10.53077/haal.v4i02.176

Silva Cantillo, Nurys Esperanza. (2013). *Tierra y producción en La Mojana.* Informe de investigación.

Saavedra, Steven; Fernández Recamales, María; Sayago Gómez, Ana; Cervera Barajas, Antonio; González Domínguez, Raúl y González Sanz, Juan Diego. (2022). "Impact of dietary mercury intake during pregnancy on the health of neonates and children: a systematic review". *Nutrition Reviews,* 80(2), pp. 317–328. Disponible en: http://hdl.handle.net/10272/19992

Turbay Ceballos, Sandra. (1994). "Los encantos: seres sobrenaturales del Bajo Sinú y las sabanas". *Boletín de Antropología,* 8(24), pp. 75–94.

Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres - UNGRD. (s. f.). *Línea de tiempo Caregato La Mojana.* Portal de la UNGRD. Disponible en: https://portal.gestiondelriesgo.gov.co/Paginas/Linea-Caregato.aspx

MiCASa es un banco de pensamiento en el que se sientan a meditar los sabios chamanes.
MiCASa es un oso hormiguero glotón. MiCASa es un atril para leer cualquier libro.
MiCASa es tu casa y la suya y la nuestra. MiCASa es el lugar en donde caben las historias,
relatos y memorias de todo un país.
MiCASa es el sello editorial del **Mi**nisterio de las **C**ulturas, las **A**rtes y los **Sa**beres.

Tierra de aguas. Bioculturalidades en La Mojana se terminó en junio de 2026 y hace parte
de la apuesta del Gobierno del Cambio por la protección del patrimonio
biocultural que hace posible la diversidad de culturas, culturas, artes y saberes de Colombia.

Para su elaboración se usaron los tipos Source Serif y Tay Yamas.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia utilizando tintas formuladas con base en aceite de soya, consideradas más respetuosas con el medio ambiente. Los papeles utilizados están fabricados a partir de fibras alternativas (no maderables), como el bagazo de caña de azúcar, los cuales son biodegradables, reciclables, inodoros e inocuos. Además, se emplearon planchas para la impresión offset destacadas por su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso. Estas decisiones reflejan el firme compromiso de la Imprenta Nacional con la adopción de prácticas responsables y ecológicas en la industria de la impresión en Colombia, contribuyendo activamente a la preservación del medio ambiente.

www.imprenta.gov.co
PBX (0571) 457 80 00
Carrera 66 No. 24-09
Bogotá, D. C., Colombia

imprentanalcol

Este libro es una canoa. Podría haber sido una lancha rápida que levanta el agua con ímpetu mientras, a su paso, los árboles se juntan en una sola mancha verde. Pero la prisa, dicen los viejos del agua, es contagiosa y tiene mala memoria.

Este libro quiso ser otra cosa. Una canoa que boga por La Mojana, el país de las aguas. Aguas que corren, se abren en ríos y con ríos se juntan. Una gran batea donde se aquietan y reparten los caudales del Cauca, el Magdalena y el San Jorge. Más de un millón de hectáreas para los seres *pata de agua,* humanos y más que humanos, anfibios todos. Seres que aprendieron a nadar antes que a caminar y hacen su vida entre los tiempos de inundaciones y sequías. A ese compás se mueven el paisaje, las casas, los trabajos, la escuela y los ánimos.

Una canoa, entonces, para sentir la presencia del agua. Hoy agua cercada, contaminada y controlada por la violencia. Tierra de aguas disputada entre quienes sueñan con secarla para abrirles paso al ganado y a otras economías acaparadoras, y quienes insisten en decir que nacieron entre aguas y esperan morir entre ellas.

Esta canoa no promete tierra firme, pero en ella nadie viaja solo. Todavía queda espacio.

Zarpemos.

Culturas

MiCASa